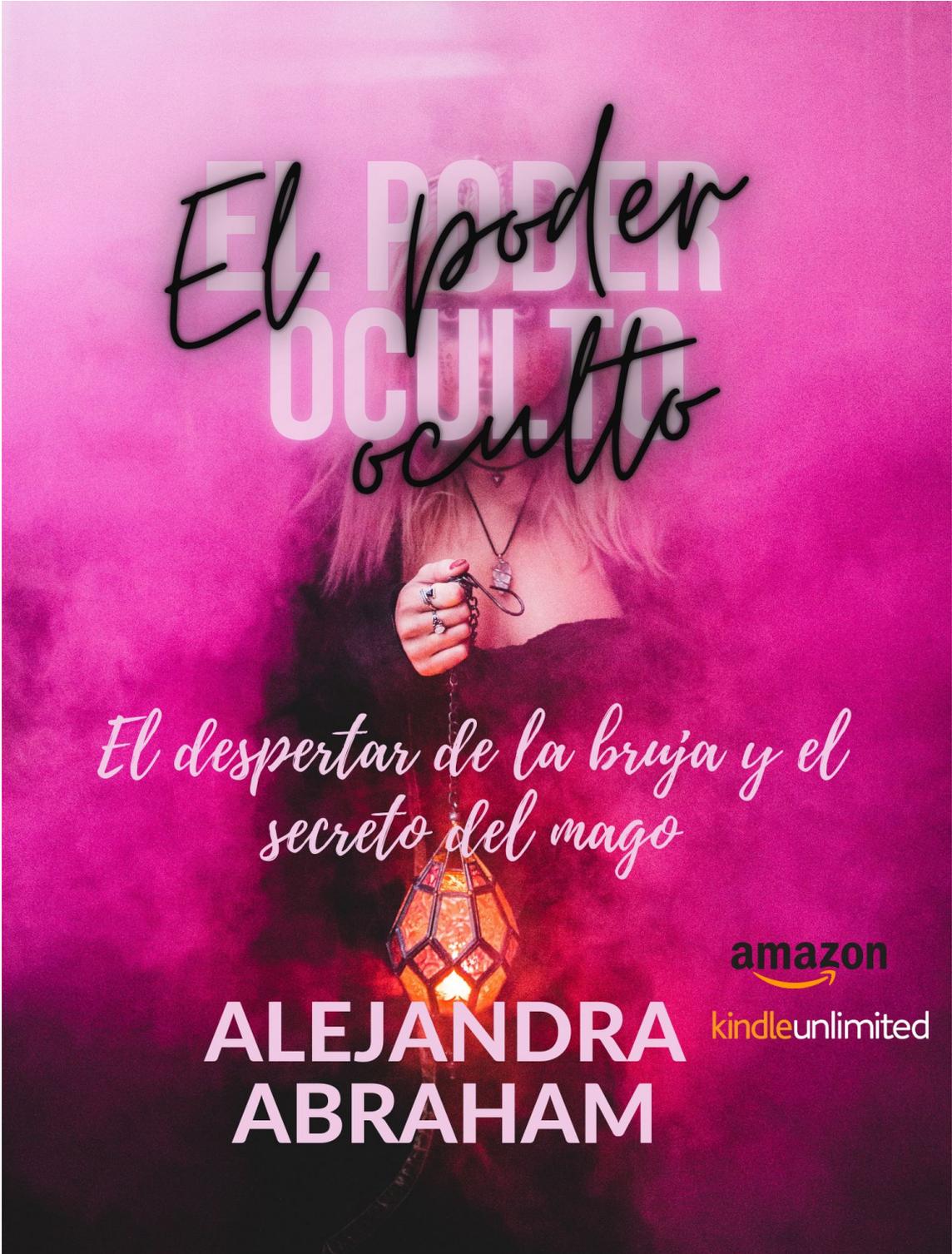


El poder oculto□□

Alejandra Abraham□□



EL PODER
OCULTO

*El despertar de la bruja y el
secreto del mago*

**ALEJANDRA
ABRAHAM**

amazon

kindleunlimited

Capítulo 1

Primera parte: Tamara
Una historia de amor, misterio y magia

Capítulo 1: Alarido espectral

Nuevamente, estaba dando vueltas en la cama. Era la quinta noche en la que no podía dormir bien. Cada vez que lograba conciliar el sueño, me despertaba un maullido desgarrador. Quizás fuese algún gato perdido. Pensé en salir para ver si lograba encontrarlo. No lo había visto aún, pero el ruido me estaba volviendo loca. A medida que pasaban los minutos, lo oía más fuerte y cercano. Seguramente, el cansancio hacía que mis nervios estuviesen jugándome una mala pasada, después de tantos días sin poder descansar bien.

No me explicaba cómo un gato había logrado llegar hasta allí, a la casa de mi abuela, que estaba en el medio de una de las numerosas islas del Delta. Esta era pequeña y estaba perdida entre tantas otras. La rodeaban pequeños canales y un sinnúmero de arroyos. Para salir de allí, debíamos hacerlo en una lancha. Además, no había vecinos cerca porque toda la isla era de mi familia y el brazo principal del río estaba bastante lejos.

Generalmente, se oía el silencio y solo el silencio. Desde siempre, lo consideraba una de las poesías más bellas de la naturaleza y por eso y por lo mucho que yo quería a mi abuela había ido a pasar las vacaciones con ella. Mientras tanto, mis padres buscaban una nueva casa en la Ciudad de Buenos Aires.

Hasta ese momento, estábamos viviendo en las afueras, pero mi papá había conseguido un nuevo trabajo en el centro y se encontraba a muchos kilómetros de donde habitábamos ahora. Sabía que iba a extrañar a todos mis amigos y a mi escuela, ya que también me iban a cambiar.

Quizás toda la ansiedad que tenía era la causa por la cual no podía conciliar el sueño. Pensé en levantarme e ir a buscar un plato con leche para darle a ese molesto gato. Tal vez tuviese hambre y por eso lloraba. Imaginé que podía haber llegado sobre algún leño accidentalmente. Si había sido así, era casi un milagro que estuviese con vida, ya que la corriente era muy traicionera.

El río siempre se comportaba como un animal salvaje. Podía ser pacífico y tranquilo, como también el más fuerte y bravío, dependiendo del día y del viento. Estas eran cosas que fui aprendiendo después de quince años de pasar todos los veranos en la isla. Nadie puede estar seguro de cómo va a comportarse la naturaleza. Así, aprendí desde pequeña a respetarla, a

temerle y a amarla.

Estaba convencida de que quedaba algo de leche en la heladera. Pensé que sería mejor calentarla un poco. No quería que le hiciera mal al animal si estaba muy fría. Como el llanto era semejante al de un niño pequeño, era posible que se tratase de un cachorro. Creí que si así era, tal vez me hubiesen dejado quedarme con él y Samanta, la gata de mi abuela, lo hubiese podido cuidar.

Vi un resplandor en la cocina. Había una llama encendida. Sería mejor que me apresurase para que no se quemara nada con ella. Consideré que podría ocurrir una tragedia ya que toda la cabaña era de madera. Por suerte, solo se trataba de una vela encendida. Me llamó la atención la llama. Estaba agitada, como danzando con un viento inexistente. Me preguntaba por qué mi abuela había dejado esa vela blanca allí. Tal vez un rato antes se había cortado la luz y yo no me había dado cuenta. Supuse que era posible que ella con su avanzada edad se hubiese olvidado de apagarla. ¡Qué equivocada que estaba en ese entonces!

Percibí un agradable perfume. Era el delicioso aroma de los azahares que había dejado mi abuela en un hermoso jarro con agua junto a la vela. Con el calor, se había intensificado su fragancia y se impregnaba en todo el recinto. Decidí encender la luz y apagar la vela. En el momento en que un profundo suspiro exhalado por mis labios extinguió la llama, un alarido aterrador que parecía proveniente de un alma que vaga sin rumbo ni destino, perdida en la oscuridad de la noche, hizo que se me erizara la piel. No parecía el llanto de un gato. De todas formas, esperaba que si era un animal lo que se encontraba afuera, no se hubiese lastimado.

De pronto, con el rabillo del ojo divisé el contorno de una mujer. Cuando giré la cabeza y agudicé la vista, ya no había nadie. Corrí a buscar protección a la habitación de mi abuela. Con voz temblorosa le susurré:

—Abuela, rápido levántate. Me pareció ver a alguien afuera.

—Ya pasó querida, fue solo una pesadilla —respondió entre sueños.

—No te duermas, abuela. No fue una pesadilla. Ya van cinco noches que no duermo bien por el maullido del gato —insistí.

—¿Ya es la quinta noche...? Vamos a la cocina, tenemos que hablar —dijo sobresaltada.

Al llegar a la cocina, mi abuela empalideció. Parecía que hubiese visto un fantasma. Me miró seriamente y, casi sin voz, me preguntó:

—La vela... querida, ¿vos apagaste la vela?

Su mirada se tornó sombría y sus ojos negros reflejaron la oscuridad de la noche.

—Sí, abuela, yo la apagué, para que no se incendiara la casa... ¿Acaso hice mal?

No estaba segura si me había escuchado. Solo después de unos instantes, que me parecieron tan largos como una eternidad, tornó sus ojos hacia mí y me dijo:

—No... no hiciste mal. Nadie puede cambiar el final del camino...

—¿De qué estás hablando abuela? No te entiendo —pregunté confundida.

—La vela de todas formas se hubiese apagado sola en algún momento.

No pude reflexionar en ese entonces en sus palabras, porque en ese instante otro ensordecedor grito me estremeció. Volví a pensar en que quizás, un animal hambriento necesitase ayuda, pero creía haber visto a una mujer y eso me asustaba. Aunque posiblemente hubiese sido tan solo mi propia imagen reflejada en la ventana, no quería salir sola. Le rogué a mi abuela:

—¿Me acompañás a darle leche al gato que llora? Debe tener hambre y no quiero ir sola. Estoy casi segura de que vi una mujer afuera, aunque pudo haber sido mi propio reflejo.

—No... no salgas... no creo que eso que llora sea un gato. Ni que aquello que viste sea una mujer.

—Pero, ¿creés que pueda haber alguien afuera? —pregunté alarmada.

—Va a ser mejor que no salgamos. Vení a dormir a mi habitación. Hoy va a ser la última noche que escuches ese llanto junto a mí —respondió mi abuela con voz solemne, aunque intentara sonar tranquila.

Observé intrigada que ella mezclaba el agua del jarrón que contenía los azahares con un puñado de sal fina. Con mucha suavidad, volcaba la mezcla en el contorno de la ventana. Sin poder contenerme, le pregunté:

—¿Por qué tirás agua con sal en la ventana?

—Para espantar... a las babosas. En el Delta hay muchas y se comen las plantas —explicó.

No pude creerle, pero sin agregar una sola palabra más, ambas nos fuimos a acostar.

A la mañana siguiente, después del desayuno, mi abuela me dijo que había llamado a mis padres para que me viniesen a buscar. Yo no entendía por qué había hecho tal cosa.

Supuestamente iba a quedarme con ella hasta que terminasen las vacaciones y eso sería recién en marzo. Faltaba mucho tiempo aún para nuestra despedida, puesto que recién comenzaba diciembre. No llevaba ni una semana con ella y ya quería deshacerse de mí. Estaba indignada y a la vez molesta.

Decidí preguntarle el motivo de su accionar y mi voz sonó quebrada cuando lo hice.

—¿Por qué llamaste a papá para que me venga a buscar? Yo quería quedarme todo el verano con vos. ¿Hice algo que te molestase? ¿Fue acaso por lo que ocurrió anoche? Pensé que te gustaban los gatos, porque tenés a Samanta...

—No, querida. No es nada que hayas hecho. Tan solo surgió algo inesperado y me voy a tener que ir. Pero, no te preocupes, después voy a ir a despedirme. Tus papás me dijeron que ya compraron la casa nueva. La próxima vez que vengas, vas a encontrar el regalo más maravilloso que puedas imaginar, era de mi abuela. Ella se lo obsequió a mi madre, mi madre a mí y ahora lo dejaré en tus manos. No le vayas a contar nada de esto a tu padre. Nunca debe saberlo, ni siquiera cuando yo no esté. Promételo Tamara —dijo clavando sus ojos en los míos.

—Está bien. Te lo prometo abuela, pero... ¿por qué papá no tiene que saberlo? —pregunté.

—Para que no se ponga celoso. Él sabe que lo quiero. Alan es así, no le gusta que no lo tomen en cuenta. Querida, quiero que sepas que hay cosas que solo alguna gente conoce y que nadie más puede hacerlo. En muchos casos, ni siquiera las personas que más amamos. Es importante ser discretas, pero no misteriosas. El misterio y la discreción parecen ir de la mano, pero si uno se pone a pensarlo bien, son cosas muy diferentes. Yo diría que son casi opuestas.

—Bueno, está bien, nadie lo va a saber —le prometí a mi abuela mientras cruzábamos el parque que rodeaba a la cabaña.

Antes de subir a la lancha me aconsejó:

—Lo que vas a encontrar te va a cambiar la vida. Tené cuidado, puede ser tan bueno como peligroso. Por eso te tiene que quedar claro que siempre

hay que buscar el conocimiento, para que no te esclavice la ignorancia. Solo así conseguirás el poder. Recordalo bien, porque de esto se trata nuestra existencia. Nunca uses el poder para someter a quienes no lo poseen y tampoco te conviertas en una esclava de su encanto. Enseguida vuelvo, me estoy olvidando una cosa dentro de la casa.

Mi abuela siempre había sido enigmática para dar consejos. Nunca entendí claramente lo que quería decir. Desde que era muy pequeña me instruía con este tipo de cosas y a mí me encantaba escucharla. Después de unos minutos, regresó con una canasta de mimbre en la que solía recoger flores silvestres de la isla.

Me moría de curiosidad por saber qué era lo que llevaba en la canasta, pero me limité a sonreírle y a esperar que se sentase a mi lado en la lancha. Había aprendido, después de muchos años con ella, a respetarla en sus silencios. En ese momento, sabía que si ella hubiese querido que yo supiese lo que guardaba en la canasta de mimbre, ya me lo hubiera dicho. Si yo le preguntaba, casi con seguridad hubiese dicho: "todo llega a saberse a su debido tiempo".

Una vez en la lancha, hice lo que siempre hacía cuando viajaba con mi abuela por el Delta. Me dediqué a observar los destellos de luz dorados que se formaban como si fuesen trazos de un majestuoso cuadro pincelado por el sol. En ese momento, no sabía por qué, pero por primera vez desde que conocía el río, no lo sentía de esa manera. Lo percibía como si fuesen lágrimas doradas que derramaba un manantial de luz.

Permanecí inmóvil observando el río durante un largo tiempo. Cuando levanté la mirada, distinguí a mis padres que estaban saludándonos desde el muelle. Me preguntaba si mi abuela bajaría para saludarlos, ya que la última vez que se había encontrado con mi madre se habían disgustado. Decidí preguntarle:

—Abuela, ¿vas a bajar?

—Sí, querida. Quiero darle algo a tu papá —respondió dibujando una sonrisa picarona en su rostro.

—Cuidado al bajar porque hay muchos tablones flojos y esa canasta es bastante pesada. Si querés, te ayudo —le dije cuando arribábamos al muelle.

—No, gracias, querida. Yo puedo sola... ¡Alan, vení a ayudar a tu pobre madre a bajar de este monstruo acuático! —gritó mi abuela al ver que se acercaba mi padre.

—Vos siempre con tus ocurrencias, mamá, "monstruo acuático". Nunca se te acaba la imaginación —dijo mi papá soltando una carcajada mientras

mi madre fruncía los labios.

—Te ayudo. Por cierto, ¿qué traés en esta canasta? Pesa una tonelada —le preguntó mientras reía.

—Es un regalo para Tamara —respondió ella dándome un codazo en el estómago que me dejó sin aire durante unos segundos.

—¿Un regalo para mí?, ¿qué es abuela? —pregunté con curiosidad.

—Es algo muy importante que te indicará algunas pautas del bien y del mal. Prometeme que lo vas a abrir en tu casa y en tu cuarto. Espero que quede algo bien claro, esto es para Tamara y solo para ella. Le gustó mucho cuando estuvo en casa y quiero que se lo quede. No voy aceptar devoluciones. Te lo digo a vos, Raquel.

Estaba segura de que mi mamá estaba pensando en ese momento: "mi suegra es una bruja". Pero yo sentía que quería un poquito más a mi abuela.

Nadie se atrevía a desafiar a mi madre, exceptuando obviamente a mi abuela. Estaba segura de que si otra persona le hubiese dicho eso a mi mamá, ella hubiese hecho saltar hasta a los peces del agua. Pero, siendo mi abuela quien se lo decía, se limitó a echarle una mirada desafiante.

Mi abuela apoyó la canasta sobre el muelle y saltó a los brazos de mi padre. Era la primera vez que la veía abrazarlo de ese modo. Estaba segura de que mi papá también se había dado cuenta. Me miraba asombrado. Luego apartó la vista y miró al piso. Cerró fuertemente los ojos y la abrazó también. Ella no podía contener las lágrimas. Sus ojos, tan negros como los míos, reflejaban el dolor de su alma. En ese momento, yo ignoraba el por qué de su pena. Era la primera vez que la veía llorar.

Los observé durante unos instantes. Luego de separarse, se miraron profundamente. Mi abuela parecía querer decir algo sumamente importante, pero solo se escuchó el susurro de las ramas acariciadas por el viento y el rítmico sonido del agua que azotaba la quilla del barco.

Ella secó sus lágrimas con su pañuelo. Nos besó a mi padre y a mí e ignorando por completo a mi madre, quien la miraba con un profundo odio, dio media vuelta, subió a la lancha y sin mirar hacia atrás se alejó en el río.

Capítulo 2

Capítulo 2: Legado ancestral

Después de casi cuarenta minutos de viaje en el auto de mi padre, con un calor sofocante, llegamos a un pintoresco barrio. Estaba repleto de frondosos árboles en las veredas y fragantes jardines.

Al llegar a un gran chalet con techo a dos aguas de tejas rojas que estaba rodeado por rosas que impregnaban el aire con su aroma, el auto detuvo su marcha y mis padres bajaron. Esbozando una delgada sonrisa mi padre exclamó:

—Bienvenida a casa, Tamara. Este es tu nuevo hogar.

Cuando bajé del auto, sentí que un escalofrío recorría todo mi cuerpo. Por alguna razón, recordé una frase de mi abuela: "siempre prestá atención a las manifestaciones que percibe tu cuerpo. Muchas veces solo con nuestros cinco sentidos no alcanza, por eso debés mantenerte atenta". Un tiempo después, me daría cuenta de por qué la había recordado.

Mi madre abrió la puerta de entrada y con un gesto me indicó que podía pasar. Al entrar, vislumbré una enorme sala con una imponente escalera de roble que se alzaba majestuosamente ante mis ojos. También distinguí que habían comprado muebles nuevos. No eran los mismos que los de mi antigua casa. Todos estaban elegidos con el ostentoso pero delicado gusto de mi madre.

Quise conocer por completo mi nuevo hogar y mi padre me mostró rápidamente y con mucho entusiasmo las demás habitaciones. En la planta baja se encontraban la cocina-comedor, un baño y la sala. En el primer piso estaban las tres habitaciones, la mía, la de mis padres y en la tercera había un escritorio con un sofá-cama, que podría haberse convertido en una habitación para albergar a mi abuela o a algún otro huésped inesperado.

Después de que terminé de recorrer mi nueva casa, mi madre me llamó fríamente desde la planta baja:

—Tamara desempacá y acomodá tus cosas en tu habitación. Llevate también este mugroso canasto, creo que algo empezó a pudrirse dentro de él. Huele muy mal.

Obedeciendo a mi madre, bajé a buscar la canasta, y mi papá me ayudó con el equipaje. Cuando llegamos a mi habitación, dejamos las cosas

sobre la cama. Él me dio un beso en la frente y antes de irse añadió:

—Espero que seas muy feliz aquí. Hay un colegio cerca y te anotamos en él. Con tus excelentes calificaciones te aceptaron enseguida. El hijo de la nueva amiga de tu madre va a ser tu compañero.

Antes de que pudiera decir palabra alguna continuó:

—Sí, a mí también me sorprendió que ella tenga una amiga con la cual se lleve bien.

Ambos reímos al mismo tiempo y al cabo de unos segundos con una expresión pensativa, agregó:

—Es un joven algo peculiar, siempre está vestido de negro. Será la moda de este barrio o quizás la época.

Mi padre se marchó cerrando la puerta al salir. Por fin estaba sola... bueno, no tanto. Observé con asombro que la canasta se sacudía sobre mi cama. Cuando la abrí saltó a mis brazos Samanta, la gata de angora negra y gorda de mi abuela, que casi logró derribarme.

Me preguntaba por qué mi abuela me había obsequiado a su mascota. Era una de sus posesiones más preciadas y cómo era posible que la gata hubiese permanecido inmóvil durante tanto tiempo.

Pude ver en el fondo de la canasta un sobre cerrado con mi nombre escrito con la letra estilizada de mi abuela. Lo abrí. Tomé la carta y comencé a leerlo.

Querida Tamara:

Seguramente, ya no estaré contigo cuando leas esto. Sé que puedo confiarte lo que voy a escribir en esta carta. Como un último favor te pido que no cuentes nada de lo que vas a leer, pues no solo no consolarías a tu padre, sino que también te perjudicarías a vos misma.

Seguramente te habrás dado cuenta de que no soy una abuela normal y que nunca pretendí serlo. En nuestra familia se ha transmitido una herencia mágica que es legada solo a los descendientes que son dignos de merecerla. Por este motivo, la heredarás vos y no tu padre. Porque, aunque Alan es una buena persona y tiene un gran corazón, el poder lo cautivaría y lo convertiría en un ser oscuro.

Cuando vuelvas a la isla, tendrás que buscar sobre las vigas del techo y esconder el libro que vas a encontrar allí, para que nadie lo vea. En él está el conocimiento que por generaciones nuestros ancestros fueron

adquiriendo.

Podrás utilizar lo que se encuentra escrito allí para ir incrementando tu poder. Comenzá haciendo experimentos sencillos y vas a darte cuenta poco a poco de tu potencial.

Empezá siguiendo las instrucciones escritas. Con el tiempo, tu propio espíritu le dictará a tu conciencia los pasos a seguir. Vas a aprender que somos parte de un todo y somos los receptores de la información universal.

Hay cosas que vos sola vas a descubrir, aquello que nadie puede legarte, ni deberás legárselas a nadie. Como por ejemplo: el nombre del ser superior y cómo interactuar en la forma más óptima con los espíritus elementales. Aquello que creas que puede ser transmitido para las futuras generaciones, a las que ya amás antes de que nazcan, escribilo en el libro. Ellos harán lo mismo a su debido tiempo.

Querida, me hubiese gustado haber aprendido juntas. Nunca es tarde para aprender. Lamentablemente, no estabas lista antes para esto, porque eras muy pequeña y recién comenzabas a vivir. Ahora que lo estás, yo debo marcharme. Antes dudaba de que tuvieses ya desarrollada la fuerza mágica, pero me di cuenta de que vas a ser muy poderosa.

Cuando me dijiste en la isla que habías visto a una mujer y escuchado el llanto de un gato, lo supe. Aquello que percibiste, en realidad era una banshee, una criatura espectral que presagia la muerte. Pocos son los no entrenados que las perciben. No les tengas miedo, ya que hay conjuros que las mantienen alejadas, aunque no durante muchos días, si te están buscando. Si sabés que viene por vos, porque lo sabrás, no dejes que sea ella quien te lleve. Si una banshee logra matar a una bruja, esta se convertirá en banshee y estará siempre buscando ser alimentada de la energía que libera el temor a la muerte.

Cuando llegue tu momento, buscá ayuda en los espíritus elementales, ellos te guiarán por los confines de la tierra hasta que llegues a otro plano de existencia. Yo recurriré a los elementales del agua, las ondinas siempre fueron mis predilectas, por eso, siempre me rodeé de agua y voy a elegir que ellas me guíen.

Cuidá bien a Samanta que va a ser de gran ayuda para que descubras muchas cosas. Entre ellas, el poder de diferenciar criaturas que estén del lado de la luz o de la oscuridad. Tratá siempre de no dañar a nadie, aunque muchas veces eso no sea posible, porque lo que a veces favorece a algunos puede estar dañando a otros. Hay un equilibrio cósmico. De todas formas, intentá que tus acciones sean bien intencionadas en todo lo

que hagas y el universo se encargará de lo demás.

No debés comentar con nadie esta carta, salvo quizás, con alguien que ya sepas que se ha iniciado. De todas formas, debés tratar de no dar demasiada información de lo que sabés o aprendés, pues podría llegar a volverse en tu contra.

Siempre voy a estar cuando me necesites, aunque no me puedas ver. Ya encontrarás la forma de comunicarte conmigo.

Tal vez no entiendas esto ahora. A su debido tiempo lo comprenderás:
"Uno significa sí, dos o más no"

Te amo

No estaba segura de si era cierto lo que acababa de leer o una broma de mal gusto de mi abuela. Yo esperaba que así fuese, porque si no lo era, significaba que mi abuela iba a morir.

Una horrible sensación de frío se extendía lentamente por todo mi cuerpo. Decidí tranquilizarme. Escondí la carta debajo del colchón e intentando adoptar una postura serena me dirigí hacia la cocina en donde se encontraba mi padre tomando mate y untando tostadas con dulce de leche.

Me senté junto a él y con una voz de tranquilidad fingida que no parecía ser mía le pedí:

—Papá, ¿la podes llamar a la abuela?

Con la boca llena, me respondió:

—Sí, pero la acabamos de ver. ¿Te pasa algo?

—Es que... la vi mal, quería que le preguntes cómo se siente.

—Me estás preocupando. Ahora la llamo —dijo poniéndose de pie.

Ambos nos dirigimos a la sala donde se encontraba el teléfono. Mi papá tomó el tubo y marcó. Después de casi diez minutos de intentos frustrados, comenzó a preocuparse. Yo estaba intentando contener las lágrimas que amenazaban con escapar de mis ojos. En ese momento, entró mi madre y me dijo:

—Tamara, ¿me podrías ayudar en algo e ir a comprar pan? Si no, no va a haber para el almuerzo.

Asentí con la cabeza y eché una tímida mirada a mi padre que estaba marcando por enésima vez. Él dijo:

—Voy a intentar una vez más y si no logro conseguir, llamaré a Prefectura. Tranquila, mi vida. Ahora, andá al almacén que está acá a la vuelta, enfrente de la plaza. El pan de ese lugar es muy rico.

Tomé la llave y abrí la puerta por primera vez. Crucé el jardín y me dirigí hacia la plaza en donde vi unos hermosos cachorritos que jugaban. Estaba tan distraída observándolos mientras caminaba que choqué bruscamente con alguien y juntos caímos al suelo.

Cuando levanté la vista, pude ver a un muchacho íntegramente vestido de negro. Sus profundos ojos grises me miraban con fastidio, se acomodó el cabello, se sacudió la ropa y extendió su mano hacia mí para que pudiera incorporarme.

Tomé su mano y le supliqué:

—Perdón. No te vi. Estaba distraída. No fue mi intención...

Dibujó una media sonrisa en su pálido rostro y sin decir palabra alguna se marchó, dejándome sola y abochornada.

Después de comprar el pan, mientras volvía a cruzar la plaza, vi a mi abuela parada en la esquina. Me saludó desde lejos y dobló en dirección a mi casa. Corrí, tratando de alcanzarla, pero al llegar ya no estaba allí. Pensé que debía haber entrado.

Abrí la puerta y la llamé:

—Abuela... Abuela... — ,pero enmudecí al ver la triste imagen de mi padre llorando y abrazando a mi mamá. Definitivamente, mi abuela no se encontraba allí.

Con voz tenue pregunté:

—¿Qué pasa?

Mi madre, casi en un suspiro, respondió:

—Nos informaron los hombres de Prefectura que encontraron la lancha de tu abuela con sus zapatos y su cartera en medio del Río de la Plata. En la cartera había una nota que decía: "No culpen a nadie. Esta es mi última decisión. Los amo. Cuídense".

No podía ser cierto. Mi abuela estaba viva. Yo acababa de verla y ella me

había saludado.

—Pero yo la vi, mamá. La abuela está bien. Tiene que estar bien, si venía para acá...

Mi mamá me interrumpió:

—Tamara, debe haber sido tu imaginación. No tuvo tiempo de haber llegado y... la nota... Repitió la historia de su madre....

Rompí a llorar y dejé caer en el suelo la bolsa con el pan. Recordé la carta que me había escrito. Ella había ido a buscar el amparo de los elementales del agua.

Subí corriendo las escaleras y me encerré en mi habitación. Abracé a Samanta y leí la carta unas cien veces.

Capítulo 3

Capítulo 3: Volviendo a la isla

El mes más doloroso de mi vida había transcurrido. El cuerpo de mi abuela no había sido encontrado y mis esperanzas de que un milagro la hiciera regresar se desvanecían como la luz en el ocaso. El juez la había declarado oficialmente muerta y mi padre era el único heredero de sus bienes materiales. Yo había heredado algo mucho más valioso, pero en ese momento ignoraba la magnitud de mi legado. Esa tarde mi padre iba a ir a buscar algunas cosas a la isla y me había prometido que podía acompañarlo.

Las palabras escritas por ella en la carta daban vueltas en mi mente. Aún no estaba segura de si debía creer o no en lo que allí decía. La curiosidad me incitaba a ir a buscar el prometido libro. Después de todo, mi abuela nunca me había mentido y aunque era poco probable, no era imposible que la magia existiese.

El viaje en lancha nunca había sido tan largo. Mi padre permaneció en silencio durante todo el recorrido y yo lo compartía. Sin embargo, me sentía extrañamente acompañada, como si hubiese una infinita cantidad de ojos en el agua. Pensé que solo eran los reflejos del sol. Luego, imaginé que eran las ondinas, espíritus del agua, que velaban por mi abuela. Me sorprendí de mí misma al pensar en eso.

Al bajar de la lancha, al ver otra vez la isla, la casa, los árboles y al sentir la ausencia de mi abuela, se apoderó de mí un profundo vacío y esa desgarradora impotencia de no poder volver el tiempo atrás para hacer eternos los momentos en que juntas pasábamos las tardes.

Exhalé un profundo suspiro y unas incontenibles lágrimas surcaron mis mejillas. Mi padre lo notó a pesar de mis vanos intentos por esquivar su mirada. Me rodeó con un cálido abrazo y no dijo palabra alguna, ya que no hay consuelo para lo irremediable, solo con el tiempo podría apaciguarse el dolor.

Cuando entramos en la casa, corrimos las polvorientas cortinas y un rayo de luz ahuyentó las sombras del recinto. Pregunté a mi padre con voz suave, casi susurrando:

—¿En qué puedo ayudarte?

Me respondió sin mirarme:

—Traje un par de bolsas. Guardá lo que quieras para vos y el resto lo

prepararemos para donarlo a la iglesia.

Cuando se dirigió a la alcoba de mi abuela, yo acerqué una silla a la columna que sostenía la viga principal del techo y subí sobre ella mientras abría la mochila que había preparado especialmente para esconder el misterioso legado.

Saqué un espejo de mano para ver sobre la viga en qué sitio estaba el libro. Afortunadamente, en la porción de viga que estaba justo sobre mi cabeza se encontraba un polvoriento paquete envuelto en papel madera atado con una tosca sogá color café. Me estiré lo más que pude y logré sentirlo con la punta de los dedos, pero aún no podía empujarlo. Casi inconscientemente me ayudé con el espejo. Lo deslicé con cuidado empujando el paquete que finalmente cayó al piso con un estruendo sin que esta hubiese sido mi intención.

Tuve el reflejo de tirar la mochila sobre él para evitar que fuese descubierto por mi padre. Él, después del ruido, se dirigió hacia donde yo me encontraba. Seguía parada sobre la silla.

Al llegar me preguntó bastante agitado:

—¿Qué pasó? Escuché un golpe. ¿Te lastimaste? ¿Qué estás haciendo arriba de esa silla? Te podés caer.

Con una tranquilidad poco común en mí, le respondí:

—Sí, papá, estoy bien. No pasó nada. Es que había una araña y me asustó. Por eso me subí a la silla y se me cayó la mochila. Era una araña enorme pero ya se fue. Creo que se asustó con el ruido.

—Está bien, entonces me voy a guardar algunas cosas más; si querés, vení —sugirió.

—No, mejor voy a ver qué hay en la cocina —respondí.

Bajé de la silla. Esperé a que mi padre se perdiera de vista y guardé el pesado paquete en la mochila. Antes de cerrarla, leí lo que estaba escrito en tinta roja sobre el papel marrón: "Para mi querida nieta, Tamara Danann".

Me dirigí a la cocina donde aún se encontraba la vela que había apagado la última noche que estuve allí y las marcas de sal seca sobre el contorno de la ventana. En ese momento sentí el impulso de susurrar:

—Abuela... Ay abuela, seguramente querías mantener alejada a la

banshee que creíste escuchar...

De pronto, un golpe seco en la ventana me sobresaltó. No me atemorizó, más bien todo lo contrario. Traté de buscar una explicación lógica para el ruido. Abrí la ventana y observé que todo parecía normal, como si el golpe hubiese surgido de la nada. En ese momento entró mi padre a la cocina y le pregunté:

—Papá, ¿escuchaste el golpe?

—Sí, pensé que habías sido vos. Por eso vine a ver si estabas bien —dijo, encogiéndose de hombros.

—No, yo no fui. No entiendo de dónde pudo haber venido ese sonido. No hay viento. La ventana estaba cerrada y nada la golpeó.

—Tranquila, eso siempre pasaba acá cuando venía a ver a la abuela. Ella siempre bromeaba con eso. Decía que si no hay otra explicación, quizás sea un espíritu.

Dichas esas palabras, mi padre sonrió con nostalgia y volvió a irse, dejándome sola con el recuerdo de mi abuela. Cuando cerró la puerta, recordé unas palabras de la carta: "Uno significa sí, dos o más no". Tal vez había sido el espíritu de mi abuela confirmando mis palabras. En lugar de sentir temor, una gran emoción se apoderó de mí. Ella estaba conmigo.

Capítulo 4

Capítulo 4: El principio del camino

—Esa gata me saca de quicio. Está dejando sus asquerosos pelos negros en mis sillones blancos y no para de maullar.

Mientras mi madre gritaba, no recuerdo bien qué, puesto que había aprendido a no escucharla cuando se ponía así, Samanta ronroneaba entre mis piernas. La tomé entre mis brazos, prometí a mi madre que me ocuparía de ella y subí a mi cuarto.

Una vez allí, cerré la puerta y puse música para poder abrir el paquete sin que nadie sospechase. Encontré dentro de él un pesado libro forrado en cuero negro y repleto de hojas sueltas en su interior, aunque cuidadosamente acomodadas.

Observé que se habían colocado los escritos más recientes al principio y los más antiguos al final. Las páginas iban pasando de blanquecinas a amarillentas hasta convertirse en hojas secas y quebradizas como si el tiempo las hubiese quemado. Las últimas se limitaban a ser simples dibujos y símbolos. Muchas otras estaban escritas en una lengua desconocida, pero con nuestro alfabeto, por esa razón, era probable que lo hubiese escrito algún antepasado europeo.

En las primeras páginas se leía la estilizada letra de mi abuela. Posteriormente, aparecían las anotaciones de su madre y a continuación las de la madre de su madre. Cada una había dejado una carta para su sucesor o sucesora.

Me llené de una profunda emoción al tomar conciencia del valor histórico de estos escritos. Era muy importante para mí pensar que alguien de mi familia había comenzado este legado hacía tantos años y que todos habían tenido extremo cuidado para que ahora yo pudiese adquirir este conocimiento ancestral. Pensar en eso me hizo estremecer.

Con las manos temblorosas tomé la primera hoja. Era la carta para la sucesora de mi abuela. Es decir, para mí. Comencé a leer.

Yo, Sara Danann, te escribo estas líneas a ti que vendrás después de mí:

Debés saber que en las siguientes páginas encontrarás instrucciones e información acerca de nuestra historia. De las investigaciones realizadas a lo largo de los siglos, conjuros y recetas mágicas que han sido desarrolladas y probadas por nuestra familia y relatos sobre

acontecimientos pasados.

Muchas de estas cosas deberás experimentarlas para adquirir tu propia energía mágica con el amparo de los espíritus elementales del agua, del fuego, de la tierra y del aire.

Te explicaré brevemente las características de cada uno de ellos. Los espíritus elementales del agua son llamados ondinas por algunos sabios. Ellos te ayudarán en el amor y en la salud. Son muy sensibles y les encanta la música. Los encontrarás en el agua, en donde habitan libremente.

Los espíritus elementales del fuego son llamados salamandras. Se pueden atraer con el fuego y los inciensos. Podrás darte cuenta de que así como nosotros pertenecemos a la luz, hay quienes pertenecen a la oscuridad. Las salamandras te permitirán liberarte de las influencias negativas de los conjuros o los maleficios que caigan sobre vos o sobre alguien a quien quieras ayudar.

Los elementales de la tierra son los gnomos. Ellos aman a los poseedores del saber y a quienes cuidan de la naturaleza. Podés acudir a ellos si tenés inconvenientes en tus trabajos o en tus estudios.

Los silfos, por su parte, son los espíritus del aire. Te darán el poder de las visiones y la intuición para descubrir los secretos de la magia. Son muy importantes y con su ayuda tal vez puedas integrarte con el universo.

Los espíritus elementales son criaturas que no tienen la capacidad de discernir el bien del mal. Pueden ser utilizados por gente como nosotros o por los oscuros. Tratá de que los espíritus te quieran ayudar. Ofreceles velas, música y sahumerios para que estén dispuestos a colaborar.

Hay algo que quizás te asuste. Posiblemente ya lo sepas, la muerte no es el final. Tan solo es el paso a otro plano en donde no es necesaria la materia para manifestar la existencia. A través de tu propia energía y con el tiempo, probablemente llegues a comunicarte con los habitantes de otros planos. Porque, aunque no siempre estemos, siempre somos...

A lo largo de este camino que estás emprendiendo, encontrarás hechiceros naturales que sin saberlo tienen el poder, pero que no saben desarrollarlo porque no tienen el conocimiento o se niegan a tenerlo. Los que realmente lo tienen lo guardan celosamente.

Hubo un período en la historia humana en que hechiceros, brujas y chamanes eran venerados. En muchos lugares había templos en los que se rendía honores a ellos. Eran consultados como oráculos divinos y se respetaban sus conocimientos como poseedores del saber universal. Pero esas épocas de oro llegaron a su fin cuando se mezclaron muchas culturas

y comenzaron a distorsionarse las tradiciones. Lo que dio lugar a una irracional persecución sobre los herederos del conocimiento. Aunque la peor parte les tocó a los que perecieron, el resto también sufrió por el miedo inevitable y por verse difamados como si fuesen poseedores del mal. Así, es como los recriminaba la hipócrita sociedad medieval. El poder político y religioso de la época temía al poder mágico natural heredado y por miedo a lo desconocido se llegaron a inventar atrocidades absurdas atribuidas a nuestro poder mágico. Aunque no niego que había algunos del lado de la oscuridad, pero justamente ellos no fueron los más perseguidos.

Algunos inocentes pudieron escapar a esta despiadada aniquilación. Entre ellos estaban nuestros antepasados y aunque la mayoría de los que sobrevivieron trataron de borrar toda prueba existente de sus dones, muchos de estos son heredados de generación en generación en forma natural sin que lo sepa el poseedor del poder, creyendo que lo inexplicable que le ocurre es simple casualidad. Como no poseen los conocimientos suficientes para lograr el máximo desarrollo de sus capacidades estas pasan desapercibidas. El primer paso es darse cuenta de que uno posee la fuerza mágica.

Por suerte, la inquisición vio su fin hace muchos años. La sociedad sigue viendo con temor a los herederos de la magia y piensan que son satánicos o practicantes de la demonología, nada más apartado de la realidad en nuestro caso. Sin embargo, hay que tener cuidado, porque hay gente con un poder asombroso también del lado del mal.

Muchos herederos de la magia, pero no del conocimiento que esta encierra, se están dando cuenta lentamente por cuenta propia de sus capacidades y están siendo estudiados por ciencias que se ocupan de fenómenos paranormales. Espero que el poder político tenga piedad esta vez y no los quiera utilizar a su favor ni volver a destruirlos. Por estas razones, entre otras, tenés que ser discreta y a su tiempo transmitir el conocimiento.

Me tomé el trabajo de traducir algunas recetas mágicas que me parecieron importantes y de hacer una lista de equivalencias que pude deducir, puesto que para guardar los secretos nuestras ancestras crearon códigos para que otros hechiceros no pudiesen utilizar sus conjuros. Por ejemplo:

Aroma de cronos significa leche de cerdo. Cabeza de serpiente, sanguijuela común de río. Sangre de Titán equivale a lechuga...

Así seguía la lista en forma interminable.

Después, di una hojeada a los primeros hechizos, donde encontré consejos para iniciar rituales. Decidí leerlos más tarde, después la de cena

o quizás mañana. Mi madre estaba llamándome. La cena estaba lista. Escondí el libro en el cajón de la cómoda, en el que guardaba la ropa interior. Apagué la música y bajé las escaleras.

Mientras cenábamos, mi madre me dijo, después de servirme un poco de jugo, de esos dietéticos que tanto le gustaban por ser nutricionista y que se empeñaba en hacerme tomar.

—Mañana a la noche vendrán a cenar mi amiga Susana y su paliducho hijo, Esteban. Va a ser tu compañero en tercero.

Mi mamá se pasó el resto de la cena criticando la mala alimentación que debería darle a su pobre hijo su gran amiga Susana. Estaba obsesionada por el aspecto físico, la alimentación y el modo de vestirse de la gente. Según ella, el pobre chico parecía tener todos los defectos. Decía que era demasiado flaco, muy pálido, introvertido, hasta tal punto que lo comparó con un autista y encima de todo eso, tenía un pésimo gusto para la ropa. Siempre estaba vestido de negro.

Capítulo 5

Capítulo 5: Aquellos ojos grises

A la mañana del día siguiente continué con la lectura atenta y pausada del libro. Lo leí lentamente, porque cada frase era un importante mensaje o consejo. A medida que avanzaba iba reflexionando en el significado de las palabras.

Pensé en lo que intentaba inculcar mi abuela en esas páginas. Básicamente, la idea principal era visualizar el objetivo que se deseaba y para intensificar la concentración era necesario realizar una especie de ritos mágicos. Estos llevaban tiempo y esfuerzo. Al buscar todos los elementos necesarios para el rito se podía incrementar nuestra concentración y por lo tanto nuestro poder mágico. Mi abuela recalca que para incrementar la eficiencia y concentrar nuestra energía, debíamos convocar a las fuerzas de la naturaleza, los espíritus elementales.

Reparé en que necesitaría proveerme de algunos elementos sencillos para crear un pequeño altar y llevar a cabo mis objetivos. Debía poseer aquellas cosas que fuesen de agrado para cada uno de los elementales. Así, actuarían a mi favor. Tenían que estar presentes materiales en los cuales estas fuerzas estuviesen, armonizar con ellas y convocarlas amablemente.

Me pregunté cómo iba a ocultar un altar en mi habitación sin que se diera cuenta mi madre. Ella era una persona sumamente obsesiva con el orden y la limpieza. Si lo descubría, seguramente iba a enviarme a un psicólogo, luego de hacer un escándalo terrible.

Después de permanecer casi una hora recostada en la cama mirando a la nada e intentando pensar en dónde lo ocultaría, recordé una frase que había escuchado en televisión: "El mejor sitio para esconder un árbol es en un bosque". Decidí que toda mi habitación sería un altar y que todo estaría a la vista como elementos decorativos.

Me propuse salir a comprar la nueva "decoración" para mi habitación. Me levanté. Tomé parte de mis ahorros y no tuve que pedir permiso para salir ya que mis padres no estaban en casa. Ambos se encontraban en sus respectivos trabajos.

Cuando salí a la vereda, recordé que era sábado por la mañana y en la plaza del barrio habría una feria artesanal. Pensé que podía ser un buen lugar para encontrar todo lo que necesitaba.

Doblé la esquina y crucé hacia la plaza. Tal y como lo había imaginado, fui encontrando allí todos los elementos que buscaba. En un puesto encontré

sahumerios de todos los aromas. Eran deliciosos. En otro compré un paquete de velas perfumadas de diferentes colores y tamaños. En un rincón de la feria adquirí un jazmín para colgar en la ventana y unos bellos recipientes de cristal donde colocaría agua y eventualmente alguna flor para disimular.

Cuando emprendí mi regreso, me atrajo un espejo con un artístico marco artesanal. Lo tomé entre mis manos y contemplé mi imagen reflejándose en él. Percibí que mis rizos dorados brillaban más que de costumbre, como con luz propia.

Mis pensamientos fueron interrumpidos cuando vi reflejados unos ojos grises que me miraban y una voz varonil que me aconsejó:

—No necesitás que un espejo te diga lo hermosa que sos.

Cuando me di vuelta, distinguí al mismo muchacho con el que había tropezado un mes atrás. Luego de decirme esas palabras, se perdió en un mar de gente mientras se acomodaba hacia un costado su flequillo negro.

Pagué el espejo y volví a mi casa con mi corazón latiendo acelerado y sin poder quitar de mi mente aquellos ojos grises que me cautivaron.

Cuando entré, me apresuré a buscar en la cocina la sal fina y, tras echar un puñado en el recipiente de cristal, la diluí con un poco de agua.

Al entrar en mi cuarto fui esparciendo alrededor de mi habitación, con la punta de mis dedos, la solución que acababa de preparar. Mientras, en mi mente repetía algunas frases que había incorporado del libro. "Agua y sal fluido de pureza protégeme de las fuerzas de la oscuridad. No permitan que nadie ni nada se oponga a mi voluntad ni a mis deseos. Consagro este lugar como mi santuario, mi templo y mi altar".

A continuación, coloqué una vela en su portavelas y la encendí para halagar a los espíritus del fuego. Coloqué agua en un segundo recipiente y dentro de él una rosa blanca, que corté de mi jardín, para homenajear a los elementales del agua. Junto a la ventana colgué el jazmín, para las fuerzas que rigen la tierra. Con la vela encendí un incienso, que muy pronto con su perfume impregnó toda la alcoba.

No pedí nada a cambio, simplemente sentía la necesidad de agasajar a los elementales, mis nuevos y mágicos aliados. Cuando se consumió por completo el sahumerio, apagué la vela y sentí el deseo de susurrar:

—Bienvenidos. Espero que en un futuro me brinden su ayuda y protección.

Fui interrumpida por un golpe seco sin punto de partida, sin explicación natural y recordé la frase: "Si no hay otra explicación, posiblemente sean los espíritus". No sentí temor. Alguien o algo estaba de mi lado.

Terminé rápidamente de acomodar las cosas a modo de decoración porque escuché el ruido de la puerta, seguido de la voz de mi madre que llamaba:

—Tamara, bajá. Compré comida hecha.

No lo podía creer. Ella nunca compraba comida hecha o precocinada. Decía que no tenía los nutrientes necesarios para lograr una vida sana y saludable.

Estaba ansiosa por ver qué sería. No tendría que soportar, por una vez en la vida, la asquerosa pero nutritiva comida preparada por ella.

Bajé corriendo las escaleras y me llevé una enorme desilusión al descubrir que mi esperanza de un exquisito almuerzo se desvanecía al ver que lo único que había eran unas desabridas ensaladas y jugo para beber, siempre jugo, aunque esta vez era de zanahoria...

Cuando terminamos de almorzar, si eso podía llamarse almuerzo, mi madre comenzó a quejarse nuevamente. Mi padre y yo compartimos una cómplice mirada de fastidio. Ella gritaba:

—Podrían ayudarme un poco. Hoy va a venir Susana con ese chico raro, Esteban. No quiero que ella piense que estamos viviendo en una pocilga. Todo está lleno de pelos de gato. Acá, la única que hace algo por la casa soy yo. Ustedes dos no son capaces de mover ni un dedo por su hogar...

Mi padre con serenidad resopló:

—Mirá, Raquel, vos la invitaste. Si no querías que viniera, no la hubieses invitado.

—Vos no entendés nada. Yo sí quiero que Susana venga —continuó esta vez intentando adoptar un papel de víctima, algo que, por cierto, le salía extremadamente mal.

—¿Acaso no se dan cuenta de que lo único que busco es un poco de ayuda por parte de mi familia? Pretenden que yo sea una esclava... Soy una pobre e incomprendida víctima de su indiferencia —siguió, siguió y siguió reprochando cosas que ahora ni siquiera puedo recordar.

Capítulo 6

Capítulo 6: Secretos compartidos

Las estrellas comenzaban a decorar el cielo, que paulatinamente pasaba del rojo del ocaso a un azul profundo para luego tornarse negro.

Leyendo el libro me había informado que una de las primeras pautas para dominar la fuerza mágica era lograr la concentración. Para ello se sugerían varios tipos de ejercicios. Entre estos, el que estaba intentando hacer en ese momento. Consistía en visualizar con los ojos cerrados una cálida bola de energía entre mis manos que estaban enfrentadas pero sin llegar a tocarse. Por momentos, sentía mucho calor entre mis palmas y en ocasiones llegué a creer que se había vuelto corpórea. Pero súbitamente mi concentración fue interrumpida. Mi madre estaba llamándome. Las visitas habían llegado.

Tardé en bajar. Como digna mujer, tenía que arreglarme un poco. Acababa de llegar un chico de mi edad, que sería compañero mío y aunque no lo conocía aún y había oído hablar a mi madre muy mal de él, decidí estar "hecha una diosa".

Mientras bajaba las escaleras, lo vi inmóvil. Estaba sentado en el sillón blanco de mi propia casa. A él, con sus misteriosos ojos grises. Los mismos que me habían observado por el espejo en la feria esa misma mañana. No parecía haber reparado en que yo bajaba las escaleras y en cambio observaba la fina alfombra persa con fastidio.

Cuando mi madre me vio, gritó:

—Tamara, ¿qué estabas haciendo ahí arriba? Tardaste una eternidad en bajar. No seas descortés con los invitados y vení a saludar ahora mismo.

Todas las miradas, incluyendo la de él, estaban fijas en mí. Sentí que mis mejillas ardían. No podía creer que mi madre estuviese avergonzándose así. Nunca se lo perdonaría, entre otras tantas cosas que detestaba que hiciera o que me obligaba a hacer. Me acerqué hasta ellos sin mirar a nadie. Mi madre nos presentó:

—Ella es mi hija Tamara —dijo dirigiéndose a una rolliza mujer poco elegante, que contrarrestaba con la esbelta apariencia de mi madre.

Le sonreí a la señora, quien me devolvió la sonrisa de un modo cálido. Se levantó y dijo:

—Hola, ¿cómo estás, querida? Vos debés ser la famosa Tamara. Vas a ser

compañera de mi hijo.

Evitando mirarlo e intentando no llamar su atención respondí:

—Sí.

Mi madre con una absoluta hipocresía interrumpió mi silencio:

—Este es el encantador y apuesto Esteban. Saludalo y de paso mostrale la casa. Yo voy a seguir charlando con Susana, mientras se termina de hacer la comida.

Susana con su voz chillona lo alentó:

—Andá, andá "Teby". La nena es nueva en el barrio y no debe tener muchos amigos.

Se levantó lentamente y sin mucho entusiasmo me siguió mientras lo guiaba por mi casa. No dijo ni una sola palabra durante todo el recorrido y mucho menos mencionó que ya me había visto. Comenzaba a sentirme incómoda. Estaba hablando sola, seguramente él ni siquiera me escuchaba.

Habló por primera vez cuando abrí la puerta de mi cuarto y ante mi sorpresa dijo:

—Hay velas, flores e inciensos. Estos jarros con agua son los que compraste hoy. Ah... y ahí está el espejo. Interesante...

No sabía si estaba siendo halagada o descubierta y pregunté:

—¿Por qué?

Me miró a los ojos. Hizo una media sonrisa y antes de que pudiese responder a mi pregunta, retumbó un nuevo grito de mi madre anunciando que la cena estaba lista.

Sin responderme, Esteban amablemente hizo un gesto con la mirada, para que yo bajase primero. Experimenté por primera vez una sensación muy extraña. Sentí una especie de vértigo mezclado con un intenso calor en las mejillas y nuevamente se aceleraba mi corazón. Lamentablemente, parecía que él ni siquiera me notaba.

Mientras cenábamos un delicioso pollo con una ensalada desabrida con un gusto semejante al pasto del jardín y bebíamos jugo, yo estaba observando a Esteban, mi galán de ojos grises que jugaba con la comida

sin probar bocado.

Deseaba que él me prestase atención. Al cabo de unos minutos, levantó la vista hacia mí y me miró. Rápidamente, yo bajé la mirada y sentí como mis mejillas volvían a sonrojarse. Cuando levanté la vista, aún me estaba mirando y me regaló otra encantadora media sonrisa. Volví a bajar la vista, pero no sin antes regalarle la mía.

Durante el resto de la cena solo se escucharon la fría voz de mi madre y la chillona voz de Susana. Por fortuna, ella había traído el postre. Se trataba de una deliciosa torta de chocolate preparada con sus propias manos. Todos comimos con deleite, todos salvo Esteban, quien apenas había probado su primera porción.

Mientras tomábamos el último café, Susana amablemente sugirió:

—Tamara, cuando quieras, mañana o pasado, vení a nuestra casa, así charlás con Esteban. Si no, no tengo problema en que él venga a visitarte.

Cuando dijo estas palabras, mi madre me miró con los ojos muy abiertos. Susana no pareció reparar en eso y continuó:

—Él te puede contar todo sobre tu nuevo colegio y algunas cosas del barrio.

—Se... será un placer... Si a él no le molesta —Agregué tímidamente, con una fuerte opresión en el pecho.

Lo miré y, sin ganas aparentes, asintió con la cabeza.

Casi a medianoche, cuando nuestros invitados se estaban por retirar, mi padre sugirió acompañarlos para que llegasen seguros. Susana accedió, porque, aunque vivía solo a una cuadra y media, no le gustaba cruzar la plaza. A Esteban aún lo veía como un niño, cosa que me dio mucha gracia e intenté disimular la risa con una tosecita. Él pareció darse cuenta, porque frunció levemente el ceño, aunque no me miró ni me dijo nada.

Al salir a la calle, nuestros padres se adelantaron y nosotros caminamos en silencio detrás de ellos.

La fresca brisa de una noche de verano me acariciaba el rostro y despeinaba con gracia el cabello de Esteban, quien casi instintivamente se lo acomodaba. Antes de llegar a la esquina, me paralizó un alarido espectral. Fue un sonido parecido al que había escuchado tiempo atrás en la isla cuando apagué la vela. Al recordarlo, me estremecí aún más y me aferré inconscientemente al brazo de Esteban, quien me miró con

sorpresa.

Al darse cuenta de que su madre tornaba su cabeza hacia nosotros, susurró:

—No digas nada. Ellos no la escuchan. Casi nadie la escucha. Disimulá, es una banshee, después te explico. Debés ser nueva... Lamentablemente alguien acaba de morir...

Lo miré a los ojos y sentí que teníamos más en común de lo que imaginaba. Seguimos caminando, aún no había soltado su brazo y casi sin voz pregunté:

—¿Hace mucho que las escuchás?

—Desde hace un año. No digas nada. Te pueden tomar por loca. Son muy pocos los que tienen el poder suficiente para percibirlos.

Lo miré perpleja. Lamentablemente, el camino había concluido. Estábamos en la puerta de su casa. Sin que yo lo esperase, soltó mi brazo y me dijo:

—Si te parece bien, te paso a buscar mañana a las tres.

Mi corazón dio un salto. Susana sonrió pícaramente y besó mi mejilla. Mi madre frunció los labios, pero sin emitir palabra y mi padre no pareció darse cuenta de nada. Totalmente colorada, respondí:

—Bueno, nos vemos mañana.

Mientras volvíamos caminando hacia mi casa, nuevamente la brisa me acariciaba mi piel y yo sentía una mezcla de sorpresa, temor, timidez y bochorno, pero, sobre todas esas cosas y por primera vez en un mes, me sentía feliz.

Capítulo 7

Capítulo 7: Revelaciones

Al día siguiente, las horas pasaban muy lentas. No veía el momento de que llegasen las tres de la tarde. Había olvidado por completo la lectura del libro y no encontraba qué ponerme. Sentía que todo me quedaba mal.

Después de muchos intentos, finalmente opté por una musculosa negra y mis jeans preferidos. A las tres y un minuto, comencé a preocuparme. Tal vez se había olvidado de mí. Posiblemente no llegaría nunca.

Por suerte mi interminable espera (de un minuto) concluyó al sonar el timbre. Bajé corriendo las escaleras y abrí la puerta.

Ahí estaba él, con sus ojos grises y con su ropa negra que resaltaba su blanquecino rostro de finas facciones. Besó mi mejilla y sugirió:

—Vamos a la plaza para que nadie nos interrumpa. Hay árboles frondosos, odio estar debajo del sol.

En ese momento, comprendí el porqué de su palidez y sonreí sin querer.

Una vez en la plaza, nos sentamos bajo la sombra protectora de un álamo y comenzó la más extraña e interesante conversación que hubiese tenido hasta entonces. Incluso, fue más extraña que las que solía tener con mi abuela.

Él comenzó diciendo:

—No finjas conmigo. Tenés que confiar en mí. Ya sé que invocás a los elementales y que tenés el poder de percibir banshees. ¿También tenés un grimorio?

Clavé mis ojos en la tormenta gris que eran los suyos. No entendía lo que me acababa de preguntar. No tenía idea de qué podía ser un grimorio. Al mismo tiempo, me sentía descubierta. No quería que él pensara en mí como en una malvada bruja. Me di cuenta tiempo después de que era yo quien tenía incorporado ese prejuicio. No estaba segura qué debía decir, así que opté por preguntarle:

—¿Qué es un grimorio?

—Es un manuscrito que se transmite de generación en generación o de un maestro a su discípulo —me explicó rápidamente.

—Ah... —me limité a decir.

—Y bueno, ¿tenés uno?— insistió.

—¿Vos sí? —dije intentando ganar tiempo para pensar. No quería revelar mi secreto que parecía haber sido descubierto.

—Imagino que sí... No importa realmente. Me interesaría que juntemos nuestras fuerzas. Hay muchas cosas que he intentado solo y no me salieron completamente bien. Juntos podríamos lograr muchas más...

—¿Vos qué sabes? ¿A qué te referís exactamente? —agregué sin estar segura si debía o no confiar en él.

Dudó un momento y respondió con otra pregunta:

—Sé muchas cosas. ¿Ya utilizaste a los elementales? —continuó interrogándome.

Ahora estaba completamente convencida de que él realmente tenía el conocimiento.

—No, recién me inicié. Percibo su fuerza, pero no hice nada, por el momento —confesé un tanto avergonzada.

—Yo te voy a ayudar, siempre y cuando me ayudes a mí. Sería como un pacto entre ambos. Sé que vas a ser poderosa y yo soy muy fuerte —continuó hablando con la arrogancia que lo caracterizaba.

Como mi propia naturaleza me lo exigía, yo quería desarrollar más mi poder. Ávida de conocimiento le pregunté:

—¿Qué aprendiste hasta ahora? ¿Utilizaste a los elementales?

Luego de tomarse unos momentos para pensar e intentando ser lo más claro posible respondió:

—Aprendí a controlar mis emociones y a ver las cosas desde una perspectiva distinta a la del resto de la gente. El control de uno mismo es lo más importante, porque de nosotros nace la fuerza. Tenés que canalizar la energía y utilizar técnicas de concentración.

En ese momento, recordé lo que había hecho el sábado por la tarde e inconscientemente sonreí mirando el piso.

—¿Ya lo hiciste, no? —preguntó casi con orgullo.

Recordé sus palabras "Debés aprender a controlar tus emociones". Sin esperar una respuesta, continuó:

—Podés recurrir, si querés, a los elementales o a un Ser superior, así como otros recurren a los santos o a los demonios. Todo tipo de ritual te ayudará a focalizar tus objetivos y a intensificar tu fuerza psíquica. Si querés llamarlos elementales, que así sea. Si tenés ganas, mañana me gustaría que juntos hagamos un experimento. Cada logro que tengamos nos fortalecerá, porque crearemos más en nosotros mismos.

Yo asentí con la cabeza y lo dejé continuar.

—Si querés, te paso a buscar mañana a las tres y vamos a mi casa. Mi mamá nunca se daría cuenta de lo que hacemos. Ella está siempre adelante, atendiendo la librería. Nosotros vivimos en el fondo y aunque nos viese no se percataría, es demasiado... simple.

—¿Qué clase de experimento? No le haremos mal a nadie, ¿verdad?

—No. No le haremos daño a nadie. Simplemente nos comunicaremos con algún espíritu. Son muy útiles. Algunas veces pueden revelar cosas del futuro. Fijate en tu grimorio cómo lo hacían tus ancestros.

Palidecí de golpe. Nunca supe si fue por lo de los espíritus o porque yo nunca le había confirmado la existencia del libro. Él solo supuso que yo lo tenía.

—Si tenés tiempo, cuando no haya nadie que te pueda descubrir, practicá la concentración. Hay muchas maneras de hacerlo. Mi preferida es encender una vela pequeña, colocar mis manos rodeándola e intentar que la llama baile a mi antojo. Intentalo, sé que lo vas a conseguir y si no es así, es que te falta confianza en vos misma, entonces podrías recurrir a las salamandras —hablaba con tanta seguridad que sentí que a su lado podría lograr cualquier cosa que quisiera.

Se incorporó, y extendiendo su mano hacia mí, dijo:

—Te acompaño hasta tu casa.

Cuando tomé su mano, ante mi sorpresa agregó:

—Por cierto, sos muy linda.

Volví a sonrojarme y por unos instantes olvidé todo el resto de la conversación.

Capítulo 8

Capítulo 8: El espíritu

Esa noche, en mi habitación, intenté la técnica de concentración que me había recomendado Esteban. Lamentablemente, la llama danzaba a su antojo y no al mío. Posiblemente, no podía concentrarme después de la profunda conversación de esa tarde y en ese momento sentí que había cruzado una línea. Mi vida ya no sería la misma.

A la mañana siguiente, cuando mis padres salieron a trabajar, recordé que debía buscar la forma en que mis antepasados se comunicaban con los espíritus. En el libro encontré dos formas básicas que me parecieron fáciles de realizar. Decidí que esa tarde se las comentaría a Esteban.

Faltando unos minutos para las tres, sonó el timbre. Hacía mucho tiempo que yo ya estaba preparada, pues presentía que él vendría antes. Cuando abrí la puerta, me perdí de nuevo mirando sus ojos grises. Me saludó con un beso en la mejilla y me dijo:

—Vamos, preciosa, ellos nos esperan.

—¿Quiénes? —pregunté algo decepcionada, ya que quería que pasáramos otra tarde los dos solos.

—Los espíritus, por supuesto. Estoy ansioso por ver qué nos revelarán. Pero, tendremos que entrar por la librería, mi madre quiere saludarte. Creo que quiere que sean amigas o algo así.

Sonreí intentando ocultar mi nerviosismo.

Cuando llegamos a su casa, entramos por el negocio. Era un pequeño local totalmente repleto de libros nuevos y usados y tenía una antigua computadora que posiblemente sirviese para ayudar a su madre a catalogar tanto material. Noté que los libros estaban agrupados en diferentes secciones como amor, ficción, terror... y ciencias ocultas y paranormales. La señora estaba leyendo una historia de amor y pensé que ese era el mejor negocio para alguien al que le gustaba leer.

Cuando ella reparó en mí, se puso de pie e inmediatamente corrió a saludarme.

—Qué bueno que estés acá. Por fin mi Teby trae a alguien a casa. Al menos hoy no va a pasar todo el día leyendo esos libros raros en su habitación.

Señaló el rincón de Ciencias ocultas y paranormales.

—Querida, ¿vos leés mucho?

Dudé un momento y respondí:

—Un poco.

Por suerte, no me preguntó qué tema me interesaba. Esteban, cansado de estar al margen de nuestra conversación, exclamó:

—Vamos al fondo a tomar algo. Mamá, nos vemos después.

Le sonrió a su madre y me guio por un pequeño pasillo, al final del cual había un patio semicubierto. Todas las habitaciones, incluso la cocina y el baño, tenían salida al patio. Era una casa antigua, pero prolijamente cuidada. En el patio y en la escalera que daba a la terraza había numerosas plantas con flores. En el medio del patio, se encontraba una mesa de metal blanco con góticas decoraciones y cuatro sillas que hacían juego.

Nos dirigimos hacia la última puerta, en la que se encontraba la cocina. Me invitó a sentarme y me sirvió una deliciosa gaseosa. Se sentó frente a mí y comenzó el interrogatorio. Al que yo fui respondiendo ingenuamente.

—¿Buscaste lo que te pedí?

—Sí, encontré dos métodos que me parecieron los más sencillos y los que no me van a dar demasiado miedo.

Incrédulo, preguntó:

—¿Todavía tenés miedo?

—Es que no conozco los límites de lo que estamos desatando. Espero que no sea peligroso —confesé.

—Bueno, princesa, te entiendo, pero estamos juntos. Yo nunca dejaría que algo malo te pasara.

Suavemente acarició mi mejilla. Parecía saber de lo que hablaba y olvidé todos mis miedos.

—La forma que me pareció más sencilla es lograr que los espíritus nos respondan jugando al juego de la copa... —dije después de unos segundos

de silencio.

—Creo que para eso necesitaríamos más gente. Si conocés otra manera de hacerlo, sería aún mejor —me interrumpió.

—Podríamos encerrar al espíritu entre un plato y un vaso invertido. Es semejante al juego de la copa, pero nos respondería a través de golpes pequeños, casi imperceptibles. Uno impone las pautas. Debemos aclarar que un golpe significa sí y dos o más, no. Tenemos que concentrarnos y encender una vela. Con ella atraeremos a los espíritus abriendo los portales cósmicos. La vela, si querés, puede ser perfumada o podríamos acompañarla con inciensos. Yo por las dudas traje una vela perfumada de casa —hablé mientras él me escuchaba con atención.

Ante mi sorpresa, se levantó rápidamente de su silla y se dirigió al aparador de donde sacó un plato grande y uno pequeño, un vaso y una caja de fósforos. Era la primera vez que lo veía ansioso.

Colocó sobre el plato grande el vaso invertido. Tomó la vela de mi mano, la encendió y la puso sobre el plato pequeño. Quitó los vasos con gaseosa y los fósforos de la mesa. Se sentó y propuso:

—Comencemos. Decí vos las palabras.

Coloqué primero las yemas de mis dedos índices sobre el vaso casi tocando el vidrio. Él, a continuación, hizo lo mismo. Yo lo miré y él dijo con tranquilidad:

—Continuá.

—Te convocamos aquí. Espíritu, ¿nos escuchás? Un golpe significa que sí, dos o más, que no.

Esas palabras las repetí varias veces, hasta que Esteban también comenzó a decirlas. Un tiempo después, el vaso comenzó a vibrar. Palidecí de golpe. No podía creerlo, estaba a punto de entablar una conversación con un ser de otro plano de existencia. Preguntamos varias veces si estaba ahí.

De pronto, el vaso golpeó muy despacio contra el plato. Esteban susurró:

—Está acá.

Pensando que era mi abuela, le pregunté:

—¿Sos pariente mío?

Golpeó dos veces. Eso significaba que no lo era. Me desilusioné un poco, esperaba volver a hablar con ella. Luego fue Esteban quien preguntó:

—¿Sos un pariente mío entonces?

El fantasma realizó un golpe contra el plato. Esteban sonrió, pero estaba más pálido que de costumbre.

—¿En vida fuiste hombre? —continuó interrogando.

Dio otro golpe seco contra el plato. Sin dejar que yo pudiese preguntar nada continuó:

—¿Sos mi padre?

Esta vez fueron dos golpes.

—¿Lo conociste?

Un golpe más fuerte resonó en la habitación.

—¿Él está vivo?

Se escuchó un golpe aún más fuerte que el anterior. Esteban parecía emocionado y siguió interrogando:

—¿Se fue porque no quería tenerme?

El espíritu contestó que no.

—¿Me dejó por culpa de mi madre, Susana?

Nuevamente la respuesta fue un no.

—¿Lo encontraré?

El vaso comenzó a vibrar con violencia y estalló. Yo respiraba muy agitada y no podía hablar. Esteban en cambio parecía enojado. Se levantó y golpeando violentamente la mesa con su puño, gritó:

—¡Maldición! Estaba tan cerca de encontrar la respuesta.

Se derrumbó en su silla y casi sin voz suspiró:

—Al menos, sé que está vivo.

Era la primera vez que había visto sus verdaderos sentimientos. Valoraba mucho que se hubiese mostrado vulnerable frente a mí. Tomé su mano y

prometí:

—Voy a ayudarte a encontrarlo.

Respeté su silencio. En su lugar tampoco hubiera querido hablar. Aunque lo que nos había sucedido era impresionante, ya tendríamos tiempo de conversar acerca de ello.

Capítulo 9

Capítulo 9: Hécate

Al día siguiente, después de una noche en la que casi no pude conciliar el sueño, mientras acariciaba a Samanta en el jardín, sorpresivamente llegó Esteban. No esperaba volver a verlo tan pronto. Abrió la reja y se acercó a mí.

Antes de que pudiera saludarme, a Samanta se le erizó todo su negro pelaje y le arrojó un fallido zarpazo. No podía explicarme esta reacción. Luego, comenzó a acecharlo, como si quisiese atacarlo.

Por precaución, para que no lo lastime tomé a la gata entre mis brazos y la encerré dentro de la cochera. En ese momento, no recordé los consejos de mi abuela. Al volver, Esteban me esperaba inmóvil y le supliqué:

—Disculpá a Samanta. Nunca se había comportado así. Qué suerte que viniste. ¿Cómo estás?

—Bien, bien. ¿Me acompañás a dar una vuelta? Hay muchas cosas de las que tendríamos que hablar. Ayer pasó algo muy importante y esta noche en la librería volaron un par de libros solos. Mi madre está aterrada. Intenté tranquilizarla diciéndole que habían sido solo vibraciones de la calle. Pero me parece que no creyó ni una sola palabra de lo que le dije. Después busqué alguna forma de revertir la situación, pero no tengo el conocimiento y quizás como el método de atraer al espíritu lo tenías en tu grimorio, tal vez sepas qué hacer.

—Supuse que podría pasar algo así. Creo que el espíritu que está atrapado en tu casa no es muy poderoso y tengo un presentimiento de cómo podemos liberarlo. Vamos arriba —sugerí. Afortunadamente había estado leyendo mi grimorio esa mañana.

Él me siguió hasta mi habitación y nos sentamos en la alfombra.

—Este lugar está consagrado. Es mi altar. Vamos a pedirle a los elementales que guíen al espíritu y lo liberen.

Procedí a encender dos velas y un sahumero. Dejé el agua cerca y comencé tomando las manos de Esteban.

—Invocamos a los espíritus del fuego, las salamandras, para que nos brinden su fortaleza y con ella el poder de liberar la casa de Esteban de cualquier espíritu que haya quedado atrapado allí —comencé diciendo. Luego repetimos juntos muchas veces las palabras, en absoluta

concentración:

—Libérala, libérala, libérala...

Finalmente, sentí la necesidad de añadir:

—Está hecho.

Él me miró y agregó:

—Realmente, aprendiste mucho. En mi libro, este tipo de conjuros no aparecen. Son un poco más... —hizo una pausa y continuó— siniestros. Prefiero no tener que hacerlos.

—Entonces, también tenés un grimorio. ¿Quién te lo dio? ¿Tu madre es hechicera? —pregunté muerta de curiosidad.

Susana no parecía una hechicera, pero no la conocía lo suficiente como para estar segura.

—No, al igual que la tuya. Cuando aprendas a observar, te vas a dar cuenta de estas cosas —dijo, haciéndome sentir inexperta a su lado.

—¿Quién te lo dio? —volví a preguntar.

—Nadie, lo encontré yo solo. Tuve una visión mientras dormía. La voz de un hombre me decía que si buscaba debajo del piso lo encontraría. Al principio, no lo entendí, pero después de buscar por mucho tiempo, descubrí que en mi habitación había un tablón flojo. Allí encontré el libro —explicó —¿Vos lo heredaste de tu padre?

—No, de mi abuela. Mi padre no sabe nada y no tiene que saberlo —dije, recordando aquellas palabras que mi abuela había escrito.

—Lo sé —agregó.

—Vos estabas intentando encontrar a tu papá. ¿No lo conociste?

—No. Él me abandonó cuando nació. Me dejó su apellido, la casa y la librería para que mi madre me pudiera mantener —, dijo. Sus palabras no reflejaban ninguna emoción.

—¿Tu mamá no te dijo nada sobre él?, ¿quién era?, ¿qué hacía? o ¿por qué se fue?

—No. No quiere hablar de él. Solo se limita a decir: "Él siempre nos protege". Por eso pensé que estaba muerto, pero no es así. Tampoco me

deja hablar mal de él.

—¿Cuál es tu apellido? —pregunté esperanzada—. ¿Buscaste si aparece en la guía de teléfonos o en Internet?

—Es Hécate. No figura en ningún lado.

—Tu nombre me suena de algún lado. Creo que lo escuché antes, en algún lugar. Vamos a la otra habitación. En la computadora de mi papá hay conexión a Internet.

En el buscador escribimos "Hécate". Era un nombre que se remontaba tanto en el tiempo que parecía haber nacido con la historia de la humanidad. Leímos que Hécate era en la mitología griega una diosa. La diosa de las brujas. Era tan poderosa que podía vestir a la energía de materia para manifestar su existencia, entre muchas otras cosas.

Miré a Esteban que parecía orgulloso de su nombre, y le dije:

—Posiblemente hayas heredado de ella tu nombre y tus poderes...

—No, yo heredé mi nombre de un cerdo que no tuvo las agallas de hacerse cargo de mí —pronunció, y sus palabras reflejaron toda la ira contenida que sentía.

—Tal vez no fue así. Alguna razón tiene que haber por algo Susana no quiere que hables mal de él.

—Posiblemente, pero quisiera encontrarlo, para que sea él quien me diga por qué me dejó y me responda todas las preguntas que tengo para hacerle.

—No me animo a recurrir de nuevo a los espíritus. Al menos, no como lo hicimos. Podríamos atraer a un espíritu de una persona cruel o más poderosa. No lo podríamos manejar ni contener. Necesitamos tener más información. ¿Vos nunca lo habías hecho?

Dudó un momento y respondió simplemente:

—No.

Unos segundos más tarde, tratando de justificarse, añadió:

—Pero muchas veces vi sombras y personas que desaparecían. Aunque nunca hablé con ellos.

—No es lo mismo que vengan por que quieren a que uno los obligue a

venir y los encierre en un vaso.

—Es verdad —coincidió.

—¿En el libro no encontraste nada sobre tu papá en las hojas escritas por él?

—No. Las arrancó todas. Ni eso quiso dejarme. Los últimos escritos son de mi abuelo, que por cierto no era demasiado bueno. Era un ser muy oscuro.

Nos quedamos en silencio meditando por un tiempo hasta que sugerí:

—Voy a buscar en mi libro para ver si hay algún modo de saber lo que pasó con tu padre y por qué tuvo que irse.

Él sonrió y añadió:

—Te lo agradecería mucho. Nos vemos luego.

Lo acompañé hasta la puerta y vi cómo se alejaba. Sentía que ahora él me necesitaba más que nunca y no sabía cómo pero lo tenía que ayudar.

Subí a mi cuarto. Puse música y me quedé toda la tarde pasando hojas del grimorio. Observé, con sorpresa, que no siempre mis ancestros habían sido honorables y que había algunos conjuros que jamás intentaría hacer.

Entre las hojas que había escrito mi bisabuela creí encontrar la solución que estaba buscando. Invocaría a los elementales del aire para que me diesen el poder de las visiones.

El conjuro era muy lento. Consistía en prender hierbas aromáticas (en su defecto, sahumeros) invocando a los silfos; tenía que comenzar en una noche de luna llena y finalizarlo un mes lunar después. Pensaba hacerlo sin decirle a Esteban, ya que era probable que no estuviésemos listos para ese tipo de conjuros y no quería ilusionarlo sabiendo que podía fracasar.

Me fijé en un calendario cuánto faltaba para la primera noche de luna llena. Afortunadamente, solo debía aguardar un par de noches.

Capítulo 10

Capítulo 10: Furia

Un nuevo día comenzaba y como casi todas las mañanas me desperté temprano para poder desayunar con mis padres antes de que se fuesen a trabajar. Mientras lo hacíamos, mi padre preguntó pícaramente:

—¿Estás saliendo con Esteban?

Respondí sorprendida y atragantándome con el café con leche:

—No. Somos solo amigos. ¿De dónde sacaste eso?

—No sé. ¿Será porque él viene a buscarte todos los días?

Ocurrió justo lo que temía que pasara. Nos escuchó mi madre y comenzó a sermonearme.

—Tamara, vos sos una chica demasiado linda e inteligente. Que salgas con alguien como él, sería un desperdicio. Por otro lado, sos muy joven para tener novio... No quiero que vuelvas a salir sola con él.

A continuación, comenzó a enumerar todos los defectos de Esteban. Cuando me cansé de escuchar su sermón, estallé:

—Mirá, mamá, no soy su novia ni tengo pensado serlo. Como ya dije, no somos nada más que amigos y si eso te molesta, yo no puedo hacer nada al respecto. Me parece que es una gran persona y no sé por qué te estás empeñando en decir lo contrario. No salgo con él, pero si así fuese, estaría orgullosa de hacerlo. Es una de las mejores personas que conozco.

Era la primera vez que me enfrentaba con mi madre. Mi padre me miraba con sorpresa, pero no decía nada. Ella abrió la boca para reprochar algo, pero yo la interrumpí.

Me tenía harta. Estaba cansada de que criticara todo y que absolutamente nada de lo que yo hiciese le pareciera bien.

—Quiero que sepas que no comparto tus ideas y, aunque seas mi madre, eso no te da derecho a prohibirme que lo siga viendo. Por primera vez en mi vida quiero que me dejes elegir a mí, aunque sea a mis propios amigos. Te hago caso en todo lo demás, pero que me prohíbas ver a Esteban es demasiado... ¡Dejá de controlar mi vida!

Ambas estábamos a punto de romper a llorar. Ella furiosa y gritándome

como nunca me había gritado, me dijo:

—Tamara, vos sos demasiado chica y no tenés la experiencia suficiente para saber lo que es bueno para vos. Yo, como una buena madre, tengo el deber de guiarte en tu camino hacia el futuro. Estoy absolutamente convencida de que ese chico no es una buena influencia para vos. Jamás me habías contestado así. Sos una maleducada...

—No soy maleducada y tampoco soy chica mamá. Tengo quince años y si no tengo la experiencia necesaria, es porque nunca me permitiste tenerla. Creo que la experiencia se adquiere a través de la vida. Si no me dejás que abra las alas y vuele, en el futuro me van a aplastar. Tenés que dejar que me equivoque y que me caiga, porque soy humana y equivocarse es humano. Yo sola me voy a levantar y voy a aprender de mis errores, para poder crecer... Además, vos ni siquiera sabés lo que suelen hacer los chicos de mi edad. Muchos de los amigos que tenía en mi vieja escuela se drogaban y frecuentemente tomaban alcohol. Ellos no sabían bien cómo enfrentar sus vidas. No los critico por ello. En más de una ocasión me ofrecieron amablemente ciertas sustancias y como yo tengo bien claro quién soy y lo que quiero, nunca acepté. Vos ni siquiera te habías dado cuenta. Yo misma tuve que aprender qué cosas eran buenas o malas para mí. Vos creías que mis amigos y yo éramos muy chicos o no estábamos expuestos a estas cosas lejos de la ciudad. Obviamente, no te dije nada por miedo a tu reacción. Esteban es muy maduro. Lo único que hace es leer y pensar para llegar a ser alguien importante en un futuro. Él sabe lo que quiere de la vida. No sé qué clase de prejuicios son los que tenés en su contra, pero yo creo que no tendrías que juzgar a la gente por su aspecto ni por su ropa, sino por quien realmente es.

Ella no quiso reconocer que en el fondo yo tenía razón y en forma irracional concluyó:

—Ya escuché suficiente. Subí a tu cuarto y no bajas hasta que yo te diga.

—Está bien. Me voy, pero no porque vos me lo ordenes, sino porque yo sola quiero irme y dejar de escuchar incoherencias —le respondí fríamente.

Subí corriendo las escaleras. Me encerré en mi cuarto y puse la música muy fuerte. Tomé mi libro y comencé a buscar algún hechizo para vengarme. Eso no podía quedar así. A Esteban lo iba a seguir viendo, quisieran mis padres o no.

Encontré un apartado con una explicación sobre cómo provocarles alucinaciones a nuestros enemigos. Sabía que eso no me ayudaría para seguir viendo a Esteban, pero sí para vengarme y divertirme un poco. Tenía que visualizar a la víctima, o sea a mi madre. Fue algo sumamente sencillo, ya que en ese momento sentía que la odiaba. A continuación, me

concentré en lo que quería que ella viese. Lo primero que se me ocurrió pensar fue en una araña, ya que le tenía fobia. Luego, se me ocurrió que un espeluznante espectro sería una idea aún mejor, pero el susto podría provocarle un infarto y yo no quería matarla. Volví a la idea original. Enfoqué a mi madre y luego a la araña. Intenté imaginar su reacción al verla. Lo que escuché después de unos minutos fue increíble, pues mi hechizo había resultado.

—¡Ahhhh!... ¡Alan, vení rápido, hay una araña horrible! ¡Por favor máatala!
—gritaba aterrada mi madre.

Escuché a mi padre decir:

—Yo no la veo. ¿Dónde está? No hay nada. No seas ridícula. Bajate de esa silla.

—No sé, seguramente se fue, pero buscala. No voy a dormir tranquila sabiendo que hay una tarántula en mi casa.

—Bueno, tranquila, Raquel. Yo mismo me voy a encargar de matarla. Pero primero voy a subir a hablar con Tamara. Después me ocupo.

Me apresuré a ocultar el libro. Se acercaba mi padre. Sentía una mezcla de placer y culpa. Por un lado, había logrado inducir una idea, un control de otra mente. Por otro lado, sabía que lo que acababa de hacer estaba mal. Había utilizado mi poder para hacer un daño a otra persona, que aunque era algo leve, podría considerarse como magia negra. Si bien nadie me había inculcado ninguna religión, pues mis padres no profesaban ninguna, hasta ese momento los conceptos del bien y del mal eran claros para mí. Me daba cuenta de que emociones tan fuertes como el amor y el odio podían nublar el entendimiento.

Cuando entró mi papá, apagué la música y esperé a que fuese él quien comenzara a hablar.

—Quedate tranquila, linda. No lo vas a dejar de ver a Esteban. No solo me cae bien, sino que me alegra también que sea un chico tan responsable. No sabía que habías estado tan expuesta en nuestro antiguo barrio. Pero veo que supiste elegir bien. Ahora también debés estar haciéndolo. Sé que tu mamá está muy celosa y eso no la deja pensar bien, pero cuando recapacite en lo que le dijiste y en lo que le voy a decir yo, no se va a oponer más a tus elecciones. Cambiando de tema, ¿te gusta Esteban?

Me puse absolutamente roja y no supe qué debía responder. Él agregó sin esperar respuesta:

—Bueno, mejor me voy. Voy a tirar insecticida antes de irme a trabajar.

Tu madre vio una araña. Se subió a una silla y no quiere bajar.

Ambos reímos durante unos segundos y luego agregué:

—Gracias, papá. Te quiero mucho.

—Yo también, linda. Nos vemos a la tarde.

Esperé hasta las tres, ansiosa por volver a ver a Esteban. Lo iba a seguir viendo, sin importar la opinión de los demás.

Capítulo 11

Capítulo 11: Bajo el álamo

Pasó una semana y todos los días me encontraba con Esteban. Finalmente, mi madre aceptó que no era perjudicial para mí.

En ese último tiempo, Susana parecía preocupada y se mostraba un poco más distante con nosotros.

Mientras tomábamos una gaseosa sentados bajo un árbol de la plaza, le pregunté a Esteban:

—A tu mamá la noto un poco distante. ¿Se enojó por algún motivo conmigo?

Levantó los hombros y respondió:

—Supongo que no. Está algo nerviosa e irritable desde el día en que vio volar los libros. Por suerte, el espíritu se fue. De todas formas, me parece que ella quedó un poco traumada. Hasta hizo desaparecer la sección de "Ciencias ocultas y paranormales".

—¡Qué lástima! Podríamos haber sacado información de esos libros.

—No importa, aunque ella no lo sabe, yo ya los había leído todos. Realmente, había muy poca información útil. Encontré distintas técnicas de relajación, pero las cosas importantes eran escasas y repetidas. Como si se hubiesen filtrado de algunos grimorios sin querer. No creo que un verdadero heredero pase su información tan fácilmente a desconocidos. Por suerte, mi madre no sabía del mío.

—¿Ella sospechará en lo que estamos metidos y el motivo de nuestras reuniones? Porque si bien no hacemos nada malo, para mucha gente la magia es algo satánico o demoníaco, aunque no creamos en demonios. Ellos sí que creen y podrían juzgarnos mal —reflexioné.

—No creo que ella sospeche nada. Es demasiado simple. A lo sumo, pensará que estamos de novios. Acaso, ¿tus padres no creen eso?

Ruborizándome un poco, asentí con la cabeza y pregunté:

—¿Cómo lo supiste?

Con un halo de misterio agregó:

—Yo sé muchas cosas.

Le sonreí. Sabía que solo había sido una deducción y que no me había leído la mente, aunque él quisiera que yo pensase eso.

Reflexioné en que lo que estábamos haciendo hasta ese momento era intentar dominar nuestra mente e incrementar nuestra concentración para lograr nuestros fines. Pero no estaba segura de cuál era nuestro siguiente objetivo y decidí preguntarle:

—¿Hasta dónde podremos llegar? ¿Qué buscamos al adquirir el conocimiento?

Pensó unos segundos mientras me miraba y añadió:

—Bueno, mi primer objetivo ya lo sabés. Es averiguar quién es mi padre, de dónde vengo, por qué me dejó y por qué misteriosamente tuve los sueños que tuve que me indicaron dónde estaba el libro. ¿No te parece extraño que nosotros estemos juntos? Yo no conozco a ninguna otra persona que posea grimorios heredados ni que tenga los poderes que se nos van revelando.

Él tenía razón. Aún no se me había ocurrido pensar en el porqué de nuestro encuentro. Ni siquiera mi familia sabía en lo que yo estaba involucrada. Antes de que pudiese responderle continuó:

—Me preguntaste hasta dónde podremos llegar. Supongo que la magia tiene sus límites y sus tesoros ocultos, los cuales nos serán revelados a través del conocimiento que podremos extraer de nuestros ancestros y de la experimentación propia. Yo sé que vos creés en los espíritus elementales, pero yo creo que puede haber algo más detrás de todo. Quizás sea nuestro poder mental. También puede que logremos objetivos a través de la intervención de un Ser superior.

En ese momento, supuse que él hablaba de Dios o de una inteligencia universal. Un tiempo después supe que me había equivocado.

Mientras la cálida brisa de verano jugaba con el cabello de Esteban, él miraba la luz que se filtraba entre las hojas del álamo. Yo lo observaba disimuladamente. Ahora sabía cuál era su meta y deseaba ayudarlo. Además, yo no tenía ningún objetivo propio por el momento, exceptuando obtener su amor, pero eso no quería conseguirlo utilizando la magia. El amor tiene que surgir del alma para que sea duradero y que ningún hechizo pueda destruirlo.

Esteban apartó su mirada de las hojas y la tornó hacia mí. A diferencia de otras veces, yo no bajé la mirada, en cambio me perdí en la profundidad de sus ojos. Podía sentir cada vez más fuertes los latidos de mi corazón.

Él estaba acercándose a mí lentamente. Sentí la suavidad de su mano acariciándome el rostro y un instante después la dulzura de sus labios sobre los míos.

Capítulo 12

Capítulo 12: Una sombra en su mirada

Mi radiante felicidad fue eclipsada por una sombra en la mirada de Esteban, quien se apartó de mí. Me tomó de los hombros mirándome fijamente y dijo:

—No, por la magia no se puede... Con los demás, sí. Con vos, no...

Antes de que yo pudiese reaccionar, se puso de pie y después de mover su cabeza negativamente dijo:

—Así, no.

Se marchó, sin decirme nada más, dejándome sola y confundida. Sentía que mi corazón se desgarraba. Era mi primera ilusión y mi primer desengaño. Todo había sucedido muy rápido. Todo en un instante. No entendía sus palabras, ¿por la magia?, ¿él me habría hecho un hechizo para que yo lo quiera?, ¿pensaría que yo le había hecho un hechizo?

Cuando llegué a mi casa decidí llamarlo por teléfono. Marqué el número temblando. Esperaba escuchar su voz. Por desgracia atendió la chillona voz de su madre.

—Diga.

—Hola, soy Tamara. ¿Está Teby?

—Sí. Sí, esperá que ya lo llamo.

Unos segundos más tarde volvió a atender ella.

—No, no está... No sé cuándo vuelve. Le digo que te llame.

En ese momento, lo comprendí. Él no quería atenderme.

Sentía un vacío enorme en el pecho. Seguramente, él no me quería.

Después de despedirme de Susana, consideré que era él quien tendría que darme una explicación. Después de todo, él me había besado. Yo no había hecho magia y me arrepentía de haberlo llamado. Esperaría a que él me buscara. Me sentía muy incómoda. Yo lo quería y él obviamente, tenía miedo. Me pareció percibir el temor en su mirada al verlo por última vez. En ese momento no entendía por qué se había alejado y qué era lo que lo

atemorizaba.

Pensé que lo más sensato que podría haber hecho era esperar tranquilamente a que él me llamase o viniera a buscarme, pero mi curiosidad no me lo permitía y había aprendido que podía contar con los espíritus cuando los necesitara. Pero esta vez quería hablar con mi abuela. Ella entendería la confusión que había en mi mente y en mi corazón. Necesitaba respuestas más claras que un simple sí o un no. Pensé en la copa, pero no sabía si yo sola podría invocarla. Recordé el poder del círculo y la capacidad de ciertos animales de atraer a los espíritus.

Tomé una copa de cristal de mi mamá, un frasco de sal, una tiza que había consagrado hacía un tiempo, velas y a Samanta.

Corrí a mi habitación y cerré la puerta. Hice un círculo muy grande con sal. Con la tiza dibujé un hexagrama dentro, de esa forma podría abrir los portales cósmicos. Coloqué una vela encendida, dirigida a cada uno de los cuatro puntos cardinales. Dentro del hexagrama, dibujé con tiza todas las letras del alfabeto y los números.

Samanta estaba completamente quieta frente a la vela que apuntaba hacia el Norte. Yo me arrodillé en medio del círculo con mis dedos índices sobre la copa y comencé a recitar una oración que parecía surgir de un recuerdo, pero que jamás había escuchado antes.

—Ábranse las puertas cósmicas. Ábranse las puertas del cielo y de la noche. Que venga hacia mí tu espíritu, abuela. Alumbro para ti, con velas tu camino, para que con su luz llegues hasta aquí. Yo te invoco.

Dichas estas palabras, las velas comenzaron a agitarse. Acto seguido, Samanta tornó su cabeza hacia la ventana. Las cortinas se elevaron. No tuve miedo y la copa comenzó a vibrar mientras la gata observaba la vela. Pregunté:

—¿Quién sos?

La copa se movió. La seguí hacia la letra "A". Luego hacia la "B".

—¿Abuela?

La copa me guio al "Sí".

—¿Sabés que Teby me besó?

Pude leer un "Sí".

—¿Me ama?

Nuevamente respondió que "Sí".

—¿Quiere ser mi pareja?

Sorprendentemente, mi abuela guio la copa al "No".

—¿Por qué?

"P" "E" "L" "I" "G" "R" "O". La copa se movía demasiado rápido y yo apenas la tocaba. Volví a preguntar:

—¿Por qué?

Mi abuela escribió "A" "D" "I" "Ó" "S". Cuando terminó la frase, se apagaron todas las velas. El movimiento de la cortina cesó y mi gata maulló y saltó a la cama. En ese momento sentí que mi abuela se había marchado y que las puertas cósmicas se habían cerrado nuevamente.

Había muchas cosas que no entendía. Si Teby me amaba, ¿por qué no quería estar conmigo?, ¿realmente estábamos en peligro?, ¿o él era el peligro para mí? Sin embargo, tampoco entendía por qué yo no tenía miedo y no sentía rencor hacia él a pesar de que me había despreciado.

Me di cuenta de que llevaba un largo tiempo arrodillada en la oscuridad. Desde donde estaba, observé la ventana y alcancé a ver que el cielo comenzaba a pintarse de negro violáceo.

Me puse de pie. Encendí la luz y reparé en que mis padres podrían llegar en cualquier momento. Me apresuré a guardar todo y a limpiar el hexagrama, el círculo y las letras que había trazado.

Capítulo 13

Capítulo 13: Pacto de sangre

Esa noche, mientras mis padres cenaban, yo observaba mi plato de espinacas, sin probarlo siquiera.

Mi padre me miró y mi madre me dijo con tono preocupado:

—Tamara, estás muy pálida y no tocaste la comida. ¿No te estarás volviendo anoréxica?

Con calma y desganadamente le respondí:

—No, mamá. La espinaca no engorda.

Ella se puso de pie y tocó mi frente. Luego añadió:

—No tenés fiebre, ¿te sentís bien?

El fastidio que me producía escucharla evitaba que me pusiese a llorar. Sentía un horrible nudo en la garganta y un vacío en el estómago. Aproveché ese momento para decirle que me sentía mal y subí a acostarme.

Cuando entré a mi habitación, vi entrar a Samanta por la ventana, la abracé y le susurré:

—¿La viste? Dicen que los gatos tienen el don de ver a los espíritus. No sabés lo mucho que la extraño.

Me adormecí recordando los sucesos ocurridos durante el día, mientras Samanta dormía a los pies de mi cama. Lo que sucedió después aún es inexplicable para mí. Cuando todo comenzó, no supe si estaba despierta o dormida. Sentí desde mi cama que una presencia incorpórea pasaba al lado de Samanta y venía hacia mí. Al estar muy cerca, intentó entrar a través de mi garganta. Me estaba asfixiando. Le ordené con mi mente que se alejase.

Abrí los ojos. No podía respirar. No veía a nadie, pero una fuerza invisible intentaba poseerme. Samanta saltó sobre mi pecho con todo su pelaje erizado y sentí que por fin el aire podía penetrar en mis pulmones.

Me incorporé y en la oscuridad de la noche pude ver frente a mi placard una silueta oscura.

Encendí el velador. Pero en el lugar en donde había visto la sombra solo podía distinguir mi armario. Esperaba que aquello solo hubiese sido una pesadilla.

Abracé a Samanta y después de un tiempo logré quedarme dormida. La noche fue rica en sueños y estos resultaron ser extraños y oscuros.

Después de cada sueño me despertaba. Parecía como si fuesen reales, como si esas situaciones las estuviese viviendo y no soñando.

En el primero, me encontraba en una cueva, era fría y oscura. El fuego del caldero no llegaba a alumbrar todos los rincones. Mi atuendo era peculiar. Tenía un vestido medieval negro con algunos detalles en rojo y una capa también negra.

En el caldero plateado una densa sustancia se estaba calentando. Parecía un metal líquido, como un espejo, en el que mi reflejo no se producía.

Saqué de mi corset una daga muy antigua y reluciente, parecía de plata con incrustaciones de una piedra preciosa color violeta. Yo sabía lo que estaba haciendo. No sentía nada. No tenía emociones. Solo actuaba como guiada por un poder ajeno a mí. Extendí mi brazo izquierdo y con la hoja de la daga suavemente corté la palma de mi mano. Cuando la sangre comenzó a surgir apreté mi puño. Giré mi muñeca y dejé caer un hilo de sangre sobre el líquido, formando neblinosos dibujos en la superficie espejada. Mientras esto sucedía, yo repetía:

—Permítanme ver el pasado, el presente y el futuro. Dénme el poder de las visiones y el entendimiento.

Me desperté con mucha sed. Me dolía la mano, pero no estaba lastimada, aunque me pareció ver una sombra oscura sobre mi palma. Debía ser solo mi imaginación. Samanta dormía tranquilamente entre mis sábanas.

Me levanté, tomé agua y miré la hora pero el reloj había dejado de funcionar. Las tres agujas se habían parado en el doce.

Apagué la luz. No tenía miedo. Me abracé a Samanta y no me costó nada sumergirme en el siguiente sueño que extrañamente fue la continuación del anterior.

Veía en el caldero mi imagen, pero no era mi reflejo. Era yo en otra situación. Extendía mi mano derecha con unas largas y filosas uñas. La miraba. La llevaba hacia mi pecho. Presionaba sobre este y lo traspasaba. Extraía de él mi corazón que aún latía. No moría. Miraba frente a mí y decía:

—Si no puedes tener mi corazón, nadie más podrá tenerlo jamás.

Este dejó de latir y se convirtió lentamente en piedra. Lo arrojé al suelo. No se rompió, pero cuando quise pisarlo, se convirtió en polvo. En ese momento levanté la vista del caldero pues la imagen se desvanecía.

Miré hacia las profundidades de la cueva. Alguien surgía desde las sombras. Se aproximaba una figura encapuchada pero familiar. Cuando llegó frente a mí, desde el otro lado del caldero, descubrió sus cabellos negros y sus ojos grises me observaron. Luego dijo:

—Eso se puede evitar haciendo un pacto de sangre.

Extendió su mano izquierda y con la derecha tomó la mano con la que yo sujetaba la daga y la guio sobre su palma abierta, dejando surgir la sangre de la herida que acababa de provocarse. Mi mano aún sangraba. Él unió las dos heridas. Un hilo de las sangres mezcladas caía sobre el caldero. Ambos añadimos:

—Ya está hecho.

Él dijo:

—Así como nuestra sangre, nuestro poder se ha unido. Desde este momento, si estamos juntos seremos invencibles y nuestros espíritus trascenderán los espacios y el tiempo.

Los dos concluimos:

—Que así sea.

En ese momento me desperté. La luz tenue del amanecer se filtraba por mi ventana. Había pasado una noche muy particular y me costaba diferenciar la realidad de los sueños.

Miré mi mano pero no estaba lastimada, aunque me ardía y a partir de esa noche una sombra casual se grabó en mi mano izquierda. Posiblemente, siempre hubiese estado allí, solo que hasta ese momento jamás le había prestado atención.

Una frase de mi grimorio me daba vueltas en la cabeza: "Lo que se hizo con sangre, solo con sangre se irá. De lo contrario, jamás se romperá". Primero pensé que el sueño era una visión de vidas pasadas. Luego, se me ocurrió pensar que Teby me había utilizado dentro de mis sueños para uno de sus conjuros, pero ¿podía Teby ser tan poderoso? Y si era tan poderoso, ¿para qué me quería a mí?

La última idea que cruzó por mi mente antes de que me levantase fue que eso era una visión de un posible futuro. Aunque también podía haberse tratado de un sueño. Descarté la última idea, pues presentía que mi visión no era un sueño, ya que me sentía protegida, como si Esteban me hubiese dado el poder para protegerme de la presencia maligna que había intentado matarme.

Sentía que su alejamiento estaba relacionado con esto y no directamente con sus sentimientos por mí.

Capítulo 14

Capítulo 14: Pentagramas

Cuando mis padres se fueron a sus respectivos trabajos, me quedé sola en casa. Observaba por la ventana cómo desde el sur el cielo se tornaba amenazador. Poco después comenzó a soplar con furia el viento y unos rayos cegadores surcaron el cielo. Más tarde, la lluvia comenzó a caer como una cascada desde el otro lado de la ventana.

Me senté en el sillón mirando hacia afuera, mientras acariciaba a Samanta, que parecía entender el dolor que guardaba mi corazón.

Me sentía predestinada a sufrir. El chico al que yo quería se había apartado de mí inexplicablemente. Me sentía utilizada por él. Me daba cuenta de que había sido muy tonta al brindarle mi información mágica a cambio de nada. Él lo único que había aportado era una técnica de concentración que jamás me había salido. En realidad, era muy probable que él ni siquiera tuviese poder. Yo evidentemente lo tenía. Podía hablar con los espíritus, proyectar imágenes y había logrado muchas cosas yo sola y sin su ayuda. No tenía pruebas de que a él le hubiese resultado algún conjuro, ni me había hablado jamás de ninguno.

Mi abuela me había advertido del peligro de que Esteban y yo estuviésemos juntos. Pero aún no sabía a qué se refería.

Sentía una horrible sensación de culpa. Mi abuela me había pedido que no revelase los secretos mágicos que me heredaba y yo la había traicionado. Al fin me daba cuenta que él tenía demasiada información.

Me preguntaba el porqué de sus palabras "por la magia no". Algún día quizás me lo aclararía. Tampoco entendía cómo nos habíamos encontrado. A esta altura de mi vida y después de las cosas que había vivido, me era casi imposible creer en casualidades. Pero he de reconocer que Esteban me había dejado algo. Me había enseñado a reflexionar y a mirar mi vida desde otro punto de vista, como un espectador en una función de teatro y a dejar de lado mis sentimientos para poder pensar. Pero en ese momento me era demasiado difícil.

Aún me asustaba la sensación de asfixia. Lo que me había ocurrido, no me parecía un sueño y estaba segura de haber visto una sombra en mi habitación. No quería creer que Esteban la podía haber enviado. Sabía que en algún momento me tendría que proteger. Sin embargo, no quería perderlo y seguiría pidiendo a los silfos que me otorgasen el don de las visiones, para poder ver el pasado y así averiguar quién era el padre de Esteban y por qué lo había abandonado. Presentía que eso, en un futuro cercano, me acercaría a él y percibía que nuestros destinos se

entrelazarían.

De repente, una ráfaga de viento tan potente que abrió la ventana de par en par y me dejó completamente empapada, al igual que todo a mí alrededor, me sacó de la profundidad de mis pensamientos.

Mientras luchaba contra el viento para cerrar la ventana, me di cuenta de que el pestillo estaba aún bajo. Era inexplicable que la ventana se hubiese abierto.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo cuando escuché caer las copas de cristal que estaban en el modular. Samanta corrió a esconderse rápidamente debajo del sillón y se quedó mirando agazapada los pequeños trozos de cristal quebrados.

Me esperaba una larga mañana limpiando destrozos y más tarde los reclamos de mi madre recaerían sobre mí. Ella nunca creería lo que había sucedido. En realidad, no me preocupaba lo que me fuese a decir. Lo que realmente me molestaba en ese momento, era la certeza de que había algo de lo que me tendría que proteger. Mi abuela me recalca que tenía que estar atenta a las manifestaciones que tenía mi cuerpo y aquel escalofrío no podía significar nada bueno.

Cuando terminé de juntar los trozos de cristal y de secar el piso, subí a cambiarme. Luego comencé a buscar técnicas de protección contra la magia negra.

Decidí utilizar una botella de agua con sal consagrada por mí, para los elementales para lograr que me protejan y también a mi familia.

Rodeé la casa con la solución, repitiendo una oración de protección que encontré en el grimorio. Prendí velas y sahumerios para que las salamandras me brindasen su fuerza y protección e imaginé que la energía del universo me rodeaba como una esfera inmaterial en la que no podrían penetrar fuerzas malignas. Les pedí a los elementales que en caso de estar en un peligro extremo soliciten la ayuda de mis antepasados, para que ellos me cuidaran.

Tenía la sensación de que algo muy poderoso me acechaba. Con la tiza que tenía consagrada, debajo de las sábanas, sobre el colchón, tracé un pentagrama protector con algunos símbolos que posiblemente eran letras antiguas o runas que quedaron grabadas en las páginas más antiguas del libro.

Ahora, sentía que por las noches tendría protección mientras estuviese durmiendo. Para resguardar también a mis padres sin que se diesen cuenta, lo tracé bajo su cama sobre los tirantes de madera. Esperaba que

esto fuese suficiente.

Capítulo 15

Capítulo 15: Fragmentos de cristal

Al caer la noche, comenzaron a aparecer las primeras estrellas. Cuando mis padres llegaron del trabajo, mi madre palideció al ver el modular vacío. Me apresuré a decirle:

—Cuando llegó el frente de tormenta se abrió la ventana, las copas se cayeron del modular y se hicieron mil pedazos. No fue mi culpa. No pude hacer nada más que juntar los fragmentos de cristal.

Mi madre parecía estar a punto de llorar. No comprendía que las cosas materiales que se pierden solo tienen un valor económico y las pérdidas emocionales son las irreparables.

Yo no podía ni quería explicarle lo que realmente estaba sucediendo. Me limité a decirle:

—Son solo copas, mamá. No te preocupes por algo tan vano como eso.

Agregué sarcásticamente:

—Gracias por preocuparte. Ni Samanta ni yo nos lastimamos.

Frunció el ceño y mientras me apuntaba con el índice, ordenó que me fuese a mi habitación.

Solté una risa exagerada y subí a mi cuarto. Sabía muy bien, que esa risa la iba a molestar. No encontraba otra manera para desahogarme. Me sentía absolutamente desprotegida y no podía contar con nadie que me escuchase, me consuele o me defiendan.

Al entrar a mi cuarto, me pareció ver un resplandor en la ventana. Me dirigí a ella, para asegurarme si había sido solo un relámpago o quizás... algo más.

El cielo estaba salpicado por miles de estrellas. Intenté convencerme a mí misma de que había sido solo mi imaginación. En ese momento, sentí como si un trozo de hielo recorriera mi espalda y me estremecí.

Apoyé mi mano derecha sobre la ventana siguiendo un impulso. El vidrio se empañó en el instante en que mi palma tocó el cristal helado y sentí como si mi piel se quemara con el frío.

Retrocedí unos cuantos pasos sin apartar ni un segundo la mirada del cristal. Por unos instantes, el contorno de mi mano quedó dibujado.

Samanta, junto a mí, observaba atemorizada con todo su pelaje erizado.

No comprendía lo que estaba sucediendo, era verano y parecía que una ola polar azotaba mi ventana, y tan solo mi ventana. Esa noche la temperatura superaba los 20°C.

Aunque, pensaba que nada más me podía sorprender, nuevamente me sobresalté al ver como un aliento invisible trazaba sobre el vidrio las siguientes palabras: "Ya ha nacido y sabe de ustedes. Protegelo". Inmediatamente, se borró. En voz baja repetí:

—¿Ya ha nacido?

Un golpe sordo retumbó, seguido de la voz de mi madre.

—Tamara, ¿qué rompiste ahora?... Descuidada.

Miré hacia atrás con odio y al volver mi vista hacia la ventana, se veía totalmente nítido hacia afuera y tan sólo quedaban algunas gotas de rocío que acariciaban el cristal.

Era tan alucinante lo que me había sucedido, que a cada instante me surgían nuevas preguntas y quería comprender. No entendía el mensaje. ¿Quién había nacido y sabía de nosotros? ¿Quiénes éramos nosotros? Supuse, que seríamos Teby y yo o quizás mi familia y yo. "Protegelo"... definitivamente estaba dirigido a Teby.

Decidí rendir homenaje a los elementales para que me otorgasen el poder de las visiones. Cada vez, me resultaba más difícil descifrar la encrucijada en la que me hallaba inmersa.

Esa noche no bajé a cenar. Tampoco me habían llamado. Supuse que estaba castigada. No me importaba. No tenía hambre.

Me recosté junto a Samanta envuelta por el aroma de los sahumeros y sin darme cuenta me quedé dormida.

Al despertar ya había amanecido y me decepcioné al recordar que mi sueño había sido tan solo un sueño. En él, una niña hermosa jugaba con una serpiente, mientras cantaba una canción que no pude recordar.

En tanto me preparaba para bajar a desayunar, decidí que era el mundo cotidiano el que me tendría que dar algunas respuestas y supuse que la magia no me las había otorgado porque estaba abusando del poder.

Obviamente, había una forma alternativa, más convencional, como comenzar preguntándoles a mis padres. Además, las respuestas del

mundo mágico abrían nuevos interrogantes. De todas formas, seguiría manteniendo el conjuro para averiguar la identidad del padre de Teby.

Capítulo 16

Capítulo 16: Algunas respuestas

Cuando bajé, encontré a mis padres sentados a la mesa. Estaban tomando un desayuno cuidadosamente preparado por mi madre, con todos los nutrientes necesarios para una sana alimentación, pero sin sabor.

Me senté y les di los buenos días como si nada hubiese pasado. Quería respuestas y sabía que si continuaba con mi enojo, no las conseguiría. Además, quería aprender a controlar mis emociones.

Mi madre, quien no estaba segura si dirigirme o no la palabra, llenó mi taza con un nuevo producto lácteo saborizado con naranja y luego volvió a sentarse. Miré con asco el extraño contenido de mi taza. Lo probé con miedo. En realidad, no era tan feo como parecía.

Para romper un poco el hielo, dije:

—Gracias mamá, muy rico. ¿Es un producto nuevo?

Inmediatamente me respondió con entusiasmo, olvidando lo ocurrido la noche anterior. Me di cuenta de que había tocado el tema de mayor interés para ella y esa sería una forma para mí de acercarme cuando fuese necesario.

—Sí, me lo dieron en la clínica como muestra. Dicen que fortalece el corazón y reduce el colesterol.

Un producto que fortaleciera el corazón era justo lo que necesitaba en ese momento. Pero mi problema era emocional y mi lastimado corazón no se repararía tan fácilmente.

Le sonreí con calidez y mientras untaba una tostada de salvado con queso descremado, interrogué a mi padre:

—Papá, nunca me contaste cómo eligieron esta casa y este barrio.

—Bueno... Tu abuela conocía a Susana. En realidad, no sé de dónde, porque ella era muy reservada con sus amistades. Susana le comentó que para ganar un sueldo extra, algunas veces hacía guardias inmobiliarias. Como nosotros estábamos buscando casa, tu abuela nos pasó su número. Sorprendentemente nos mostró esta y quedamos encantados con ella. Susana se hizo amiga nuestra desde ese día.

Me daba cuenta de que todo comenzaba a cerrar. No era casual mi encuentro con Teby y mi abuela tenía algo que ver en todo esto.

Añadí:

—Siempre me cayeron muy bien Susana... y Esteban. Hay algo que me intriga. ¿Qué habrá pasado con el padre de Teby?, ¿ella nunca les comentó nada?

Mi madre se apresuró a responder:

—Susana me había dicho que le dio el apellido a Esteban y que puso la casa a su nombre. Seguramente, el muy irresponsable no quería hacerse cargo del chico.... claro, y como Susana no es de muchas luces, compró su silencio regalándole una casa. Pensar que ella todavía debe quererlo. Nunca me habló mal de él... Qué ingenua. Pobre mujer. Tuvo que hacerse cargo sola de ese muchacho que es tan raro. Pero qué se puede esperar con los genes que debe tener. Cambiando de tema, ¿viste qué rica que es la leche que conseguí?

—Sí...

Me preguntaba si mi abuela me había querido relacionar con Susana intencionalmente y si el interés de Teby por la magia tenía algo que ver con ella. ¿Susana sabría sobre su poder?, ¿sospecharía sobre el secreto que guardábamos con Teby?

Capítulo 17

Capítulo 17: La niña

Esa tarde fui a la plaza a pensar. Me senté nuevamente bajo el álamo, aunque esta vez estaba sola.

Algunas respuestas que había obtenido de mis padres aún daban vueltas en mi cabeza. Todavía quedaban muchas preguntas sin responder.

Me distrajo de la profundidad de mis pensamientos la voz de una niña que paró su triciclo frente a mí y me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Al levantar la mirada, solo pude sonreírle. Recordé el sueño de la noche anterior. Quizás era la premonición de que conocería a una nueva pequeña amiga.

Ella insistió:

—Yo me llamo Crisy, ¿vos?

Le respondí:

—Me llamo Tamara. Qué lindo es tu nombre. Nunca lo había escuchado.

Ella sonrió y mirando a su derecha, donde no había nadie, dijo:

—Qué chica tan tonta. No sabe que es el diminutivo de Cristina.

—¿A quién le hablás?

Sin apartar la mirada de la nada agregó:

—Además, escucha conversaciones ajenas.

Finalmente mirándome, respondió:

—Le hablo a quien está casi siempre conmigo.

—¿Ella es tu amiga imaginaria?

—No es ella. Es él y no es imaginario, es invisible, para la mayoría de la gente.

Le sonreí a Crisy. Miré de reojo hacia mi izquierda y distinguí que había una mujer con lentes oscuros y cabello azabache largo y brillante hasta la cintura, parada junto a mí. Ella dijo fríamente:

—Vamos, Crisy. No hables con extraños.

Sorpresivamente, la pequeña respondió:

—Mami, Tamara no es una extraña. Estuve con ella anoche.

La madre no pareció escucharla y siguió caminando, mientras Crisy se alejaba con el triciclo. Se daba vuelta de tanto en tanto y me saludaba con la mano.

Pensé que era una niña muy extraña y mentirosa. Hija de una madre muy fría. Sin embargo, me recordaba un poco a mí. A pesar de que me hubiese llamado tonta y metida me había caído bastante bien.

Me preguntaba si serían de este barrio. Nunca antes las había visto. Cuando ambas se perdieron al doblar la esquina, reparé en que a unos diez metros míos se encontraba Susana mirándome totalmente pálida. Su bolsa con manzanas estaba tirada en el piso junto a sus pies. Pensé que podía estar descompuesta y corrí a su encuentro.

Al volver en sí me dio un cálido beso en la mejilla y, como si no hubiese pasado absolutamente nada, me dijo:

—Se me cayó la bolsa.

Mientras yo la ayudaba a recoger las manzanas, agregó:

—¿Te alejaste de Teby?

Dudé un segundo y respondí:

—No, él es quien se alejó de mí. No entiendo por qué.

Susana me abrazó y sentí su cariño.

—Tamy, no te preocupes. Él ya va a entender que en realidad te necesita demasiado. Quizá tiene miedo.

Le pregunté perpleja:

—¿Miedo?... ¿De qué tendría que tener miedo?

Sonrió.

—Miedo... Puede tenerle miedo a muchas cosas, como a sentir, a amar...
No sé.

Yo no comprendía.

—¿Miedo a sentir? ¿Qué tiene de malo sentir?

—Sí, quizá se sienta vulnerable. Tal vez los sentimientos tan fuertes, como los que estoy segura de que siente por vos, le hacen creer que lo apartarán de su camino.

Me quedé más intrigada aún. ¿Cómo podía saber Susana cuáles eran los objetivos de Teby?, ¿podría haber sido capaz de contarle a su madre acerca de nuestro secreto?, ¿o sería otro su objetivo y no el que yo creía? Seguí escuchándola.

—Pero tal vez Teby no se da cuenta de que a veces es mejor estar acompañado y más por alguien como vos. Yo lo veo muy mal. No me permite ni que te nombre. En realidad, no logro entenderlo.

Le sonreí con timidez. Después de unos segundos, lamentablemente Susana cambió de tema.

—Querida, ¿vos conocés a las personas con las que estabas hablando recién?

—No, yo solo hablé con la nena. La madre me ignoró.

—No les hables. Se comenta que la mujer es mala persona. Escuché comentarios muy malos de ella en el barrio.

—¿Viven cerca?

—No... No sé... Quizás estoy equivocada. Me tengo que ir. Espero que te arregles con Teby.

Me abrazó nuevamente y se alejó. Yo me dirigí hacia mi casa. Sentía felicidad por saber que Teby sufría por mí, aunque fuese él quien se había alejado. Sin embargo, ese sufrimiento significaba que él me quería. Pero sabía que tendría que esperar a que resolviera su conflicto interno. Extraño conflicto, pues yo no entendía. ¿Por qué se negaba a sentir lo que ya sentía?

Capítulo 18

Capítulo 18: Mensajes del pasado

Al entrar en mi habitación, experimenté una horrible sensación de soledad y vulnerabilidad. Por un lado, sentía que mi abuela me hacía mucha falta y que me había dejado justo en el momento en que más la necesitaba. Pensaba en todas las respuestas que podría haberme dado y en todas las cosas que podría haberme enseñado.

Tal vez, podría volver a hablar con ella nuevamente, con la invocación de la copa... pero... ¿Si era el poder de mi mente el que movía los objetos y producía los golpes tan solo por un incontenible e inconsciente anhelo de creer en la existencia de algo más?

Por otro lado, no podía comprender a Teby y... lo echaba de menos. Germinaba en mí la idea de que él u otra persona estaban haciendo magia en mi contra. Lo cierto es que prefería creer que alguien realmente atentaba contra mí, antes que pensar que mi mente se estaba sumergiendo en el oscuro laberinto de la locura. Tal vez la paranoia me invadía. Ya no me reconocía. Había cruzado un umbral después de lo ocurrido con mi abuela.

Había cerrado una puerta que no tenía intención de volver a abrir. Mis antiguos amigos habían quedado en el pasado, como atrapados en los recuerdos de la antigua Tamara. Ya no los necesitaba. Me desgarraba pensar que Teby y mi abuela, a quienes sí necesitaba, no estaban conmigo.

Reflexioné sobre todas las cosas extrañas que me venían sucediendo y recordé el mensaje que había aparecido misteriosamente en mi ventana. ¿La necesidad de sentirme conectada a Teby me habría llevado a creer que algún ser invisible había escrito esa advertencia?

Sentí que ya no podía contener las lágrimas y me abracé con fuerza a mi grimorio, mientras Samanta lamía una lágrima que acababa de caer sobre la manta de mi cama. Una voz en mi interior me decía que no todo era mentira. Estaba segura de haber logrado muchas cosas, como cuando había asustado a mi madre o cuando estalló la copa.

Un impulso me llevó a abrir el libro, sin importar la página. Solo quería leerlo. Quería respuestas y sentía que quienes realmente hubiesen podido dárme las ya no se encontraban en este mundo. Sequé mis lágrimas con el puño de mi camisa negra y fijé la vista en la página amarillenta y reseca por la que lo acababa de abrir.

Comencé a leer: "Mente ávida que estás allí, te mostraré lo que yo vi".

A medida que me sumergía en la lectura, mi entorno se desvanecía y el pasado se hacía consistente.

"Yo no sabía que los elementales podían traicionarme. Tendría que haberlo sabido... ya que son torpes criaturas espirituales que no diferencian entre el bien y el mal. Ahora, los sacerdotes me buscan y en mi vientre llevo el fruto de la vida.

Espero que lo que escriba aquí pueda servirle a mi descendiente. Puedo ver la luna teñir de plata las ramas muertas de los árboles del bosque que me refugia del fuego de la inquisición. Más lejos resplandece la nieve.

Escribo estas palabras con el último trozo de carbonilla que me queda de la caja que me regaló mi padre antes de morir.

Mi familia había sido una de las más adineradas del valle y mi padre uno de los hombres más cultos de la región, pero su bondad lo llevó a volverse demasiado confiado. Para la Iglesia y la corona las mentes brillantes son peligrosas, por lo que se encargaron de deshacerse de él y de mi esposo. Los dos hombres a los que había amado.

Todos los conocimientos mágicos que poseo recuerdo haberlos aprendido de mi progenitor. Desde que vio llegar al nuevo obispo con su séquito a nuestro pueblo, él presintió que un velo de persecución y muerte secundaría sus pasos. Lamentablemente, estaba en lo cierto.

El obispo tardó muy poco tiempo en extender sus ideas, atemorizando a la gente con el Demonio y el Infierno. Comenzó a perseguir a los curanderos, a los videntes y a los pensadores. Nosotros sabíamos que el poder oscuro estaba detrás de él y que Dios no podía estar en contra de aquellos que salvaban vidas.

Un fraile amigo de mi familia nos había confesado que se iría a otra región porque había visto aquello que no debía ver. El anciano contó que una noche había escuchado a algunos de los nuevos sacerdotes conversando en el cementerio de la Iglesia. Dijeron una oración que no pudo entender y enterraron un paquete en una tumba. Uno de ellos dijo que ya estaba hecho y se marcharon.

Nosotros lo sabíamos y el fraile también, eso solo podía significar una cosa: magia negra dentro de la iglesia. Mi padre sin perder tiempo buscó su péndulo de cristal de roca e invocó al Espíritu Santo. Fue el fraile quien preguntó al péndulo si esas personas perseguirían a los hechiceros y curanderos para que nadie pudiera usar las fuerzas sobrenaturales para

oponerse a su poder. El péndulo giró dando una respuesta afirmativa.

Luego le preguntaron si podíamos ser descubiertos y confirmó nuestros temores".

Cuando acabé de leer la hoja, busqué su continuación, pero no la hallé. Posiblemente, se hubiese perdido durante el paso de los siglos.

Deseaba seguir leyendo y saber qué había pasado, pero de algo estaba segura: había sido madre y había podido pasar su conocimiento.

Me llamó mucho la atención la utilización del péndulo. Nunca antes había oído acerca de su poder adivinatorio. Al parecer, mi abuela no lo utilizaba. Me preguntaba si acaso su información no era válida, o tal vez representaba algún otro tipo de peligro. Quizá simplemente no lo conocía.

Además, me intrigaba saber por qué mi antepasada se sentía traicionada por los elementales. ¿Cómo podrían haberla traicionado aquellos seres en que tanto confiaba mi abuela? Quizá fuesen capaces de delatar a otros magos en sus prácticas clandestinas de hechicería. Esto, ¿podría significar que cada vez que hacía una invocación o un hechizo quedaba una huella en el etéreo mundo espiritual?

Capítulo 19

Capítulo 19: Iluminada oscuridad

Esa tarde de enero salí de mi casa temprano porque mi madre me había encargado ir a comprar jalea real y germen de trigo en la herboristería que estaba frente a la iglesia. Nunca antes había ido a ese lugar, pero ella me había dado claras instrucciones de cómo llegar y de cómo actuar.

Me había prohibido rotundamente entablar cualquier tipo de conversación con las personas que allí pudiese encontrar. Me dijo que había muchos indigentes que iban a pedir limosna a la iglesia y con su cerrada mentalidad, pensaba que la pobreza era un pecado.

En la clínica donde ella trabajaba le habían recomendado la jalea real fabricada por los franciscanos. Esta, solamente se vendía en esa herboristería.

Antes de bajar del colectivo, jamás hubiese imaginado lo que me esperaba allí. En los alrededores del templo se alzaban decenas de negocios, santerías y librerías con productos y libros esotéricos. No solo me sorprendió el hecho de que una iglesia católica estuviese rodeada por tantos artículos paganos, sino que además me daba cuenta de que había muchas creencias y de que el mundo mágico había buscado distintos caminos para manifestarse.

La adrenalina crecía dentro de mí junto con la curiosidad. Me preguntaba qué cosas me podrían ser útiles y cuál sería la magia más efectiva. Recordé algo que me pareció haber escuchado alguna vez de mi abuela: "La magia está dentro de uno mismo".

Me llenaba de emoción estar leyendo letreros con inscripciones como "Videncia" y "Consulte el tarot de...". Era evidente que había mucha gente que se dedicaba a lo que yo llamaba magia. Aunque, años después, comprendí que en realidad lucraban con lo que yo llamaba magia, aun sin tener idea de lo que la magia era realmente.

Me ponía más feliz todavía haber llevado parte de mis ahorros por si encontraba algo que me interesase comprar.

Una vez dentro de la herboristería, distinguí decenas de estantes repletos de frascos con sustancias que yo no conocía. El pequeño negocio estaba tan abarrotado que no podía entender cómo no se derrumbaban las torres de frascos en equilibrio inestable.

Detrás de un mostrador de madera, un atlético joven de no más de veinte años me miraba con sus oscuros ojos parcialmente cubiertos por un

desmechado flequillo rubio que le llegaba casi hasta sus sensuales labios. En su cuello llevaba una gargantilla de cuero negro con una argolla color plata. Me fascinó pensar que al igual que Teby, él tenía un gusto muy peculiar para la ropa. Su camisa negra estaba prendida con alfileres de gancho de diferentes tamaños y de su cintura colgaban numerosas cadenas.

Me acerqué al mostrador y le solicité:

—Necesito germen de trigo y jalea real.

Asintió con la cabeza y comenzó a revolver en una de las cajas que estaban apiladas bajo el mostrador. Sin mirarme y con voz varonil preguntó:

—¿Quieres un frasco de 250 o de 500 gramos?

Dude un momento, la verdad era que mi madre no había especificado el tamaño de los frascos. Luego, respondí:

—De 250 por favor.

Había decidido optar por el más pequeño, ya que si se acababa rápido tendría que volver a comprarle nuevamente y no me disgustaba para nada esa idea.

Pasados unos segundos, reapareció detrás del mostrador, extendió su mano de puntiagudas uñas negras y me alcanzó un paquete de germen de trigo. Un momento antes de tomarlo, distinguí una blanca cicatriz que cruzaba su muñeca. Sin pensarlo, sujeté su brazo fijando la vista en la herida. Luego levanté mis ojos hacia los suyos y lo interrogué con la mirada. Él retiró su brazo suavemente y bajó un poco el puño de su camisa. Dejó el paquete sobre el mostrador y sin mirarme susurró:

—No fue nada... Fue hace mucho.

Sonreí tímidamente. No volví a hablar acerca del tema. Estaba segura de que eso lo incomodaría y yo acababa de conocerlo.

Después de colocar los productos en una bolsa y cobrarme, mientras me daba el vuelto, me preguntó mirándome de pies a cabeza:

—¿Te vestís de negro por algún motivo en especial o es simplemente casual? ¿Pertenece a algún grupo oscuro?

Lo miré perpleja. Hasta ese momento, yo era simplemente Tamara y si bien últimamente había optado por un guardarropa extremadamente oscuro, que tomaba como un reflejo de mi intrincado interior, no había

reparado en que mi apariencia podía tener un significado especial.

—La verdad es que no pertenezco a ningún grupo. En realidad, considero que mi tendencia a usar negro nace por una necesidad de expresar un digamos... duelo por los sueños perdidos y por... la nostalgia de algo que nunca será, por decirlo de alguna manera.

No se lo dije en ese momento, pero hasta ese instante, no me había cuestionado esa necesidad de exteriorizar la oscuridad de mis pensamientos. Pensaba que solamente me vestía de negro porque me gustaba y nunca antes había creído que algo tan superficial como la ropa pudiese manifestar algo tan profundo como sentimientos o una postura diferente ante la vida. Pero debía reconocer que lo que acababa de decir había impresionado al joven, a quien creo que le parecí muy interesante. Para que el hilo de la conversación siguiese fluyendo, agregué:

—¿Vos cómo te definís? ¿Sos parte de algún grupo?

Respondió mi pregunta sin dudar siquiera un momento:

—En algún momento de mi vida pertenecía a uno. Posiblemente, para sentirme incluido y ser parte de algo. Pero me di cuenta de que en realidad aunque comparto muchas ideas con los oscuros, mi propia filosofía de la vida me lleva a ser una persona aislada. Descubrí que todos estamos solos en el mundo, aunque vivamos rodeados de personas. Hay que saber apreciar las escasas oportunidades en las que el destino nos permite encontrar a alguien con quien se pueda entablar una conversación no banal. ¿Cómo te llamás?

Le sonreí y respondí:

—Soy Tamara. ¿Vos?

—Ariel. ¿Vivís por acá?

Pude sentir a mi corazón latiendo nuevamente. Supe que aunque aún sufría por Teby, más de una persona cruzaría mi camino y que yo misma iría escribiendo mi destino.

—Más o menos, pero voy a volver. Aunque sea solamente para hablar con vos...

Se escucharon las campanillas de la puerta. Una señora con muchos paquetes entre los brazos acababa de ingresar a la tienda. Ariel la miró unos momentos y me dijo:

—Nos vemos pronto, Tamara. Me gustaría mucho seguir hablando con

VOS.

Le sonreí y salí del negocio. Mientras caminaba por las abarrotadas veredas observando los escaparates de las tiendas, mi mente trabajaba a toda velocidad. Estaba segura de que le gustaba a Ariel, pero de lo que no estaba totalmente segura era de si él me gustaba a mí. Hasta ese momento, creía que estaba enamorada de Esteban, pero si era amor lo que sentía, ¿por qué en ese fugaz encuentro me había sentido tan atraída por Ariel?

Rondaba por mi mente la extraña sensación de que estaba traicionando a Teby, pero sabía que no era así, pues entre él y yo no había ningún vínculo convenido. Tal vez, mis sentidos se fijaban en Ariel como un mecanismo de defensa para no sufrir eternamente el alejamiento de mi primer amor.

Tendría que ser cautelosa, porque no quería herir a Ariel, quien evidentemente ya había sido herido antes. Sin embargo, quería volver a hablar con él. Me intrigaban muchas cosas y me gustaba su personalidad. Además, me agradaba la idea de definirme a mí misma y de averiguar en quién me había convertido. ¿Sería tan oscura por dentro como por fuera? y ¿qué era en realidad ser oscura? Sentía que cuanto más penetraba en lo llamado oscuridad, mis ideas parecían tornarse más claras.

Capítulo 20

Capítulo 20: Entre el Cielo y el Infierno

Comencé a mirar fascinada los distintos negocios. En algunos de ellos reposaban en las vidrieras figuras de diferentes santos y demonios. Quedé impresionada con una imagen de un esqueleto tallado en madera y me pregunté quién podría comprar algo tan feo y que yo relacionaba con la muerte. Por mi mente cruzó la idea de que tal vez alguna religión lo veneraba. Las estatuas de demonios rojos realmente eran escalofriantes. Me preguntaba qué clase de personas rendirían culto a ese demonio. Reflexioné que si esas estatuas se vendían, era por qué había alguien que las compraba.

En una de las tiendas vi expuestos una serie de péndulos de distintos materiales y tamaños. También había una serie de libros que explicaban sus usos, propiedades curativas y adivinatorias. Ingresé en la tienda dispuesta a comprar uno. El negocio me parecía un largo y fino pasillo. Este estaba dividido por un enorme mueble lleno de frascos, cajas y figuras religiosas. Una amplia capa de polvo cubría las estanterías repletas de productos. Palidecí al posar mi vista en un frasco lleno de lo que a mí me parecían ser orejas humanas. Preferí ignorarlo y seguir hacia el fondo sin detenerme a observar la espeluznante mercadería.

En el rincón más oscuro de la tienda, un anciano muy pequeño conversaba con una mujer que se sobresaltó al descubrir mi presencia. Parecía estar avergonzada y asustada de ser descubierta solicitando los servicios del anciano. El hombre caminó rengueando hacia el lugar donde yo lo esperaba en silencio. Detrás de sus sucias y gruesas gafas, cuyo armazón redondo parecía ser tan antiguo como su poseedor, una voz grave y ronca me dijo:

—Bueno, bueno, tenemos a una pequeña hechicera aquí y sus padres no lo saben. Es mejor así, tu madre no lo entendería.

Mi corazón dio un salto. No entendía cómo el anciano que acababa de conocer podía saber tanto de mí. No mucho después me di cuenta que acababa de hacerme una predicción muy ambigua y que seguramente la mayor parte de las personas que compraban en ese lugar estarían relacionadas con la magia. Además, era poco probable que los padres de cualquier persona de mi edad entendieran el interés de sus hijos por las artes oscuras.

Luego me interrogó:

—¿Qué te trae a mi negocio, jovencita?

La mujer que aún se encontraba en el rincón evitaba mirarme. Yo le respondí:

—Deseo un péndulo de cristal de roca.

Rascándose la nuca, añadió:

—Ah... claro, los que trabajan con la luz y el Espíritu Santo. Querés saber si él te ama y quizás algo más. Pero guardaré tu secreto.

En ese momento creí que el hombre estaba leyendo mi mente, pero nuevamente me di cuenta de que todas las adolescentes deseamos ser amadas y guardamos secretos. Abrió un cajón de un pequeño mueble y sacó tres péndulos de cristal. Estiró su huesuda mano de uñas poco cuidadas hacia mí.

—Elegí el que más te guste, mi niña.

Opté por uno que al mirarlo descomponía la luz formando destellos de colores que parecían provenir de su centro.

—¿Sabés cómo se usa?

Negué con la cabeza. El anciano guardó los dos péndulos que yo había descartado y tomó de la punta de la cadena de plata al elegido.

—Tenés que poner tu mano izquierda a unos centímetros por debajo del cristal. ¿Ves? Así, como lo estoy haciendo ahora. Necesitás poner tu mente en blanco, de lo contrario si pensás en la respuesta, te va a decir lo que querés escuchar. Nunca te olvides de saludarlo con respeto antes de hacerle cualquier pregunta. Hay muchas energías involucradas. La respuesta será afirmativa, si gira tal y como las agujas del reloj; si es negativa, lo hará en sentido opuesto. Una vez que tengas la respuesta, agradecele y el péndulo va a parar inmediatamente. Mirá.

El hombre se dirigió hacia el péndulo.

—Hola, péndulo. Decime, por favor, ¿esta niña te va a usar sabiamente?

El péndulo sorprendentemente comenzó a girar en sentido afirmativo. Hubiese jurado que el vendedor solo lo sostenía. El movimiento no provenía de él. Cuando le dio las gracias, cesó su rotación

instantáneamente.

—Es para vos, jovencita. Predecirá lo que vos puedas predecir.

Un interrogante cruzó como un relámpago por mi cabeza.

—Entonces... ¿el futuro está escrito?

Entrecerrando los ojos, negó con la cabeza y se apresuró a decir:

—Uno escribe su propio destino que se va entrelazando con el de los demás. El péndulo te permite saber lo que va a suceder si el presente no cambia radicalmente sus parámetros. Es decir, tus decisiones pueden cambiar el futuro y podés saber las intenciones de los demás. Tu percepción juega un papel importante en esto.

Agradecí al hombre, le pagué y al retirarme saludé con ironía a la señora que esquivaba mi mirada. Luego salí del negocio.

Recordé el hecho de que nunca antes había entrado a una iglesia. Mis padres eran agnósticos y no me habían inculcado religión alguna. Así que me dirigí hasta la imponente puerta, guiada por la curiosidad. Me sorprendió desde la entrada la altura de las columnas de mármol.

Una corriente fría proveniente de su interior contrarrestaba con el intenso calor de la calle. La inmensa altura del techo me producía una deprimente sensación de insignificancia. La oscuridad atravesada por finísimos rayos de luz provenientes de los majestuosos vitrales y la figura de la crucifixión de Cristo se alzaba sobre un atrio dorado. Lujosos candelabros y estatuas ornamentadas con bellísimas joyas se diseminaban por toda la iglesia.

Reparé en una madre harapienta sentada en el piso cerca de mí que amamantaba a su hijo y sostenía con la mano una abollada lata en la cual se sacudían escasas monedas. Algo no estaba bien, ¿cómo podían permitir lujos para las simples estatuas y hambre para las personas? No quise entrar en la iglesia. Di media vuelta, saqué de mi bolsillo un billete y lo coloqué en la lata. La mujer que no era mucho mayor que yo sonrió y me dijo:

—Muchísimas gracias. Que Dios te bendiga.

Volví a bajar la escalinata. Cada vez entendía menos al mundo. Se me ocurrió pensar que tal vez el hambre de algunos era lo que permitía el lujo de otros. Quizás el cielo y el infierno coexistían, así como no hay poder sin sometimiento y no existe el bien sin el mal.

Capítulo 21

Capítulo 21: La llamada inesperada

Una vez en casa, recurrí a mi grimorio y busqué en él la palabra "péndulo". Realmente me intrigaba saber por qué mi abuela no lo utilizaba como elemento adivinatorio. En unas páginas escritas por su madre encontré la respuesta. Ella explicaba que el péndulo es solamente un medio para canalizar la propia energía adivinatoria y que es tan útil como cualquier otro método de adivinación, si es que el poder de la percepción está en su poseedor.

Ella le aconsejaba con ternura a mi abuela, que antes de creer en sus respuestas, probara de alguna forma si este le resultaba el medio más adecuado para canalizar su poder. Ahora comprendía que seguramente mi abuela optaba por otros métodos más afines a ella. También le comentaba que algunos lo utilizaban para canalizar la energía sanadora y que otros lo empleaban para encontrar agua o metales preciosos. Yo comprendí que simplemente era un instrumento que nos revela nuestra propia intuición. Me dispuse a probarlo y a probarme.

Tomé un mazo de cartas muy viejo que mi padre utilizaba para jugar al solitario. Separé las copas y los bastos. Los mezclé y me dispuse a tratar de adivinar preguntándole al péndulo. Yo preguntaría: ¿Es copa esta carta? El péndulo respondería girando afirmativa o negativamente y haría una estadística de los aciertos y de las fallas.

Comencé la prueba de mi percepción extrasensorial. Con las primeras siete cartas las respuestas del péndulo fueron las correctas, pero la octava no lo fue. Hasta la quinceava carta, nuevamente fueron acertadas, la siguiente errónea y las siguientes fueron todas correctas, sin incluir la última. Fueron veintiún aciertos y solo tres fallos. Me parecía bastante aceptable para utilizarlo, pero aun así cabía la posibilidad de que se equivocase. Ganándole a mi propio orgullo interno, interrogué:

—¿Sabré hoy algo de Esteban?

El péndulo empezó a temblar y luego giró en sentido afirmativo. Sonreí, pero sentía que acababa de mentirme. En ese momento, me sobresalté al oír el timbre del teléfono.

Contesté. Era la persona a la que más necesitaba oír en todo este último tiempo, pero por alguna razón, no experimenté felicidad al escuchar su voz. Por un instante mi corazón dejó de latir. Recordé mi sueño. ¿Él haría que mi corazón se convirtiese en piedra? o ¿sobrevendría el pacto de

sangre?

—Tamy, necesito verte... algo me estuvo pasando estos últimos días.

Pensé con ingenuidad que se había dado cuenta de cuánto me quería y necesitaba, pero en realidad creo que solo me necesitaba.

—Bueno, está bien. Vení a buscarme, si te parece.

Me respondió con mucha frialdad en su voz:

—Ahora voy.

Colgó sin decir ni siquiera adiós.

Unos minutos después, lo escuché tocar el timbre. Al abrir lo encontré de pie, mucho más pálido y delgado que la última vez que lo había visto. Sus ojos estaban enrojecidos, como si hubiese llorado. Debajo de ellos, se dibujaban unas finísimas líneas color violeta. Tenía los nudillos sangrando y en su brazo izquierdo se distinguían finos cortes. Sentí muchísimo dolor al verlo. Por un instante me invadió la culpa por no haber estado a su lado para protegerlo de aquello que lo había herido. Más aún porque yo me sentía muy fuerte. A mí algo me había atacado y había podido controlarlo sola. Los signos que había dibujado y los encantamientos que había hecho no permitieron que las sombras nos hicieran daño ni a mis padres ni a mí.

—¿Quién te hizo eso?

Evitando mi mirada respondió:

—No fue nadie...

—¿Por qué te hiciste eso?

Sentí que se me cerraba la garganta. Me preguntaba por qué estaría tan atormentado y optaba por autoflagelarse. Me miró. Podía ver el miedo reflejado en sus ojos.

—Ya no importa... —dijo y volvió a bajar la mirada—. ¿Puedo pasar?
—preguntó con voz seca.

—Claro —me apresuré a contestar y lo invité a sentarse. Así lo hicimos ambos.

Una vez en el sillón comenzó a hablar.

—Necesito decírtelo. Frecuentemente escucho y veo muchas banshees cerca de mí.

Sentí que mi mundo se derrumbaba. Luchaba por que se fuese de mi mente el profundo temor de perder a Teby para siempre. Por un momento, imaginé que su aliento se tornaba helado. ¿Por qué lo seguían las banshees, esos diabólicos espíritus que se alimentan del miedo a la muerte? Hasta donde yo sabía, el llanto de una banshee era presagio de muerte, pero él sentía muchas a su alrededor. ¿Podría ser un augurio incluso peor que la muerte?

Lo abracé intentando protegerlo y en ese momento un grito proveniente de la nada nos estremeció y el abrazo se hizo aún más estrecho.

Le comenté asustada:

—A mí también me pasaron muchas cosas extrañas desde la última vez que te vi. ¿Quién nos puede estar haciendo esto?

—No es a vos. Creo que es solo a mí a quien buscan. Aunque ahora ya no sé realmente si no te buscan también. Hace ya mucho tiempo que escucho el lamento de las banshees. Sé que las escuchaste, aunque solo un par de veces. Antes de conocerte, soñé varias veces con un grupo oscuro que intentaba dominarlas. Para dominar el destino, supongo. En ese momento pensaba que eran solo sueños, pero sobrevino aquel en el cual se me revelaba el paradero de mi grimorio y entonces comprendí que algo o que alguien manipulaba mis sueños. Cuando vos escuchaste la banshee, la noche en que nos conocimos, yo pensé que me podrías ser de utilidad. Debo confesar que me acerqué a vos para sacarte información, pero después...

Nos invadió un incómodo silencio, luego continuó:

—Pese a que yo escuchaba a las banshees, aunque no tan cerca como ahora y tenía la certeza de que alguien las quería controlar, llegué a pensar que a mí no me podían hacer daño... Podía escucharlas. Sabía lo que hacían, pero por alguna extraña razón, no se acercaban. Tuve la soberbia y negligente idea de sentirme casi inmortal. Por un momento, pensé en atraerlas para... estudiarlas. Por otro lado, el grupo que pretendería controlarlas, ¿por qué querría destruirme o evitar mi muerte? ¿Acaso soy alguien importante para esas personas que ni siquiera conozco?

—¿Estarán relacionados con tu padre?, ¿lo habrán descubierto nuestra magia a través de los elementales? Sé que los elementales pueden revelar nuestra presencia, aunque ignoro cómo.

Teby me miraba muy serio, como sorprendido por lo que le había dicho. Quizá porque mencioné a su padre, pero creo en realidad, que él nunca había considerado la posibilidad de ser descubierto por magos más poderosos que nosotros.

—Vi sombras y algo rompió la cristalería de mi madre. Un ser inmaterial me anunció que era necesario que te protegiera. Quizá puedo hacer en tu casa los rituales que hice en esta... o los que hacía mi abuela para alejar a las banshees... —le dije.

—No, no quiero alejarlas. Quiero rastrear de dónde vienen. No creo que las banshees me quieran matar. Al menos, no por ahora... Creo que están cerca de mí por algún otro motivo y deseo averiguarlo. Tengo más miedo por vos, pero necesito que me ayudes con tus ideas y con lo que puedas averiguar. Por las dudas, no estemos demasiado cerca. A mí no me puede pasar nada, pero a vos... No sé cómo protegerte —me interrumpió.

No podía creer la soberbia y la ingenuidad de sus palabras. ¿Quién se creía que era? Hasta donde yo sabía, no había nadie capaz de controlar a esos seres y supuse que si acaso eso era posible, no podría hacerlo solo un aprendiz de mago. Me horrorizaba y a la vez me atraía la siniestra idea de disponer de la muerte. Me sorprendí de mí misma al pensar en eso. ¿En quién me estaba convirtiendo? ¿Se podría utilizar a las banshees para matar, amedrentar e impedir la muerte de aquellos que no queremos que mueran o... de nosotros mismos? Hasta ahora, las banshees y la muerte eran sinónimos para mí. Tal vez, él creía poder controlarlas y las ansias de poder cegaban la evidente verdad. ¿Cómo no se daba cuenta de que era él y no yo quien estaba en peligro? Aunque muy en el fondo, a mí también me fascinaba la idea de tener ese poder.

Una pregunta pasó por mi mente y aunque era un poco incómoda, no resistí la tentación de formularla.

—¿Las banshees no te rondarán... porque primero... —hice una pausa, reflexionando en lo que diría —... intentaste controlarlas?

Respondió, sin mostrarse sorprendido:

—Es obvio que yo solo no soy capaz de hacer algo así.

Él nunca dijo que no lo hubiese intentado. Luego agregó:

—Además, aún no estoy seguro de si alguien puede controlarlas realmente. La muerte en sí está relacionada con ellas, pero quizá solo la anuncian. Puede ser que lo único que hagan sea alimentarse del miedo que uno siente antes de morir.

Asentí con la cabeza.

—¿No creés que puede significar que tu muerte esté cerca?

Le pregunté y él me dedicó su media sonrisa.

—No te preocupes, no pueden alimentarse de mi miedo a la muerte, porque yo no le tengo miedo a la muerte.

Comenzaba a molestarme su actitud soberbia.

—Estoy seguro de que hay un grupo poderoso que de alguna manera ya las controla. Mi padre podría estar involucrado. Él me debe haber inducido los sueños reveladores. Quizá si yo puedo descubrir quién las envía, pueda encontrarlo a él.

—Si es que hay alguien que las envía —agregué.

Él sonrió sin darme mucha importancia. Se levantó y acariciándome la mejilla dijo:

—Bueno, preciosa, nos vemos.

Lo acompañé hasta la puerta. Él me besó en el rostro y se alejó acomodándose su flequillo hacia el costado.

Me quedé en la puerta y observé cómo se alejaba sin haber dicho absolutamente nada sobre nuestro último encuentro bajo el álamo. Esta vez, el miedo a perderlo por un caprichoso juego de vida y muerte me estremecía. Sabía que él quería controlar ese juego y eso lo cegaba. No podía ver que el peso de semejante poder podría convertirlo en un ser temible.

Por otro lado, si teníamos la posibilidad de poseer ese don y lo rechazábamos, corríamos el riesgo de que alguien más lo manipulase a su antojo, sin que nosotros pudiéramos oponernos. Cualquier opción podría producir un desbalance en el delicado equilibrio universal. Me preguntaba si yo, al tener ese poder, seguiría siendo yo misma o me sentiría como un dios. ¿Sería posible evitar la muerte? Me convencí a mí misma de que no era posible, pero... ¿y si lo fuese?

Capítulo 22

Capítulo 22: El cordón de plata

Mis padres ya se habían acostado y Samanta dormía a los pies de mi cama. Caminé hacia la ventana y miré hacia el cielo. Unas nubes grisáceas dejaban asomar a la blanquecina luna que alumbraba los bordes plateados de las nubes oscuras, recortándolas en un abismal cielo sin estrellas.

Sentía una extraña sensación de inseguridad que se mezclaba a la vez con pena. Comprendía que Teby había venido a buscar mi ayuda, pero su soberbia le había impedido solicitármela.

Cerré la cortina y sentí una protección inexistente que provenía de esa delgada capa de tela. Yo creía que podría alejar a las banshees de Teby, de la misma manera que me había podido proteger a mí o como mi abuela se había protegido a sí misma. Sabía que Esteban no me dejaría ir a su casa, porque decía que él no quería apartar a las banshees.

Me acosté y me abracé a la almohada. Tenía miedo de que el mal lo estuviese acechando. Deseaba estar con él, a su lado, cuidándolo. Recordé sus heridas, sus ojeras... estaba tan débil. Yo me sentía fuerte, triste pero fuerte y sabía que había aprendido mucho, tanto de la información de mi grimorio como de la vida misma. Sabía que las banshees lo querían y que estaban cerca, cada vez más cerca de él. Yo deseaba estar ahí y velar por sus sueños. Sentía que él era más vulnerable mientras dormía. No sé cómo, pero lo sabía. Quizá no querían matarlo, pero impedirían su descanso. Él estaba muy débil, necesitaba dormir y mientras pensaba en eso, sin darme cuenta mis ojos se fueron cerrando.

Por un momento experimenté la sensación de elevarme. No, me elevaba realmente. Me sobresalté. Sentí como si me estuviera incorporando en el aire. De pronto me vi a mí misma, pero desde arriba. Mi cuerpo dormía profundamente en la cama, pero yo no estaba allí. Mi parte consciente, yo misma, lo que soy, flotaba etérea, sin peso, sin cuerpo... Creí que había muerto, pero aunque había escuchado a las banshees, pensé que quien estaba en peligro era Teby y no yo. Me convencí a mí misma de que aún no estaba muerta. Allí abajo mi cuerpo respiraba. En cada inspiración las sábanas sobre mi pecho se elevaban y en el profundo silencio de la noche los latidos de mi corazón marcaban el compás del tiempo.

Debajo del pecho de mi cuerpo dormido, parecía salir un fino haz de luz, como una cuerda de plata que se unía a mi espíritu. Pensé que en ese momento Teby estaba en su casa, durmiendo. En ese instante, todo mi entorno se desvaneció y de la nada volvió a materializarse en una fracción de segundo. Ya no estaba en mi habitación, me encontraba en un patio en

el que ya había estado antes. Podía ver en la oscuridad de la noche una blanca mesa gótica con sus cuatro sillas. Todo era muy nítido, como si pudiese distinguir cada uno de los pétalos de las flores, cada hoja, cada sonido... pero no tenía sensibilidad en la piel. No sentía el frío, ni el calor, ni el aire.

Pude distinguir una escalera y muchas puertas a mi alrededor, pero solo una de ellas parecía llamarme. Me encontré de repente en la habitación de Teby. Él dormía, se veía tan lindo e indefenso. Mi espíritu lo amaba.

El piso de su cuarto era de madera y junto a la ventana él había dibujado en tiza un pentagrama. En una hoja pintada con sangre, con su sangre, distinguí el mismo pentagrama junto con otros símbolos que yo desconocía. No eran los mismos símbolos de protección que yo había utilizado. Supuse que él quería acercar a las banshees y no alejarlas. Sentía que ellas estaban cerca de nosotros y junto a ellas, la muerte estaría acechando.

No podía permitir que nos pasase algo solo por la soberbia de Teby. Lo protegería, las alejaría de él. Me acerqué a Esteban. Ya comenzaba a escucharlas. Miles de desgarradores lamentos cortaban el silencio de la noche.

Sentí que la energía del universo era parte de mi ser. Extendí mis etéreos brazos, si eso es lo que eran, y una esfera plateada comenzó a expandirse, rodeándonos a él, a mí y a la habitación completa. El pentagrama dibujado se desvaneció. La hoja de papel comenzó a quemarse, mientras a través de la cortina de la puerta distinguí contornos femeninos que se proponían entrar.

Afortunadamente, eran vanos sus intentos. Teby dormía. No se daba cuenta de lo que estaba sucediendo. Poco a poco, los lamentos se hicieron cada vez más tenues, ya no regresarían, por lo menos durante esa noche.

Los pentagramas habían sido destruidos y él descartaría ese método, que evidentemente era efectivo para atraerlas. Me sentí débil y al bajar mis brazos, la esfera de energía se desvaneció. Nunca supe por qué seguí ese impulso, pero obviamente yo era parte de un todo cósmico.

Cada segundo que pasaba me sentía más débil y cansada. La cuerda de plata que salía de mi cuerpo astral y se unía a mi pecho real estaba desapareciendo.

De pronto, todo se desvaneció y me encontré nuevamente en mi habitación. Solo un hilo de plata me unía a mi cuerpo. El blanquísimo rostro de un majestuoso ángel negro tornó su mirada desde mi cuerpo hacia mi espíritu. Sus ojos blancos helaron mi interior. El ángel miró el

hilo de plata.

De pronto, me incorporé y abrí los ojos. Estaba en mi cuerpo nuevamente. Sola en mi habitación. El ángel se había marchado. Me preguntaba si sería la muerte quien estuvo junto a mí, tal vez esperando que el hilo de plata se cortase, para de esa manera separarme por completo de mi cuerpo material.

Capítulo 23

Capítulo 23: Una escena inesperada

Abrí la cortina, el sol comenzaba a salir ahuyentando las sombras de la noche. Estaba segura de que había alejado a las banshees de Teby y que él pensaría que sus invocaciones no habían dado resultado.

Acababa de ver a la muerte junto a mi cuerpo dormido, aguardando. Las banshees no habían anunciado a ese ángel. Me preguntaba si realmente lo anunciaban o acaso sería que yo no le tenía miedo a la muerte. Quizá los conocimientos ancestrales eran erróneos. Varias lágrimas surcaron mi rostro al pensar en que la muerte de mi abuela podía haber sido en vano. Quizás ella estaba equivocada y su suicidio era un error del destino.

Quería buscar información para aclarar mis dudas. Me dolía pensar que mi abuela podía haber estado equivocada. Hasta ese momento ella era perfecta para mí y pensé que quizá ni siquiera los espíritus tenían todas las respuestas. Simplemente ellos estaban en otro plano. Quizás el mundo espiritual era complejo como si se tratase de un engranaje más de un sistema universal.

Algo me decía que la revelación de este enigma no sería aclarado por espíritus ya que sus respuestas eran ambiguas. Tampoco las iba a conseguir a través de Teby. Él nunca tendría que saber que yo lo había protegido. Su soberbia lo llevaría a caer en la tentación de atraerlas nuevamente. No buscaría en mi grimorio, pues creía que mis antepasados tenían un concepto erróneo. De lo que estaba segura era de que había seres con el alma tan oscura que intentaban controlar a la muerte y eran capaces de experimentar con la vida para incrementar su control sobre los seres mágicos y humanos.

Durante el desayuno me seguía preguntando dónde podría encontrar respuestas. De pronto, como una señal inesperada, un grito de mi madre, un lamento de mi padre y el ruido de cristales rotos me sacaron de mis pensamientos. Samanta había saltado a la mesa, algo que nunca antes había hecho, y había roto el pequeño frasco de jalea real que yo había comprado poco tiempo atrás.

Sonreí emocionada, todo tenía sentido, tenía que volver a hablar con Ariel tal y como se lo había prometido. Él en su pasado había pertenecido a algún grupo oculto, yo estaba segura de eso. Quizá también ahora pertenecía a uno. Tal vez él era parte de una secta o sabría de alguna que estuviese intentando experimentar con banshees.

Reparé en que mi madre me miraba extrañada por mi repentina felicidad.

Frunciendo el ceño me reprendió:

—Claro, a vos no te gustaba la jalea y amaestraste de alguna manera a esa cosa para que la tire. Quiero que vayas hoy mismo a comprar más...

Mi padre me defendió:

—No te la agarres con la nena.... No se puede amaestrar a un gato, Tamara no tiene la culpa. Es el instinto animal.

—Sí, es verdad. El gato es de ella y se va a hacer cargo. Así que agradecería muchísimo que compre dos frascos hoy mismo, por si ese mugroso animal vuelve a repetir su hazaña.

Asentí con la cabeza y me dedicué a terminar mi desayuno. Estaba muy feliz. Sentía que Samanta había leído mis pensamientos o que alguien le había sugerido qué hacer.

Después de que mis padres se fueron, tomé el colectivo y me dirigí a ese maravilloso y esotérico lugar, las cercanías de la iglesia gótica. Recién estaban abriendo los negocios. Pasé por el lugar en donde había comprado el péndulo, pero aún se encontraba cerrado. Supuse que si Ariel no tenía las respuestas, era posible que el viejo que atendía el local sí las tuviese. De todas formas, prefería preguntarle a Ariel. Había algo en el viejo que me daba miedo.

Cuando entré en la herboristería que estaba justo frente a la iglesia, la escena que menos esperaba ver se presentó frente a mis ojos. El negocio estaba siendo atendido por el viejo que me había vendido el péndulo. Estaba entablando una seria conversación con Esteban. No pude entender qué podían estar haciendo Teby y el viejo juntos en el negocio de Ariel y sin Ariel.

El anciano me sorprendió mientras intentaba escuchar su conversación y me dijo:

—Hola, pequeña hechicera. ¿Qué te trae por aquí?

Teby volteó la cabeza hacia donde me encontraba yo, petrificada, y palideció aún más de lo normal. Sin darme tiempo a responder a la pregunta del viejo, Teby se apresuró a llegar junto a mí. Tomó mis hombros. Besó mi mejilla y en un rápido susurro me advirtió:

—Aquí no hay respuestas, solo peligro para vos. No te acerques a esta gente.

Luego se fue casi corriendo y antes de que yo pudiese reaccionar el viejo

insistió:

—¿Niña?

Aún mirando hacia la entrada por donde Teby acababa de salir, me apresuré a responder:

—Dos frascos de jalea real, por favor.

Me los entregó muy rápido y le pagué. Me apresuré a salir del local. Quería alcanzar a Teby, pero en la puerta del negocio Ariel me detuvo mostrando mucha alegría en su rostro.

—Tamara... volviste.

Ariel besó mi mejilla y desde el fondo del negocio el viejo preguntó:

—Así que conocés a la pequeña hechicera.

Ariel frunció el ceño y habló lento y claro, poniendo énfasis en cada sílaba:

—Abuelo, ella es mi amiga... ¿Entendés?

Podía sentir la frialdad y el odio en su voz. Luego, agregó con más tranquilidad:

—Ya hablé con mamá. Dice que va a atender tu negocio mientras yo me voy a anotar en la universidad.

Volteó hacia mí y me preguntó:

—¿Tenés algo que hacer ahora?

Con una pequeña sonrisa respondí:

—¿Hablar con vos?

—Buenísimo. ¿Me acompañás a la universidad? Me quiero anotar en Psicología. El viaje es largo y aburrido. Después, me comprometo a acompañarte hasta tu casa. ¿Tu mamá te dejará?

Sentí que me estaba tratando como a una niña. No podía dilucidar si le gustaba o acaso le inspiraba un instinto paternal.

—Tengo la edad suficiente para decidir por mí misma... además... no tiene

por qué enterarse. ¿O sí?

Él se rió.

—Bueno, mejor vamos, así charlamos un rato... me caés muy bien, niña.

La palabra "niña" comenzaba a ponerme nerviosa. Él no podía ser más de dos o tres años mayor que yo. Además, no me gustaba que me viese como una niña. A mí me parecía seductor, pero... ¿y Teby?, ¿acaso yo no estaba enamorada de él? ¿Qué era el amor realmente?

Mientras caminaba por la calle con Ariel, me invadió una incómoda sensación de culpa, como si estuviese engañando a Teby, aunque sabía que no tenía nada pactado con él y tampoco con Ariel, al menos no por ahora. No tenía motivos para sentirme culpable. De todos modos, deseaba realmente no encontrarme con Esteban nuevamente esa mañana y mucho menos, en compañía de mi nuevo y oscuro amigo, si eso es lo que era. Estaba comenzando a sentirme incómoda con tanto silencio, por lo que decidí romperlo.

—¿Cómo decidiste estudiar Psicología?

Pasó su brazo sobre mis hombros y seguimos caminando. Luego respondió:

—Mirá, muchos dicen que no se debe estudiar Psicología para entenderse a uno mismo, pero yo creo que si yo no puedo entenderme, nunca voy a poder entender a los demás. Quiero saber cómo funciona lo inconsciente y lo consciente. Entender el porqué de las acciones de los seres humanos. Para ser sincero, no me interesa solamente ayudarlos, sino también... mejor otro día te explico, no creo que lo entiendas. Esta es la parada.

Nuevamente me había tratado como a una niña tonta. Odiaba esa actitud, sin embargo él tenía algo que me fascinaba.

Una vez en el colectivo, después de que tomamos asiento, me indagó. Quizás ya algo de psicólogo tenía. Él sabía que me moría de ganas de hacerle una pregunta que no me animaba a formular.

Capítulo 24

Capítulo 24: El poder oculto

El viaje de ida había sido largo y muy rico en información. Tenía la certeza de que Ariel pertenecía o había pertenecido a un grupo oscuro. No solo lo creía por las vestimentas que usaba y la música que escuchaba, o por el anhelo de sentirse parte... yo sabía que la oscuridad por la que estaba seducido, pero de la que aparentemente deseaba huir, era de alguna manera clandestina y secreta. Su abuelo obviamente tenía poder y sabía de mí. No estaba segura por dónde comenzar a indagar.

—¿Tu abuelo es hechicero?... ¿Tus padres... vos?

Pareció incomodarse con la pregunta.

—No te acerques ni a mi abuelo ni a mi madre... y mejor no te acerques a muchas de las personas que creas que están relacionadas con la magia.

—¿Por qué?

—Es peligroso y aún más para una chica. Además de hechicera, sos muy joven aún.

Me molestó su incómodo comentario.

—No entiendo qué tiene que ver una cosa con la otra.

—El día que nos conocimos, te dije que me había alejado de un grupo. En realidad, me es casi imposible hacerlo. Toda mi familia pertenece a una secta. Buscan continuamente "reclutar" gente especial, por decirlo de alguna manera. Cuantos más son los integrantes, más fuerza tiene el grupo, aunque a la vez están más expuestos. A veces se separan en células más pequeñas que están coordinadas entre ellas. Bueno, en síntesis, siendo tan joven y teniendo poderes te pueden utilizar y no te gustaría. Los rituales no son como vos creés. Estos no se limitan a la concentración y a la meditación. En ellos hay alcohol, drogas y sexo. Con la excitación sexual, logran desprender más energía y los estimulantes dejan fluir del inconsciente, su maldad interna. La sangre es parte de los rituales. La producen, la beben y la emplean en conjuros. Ellos creen que lo que está hecho con sangre, solo la sangre lo puede revertir. Hay muy pocas personas que logran entrar y salir ilesos de estos grupos. Yo no quiero pertenecer, pero crecí rodeado de esta locura.

—¿Qué pueden lograr con todo esto?

—¿No es obvio?... Solo buscan poder, poder en todos los campos, así sean políticos, económicos, venganza, seducción y todo lo que se te pueda ocurrir.

—Entonces, ¿me querés decir que los políticos son integrantes de estas sectas?

—Por supuesto que no. Los más poderosos nunca mostrarían sus rostros tan públicamente. El poder real está detrás del poder. Es el poder oculto.

Quedé perpleja ante tanta sinceridad.

—¿Por qué me contás todo esto?

—Porque yo no voy a poder salir... pero puedo evitar que vos entres. Vi a mi abuelo muy interesado en vos, una pequeña y solitaria hechicera buscando en qué creer y a dónde pertenecer. Te pueden dar muchísimo poder, pero son capaces de quitarte mucho más de lo que estés dispuesta a dar.

—¿Sabés si ya hay gente capaz de controlar a las banshees?

Movió la cabeza con una sonrisa forzada.

—Es increíble que ya sepas tanto. Te subestimaba. Hasta donde yo sé, solo hay una persona y sus seguidores que lo intentaron. ¿Por qué me preguntás esto? No te involucres en algo tan peligroso. Nada se consigue sin dar algo a cambio y puede haber cosas peores que la muerte.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo antes de responderle. ¿Qué podía ser peor que la muerte?, ¿sería tal vez querer morir y no poder hacerlo?, ¿tener el espíritu esclavizado? Por alguna razón no me atreví a preguntarle. Aún no estaba lista para enfrentar esa respuesta. Me limité a responder:

—Creo que el padre de un amigo está intentando controlarlas.

No quería darle demasiada información, no estaba totalmente segura de Ariel.

—La persona de la que te hablo es una mujer. No es el padre de tu amigo. Es una muy malvada y oscura mujer. Nunca ha habido alguien que maneje las cosas que ella controla. Tiene mucho poder y no tiene escrúpulos para limitarlo. Podría asesinar a su propia descendencia con tal de incrementar su fuerza.

Hizo una pausa y continuó.

—Aun cuando estés sola y utilices tu magia, tenés que ser prudente. Nunca pidas algo que no estés dispuesta a pagar. No es como algunos dicen. No es lo malo lo que vuelve, sino que hay que pagar un precio por lo que se pide.

Reflexioné acerca de lo que me había dicho. Volvía a tentarme la idea de controlar la muerte. Me horroricé ante esos pensamientos. ¿Dónde estaría el límite? ¿Hasta qué punto daríamos lo que fuera para recuperar a alguien? ¿Sería yo capaz de apagar una vida con tal de recuperar otra? Me sentía mala al pensar en esto. Aparentemente, la mujer de la que me hablaba Ariel, no tenía ningún escrúpulo y posiblemente utilizara el control de la muerte, de los espíritus, demonios, elementales y otros seres de los cuales hasta entonces yo ignoraba su existencia, para aumentar su poder en este plano.

—¿La gente de estos grupos sacrificaría a seres vivos para lograr sus fines?

Con total naturalidad me respondió:

—Sí.

—¿Tu familia también?

—También.

—Y ¿vos?

—Llegamos a la parada. Bajemos ahora.

No volvió a tocar el tema. Yo sabía que él era capaz de eso. No necesitaba que me lo confirmase. El poder siempre aniquila los escrúpulos y aunque él quería ser libre y alejarse de su entorno, la tentación de poseer un control creciente sobre las cosas y sobre las masas de personas debía ser aún mayor para él. Lamentablemente, también para mí. Los seres humanos siempre quieren tener más poder, nunca menos. ¿En quién me estaba convirtiendo?

Infinidad de pensamientos surcaron mi mente mientras esperaba a que Ariel saliese del imponente edificio. Bajo la sombra de las majestuosas y altísimas columnas de mármol, me sentía transportada en el espacio y en el tiempo hacia un mítico escenario griego. Me di cuenta de que, hasta donde yo sabía, a lo largo de los siglos no habían quedado huellas en la historia de la magia de nadie que fuese capaz de controlar el curso de la

vida. Nadie había logrado eternizarse.

De pronto, como si alguien susurrara a mi oído la respuesta a mis pensamientos, lo comprendí todo en un instante, como con la luz de un relámpago que alumbra una habitación y aclara cada rincón. Poco tiempo atrás había visto a la muerte junto a mi cuerpo dormido, esperando para cortar el hilo de plata que se unía a mi espíritu. El ángel, la muerte misma, estaba allí. Con sus ojos tan fríos, capaces de congelar mi alma con solo mirarla. Sola. Rodeada de soledad. No había banshees ni demonios, solo estábamos la muerte, el silencio y yo. Comprendí entonces que las banshees pueden alimentarse del miedo a la muerte, pero tal vez no es necesario que ella esté cerca.

¿Alguien sin escrúpulos sería capaz de enviar a las banshees, para inducir un suicidio...? Las hechiceras creían desde los principios del tiempo que si su muerte es causada por uno de estos espectros, sus espíritus se convertirían en algo semejante, algo peor que la muerte misma. Seguramente preferirían ofrendar sus almas a los espíritus elementales, como lo habían hecho mi abuela y su madre, para no sufrir tal eterna condena. Mi abuela era una mujer fuerte, sana y relativamente joven. No era su momento aún. Quizás había sido engañada por los que pertenecen a la oscuridad. Todo se relacionaba cada vez más. Me dolía que mi abuela hubiese sido engañada, prácticamente asesinada. Su muerte había sido en vano e inducida. ¿Quién o quienes habrían querido matarla? ¿Por qué? Ella vivía casi aislada del mundo en su isla. ¿Viviría allí para huir de algo o de alguien? ¿Por qué me habría relacionado a mí con Esteban? ¿Tendría algo que ver su misterioso pasado? ¿Cómo la habrían encontrado?

Estaba segura de que su fallecimiento estaba relacionado con el enigmático marco que rodeaba el nacimiento de Esteban. Sin ir más lejos, ella se había mudado a la isla poco antes de que yo naciese. Me sobresalté al sentir la mano con numerosos anillos de Ariel apoyándose sobre mi hombro.

—Ya podemos irnos, niña linda.

Durante todo el viaje de vuelta me habló muy entusiasmado de cómo sería su carrera y de las materias que cursaría. De todas formas, yo ya tenía las respuestas que había hallado en mi intrincado laberinto interior.

Capítulo 25

Capítulo 25: Confesiones

Ariel y yo bajamos juntos del colectivo, ya que él se había ofrecido a acompañarme hasta mi casa. Me volteé al escuchar la voz de Teby gritando mi nombre y noté que venía corriendo hacia nosotros.

—Tamara, necesito hablar con vos. Es urgente. Pasó algo terrible.

Noté que Ariel lo observaba con el ceño fruncido, mientras tanto Teby fingía ignorarlo. Me apresuré a decir:

—Bueno, pero Ariel...

—Es que... es urgente y estás involucrada...

Me miraba con un aire suplicante y a la vez muy tierno. No podía negarme. Le tomé la mano a Ariel y le anoté mi número de teléfono.

—Por favor, llamame cuando quieras. No te enojés, pero él no suele ser así, algo malo debe estar pasando.

—Sí, es algo terrible. Si ella lo considera pertinente, te lo contará después, pero si por mí fuese, no te enterarías.

Esteban miraba a Ariel con arrogancia y en cada sílaba se notaba un aire de desprecio. Sonreí, me divertía mucho verlo celoso, si eso era lo que le pasaba.

Ariel besó mi mejilla y añadió:

—Te llamo más tarde. Nos vemos, hermosa.

Luego, se alejó sin despedirse de Teby. Acto seguido, lo interrogué:

—¿Qué pasó?

Él miró al piso y con una media sonrisa insinuó.

—Bueno, en realidad nada. Es solo que no quería que él supiese dónde vivís.

Me molestaba bastante su actitud, pero a la vez me daba cuenta de que en verdad debía estar interesado en mí.

—¿Qué pasa? Acaso, ¿no será... que estás celoso?

—Por supuesto que no, Tamara. ¿No te das cuenta de que este muchacho está involucrado con gente realmente oscura y peligrosa?

Estaba muy ofendida con él. Me trataba como si fuese una ingenua que no sabe cuidarse por sí misma. Había sido yo la que había salvado su vida de la multitud de banshees, o al menos, era lo que yo creía.

—Ahora que recuerdo, yo te vi hablando con el hombre de la tienda. ¿No será que en realidad quien está involucrándose en asuntos peligrosos sos vos y no yo? Esteban, ¿sos consciente del peligro en el que estás?

—¿Realmente creés que haría algo para perjudicarme?

Tomé su brazo. Los finísimos cortes aún no habían cicatrizado. Lo miré seriamente a los ojos y respondí con claridad:

—Sí, realmente lo creo. Además, estoy segura de que intentaste acercar a las banshees. ¿Vas a negar que las invocaste?

—En un momento, pensé en que yo solo podía controlarlas, pero estaba equivocado. Ellas me debilitaban. Por suerte, algún demonio y mis hechizos de protección lograron alejarlas anoche. Fue la primera noche, después de muchas, en la que al fin pude dormir tranquilo.

El demonio que había visto podría haber sido mi espíritu. Recordé los símbolos dibujados en sangre y lo interrogué:

—Los pentagramas que dibujaste en tu habitación, ¿en verdad las alejaban?

Sus ojos demostraron sorpresa ante mis palabras.

—¿Cómo sabés que dibuje pentagramas en mi habitación?

—Creo que anoche abandoné mi cuerpo y en un extraño viaje estuve junto a vos cuando las banshees llegaban. Creo que yo soy el demonio que viste.

—Entonces, ¿generaste la luz que nos rodeó?

Asentí con la cabeza.

—No debiste hacerlo, fue peligroso, una tontería de tu parte... pero... ¿cómo hiciste?

—No sé. Pensaba en cómo protegerte y me adormecí. Cuando me di cuenta, flotaba sobre mí y solo un hilo de plata me unía a mi cuerpo. De pronto, estaba en tu casa y supe exactamente lo que tenía que hacer... Es decir, no tengo mucha idea de cómo sucedió.

Me interrumpió, restándole importancia a mis palabras.

—Ah... simplemente, hiciste un viaje astral.

—Al regresar, vi a la muerte esperándome. No había banshees allí, solo un ángel negro, el ángel de la muerte.

Palideció de repente y me estrechó fuertemente entre sus brazos. Sentí que todo su cuerpo temblaba. Susurrándome al oído confesó:

—Yo me muero si te pierdo.

Lo aparté un poco de mí con suavidad y clavé mis ojos en el mar gris de su mirada. Podía leer en su rostro lo que sentía por mí, pero lamentablemente agregó:

—Tenemos que estar juntos. Es nuestro destino, pero... no podemos mezclar las cosas. Quizás en un futuro todo podría ser diferente. Por ahora, necesitamos estar juntos para defendernos mutuamente. Debemos ser fuertes. Involucrando nuestros sentimientos nos debilitaríamos... ¿Y si alguno de los dos dejara de sentir?... Vos ya conociste a otro chico, aunque no deberías confiar en él. Es peligroso.

Besó mi mejilla, me regaló una triste media sonrisa y se alejó sin mirar atrás.

Volví a mi casa con la soledad como mi única compañía. Nuevamente me encontraba sola. Una fugaz lágrima surcó mi rostro. El destino decidiría lo que tenía que pasar. La decisión de Teby ya estaba tomada, pero no podíamos negar lo que ya sentíamos.

Capítulo 26

Capítulo 26: Carrusel

Al llegar a mi casa, me senté en el jardín rodeada por el perfume de los rosales. Una vez más, infinidad de reflexiones me invadieron. Estaba segura de que alguien había inducido el suicidio de mi abuela y de que esa misma persona se relacionaba con el pasado de Esteban.

Él y Ariel estaban seguros de que alguien quería controlar a las banshees, para controlar a la muerte. Yo, en cambio, creía que la muerte era una entidad solitaria y que las banshees, los elementales y algunos otros seres podían ser inducidos por conjuros no sabía hasta qué punto. Aún no tenía bien claro qué era lo que pedían ellos a cambio de su "servicio". Ariel había mencionado algo sobre el precio que uno está dispuesto a pagar. No tenía claro tampoco quién lo pagaba, pero era evidente que para lograr un inmenso poder no bastaría halagar a los elementales tan solo con velas e inciensos.

Recordé que Esteban había mencionado además de sus conjuros a un demonio y sabía que había utilizado su propia sangre. Había visto sus cortes y... Ariel también tenía cortes. Me preguntaba si Teby no querría alejarse de mí por miedo a que el precio a pagar fuese mi propia vida, ya que era evidente que me amaba y había sido estremecedora la forma en que tembló cuando mencioné al ángel negro. ¿Quién le habría inducido los sueños e involucrado en la magia? Susana parecía ajena a todo eso, pero no podía descartar que conocía a mi abuela. Además, el padre de Teby también era un hechicero y su propio hijo había heredado su poder...

Sorprendentemente, en ese mismo momento la voz chillona de Susana interrumpió mis pensamientos.

—Chau, Tamy. Espero que tengas un lindo día. ¡Saludos a tu mamá!
—gritó al pasar caminando con prisa por la puerta de mi casa.

—Adiós, Susana —le devolví el saludo.

Había dejado de creer en las casualidades. Todo tenía un porqué. Ahora estaba segura de que Susana sabía más de lo que aparentaba. Recordé que era una mujer la que controlaba el grupo oscuro del que me había hablado Ariel. No, aquello que cruzó por mi mente por un instante no podía ser posible. Teby se hubiese dado cuenta enseguida. Con su inteligencia era poco probable que algo de semejante magnitud no fuese advertido por él. Obviamente, los avisos de peligro para él y para mí, que me habían llegado desde el mundo espiritual, no podían estar relacionados

con su madre. Tendría que descartar esa absurda idea.

Recordé la advertencia que apareció escrita en el cristal: "Ya ha nacido y sabe de ustedes". ¿Quién sería? ¿Cómo sabría? ¿Quién habría enviado la señal? Lo único que creía haber podido revelar de la frase había sido que alguien nos estaba advirtiendo de un peligro y que yo era la encargada de proteger a Esteban. No sabía de quién debía protegerlo, ni por qué era yo la elegida para hacerlo, ni tampoco quién me enviaba la advertencia.

Era la hora de la siesta. Mientras la cálida brisa de verano acariciaba mis mejillas, me fui sumiendo en un mundo onírico.

Caminaba por un laberinto de infinitas columnas de plata, encargadas de sostener el rojizo cielo del anochecer. La suave brisa traía consigo la música de un carrusel. Yo no caminaba, el mundo se desplazaba a mi alrededor. Las columnas retrocedían junto a mí y la música se hacía más fuerte. Al igual que un barco cuando emerge del horizonte, veía al carrusel acercándose. Al llegar a mi lado se detuvo, así como la música y las columnas. Allí estaba ella, sentada en una serpiente de madera.

—Hola, Tamara —dijo Crisy sin bajar del carrusel. El eco de sus palabras nos acompañó unos instantes.

—Te preguntaste cómo hacían. Es muy cruel. Yo te puedo contar.

Intenté hablar, pero no surgía ningún sonido de mi garganta. Ella continuó, como si tuviese poco tiempo:

—Solo escucha —dijo calmada—. Ellos eligen a su indefensa víctima y la introducen en un ritual. Un muy oscuro ritual. El temor de la víctima va creciendo, la convencen de que va a morir. Su corazón se acelera. Piensa que cada segundo que sigue con vida es un milagro y cuando cree que ya todo está perdido, su temor a morir se hace incontenible y entonces llegan ellas. Algunos no resisten y realmente se mueren, porque sus corazones no soportan tanto horror. Los que sobreviven, jamás revelarían lo que les pasó, ya que son amenazados. Así es como lo hacen. Adiós, Tamara, cuando quieras verme, soñá conmigo. Algún día uniremos fuerzas, quizás... Depende de qué lado te convenga estar.

Todo desapareció envuelto en una luz blanca muy brillante.

Abrí los ojos. Ya era de noche y los faros del auto de mi padre me encandilaban. Había dormido toda la tarde. ¿Habría soñado con Crisy?, ¿ella estaría involucrada? o ¿habría sido una simple proyección de mi mente para manifestar una oscura realidad?

Capítulo 27

Capítulo 27: El pasado

La luna llena brillaba en un cielo salpicado de estrellas. Sentí que los portales cósmicos volverían a abrirse, pues intuía que un sueño revelador se aproximaba.

Samanta estaba muy inquieta. Antes de acostarme encendí velas e inciensos para los elementales y les pedí que velasen por Teby y por mí durante la noche. Mi presentimiento era cada vez más fuerte, sabía inconscientemente que nuestras vidas cambiarían nuevamente, aún más de lo que ya lo habían hecho.

El calendario lunar señalaba esa noche como la de las revelaciones. Mis conjuros volverían a mostrarme la verdad. Sentía que desde siempre una fuerza oculta me unía a Esteban. Sabía que, aun estando lejos, estábamos ligados y que él pensaba en mí como yo en él. Aunque no debía hacerlo, no podía dejar de quererlo. Deseaba ayudarlo a buscar su identidad, sin importarme que estuviese o no a mi lado. Anhelaba verlo feliz.

Cada vez estaba más segura de que no solo él me necesitaba a mí, sino que yo también lo necesitaba, ya que las clandestinas fuerzas oscuras eran manejadas por personas sin escrúpulos. El mundo había dejado de creer, pero las pocas personas que aún utilizaban la magia no estaban exactamente del lado del bien. Además, pensaba que averiguando sobre el pasado de Teby, tendría algún indicio para revelar su identidad o la de los asesinos de mi abuela. Tenía que haber alguna conexión.

Mientras las velas aún ardían y jugaban formando extraños dibujos en las paredes, caí en un profundo sueño.

Me encontraba sentada en un columpio antiguo que se mecía con el viento marino. Veía cómo las olas golpeaban bajo mis pies. Estaba absolutamente sola en medio del océano. A mi alrededor sólo se veía agua y las cadenas que sostenían el columpio eran infinitamente largas y se perdían en un cielo cubierto de oscuras nubes grises.

Al igual que en otros de mis sueños, mi vestido medieval negro con detalles rojos se cubría con una larga capa también negra. Podía sentir el viento marino despeinar mis rizos dorados y ni emociones ni temores se manifestaban en mí en ese momento.

Sentí una mano que se cerraba sobre mi hombro derecho, torne mi cabeza hacia atrás y me encontré con mi abuela. No me sorprendí al verla y no me pregunté cómo había llegado allí, ni cómo no se hundía en el mar

o por qué yo sentía que todo era tan normal.

—Guíame —susurré:

—Nadie puede vernos. Toma mi mano. Voy a mostrarte el pasado. Lo que vas a ver sucedió hace más de quince años, cuando todavía no habías nacido —respondió.

A mi alrededor, después de un instante de total oscuridad, la brisa cesó. El mar completamente calmado se convirtió en un metal líquido del cual comenzaron a surgir figuras tridimensionales como si se tratase de un enorme estereograma.

La primera imagen que vi transcurría en un anfiteatro circular iluminado únicamente por velas negras. Sobre un pequeño escenario se encontraba de pie una joven y hermosa mujer. Sus negros y lacios cabellos cubrían su pálido rostro, dejando apenas ver sus grandes ojos grises y sus finas facciones. La cubría una capa negra, era la única en el anfiteatro con la cabeza descubierta. Doce personas la rodeaban.

Dirigiendo su mirada a una de las figuras, añadió:

—Esta vez te elijo. Venís de una familia de numerosas generaciones de hechiceros. Sé que para tener más poder, te uniste a mí. Nuestra hija sería invencible...

Una voz chillona y familiar la interrumpió. Cuando se quitó la capucha, identifiqué a Susana, más delgada, más hermosa y más joven.

—¿Por qué a él? Es mi pareja, aquí hay muchos que no tienen pareja.

Frunciendo el entrecejo, la hermosa hechicera reprochó con voz firme, pero no exaltada:

—No aprendiste nada en este tiempo. ¿Cómo te atreves a cuestionar mis decisiones? ¿Cómo te atreves a mostrar tus sentimientos? Yo puedo lograr que te destruyas a vos misma. Acaso, ¿no temés por tu vida?

Una sombra cubrió el rostro de Susana y cayó de rodillas llorando temblorosamente.

Una voz varonil dijo:

—Yo siempre seré tu seguidor. Uniré mi poder al tuyo. Vamos a ser más poderosos juntos. Ella es muy débil, no merece ser parte de nuestra organización. No vale la pena, dejala ir. Tendremos una hija con nuestros

poderosos genes.

Así concluyó mi primera visión. Unos segundos después, en otro punto diferente del metal espejado, comenzaba a surgir otra imagen.

Se veía llover torrencialmente a través de las enormes ventanas. El fuego de la chimenea alumbraba una pequeña y acogedora sala. Allí se encontraban tan solo tres personas. Una de ellas era mi abuela quince años más joven. Las otras dos, Susana y quien al parecer era su pareja, estaban tomadas de la mano.

Mi abuela les servía té. El joven rompió el silencio:

—Sara, necesitamos su ayuda. Es imposible que yo me aparte de ella. Es demasiado poderosa para todos nosotros. Por suerte, Susana fue expulsada y le perdonaron la vida, pero yo no puedo irme. Me quiere a su lado, por el poder mágico que heredé, aunque no se compara con la magnitud del suyo. Estoy atado a ella, no puedo dejarla y ya está embarazada de tres meses. Tuvo un hijo antes que fue eliminado por ser varón. También ella dominó la mente del padre del pequeño, logrando así un suicidio sin quedar incriminada. Él se había opuesto al sacrificio del niño. Ella está segura de que el Demonio mismo pide que se derrame la sangre de los hijos varones de su familia para que las descendientes mujeres sean cada vez más poderosas. Si no los mata, cree que perderá su poder y que será severamente castigada por Satán. Piensa que los espíritus de los niños sacrificados pueden ser utilizados a su favor esclavizándolos. Si nace una niña, su sucesora, va a ser una bruja aún más poderosa que ella misma y va a ser educada desde la infancia en el mal. En sus creencias ancestrales los aquelarres eran dirigidos solo por mujeres. Se ve que su familia siempre hizo lo mismo.

Mi abuela lo miró perpleja por las palabras que acababa de oír. Luego habló:

—Lamentablemente, está equivocada y si el niño vive, ella no perderá sus poderes, ya que vienen desde su propio y oscuro interior. No es el Demonio el que le brinda el poder, sino la perversa fuerza de su mente. Necesita creer en algo ajeno a ella para liberar su energía. Sabes que no soy tan fuerte como ella, pero puedo protegerme de su magia rodeándome de agua. No tienen que saber quién soy yo, ni que existo, puesto que sus seguidores son muy peligrosos. Ellos tampoco tienen escrúpulos y solo les interesa lo que el poder puede otorgarles. Tengo una isla, allí no podrán hacerme daño y si hago algún conjuro, al estar rodeada por agua, las huellas se perderán en la corriente. No podré seguir viviendo acá si los ayudo, pero si nace un varón, les sugiero que lo dejen a cargo mío por un tiempo y lo llevaré a la isla. Díganle a ella que lo sacrificaron y mientras tanto, Susana, fingirás un embarazo. Tienen que creer realmente que tenés un hijo propio. Después de un tiempo

prudencial, vas a cuidar al niño como si fuese tuyo y él como un padre responsable velará por el bienestar de su hijo. Ella debe creer que es tuyo, Susana, no le importará si él tuvo un hijo con vos, pero ustedes no podrán volver a estar juntos, al menos no por mucho tiempo. Es por el bien del niño.

Dichas estas palabras, Susana rompió a llorar y abrazó al apuesto joven. Sin soltarlo, dijo sollozando:

—El pequeño será mi hijo. Lo voy a cuidar como si fuese el hijo que siempre quise tener con vos. Voy a mantenerlo apartado de la magia y ella nunca lo descubrirá. Él no tiene que saber del poder que corre por sus venas.

Mi abuela añadió:

—No estoy tan segura de que jamás descubra su poder. Este surgirá desde su interior, aunque no tenga el conocimiento. Ese día llegará y nadie podrá detenerlo. Lo único que espero es que se incline por el bien, pero tiene que tener la oportunidad de vivir y de poder elegir su propio destino. Quizás a su manera ayude a que la oscuridad pierda poder. Esto mismo espero yo de mi sucesor.

La imagen se desvaneció y lo que parecía un metal líquido volvió a ser un mar agitado. La brisa comenzó a soplar. Mi abuela me miró y dijo:

—Ahora, ya sabés.

Capítulo 28

Capítulo 28: Hasta el amanecer

Me incorporé de pronto en mi cama. Un sudor frío recorría mi cuerpo. Aún no había amanecido. Los ojos de Samanta brillaban en la oscuridad y me observaban fijamente. Seguramente, había percibido la onírica revelación.

Deseaba correr junto a Teby y narrarle la verdad sobre su pasado, pero él aún debía estar dormido y no me animaba a llamarlo a esa hora de la madrugada. Esperaría a que saliera el sol y a que mis padres se fueran de la casa. De esta manera no tendría que darles explicaciones.

Durante los eternos minutos en los que permanecí en la oscuridad, repasé una y otra vez lo que había visto. Por fin las cosas comenzaban a cerrar. Comprendía el porqué de mi presencia en ese lugar, en ese tiempo. Mi abuela no solo me había pasado el conocimiento, sino también la responsabilidad de proteger a Esteban. Esta vez no era de sí mismo de quien debía salvarlo, sino de aquel siniestro ser que quiso destruirlo desde su nacimiento. Ese ser que había provocado la muerte de mi abuela y que yo ya había visto, así como a su heredera, la hermana de Teby.

Recordé el día en que un aliento helado trazó en el cristal de la ventana: "Ella ya ha nacido y sabe de ustedes". La niña podía controlar los sueños, me había conocido en un sueño, la había visto y me había relatado el accionar oscuro de su clan. Me preguntaba por qué me informaba. ¿Aún no se habría corrompido por el poder debido a su escasa edad? ¿Sería ella la que me informaba o mi propio poder psíquico el que la utilizaba como un medio para interpretar mi percepción?

Quizás ella ya podía entrar en los sueños. Obviamente ya tenía muchísimo poder. Me había insinuado que yo elegiría de qué lado estar. Recordé que no había soñado solo una vez con ella sino dos. El día antes de conocerla personalmente en la plaza, en mi sueño ella jugaba con una serpiente. En el carrusel montaba una. La serpiente no podía significar nada bueno, al menos eso creía yo y eso solía decir mi abuela. Me preguntaba si su amigo imaginario, al que ella llamó "invisible", existiría realmente. Pensé que podía ser un espíritu o algún demonio.

Por lo pronto quería hablar con Teby, aunque no había pensado aún de qué manera le daría la dura noticia. Aunque, pese a todo, era muy probable que no me creyera o que pensara que mi sueño era solo un sueño. ¿Sería tan solo un sueño? De todas formas, le pasaría la información y luego él decidiría si debía o no creerme.

Estaba casi segura de que mi visión era verídica. Finalmente todo cerraba, tenía que ser real. Recordé la palidez de Susana al ver a la madre de Crisy en la plaza y la vinculación forzada que mi abuela había hecho entre nosotros. Tal vez era para que yo protegiese a Teby, pero también para que él me protegiera a mí.

Mi abuela había burlado a la malvada hechicera y yo era su descendiente. ¿Qué habría hecho mi padre para que el poder mágico haya saltado una generación hasta mí? Posiblemente hubiese sido su manifiesta incredulidad, incrementada por la de su pareja totalmente escéptica. Mi abuela debió haber intuido que yo, al conseguir la información mágica en la adolescencia, sin prejuicios previos y una confianza ciega en ella, desarrollaría mi poder mental libremente. Al ver los hechos, el escepticismo no podría bloquear mi herencia mágica.

Capítulo 29

Capítulo 29: Alumbrándome con su oscuridad

Una vez que salieron todos de mi casa, me apresuré a llamar a Teby. Afortunadamente fue él quien atendió.

—Teby, soy Tamara. Necesito hablar con vos. Tuve una revelación sobre tu pasado... prefiero contártelo todo personalmente.

Respiraba agitada. Estaba muy nerviosa. Posiblemente él no creyera en mi visión. Su madre no era Susana, su padre no era tan malo como él pensaba y además tenía una hermana.

—Mi mamá no se siente bien. Me dejó a cargo de la librería. ¿Podés venir vos a verme?

—Sí, no hay problema. Voy para allá —le dije, colgué el teléfono y me dirigí apresuradamente hacia el negocio.

Cuando llegué, me senté en una silla frente al mostrador donde Teby estaba sentado. Él me interrogó apenas me vio.

Comencé a relatarle los hechos muy despacio, casi susurrándoselos, para que nadie me escuchara. Intentaba parecer calmada y comencé resumiéndole el primer sueño, el de la tarde anterior. Mientras le relataba los hechos, evité algunos detalles. No mencioné que la niña del carrusel en realidad podía ser su hermana, pero básicamente le explique cómo convocaba ese grupo siniestro a las banshees. Sorprendentemente comentó:

—Lo sospechaba, ¿qué tiene que ver eso con mi pasado?

Parecía decepcionado. Más segura de mí misma, ya que había creído en mi primer sueño, agregué:

—Básicamente anoche, mi abuela me mostró, como si se tratase de una película, lo que ocurrió cuando aún no habíamos nacido.

Le relaté mi sueño. Intentaba restarle importancia, sugiriéndole que podía tratarse de un simple sueño. No quería verlo mal, lo quería demasiado para lastimarlo, pero prefería contárselo a ocultarle la realidad. No dejé de relacionar los sucesos vividos por ambos y que se vinculaban con el sueño, con lo que le daba a este mayor credibilidad. Veía reflejada la duda en sus ojos grises. Me daba cuenta de que él no sabía si podía creer o no en mis visiones. Parecía tranquilo, quizás pensaba que era solo un sueño. Afortunadamente, Susana irrumpió en el negocio y corroboró mis

palabras.

—No tenías que decirle eso a Teby. Tendrías que haber hablado primero conmigo.

Susana estaba completamente roja y parecía a punto de llorar. Teby se había levantado y la miraba con el ceño fruncido.

—Así que me mentiste, no sos mi madre. ¿Con qué más me mentiste? Nunca pude rastrear a mi padre por el nombre. ¿Inventaste el apellido?

—Sí... aunque no te haya llevado en mi vientre, yo soy la que te crio y te defendió durante todos estos años y no fue una tarea muy fácil. También cambiamos tu apellido para que nadie pudiera relacionarte con él y en un futuro tampoco conmigo. Nunca quise dañarte, pero tampoco podía decirte la verdad. No quería ni quiero que entres en el mundo de la magia. Ellos te pueden encontrar. Ella te puede mandar a matar. Lo que dijo Tamara es casi todo verdad. Son siniestros. Ella es un demonio con ropa de mujer.

Susana se estremeció al decir estas palabras. Lágrimas amargas cubrían su enrojecido rostro. Con los ojos inyectados en sangre me gritó:

—Sé que fue Sara quien te lo reveló por alguna razón, pero Teby no tenía que saberlo y vos, Tamara, no tendrías que haberlo inducido a la magia. No te diste cuenta de que su vida está en peligro. No entiendo por qué Sara te eligió como heredera. ¿No te das cuenta de que cada vez que usás la magia queda una huella perceptible por otros hechiceros, aunque afortunadamente no sea muy clara? La maldad de esa mujer no tiene límites. Está cerca, y si sabe que él está con vida, lo va a asesinar, como posiblemente lo hizo con tu abuela e intentó hacerlo con vos. Si sabe de tu poder y no te unís a ella, te va a considerar su enemiga. Tu abuela malogró muchos de sus planes y la odiaba profundamente. Sara debe haberse descuidado y la debe haber encontrado. Estoy segura de que ya sabe de vos, aunque no tenga muy claro dónde encontrarte por el momento, pero probablemente lo hará y te forzará a elegir. Va a tratar de tentarte, te va a engañar y cualquiera sea tu elección, a la larga va a destruirte. No te acerques más a mi Teby. Si llega a saber quién es...

Corrió junto a Esteban e intentó abrazarlo. Él la apartó de su lado, rechazándola. Yo lo comprendía, su vida giraba alrededor de una mentira.

Susana, consternada, se apoyó sobre el mostrador. Me hubiese gustado poder apaciguar la situación que yo misma ocasioné. Teby tenía el derecho de saber la verdad, no podía lidiar contra algo que aún ignoraba. No pude decir nada, pero Susana nuevamente me atacó con sus hirientes

palabras.

—Tu abuela era maravillosa. ¿Por qué no podés ser como ella?

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Teby estaba muy quieto, pálido como una estatua de mármol. Sin piedad, ella continuó:

—Sara siempre intentaba reparar los daños ocasionados por la magia oscura. Ella planeó cómo salvar a Esteban sin dejar ningún hilo suelto. Todo era perfecto hasta que llegaste a nuestras vidas. Cuando ella me dijo que iba a dejar a alguien en su lugar para cuidar a Teby, no pensé que sería una mocosa imprudente con aires de grandeza. Tu abuela era una hechicera blanca, piadosa. Si bien no tenía tanto poder como los grupos oscuros, su voluntad, su inteligencia y su fe siempre lograban encaminarla hacia la victoria. Tienen que ponerle un fin a todo este jueguito de querer ser poderosos, ya que esto no es ningún juego. Es obvio que saben de vos y tarde o temprano van a rastrear dónde estás y vendrán a buscarte, para que te unas a ellos o para eliminarte. Heredaste un gran poder y lo estás usando muy mal. Si todavía no saben de vos, es mejor que no lo hagan. Ahora mismo voy a ir a hablar con tu mamá a su trabajo. Ella te tiene que alejar de todo esto y yo te mantendré alejada de Teby, sea como sea, aun si tengo que usar más hechizos en tu contra. Creí que con las sombras que te envié te había asustado lo suficiente como para alejarte de todo esto. No quiero que se muevan de acá. Volveré con Raquel en un rato. Obviamente, no le voy a contar todo... pero, Tamara, no voy a permitir que dejen que te acerques a mi hijo y sé que lograré que te apartes de la magia.

Las venas de su cuello se hacían cada vez más notorias. Cerró la puerta y nos dejó en un profundo silencio solo interrumpido por mis sollozos. Pasados unos segundos, miré a Teby, quien parecía estar absolutamente calmado. Me regaló una media sonrisa y añadió:

—No va a decir nada. No va a hacer nada.

Me abrazó y me condujo hacia la cocina. No entendía cómo podía conservar la calma en un momento semejante.

—Tamy, no te preocupes.

Buscó en un cajón del aparador tres velas negras y tras encenderlas las colocó en un candelabro de plata. Sacó una navaja de su bolsillo, cortó su palma y luego la mía. No pude evitar soltar un gemido de dolor cuando el filo rasgó mi piel. Unimos nuestras manos y Esteban las guio estrechadas hasta que quedaron sobre las velas. Hizo que nuestra sangre mezclada rociara las llamas, mientras repetía frenéticamente para dar poder al

ritual:

—Nada ni nadie nos separará, ni se opondrá a nuestra voluntad.

Pronto comencé a decirlo yo también.

Soltó mis manos mientras seguíamos repitiendo la oración. Con la sangre aún fresca, dibujó dentro de un círculo una estrella de cinco puntas. Las velas quedaron dentro. Me miró y cambió la oración:

—Ella no nos delatará, ni se opondrá a nuestra unión.

Me tomó las manos nuevamente y también yo comencé a repetirla.

Estuvimos el tiempo necesario, aproximadamente cuarenta minutos, hasta que las velas se consumieron por completo, repitiendo oraciones que surgían de Teby. Tomados de las manos y mirándonos a los ojos, como en un trance. Ambos parecíamos hipnotizados el uno por el otro. Las velas se apagaron y cortó el aire el sonido del teléfono.

Teby me sonrió y añadió:

—Está hecho.

Se apresuró a atender. La momentánea felicidad de su rostro se esfumó tan rápido como la luz de un relámpago. Le dijo a la persona con la que hablaba que no podíamos ir porque su madre se había llevado sus llaves por equivocación. Colgó y después me informó:

—Era tu madre. Susana se descompensó al llegar a la clínica en donde trabaja. Ya no va a decir nada.

Palidecí. Creí que la habíamos matado con el conjuro de Esteban, pero él, abrazándome, agregó:

—Tranquila, querida, ella estará bien, pero no va a recordar nada. Todavía los médicos no lo saben, pero tuvo lo que ellos dirán que fue un pico de presión, un colapso nervioso, cuya única secuela será un olvido selectivo.

Me di cuenta de que Teby sabía perfectamente lo que había logrado con el ritual. Una parte de mí estaba extremadamente feliz porque nada nos podía separar. Susana ya no hablaría ni se acordaría de lo que Esteban había averiguado y olvidaría lo que ella desde siempre sabía. No sería más un obstáculo para nosotros y nuestros planes. Sin embargo, me sentía destrozada y avergonzada. Habíamos llegado a caer tan bajo como para recurrir a la magia negra, haciéndole así un daño casi mortal a una persona para que no se oponga a nuestra voluntad. Lo único que podía rescatar de la situación era que él sabía ahora la verdad y que nos

teníamos el uno al otro. Sabíamos contra quién luchábamos y de dónde provenía la poderosa herencia mágica de Esteban.

Lo que aún no podía entender, era por qué yo, que descendía de magos blancos, estaba cayendo en la seducción de lo oculto y caminaba de la mano de Esteban entre la luz y la oscuridad. Crisy ya me había advertido. Debería elegir de qué lado estar, pero todavía no veía con claridad la línea que separaba el bien del mal.

Capítulo 30

Capítulo 30: Yo sí lo amaba

Había pasado una semana y Susana seguía internada en el hospital. Su vida ya no corría peligro, pero las áreas de su cerebro que habían sido dañadas impedirían que los recuerdos nos perjudicasen.

Yo no salía de mi casa y permanecía la mayor parte del tiempo encerrada en mi cuarto. Me sentía mala e indefensa a la vez. Había dejado de comer, solo fingía que lo hacía frente a mi madre, aunque no podía engañarla. No hablaba con nadie. No había vuelto a ver a Teby y sentía que él me había arrastrado, engañándome, con el fin de hacerle daño a otra persona para nuestro propio beneficio. No deseaba seguir viviendo. No me gustaba en lo que me había convertido.

Nuestros poderes se habían incrementado notoriamente en esos dos meses de verano desde que nos habíamos conocido. Él no me había dado la información que poseía y, sin embargo, tenía las velas negras preparadas. Sabía con exactitud cómo concentrar el poder mágico y utilizó mi propio poder psíquico para incrementar su magia en contra de Susana. Ya no confiaba en él ni en nadie, ni siquiera en mí. No tenía el valor para quitarme la vida, pero no quería seguir viviendo. Qué sentido tendría mi existencia si hasta ahora sólo había provocado el mal. Incluso descubrir el pasado de Esteban nos había perjudicado. Ahora era esclava de la verdad.

Sabía de grupos clandestinos dedicados al mal y temía que por el anhelo de poder, pudiera convertirme en alguien como ellos. Ni siquiera quería convocar a mi abuela. Me avergonzaba de mí misma. Hubiese deseado ser como una gota de agua para perderme en la inmensidad del océano. Pero seguía siendo yo, Tamara, un ser especial que había desarrollado un gran poder y sabía que si seguía con vida, este se iba a incrementar. No tenía claro dónde empezaban y dónde terminaban mis límites.

Esteban había demostrado tener menos escrúpulos que yo. No le había dolido la enfermedad de su madre de crianza. Él mismo la había provocado y me había inducido también a mí a hacer ese ritual. La herida de mi mano parecía no cicatrizar y me seguía doliendo. Un pacto de sangre nos uniría para siempre. No estaba segura de qué significaba todo eso.

Esa tarde de domingo, mientras permanecía recostada en mi habitación, alguien golpeó mi puerta. Al ver que yo no respondía, entró en mi cuarto. Era Teby. Lo observé sin levantarme y mis ojos se llenaron de lágrimas.

Me provocaba muchísima tristeza verlo.

—Hola, hermosa. No estés mal. Me dijo Raquel que casi no comés, no hablás, no salís. ¿Qué te pasa, princesa?

Hablé con la garganta seca:

—¿Cómo está tu mamá?

Me dedicó una media sonrisa.

—Perfectamente, no se acuerda de nada. Es feliz porque tiene un hijo maravilloso que la cuida. No tiene un turbio pasado que la atemorice y será para ella como volver a nacer. Tiene conocimientos adquiridos, algunos recuerdos, y de los recuerdos que se borraron en su mente, yo estoy sembrando falsa información. Está muy feliz, su vida será perfecta una vez que salga del hospital.

Era increíble que se mostrara tan frío al hablar de la persona que lo había criado. Aunque muy en el fondo yo sabía que él tenía razón. Si había sido capaz de causarle semejante daño a Susana, ¿qué me esperaba a mí o a los demás si nos oponíamos a lo que él consideraba mejor para sí mismo? Me incorporé. Sin contestarle, caminé hacia la ventana. No quería escuchar más. Él me tomó de la cintura y continuó hablando:

—Tamy, sabía que ella no podía morir. No controlamos la muerte. Fue lo mejor. Si ella hubiese hablado, nuestras vidas hubieran sido una pesadilla. Nos habrían separado e impedido nuestro desarrollo psíquico-mágico. Tus padres se sentirían fracasados al tener que lidiar todos los días con una hija demente, por decirlo de alguna manera. No podríamos defendernos de los más oscuros.

Sabía que tenía razón, pero no quería reconocerlo. Continuó:

—Sabés que es conveniente que sigamos con nuestras familias completando nuestra educación. Cuanto más sepamos, más armas tendremos para el futuro. Además, estas organizaciones aún no saben dónde estamos ni quiénes somos. Afortunadamente, Ariel no te siguió hasta tu casa. Es posible que él no tenga nada que ver, pero su abuelo.... Ay, Tamy, Tamy, qué ingenua fuiste en confiar en ese tipo de gente.

Giré sobre mí misma y lo miré a los ojos.

—¿Y las huellas en el mundo mágico? ¿No dijo tu madre que era peligroso que hiciésemos magia? —pronuncié, y mi voz sonó más fuerte de lo que pretendía.

—Linda, no te preocupes. En primer lugar, ella no es mi madre, mi madre es una verdadera hechicera, pero no sabe que yo existo. Además, no creo que esté preocupada aún por vos. Lo que hiciste hasta ahora no puede considerarse magia peligrosa para ella. Hay muchos que invocan espíritus y juegan con velas e inciensos. Hay tantas huellas en el mundo mágico que no tienen por qué haber rastreado la tuya. El problema va a ser en un futuro, cuando con nuestras fuerzas unidas comencemos a tener poder perceptible. Es posible que entonces se dé cuenta de que hay un poder oculto detrás de nuestras acciones visibles. Por el momento, nosotros sabemos de ellos, pero ellos no saben de nosotros. Esto nos pone en una situación de ventaja.

—Tu hermana sabe de mí. Tiene el poder de entrar en mi mente, en mis sueños y me vio —lo interrumpí.

—Aún es solo una niña, pero quizás quiera que te unas a ella y quién sabe si no nos convenga en el futuro. Su herencia es muy poderosa, al igual que la mía, pero la diferencia es que ella debe estar siendo entrenada para desarrollar su poder. Nosotros hace muy poco que sabemos del nuestro.

—Reaccioná, Teby. Esas personas son peligrosas. Te quieren muerto.

—Estás equivocada, mi madre me quiere muerto, pero mi padre salvó mi vida y mi hermana algún día me va a necesitar. El único problema grave podría ser mi madre. Pero ella piensa que estoy muerto.

—¿No creés que la niña va a ser malvada cuando crezca? No tiene ningún escrúpulo. No le han inculcado ninguno.

—Querida, puede ser que ella entre en tus sueños. Simplemente con lograr que vos entres también en los suyos y ganes su confianza, podrás inducirla a ir hacia donde nosotros queramos, ya que es muy pequeña y su personalidad recién se está formando. No te olvides de que también vos sos poderosa. Hasta hiciste un viaje astral.

—Muy lindo tu plan, pero te faltó pensar en un detalle nada más: yo no puedo entrar en los sueños de la gente. El viaje astral fue involuntario y muy peligroso. ¿Te olvidás que el ángel negro aguardaba para que se corte el hilo de plata que me unía a mi cuerpo? Además, si no saben de tu existencia y no quieren matarte, ¿por qué razón le enviarían un grupo de banshees a un completo desconocido? —le planteé irónicamente.

Hizo una sonrisa forzada y respondió:

—Nadie me las envió. En realidad, después del sueño que tuve acerca de personas capaces de invocarlas a este plano, hice un conjuro para desviar un poco su camino y atraerlas hacia mí. Pero me arrepentí, no estoy listo

aún. Hay algunas cosas que todavía no te conté, pero tuve unos pequeños problemas. Por eso hice el otro conjuro para alejarlas. Quizás tu viaje astral fue inducido por mi voluntad para que sea tu espíritu quien me ayude a alejarlas. La verdad no contemplé la posible aparición del ángel de la muerte. Es obvio que podremos entrar en la mente de la pequeña. Solo nos hace falta un poco de práctica. Esta noche tratemos de vincular nuestros sueños. Quizás haya sido casual que la niña te haya elegido, o tal vez la elegiste vos a ella. Después de todo, la primera vez que soñaste con ella, el conjuro para saber quién había nacido lo hiciste vos. Mi padre le pudo haber relatado acerca de mi existencia. Por eso el mensaje en tu ventana. Tu segundo encuentro onírico con mi hermana fue por tu deseo de saber. Quizá la atrajiste a tus sueños, quizá seas vos quien los está controlando. Es posible que por ahora seas más poderosa que ella. Tenemos que asegurarnos y aprender a no pasar información que no queramos. Intentemos controlar nuestras mentes cuando soñemos. Esta noche nos veremos en un sueño, mañana conversaremos.

Esteban daba por sentada nuestra unión. No había puesto en duda, ni siquiera por un instante, que yo seguiría experimentando en la magia junto a él. Ninguno de los dos era realmente bueno, pero tampoco malo. La relatividad del bien y el mal siempre seguiría siendo una constante en mi vida.

No podía dejarlo solo, sentía que nuestros destinos ya se habían entrelazado y estaba claro que él sentía lo mismo. Sin embargo, me destrozaba la culpa por lo que le habíamos hecho a Susana y por lo que seguramente le provocaríamos a mucha gente en cada decisión. Lo que es bueno para algunos les hace daño a otros. Era evidente que podíamos torcer a nuestro favor el camino de la gente. Podríamos inducir a muchos a pensar lo que nos favoreciese. Me daba cuenta de que había algunos que ya estaban utilizando ese poder en su propio beneficio.

Posiblemente, yo tuviese más escrúpulos que aquellos que ya dominaban a las masas. Desconfiaba bastante de la ética de Teby. Me daba miedo tentarme con el poder. Temía ser inducida por Esteban, pero no podía alejarme de él. Lo amaba. Una lágrima recorrió mi rostro. Él parecía estar leyendo mis pensamientos, porque con ternura secó mis mejillas con sus labios y seductoramente aseguró:

—No te preocupes, hermosa. Todo va a estar bien. No volveremos a hacer daño, a menos que sea completamente necesario. Es decir, en defensa propia. Si estamos en peligro, buscaremos la forma de resguardarnos y nos protegeremos el uno al otro.

Dichas estas palabras, besó dulcemente mis labios. Quizás así estaba asegurando nuestra alianza. No estaba segura de si él realmente sentía algo por mí o esa jugada era solo un movimiento estratégico para mantener nuestro pacto. Había cambiado su forma de ver el mundo. Antes

creía que la soledad era el único modo de incrementar su poder. Luego me buscó a mí. Después se alejó, aparentemente para protegerme, y ahora se acercaba otra vez.

No estaba segura de cuáles eran sus sentimientos, si es que los tenía. De lo único que estaba segura era de que él quería poder y que juntos lo conseguiríamos. Acepté sin decir una palabra.

Caminaría junto a él en el sinuoso sendero del poder. Yo sí lo amaba.

Capítulo 31

Segunda parte: Esteban
Magia y sangre

Capítulo 31: Presencia oscura

Aquel martes derribaron mi puerta. Escuché un fuerte estruendo. Luego un silencio extinguió hasta los más mínimos sonidos de la noche y se apoderó de la habitación. No estoy seguro de cuánto tiempo pasó exactamente, podría haber transcurrido una fracción de segundo o quizá minutos enteros.

Recuerdo que permanecí muy quieto. Estaba paralizado en mi silla y al mismo tiempo era consciente de todo lo que sucedía en la habitación. La lámpara oscilaba lentamente sobre mi cabeza como si estuviese siendo movida por una brisa inexistente. El libro que había estado por comenzar a leer permanecía sobre el escritorio de la tienda, aún cerrado. A su lado, el vapor del té que no había tenido la oportunidad de probar, se elevaba. Podía percibir eso y mucho más a pesar de tener la vista fija en la silueta de aquel hombre que irrumpió en mitad de la noche en nuestro negocio cerrado.

A pesar de que nunca lo había visto sabía quién era, incluso antes de que hubiera ingresado en el recinto. No estoy seguro de poder describir solo con palabras las múltiples sensaciones que experimenté. Fue como un presentimiento, pero mucho más intenso. Como si lo hubiese soñado, pero sin haberme quedado dormido. Como el recuerdo de un acontecimiento que no había presenciado.

El aire se había vuelto denso, casi tangible. Podía sentir un gran poder emanando de aquel hombre. No puedo explicar cómo lo percibía, pero lo sentía en mi interior y hacía que se me helara la sangre. La misma sangre que me unía a él.

Avanzó hacia mí durante el tiempo que tarda el corazón en latir siete veces y se detuvo al otro lado del escritorio. Un aura de poder y oscuridad envolvía su cuerpo. No es que estuviesen muy entrenados mis ojos para verlo, pero cualquiera con una pizca de conocimiento en lo oculto lo hubiera percibido.

Podría mentir y decir que me sentí emocionado de conocer a mi padre después de toda una vida sin él o que me sentí invadido por la ira, puesto que cuando nací me había dejado con una mujer que no era mi madre. Aunque lo cierto es que no sentí nada más que un embotamiento extraño

que me hacía permanecer atento a todo y a la vez me mantenía como hipnotizado. A decir verdad, no puedo descartar que lo hubiese estado, porque accedí a todo lo que me dijo sin cuestionar nada. Le creí. En ese momento necesitaba creer en algo.

Es extraño que a pesar de haber sido uno de los momentos más importantes de mi vida, no recuerdo con exactitud lo que dijo. Pero puedo asegurar que cuando escuché su voz, sentí que mi respiración se detenía durante un instante. Sus palabras denotaban una fuerza y una seguridad que ninguna otra persona en una situación semejante hubiera logrado conseguir. Puedo asegurar que cuando mi padre hablaba, podía llegar a convencer a cualquiera de saltar hacia un abismo sin tener la oportunidad de pensarlo durante un instante.

En resumidas cuentas, me dijo que era mi padre, lo que extrañamente no me sorprendió. Luego, me pidió o más bien me exigió, que lo acompañase a su auto para nunca más regresar. Ni siquiera se me ocurrió cuestionar su oferta. Me dijo que mi madre, no Susana, sino mi verdadera madre, había descubierto la verdad. Sabía que no me habían sacrificado después de haber nacido como él le había prometido y que estaba cerca de saber dónde encontrarme. En definitiva, si no me iba en ese momento con él, no viviría demasiado.

Me indicó que no debía empacar más que lo justo y necesario, ya que teníamos poco tiempo. Creo que es más doloroso el recuerdo de haber abandonado el hogar que me vio crecer que el haberlo hecho realmente. Como dije, me sentía embotado, y así comencé a moverme como un autómatas.

Atravesamos el umbral de la puerta que daba al patio de mi casa. Lo cruzamos iluminados solo por los tenues rayos de la luna y entramos en mi habitación. Encendí la luz y tomé una mochila en la que comencé a guardar algo de ropa. No me fijé demasiado en qué prendas elegía, pero estoy seguro de que eran del color de la noche al igual que casi todo mi guardarropa. Tomé el poco dinero que tenía ahorrado y lo guardé en el bolsillo trasero de mi pantalón.

Estábamos a punto de abandonar la habitación cuando recordé que estaba olvidando el único objeto material que era valioso para mí. Ante los ojos asombrados de mi padre, levanté una tabla de madera floja del piso y tomé mi grimorio. Estaba compuesto por un montón de hojas sueltas escritas por mi abuelo, por sus antecesores e incluso por mí. Era una recopilación de hechizos y consejos útiles. Lo guardé con delicadeza y cerré mi mochila. Ahora sí, estaba listo para irme, aunque era apenas consciente de lo que aquello implicaría.

Nuestros pasos nos guiaron a la calle. Cuando cerré con llave por última vez, la realidad cayó sobre mí con un peso que casi hizo que se me

doblaran las rodillas. Con vergüenza por no haber reparado en ella antes, pregunté:

—¿Qué pasará con mi madre? Con Susana, quiero decir.

Capítulo 32

Capítulo 32: Presagios de muerte

Ningún lazo de sangre me unía a Susana, pero era ella quien me había cuidado durante más de quince años y sé que hubiese dado su vida por mí. Había renunciado al amor de mi padre e incluso se había apartado del poder y de la magia solo para protegerme. Yo le había pagado con un conjuro que eliminó sus recuerdos e hizo que terminase en el hospital con la mente fragmentada. Al menos eso creía en ese momento.

Resumiendo los hechos de ese modo, parezco un monstruo, pero creo conveniente aclarar que tuve buenas razones para hacerle algo así a la persona que más me quería. Si hubiese tenido tiempo o hubiese previsto lo que ocurriría, quizá podría haber encontrado otro modo de evitar que ella me separase de Tamara.

Yo era consciente de que había aprendido muchísimo sobre lo oculto, la magia, y sobre aquel poder que ardía en mi interior. Sin embargo, debo reconocer que la mayoría de mis logros y descubrimientos los conseguí gracias a Tamara. Nos complementábamos con una perfección absoluta. Su belleza y su poder me habían seducido desde el momento en que la conocí. Me sentía más fuerte a su lado y a la vez sabía que era mi único punto débil. Eso había quedado claro.

Susana había descubierto que poseíamos el conocimiento mágico, y por miedo a que pudiesen rastrearnos a través de los vestigios que dejábamos en el mundo espiritual, intentó separarme de mi compañera y apartarnos a ambos de la magia. La detuvimos, pero las consecuencias para ella fueron graves. Ya nunca volvería a ser la misma.

Mi padre habló mientras abría la puerta de un lujoso auto negro:

—No te preocupes por Susana. Tramité su traslado a una clínica mental en donde estará muy cómoda. En pocos días te habrá olvidado. Lo siento, pero lo mejor será que no vuelvas a tener contacto con ella durante algún tiempo.

Demoré en bordear el vehículo antes de subir. Necesitaba esos segundos para asimilar todo lo que estaba ocurriendo. En ese momento solo fui consciente a medias de que no volvería a ver a mi madre.

Una vez dentro del auto mi mente volvió a sentirse embotada. Era muy factible que él estuviese utilizando cierto tipo de poder para controlar mis emociones. Aunque quizá fuese yo mismo el que se estaba congelando por dentro. De cualquier forma, agradecía ese estado de confusión pues

evitaba que una profunda melancolía se apoderase de mi ser.

—Supe en cuanto me dijeron lo que sucedió con Susana que alguien muy poderoso había manipulado sus recuerdos. Es obvio que de esa forma querían evitar que pudiese protegerte.

Pude ver como su mandíbula se tensaba. Estaba claro que aún la quería.

—Si yo hubiera estado aquí, no hubiese permitido que le hicieran daño. Quizá no lo sepas, pero no podía arriesgarme a que te rastrearán por mi culpa —dijo, y negó con la cabeza. Parecía estar tratando de convencerse a sí mismo de haber actuado correctamente a lo largo de tantos años.

Experimenté una sensación ambigua entre alivio y culpa. Él pensaba que aquellos que me creían muerto venían por mí y habían atacado a Susana. Quizás aún no sabían de mi existencia, pues yo había lanzado el hechizo. Consideré por un instante confesar, pero descarté la idea enseguida. Me llevaría mi oscuro secreto a la tumba. Solo esperaba que Tamara tampoco rompiera su silencio.

Maldije para mis adentros. Quizás aún no sabían de mi existencia, pero estaba claro que sabían de Tamara. La pequeña Crisy, mi hermana, la única heredera del aquelarre oscuro controlado por mi madre biológica, había entrado en los sueños de mi compañera.

Tenía que hablarle sobre Tamara. Estaba en peligro, y en ese momento, la única persona que yo creía capaz de ayudarla era aquel hombre que decía ser mi padre. Fui consciente por una fracción de segundo de que si era un impostor, estábamos completamente perdidos. Podía sentir su inmenso poder.

—Tengo una amiga —dije, aunque llamarla así era simplificar demasiado la situación, pero aún no le habíamos puesto título a nuestra relación.

Hice una pausa tratando de encontrar las palabras para explicarle que no podía desaparecer sin más. Ella podía estar en peligro, pero sobre todo temía no volver a verla. Fue como si mi padre pudiese leer mi mente, pero su reacción me hizo sospechar que había estado más presente en mi vida de lo que yo creía.

—Lo sé, lo sé, te refieres a la pequeña hechicera. No te preocupes. Nos encontraremos con ella y con su familia en nuestro hotel de Bariloche. En este momento sus padres deberían estar firmando un contrato con uno de mis socios. Organicé todo hace algún tiempo, en caso de que algo semejante sucediese.

—¿Un hotel? —atiné a preguntar, a pesar de que absolutamente todo lo

que estaba sucediendo me desconcertaba.

No sabía casi nada sobre aquel hombre que me había abandonado argumentando que era para salvar mi vida. No dudaba que mi padre, junto con Susana y la abuela de Tamara, habían ideado un plan para que yo no fuese sacrificado poco después de haber nacido. Esto se le había revelado en sueños a Tamara y yo confiaba en su percepción.

—Creo que te debo unas cuantas explicaciones. Mi verdadero nombre es Andrés Rochi. Soy propietario de algunos hoteles en Argentina, pero principalmente tengo negocios en Europa. Si no estuve presente, no fue porque no quisiese. La única forma de salvar tu vida era no tener ninguna vinculación directa con vos ni con Susana. Junto con algunos aliados fingimos tu asesinato. Así lo exigían los rituales de la familia de Amaia, tu verdadera madre, quien era la líder del grupo al que pertenecíamos en ese momento. El objetivo no era solo para incrementar el poder de tu madre, sino que después de semejante crimen, una traición a su grupo significaría que la justicia caería sobre nosotros. Sus costumbres son bárbaras. Por suerte, te pude poner a salvo—dijo, hablando despacio y dándome tiempo para procesar cada palabra.

—¿Tengo una hermana llamada Crisy, verdad? —pregunté.

—Así es. ¿Cómo supiste?

Creí distinguir un destello de orgullo en sus ojos verdes.

—Mi compañera, Tamara, visualizó el pasado a través de un conjuro y se comunicó con Crisy por medio de sus sueños.

—Veo que la pequeña hechicera está ganando mucho poder y no me sorprende que, pese a su corta edad, Cristina, es decir Crisy, ya sea muy poderosa. Con un poco de suerte su alma no estará tan corrompida como la de Amaia. Ah, me olvidaba, tus nuevos documentos están en la guantera —dijo y abrió el pequeño compartimiento del que yo tomé un sobre color hueso con papeles dentro.

Mi padre no mentía cuando dijo que había planeado todo con antelación. Observé mi nuevo DNI. Seguiría llamándome Esteban, pero mi nuevo apellido era Rochi y mi fecha de nacimiento era otra. Me llamó la atención que ahora tenía diecisiete años. También me habían falsificado una licencia de conducir y el título del secundario. De más está decir que no había sostenido un volante en toda mi vida y que se suponía que había cursado mis estudios en un prestigioso colegio del sur de España.

—Será más sencillo así. Va a ser mejor que emplees tu tiempo en estudiar cosas que realmente puedan serte útiles. Cuando estés listo tramitaré tu inscripción para que estudies una carrera en alguna universidad a

distancia. Por lo pronto, estaremos algún tiempo viviendo en uno de mis hoteles, el que está en la isla del lago Nahuel Huapi. Si nos rodeamos de agua será más difícil que alguien pueda rastrearnos.

No dije nada. Nunca había sido demasiado conversador y me sentía abrumado por todo lo que estaba sucediendo. Parecía un sueño. No estaba seguro de cómo debía sentirme al respecto. La posibilidad de que mi padre apareciera de la nada y que resultara ser un millonario excéntrico nunca había pasado por mi mente. Por otro lado, me asustaba que un grupo lo suficientemente peligroso como para aterrorizar personas tan poderosas como él, quisiera verme muerto. Intenté bloquear cualquier pensamiento relacionado con Susana. Me dolía lo que le había hecho, pero lo que más me preocupaba era que él lo descubriese.

No hablamos demasiado durante el resto del viaje hacia el aeropuerto donde se suponía que abordaríamos el avión que nos llevaría a Río Negro. Durante el trayecto utilicé toda mi concentración para bloquear aquellos recuerdos que quería evitar que fuesen revelados. Lo había hecho antes, pero nunca me había sentido tan presionado por lograrlo como en ese momento. Construir barreras negras alrededor de pensamientos evitando vislumbrarlos no era tarea sencilla. Requería que me concentrase en momentos previos y posteriores y que agregase detalles que no habían sucedido, pero debían parecer reales.

Al llegar, mi padre estacionó y bajamos del auto. Cuando cerré la puerta escuché cientos de gritos que hicieron que la sangre se me helase. Conocía muy bien ese sonido. Eran los lamentos provenientes de banshees, aquellos despreciables seres que presagian la muerte. No era la primera vez que las escuchaba. Había intentado alejarlas e incluso controlarlas. Yo no era el único con las ansias de controlar la vida y la muerte. Sabía que con los conocimientos que tenía en ese momento, lo más sensato era intentar perderlas nuevamente, pues era una batalla que no podía ganar. Alguien o algo más fuerte que yo las movía al son de su poder.

—Cambiemos de planes, Esteban, iremos en auto. Será más seguro puesto que lo consagré con el poder de la sangre.

Volvíamos a entrar al vehículo y partimos a gran velocidad, pero procurando no captar la atención de los radares.

Mi padre sacó un celular de su bolsillo y marcó un número.

—No nos esperes hoy. Llegaremos mañana —dijo y cerró la tapita del teléfono con agilidad y arrojó el aparato por la ventana. Pude ver por el espejo retrovisor como rodaba y se destruía contra el pavimento.

Capítulo 33

Capítulo 33: Entre llamas

El constante sonido del motor del auto y el monótono paisaje de la llanura me envolvieron con su calma. Me adormecí. Me encontraba en un extraño limbo, transitando entre el sueño y la vigilia. Quizá fuese el calor de mediados de febrero o que las luces ocres del amanecer teñían el cielo con su encanto, pero comencé a sentir que llamas tibias envolvían mi cuerpo. El fuego no me dañaba, era más bien como estar flotando en un mar cálido y sereno, pero había algo inquietante en esa calma.

La voz de mi padre me devolvió a la realidad.

—Vamos a cargar combustible en la próxima estación de servicio. ¿Querés bajar a desayunar?

—Está bien —asentí, mientras me refregaba los ojos.

Pedimos dos expresos y unas medialunas y nos sentamos en una mesa junto a la ventana. Si bien me había sentado dándole la espalda al pequeño televisor del local, escuchaba perfectamente la voz de la locutora de un canal de noticias.

—Suman 162 los muertos confirmados en la tragedia del vuelo de pasajeros 875 con destino a Bariloche. La policía intenta recuperar la caja negra del avión para determinar cuáles fueron las causas del forzado aterrizaje.

Del otro lado de la mesa, mi padre no pareció perturbado por la información. Habíamos escuchado a las banshees en el aeropuerto y por eso había cambiado de planes. Estaba claro que sabía lo que iba a pasar. ¿Podríamos haber evitado de alguna forma la muerte de tantas personas inocentes? Estoy seguro de que habíamos cambiado nuestro destino gracias a aquellos presagios. ¿No podríamos haber salvado a alguien más? Me preguntaba si habrían enviado a esos seres para asesinarlos o acaso las banshees habían venido a advertirnos.

—No podíamos hacer nada por ellos —dijo mi padre en voz muy baja respondiendo a una pregunta que yo no había formulado —Terminemos el café. Es mejor que lleguemos lo antes posible.

Decidí que era conveniente no discutir con él, sin embargo creía que si las posibilidades del futuro se nos revelaban, era porque teníamos la oportunidad de cambiarlo. Podríamos haber llamado al aeropuerto desde un teléfono público y haber advertido sobre una amenaza de bomba.

Quizá de esa forma ninguna vida se hubiese extinguido.

Debo reconocer que por otra parte, me sentía aliviado de no haber abordado ese vuelo. Puedo parecer egoísta, pero aquella tragedia me hizo apreciar un poco más mi propia vida.

El sol se alzaba en el cielo cuando volvimos a la ruta. Lamentaba no haber llevado conmigo algún libro para leer, pues el paisaje del desierto era monótono y aburrido. Mi padre, por su parte, no había resultado una persona muy conversadora. Yo intentaba no pensar en las 162 personas que según creía en ese momento, habían muerto en mi lugar.

—¿Es posible aprender a controlar a las banshees? —pregunté sin rodeos.

—Las banshees son seres oscuros, aún más poderosos que los espíritus elementales. Considero que toda criatura, ya sea viva o espiritual, puede ser sometida de alguna forma. Sin embargo, dudo de que haya alguien con el poder como para controlarlas completamente. Aun si existiera, correría el riesgo de que aquellas traicioneras criaturas se volvieran contra él o incluso que terminase siendo una más de ellas.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Había leído en mi grimorio y escuchado de mi mentor que si un hechicero muere en manos de una banshee, se convierte en una de ellas y queda esclavizado por el ángel negro durante toda la eternidad. Dominarlas significaría burlar a la mismísima muerte.

Capítulo 34

Capítulo 34: El lago

Más allá del paisaje del desierto se alzaban imponentes las montañas. A medida que íbamos acercándonos se iban haciendo más nítidas y nos regalaban detalles. Yo no conocía la nieve y me resultó sorprendente que a pesar de que fuese verano las cumbres y parte de las laderas de los montes estuviesen pincelados de blanco por el hielo. No parecía real sino que era como un cuadro antiguo creado por el mejor de los artistas.

Apreté los labios para no manifestar la emoción que me embargó durante aquel pequeño instante. No quería parecer infantil ante los solemnes ojos verdes de mi padre. Necesitaba que él me considerase un digno heredero de su poder mágico. En ese momento, hubiera hecho cualquier cosa para impresionarlo. Supongo que el deseo de poder que me invadía me mantenía en cierto modo esclavizado.

La temperatura descendía poco a poco a medida que la cordillera se iba adueñando del hermoso paisaje. El camino por su parte, se iba tornando tan sinuoso y lleno de altibajos como la vida misma. Era una belleza que me encandilaba con su magia, pero al mismo tiempo me producía cierta melancolía.

Lo cierto era que mi antigua vida había muerto ese día y no estaba seguro de lo que me depararía el destino. No volvería a ver a mi madre. Intenté alejar de mi mente los recuerdos de Susana que podrían resquebrajar el muro emocional que evitaba que me destruyese a mí mismo. No era momento para quebrarme. Necesitaba confiar en él.

Mi padre apartó una mano del volante y palmeó mi hombro por un instante como si pudiera entender por lo que estaba pasando. No puedo decir que me haya hecho sentir mejor, pero comenzó a envolverme una extraña calma. En parte, era consciente de que no había vuelta atrás, pero veía mi vida como un espectador en una obra de teatro como si todo aquello perteneciera a una historia ajena. No tenía absolutamente nada por lo que preocuparme, me convenció una voz lejana en mi cabeza y extrañamente le creí.

Detrás de una curva apareció ante nosotros esplendorosa y distante la ciudad de Bariloche. Bordeaba la ribera occidental del lago Nahuel Huapi que se extendía hacia la infinidad del horizonte y estaba rodeada de bosques y montañas. Las construcciones modernas profanaban la arquitectura casi élfica de cabañas que parecían sacadas de un cuento de hadas.

Estacionamos al llegar, frente al puerto. Un viento gélido que me helaba la sangre me azotó implacable en cuanto abandoné el vehículo. Me arrepentí enseguida de haber dejado toda mi ropa de abrigo dentro de la mochila y crucé los brazos sobre mi pecho.

Mi padre abrió el baúl del auto y sacó una campera de cuero negra que extendió hacia donde yo me encontraba.

—Creí que podría gustarte. Al menos, evitará que te congeles.

—Gracias —me limité a responder mientras me la colocaba.

—Allí está nuestro yate —dijo señalando un pequeño y lujoso barco con letras doradas que rezaban: "Salomón III".

—¿Tenés un yate? —pregunté sorprendido.

—Tenemos. Si quieres, podrías tomar algunas clases de navegación.

Me pareció percibir cierto dejo de orgullo en su mirada.

Mientras navegábamos un pensamiento oscuro surcó mi mente.

—¿Seguís perteneciendo al aquelarre de mi verdadera madre?

Por un instante, sentí que me temblaban las rodillas.

—Tranquilo, hijo. Cuando nació tu hermana, ella ya tenía todo lo que quería de mí. No confiaba completamente en mí, pero tampoco le di motivos para que pudiese culparme de nada. Prefirió alejarme de Cristina simplemente para que no tuviese influencia en su educación... Se aseguró de mi silencio, aunque prefiero no hablar de eso.

El cielo ocre del anochecer cambiaba poco a poco a un intenso azul oscuro y se veía salpicado por las primeras estrellas. En la distancia, pude divisar una isla en la que resaltaba una imponente e iluminada construcción que parecía un palacio romano, perdido en medio del bosque. El hotel de mi padre era tan impresionante que me hizo olvidar casi por completo todo lo que había dejado atrás.

Capítulo 35

Capítulo 35: Detrás del muro

El hotel se alzaba majestuoso e imponente en medio del bosque. Era la única construcción visible en toda la isla. Un sinuoso e iluminado sendero de rocas nos condujo desde el muelle hasta la escalinata de la entrada en donde se alzaban dos grandes columnas de mármol blanco.

Los amplios portales que daban a la recepción se encontraban abiertos de par en par. Sentí que el lugar me daba la bienvenida. Sería mi hogar durante mucho tiempo, pero lo que no había considerado en ese momento era que también sería mi prisión. Rodeados de agua absolutamente, nada que escapase a la mirada de mi padre podía entrar ni salir de la isla.

La diferencia de temperatura entre el lujoso hall y el exterior produjo que mi visión se tornara borrosa y que los amplios baldosones negros y blancos se difuminaran bajo mis pies.

—¿Te encuentras bien? —preguntó mi padre frunciendo el entrecejo.

Asentí con la cabeza.

—Sí. El calor hizo que me bajase la presión —dije, restándole importancia a la situación.

No quería parecer una persona débil ante sus ojos y me obligué a seguir sus pasos de manera firme. En retrospectiva, quizás mi cuerpo intentaba advertirme de alguna manera que tuviese cuidado. No supe interpretar las manifestaciones de mi ser.

Nos detuvimos frente a un amplio mostrador de madera lustrada. Del otro lado se encontraba de pie una esbelta mujer con cabello oscuro y tez aceitunada.

—Bienvenido, señor. ¿Cómo estuvo su viaje? —preguntó con cordialidad.

—Muy bien, Ailén. Te presento a mi hijo, Esteban, quien se quedará a vivir aquí a partir de ahora. Dale la llave de la habitación 308.

—Un placer, Esteban —dijo la joven regalándome una encantadora sonrisa.

La saludé con una inclinación de cabeza.

—Gracias —agregué aceptando las llaves que Ailén acababa de depositar

sobre el mostrador.

Seguí a mi padre, quien me condujo por unas lujosas escaleras y pasillos alfombrados hasta la que sería mi habitación. Cuando abrí la puerta me quedé absolutamente maravillado. Esperaba que se tratase de un lugar lujoso, dado a que todo allí estaba pensado para albergar a turistas con un gran poder adquisitivo, pero mi cuarto realmente era impresionante. No era solo una habitación sino que parecía un amplio monoambiente moderno.

—Mi habitación es la 217. Si necesitás cualquier cosa, no dudes en llamarnos a mí o a Ailén. ¿Tenés hambre? —preguntó mi padre.

—La verdad, no —respondí.

—Tampoco yo. Creo que iré a descansar un poco. Fue un viaje largo. Si querés ir a comer algo, podés bajar al restaurante del hotel o bien pedir servicio a la habitación. Si necesitás que te llenen la heladera o comprar algo en el continente, pasale una lista a Ailén y ella enviará a alguien. No te preocupes por el dinero. Mañana, te presentaré a tu tutor y a tus compañeros. Es importante que forjes una buena relación con ellos, puesto que ustedes serán los líderes del mañana.

Alcé una ceja. ¿A qué se refería? Me interrumpió antes de que pudiera formular mi pregunta:

—Pronto entenderás todo. Estoy demasiado cansado en este momento y es una larga explicación. Ya hablaremos más tarde.

Dichas esas palabras se marchó de la habitación. Me pregunté a qué tipo de lecciones me enfrentaría. Tenía el presentimiento de que iba a adquirir muchísimo poder. Tan solo esperaba estar preparado para lo que vendría.

Me hubiese gustado poder conversar con Tamara y conocer su punto de vista ante toda esa situación tan extraña. Mi padre había dicho que ella y su familia llegarían al hotel tarde o temprano, pero podían pasar días o quizás semanas hasta que aquello sucediese. Me pregunté si podría comunicarme con ella de alguna forma y hacerle saber que estaba bien. Seguramente, mi repentina desaparición la tendría muy preocupada, porque yo le importaba o al menos eso esperaba en el fondo.

Dejé mi mochila cerrada dentro de un guardarropa y me recosté vestido sobre la cama sin deshacer. Cerré los ojos y me focalicé en visualizar a Tamara. Me concentré en cada detalle de su precioso rostro. Vi sus salvajes bucles dorados, sus grandes y misteriosos ojos negros que me miraban como intentando descifrarme con cautela y ternura, como nunca nadie me había observado, y contemplé aquellos labios rosados con forma de corazón que me hechizaban. Me hacía mucha falta en ese momento.

Sentía que estaba renunciado a todo mi pasado y ella era lo único que realmente anhelaba conservar.

Intenté conectar mi alma con la suya. Quería hablarle. Ansiaba sentirla de nuevo en mis brazos. No sabía si lograría comunicarme con ella de esa forma, pero valía la pena intentarlo. Imploré en silencio a los silfos, los elementales del aire, que unieran mi pensamiento con el de ella. Necesitaba asegurarme de que estaba a salvo. Deseaba que supiera que no la había abandonado y que me encontraba bien.

Su recuerdo me producía cierta melancolía. Junto a Tamara me sentía fuerte y al mismo tiempo vulnerable. Nuestra relación estaba llena de contradicciones. Ella me atraía como un farol atrae a las luciérnagas y al mismo tiempo, estaba seguro de que si me envolvía con su llama, acabaría por destruirme. Con ese pensamiento en mi mente me sumergí en un profundo sueño.

Me encontraba en una cueva de cristal y rodeado de agua. Una luz tenue y verdosa lo envolvía todo. A mi alrededor ciertas imágenes se dibujaban para después esfumarse. No podía ver con claridad.

Reparé en que quizás, al estar en una isla, el agua que me rodeaba limitaba mi poder del mismo modo que me protegía de la magia oscura que quería dañarme. Me sentía atrapado en una lujosa prisión.

Algunas imágenes comenzaron a cobrar nitidez a mi izquierda y me concentré en ellas. La silueta de Tamara estaba de pie del otro lado. Los detalles de la imagen no eran claros. Por una fracción de segundo, creí que ella había reparado en mi presencia allí, pero comenzó a caminar y tomó lo que parecía ser un libro. Supuse que sería su grimorio.

—Tamara —intenté decir, pero mi voz salió distorsionada como si estuviese debajo del agua.

Podía verla aunque no muy claramente, pero ella no me veía a mí. Me sentí poderoso por un momento. Mi magia no era detenida por el agua como la de los demás hechiceros. Sin embargo, ella ignoraba mi presencia allí y de ese modo no podría hacerle saber que me encontraba bien, que estaba a salvo y que pronto volveríamos a estar juntos. Golpeé con frustración el muro que nos separaba. Fue como golpear un témpano de hielo. El dolor de mis nudillos se filtró del mundo onírico, pero claro, aquello no era un simple sueño.

Mi corazón dio un golpe dentro de mi pecho y experimenté una sensación horrible. Fue como si me saltara un escalón bajando por una escalera. No la había notado hasta ese momento porque había estado concentrado en Tamara y aquella niña se había mantenido muy quieta. Estaba agazapada

en un rincón de la borrosa habitación de mi compañera.

—¡Cuidado! —intenté gritar para advertirle, pero volví a fallar.

Tamara no me escuchaba, pero la criatura giró lentamente hacia mí. Un escalofrío me atravesó el cuerpo. Se puso de pie y su cabello negro y lacio se deslizó sobre sus hombros y sus brazos.

—¡Dejala en paz! —grité en silencio.

La pequeña dio un paso y luego otro hacia la dirección en la que yo me encontraba. Se movía con cautela, como si temiera asustarme, aunque ya lo había hecho.

Barajé la posibilidad de que aquello fuese un demonio o quizás un fantasma, pero lo más probable y no menos aterrador era que se tratara de Cristina, mi hermana menor. Si ella descubría mi ubicación, entonces, mi madre biológica podría encontrarme.

Contuve la respiración cuando ella caminó al lado de Tamara, quien seguía concentrada en la lectura, pero no se detuvo allí sino que continuó su camino hasta llegar justo al otro lado del cristal. Estaba de pie exactamente frente a mí. Ahora que estaba muy cerca podía ver algunos detalles de su rostro. Sonreía de manera inquietante como si hubiera obtenido lo que quería, encontrarme o quizás haberme separado de Tamara.

Colocó una mano del otro lado de la barrera de agua y hielo que nos separaba. Podía notar cómo sonreía, aunque no podía escuchar ningún sonido proveniente del otro lado. Me pregunté por qué Tamara no la podía percibir.

Aquel muro que me aislaba y que al mismo tiempo sentía que me protegía, no resultó ser ningún obstáculo para la niña. Su mano comenzó a atravesar el hielo muy despacio hacia donde yo me encontraba. Iba a atraparme.

Imploré en silencio a las ondinas, elementales del agua, que me brindasen su protección, pero ellas siempre acuden al poder y se habían puesto de su lado. Podía sentir su magia. Un aura oscura envolvía su ser.

Quise alejarme de ella, pero estaba congelado. Estaba completamente perdido. Tenía que hacer algo, lo que fuera. Entonces sucedió lo único que me podía salvar, me obligué a abandonar el mundo onírico y abrí los ojos. Comenzaba a amanecer.

Capítulo 36

Capítulo 36: Controlar la muerte para dominar la vida

El amplio salón comedor era ostentoso e impresionante al igual que todo en el hotel. A pesar de que todavía era muy temprano, algunos turistas cuyo murmullo se extendía por el recinto, disfrutaban de un abundante desayuno continental. Estaban ubicados en mesas circulares a una distancia que permitía respetar la privacidad de las conversaciones. Era evidente que cada detalle de aquel sitio estaba cuidadosamente diseñado por arquitectos y decoradores con un refinado gusto.

Lancé una mirada furtiva a un grupo de tres adolescentes que me observaban sentados en una mesa próxima a la entrada. Apartaron sus ojos al darse cuenta de que los había descubierto. Finalmente, distinguí a mi padre. Él estaba solo en una mesa junto a un ventanal gigante. Su mirada se perdía en el lago que se ocultaba con timidez detrás de las ramas de los frondosos pinos.

Me dirigí hacia donde se encontraba. Lo saludé y me senté frente a él.

—Buenos días.

—Buenos días, Esteban. ¿Cómo dormiste?

—Bien —mentí y esquivé sus ojos verdes.

Me serví humeante café negro en una taza de porcelana blanca. Una canasta de mimbre con medialunas y otra con tostadas yacían junto a la bandeja de frutas. El dulce de leche casero y algunas mermeladas en pintorescos frascos artesanales daban un toque de distinción.

—¿Seguro que dormiste bien? —me interrogó.

Estaba bebiendo un poco de café amargo por lo que me limité a encogerme de hombros. El poder de su mirada era tan fuerte que podía leer secretos que deberían permanecer ocultos. No quería contarle lo que había soñado, pero intuía que ya lo sabía. Si él realmente era consciente de que mi hermana podía rastrearne, quizás me llevaría a otro sitio y lo cierto era que yo anhelaba reencontrarme con Tamara. Si bien no tenía ninguna lógica arriesgarme a que mi verdadera madre me encontrase, algunas veces las emociones no permiten ver con claridad.

—¿Sabías que si mueres en el plano onírico, tu espíritu puede quedar atrapado allí para siempre?

Asentí lentamente. Hasta ese momento no había tenido la certeza, pero sí una sospecha profunda de que así era. Sus palabras confirmaron mis pensamientos, así como mis temores.

—¿Es posible interactuar con espíritus que hayan quedado atrapados allí o con personas vivas que controlen los sueños?

—Creo que ya sabés la respuesta —dijo y luego cambió de tema abruptamente—. Tu mentor debe estar por llegar a la isla. Es importante que aprendas todo lo que puedas de él y que con el tiempo, incluso lo superes. La sangre que corre por tus venas porta las voces de tus ancestros. Tenés que aprender a despertar los recuerdos de pasados remotos y llegar incluso hasta los comienzos, cuando los primeros destellos de poder se manifestaron. Se debe aprender a descifrar la muerte para dominar la vida. Nunca olvides que solo aquello que realmente entendemos es lo que podemos controlar.

Estaba casi seguro de que se refería a las banshees. Si lograba controlarlas nada ni nadie podría oponerse a mis deseos. Mi magia era un legado ancestral. Durante generaciones, la familia de mi madre se había tomado las molestias necesarias para conformar los lazos para lograr dar a luz generaciones cada vez más poderosas. Quizás la de mi padre también. Claro, tenían la creencia de que si dejaban vivir a su estirpe masculina sucesos terribles acontecerían y quizás así sería. Yo vivía y con la ayuda de mi padre y de Tamara, sumados a mi propio esfuerzo podría llegar a ser más fuerte incluso que mi madre, Amaia. Debo reconocer que sentía miedo de su inmenso poder y maldad, pero al mismo tiempo me producía una inquietante admiración. Mi mayor deseo era adquirir un completo dominio del poder.

Detrás del frío cristal del ventanal, distinguí que una figura conocida estaba bajando de una lancha. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. El cabello hasta los hombros de aquel hombre era blanco como un témpano de hielo y se acercaba hacia el hotel por el sendero de piedras con el andar de alguien que sabe guiar hacia la muerte.

Mi padre señaló al anciano con la cabeza.

—Será tu tutor. Mandé a traer a Alfonso Aigam desde Buenos Aires, es uno de los mejores.

No tenía que preguntar qué tipo de conocimiento me podría inculcar. Conocía muy bien al viejo Al. Había adquirido mucha información sobre lo oculto gracias a él, y en aquellos breves, productivos y escalofrantes encuentros había sido testigo de los alcances de sus facetas más oscuras.

—Lo conozco —dije con un hilo de voz.

Supe por la mirada de mi padre que él ya lo sabía o que por lo menos lo sospechaba. Me pregunté si había sido él quien había puesto al anciano en mi camino para guiarme o quizá para vigilarme. Ya lo conocía y también sabía de las cosas que era capaz de hacer para cumplir cualquiera de sus deseos. Estaba claro que él tenía muchísimo conocimiento y poder, pero carecía completamente de humanidad. ¿En quién esperaba realmente convertirme mi padre?

Sin lugar a dudas, yo no me consideraba una persona sensible, pero aquel hombre no tenía ningún escrúpulo y no conocía la piedad. Un nudo se formó en mi garganta al recordar lo que vi aquel día en su negocio cerrado: los gritos, el dolor y los ojos de una joven que solo anhelaba la muerte.

Capítulo 37

Capítulo 37: Aquelarre

Algunas horas antes del almuerzo mi padre me pidió que lo acompañase a la biblioteca del hotel. Estaba ubicada en la planta baja en el ala izquierda del edificio. Al ver la gran cantidad de libros en estanterías tan altas que casi llegaban hasta el techo abovedado, me quedé boquiabierto. Desde pequeño una de mis pasiones era la lectura.

Recorrí los estantes con la mirada y pensé que no me alcanzaría toda una vida para leer los libros que allí se encontraban. Una sensación agri dulce invadió mi alma. No podía evitar sentir cierta nostalgia. Toda mi infancia había transcurrido en la pequeña tienda de libros usados de mi madre. Intentar comparar ambos lugares era como contrastar la llama de una vela negra con el sol, pero la pequeña llama que hacía aflorar mis recuerdos amenazaba con derretir el muro de hielo que me esforzaba en crear.

Éramos los únicos en aquel sitio en el que se encontraban las voces de miles de autores inmortalizadas para siempre en las hojas de los libros. En el silencio casi podía sentir el susurro de aquellos pensamientos atrapados, clamando por ser interpretados.

La voz de mi padre me sacó de mis cavilaciones:

—Vamos a sentarnos.

Tomamos asiento en la mesa más cercana y mi padre miró su reloj.

—Les pedí a tus nuevos compañeros que se reúnan con nosotros. Intenta agradecerles mostrándote empático con ellos. Conviértete en alguien imprescindible para que nunca puedan reemplazarte. No dejes que vean tus puntos vulnerables ni tu verdadera esencia. Aunque ellos saben de los conocimientos ocultos, no rebeles más de lo necesario y trata de asimilar todo lo que puedas. Esto será para ti como una práctica. Debes descubrir sus miedos y sus anhelos sin que ellos se den cuenta.

Asentí con la cabeza, aunque nunca había sido muy bueno para agradecerle a las personas. No tenía amigos, pues los chicos de mi edad solían tener intereses que distaban mucho de los míos. Tan solo Tamara había despertado en mí el deseo de acercarme a alguien. Sin embargo, sabía que en grupo el poder ritual se potencia. Por eso los hechiceros formaban aquelarres o grupos ocultos y las personas se reunían en distintos cultos espirituales y religiosos.

Los pasos de los tres adolescentes que me habían estado observando cuando ingresé en el salón comedor, rompieron el silencio que gobernaba el recinto. No eran rostros que pasasen desapercibidos. La peculiar tríada estaba conformada por dos chicos y una joven albina con los ojos de un azul tan claro que parecían lilas.

—Buenos días, Andrés —dijo el más alto de los tres dirigiéndose a mi padre. Tenía el cabello castaño del mismo color que su campera de cuero y le llegaba casi hasta la cintura.

—Hola, ¿cómo estás? Te presento a mi hijo Esteban.

Los tres rostros se tiñeron de sorpresa. Sebastián arqueó sus cejas y llevó sus ojos verdes hacia mí. Tardó unos segundos en responder a la pregunta de mi padre.

—Muy bien, gracias. Soy Sebastián Koiné —dijo y luego me estrechó la mano con fuerza.

—¡Cuánta formalidad! —dijo burlonamente el más pequeño de los tres.

Era pelirrojo y tenía sus bucles alborotados.

—Yo soy Sasha Nairov y ella es mi hermana Natasha.

El niño señaló con la cabeza a la joven. Por algún motivo sentí que mis mejillas ardían. Era hermosa y exótica, parecía una ninfa salida del lago.

Los dos chicos se sentaron a ambos lados de mi padre y Natasha se sentó junto a mí. Corrí mi silla disimuladamente, su cercanía me ponía nervioso.

—¿Cómo es que no sabíamos nada de él? —preguntó Sasha.

Mi progenitor respondió sin alterar la serenidad de su voz:

—Vivía con su madre en Buenos Aires. Lamentablemente ella tuvo un accidente. —Sus palabras sugerían que ella estaba muerta.

—Lo lamento —habló Natasha por primera vez.

—Gracias —dije y mi voz salió algo áspera de mi garganta.

—¿Es uno de nosotros? —susurró Sasha en el oído de mi padre, pero lo suficientemente fuerte para que todos podamos oírlo a la perfección.

Pude notar como Sebastián lo fulminaba con la mirada. Natasha a mi lado

tosió fingidamente.

—Lo será, pero ya te dije que es mejor mantener la discreción aquí, Sasha —lo reprendió mi padre—. Las paredes escuchan y tanto los turistas como algunas personas del personal no deberían saber lo que hacemos. El grupo aún no está completo, falta una integrante más y podrán comenzar su preparación.

Mi corazón pareció revivir en ese momento. Estaba hablando de Tamara. Yo esperaba ansioso mi reencuentro con ella, quien me completaba y me potenciaba en el mundo espiritual.

Capítulo 38

Capítulo 38: Susurros proféticos

Cuando las agujas del reloj antiguo que decoraba la biblioteca se unieron al dar las doce, mi padre se despidió alegando tener una reunión importante. Se marchó sin más preámbulos. Unos instantes después, Sasha se incorporó velozmente y dijo:

—Muero de hambre. ¿Vamos a almorzar?

—¿Ahora? Pero, si desayunaste una docena de medialunas vos solo —dijo socarronamente Natasha.

—Déjalo, seguro que un día de estos va a pegar el estirón —agregó Sebastián, riendo por lo bajo.

—No son graciosos. Búrlense todo lo que quieran. Después son ustedes los que vienen a rogarme para que les diga lo que los silfos susurran. Si no quieren venir, no hay problema —agregó tajante el pelirrojo fingiendo estar enfadado—. ¿Vamos, Esteban?

Me sorprendió su invitación y dudé por un segundo. Si no aceptaba la oferta, él podría interpretarlo como un rechazo, pero si lo acompañaba, quizás los otros chicos pensarían que estaba escogiendo un bando. Afortunadamente, Natasha resolvió mi dilema:

—No seas tonto. Vayamos al salón comedor. Después de todo, esta tarde, al parecer, comenzará nuestro "entrenamiento oficial".

Los cuatro salimos de la biblioteca con Sasha encabezando la marcha. Me sentía incómodo por tener que encajar en un grupo de amigos que ya estaba armado. Me preguntaba cómo se habrían entrelazado sus destinos. Sospechaba que mi padre tenía algo que ver con esto, pero no era el momento para hacer preguntas. Realmente quería forjar o por lo menos simular una amistad con aquellos jóvenes peculiares. No quería decepcionar a mi padre.

—¿Cuántos años tenés? — me preguntó Natasha sentándose frente a mí en una mesa para cuatro.

—Diecisiete —respondí recordando mi documento falso.

—Igual que yo —dijo Sebastián antes de que Natasha pudiese responder y agregó señalando a sus amigos—: ella tiene dieciséis y él trece.

—Parecés más chico —mencionó despreocupado Sasha.

Empalidecí por un instante, me sentía descubierto porque en realidad tenía quince años.

—Vos no podés decir eso, enano —se burló Natasha y Sebastián sonrió apenas mirando a la joven con cierto dejo de fascinación.

Una camarera nos alcanzó el menú y se marchó intentando pasar inadvertida. Los platillos que se ofrecían a los comensales estaban escritos en una estilizada letra dorada sobre una hoja negra y plastificada. Sebastián propuso que compartiéramos una pizza y todos estuvimos de acuerdo.

—¿Saben?, escuché algunas historias sobre nuestro maestro —comentó Sasha.

Los tres lo miramos expectantes y aunque yo conocía quizás mejor que ninguno al viejo Al, me intrigaba saber qué era lo que sabía el niño.

Al ver que nadie hacía ningún comentario, Sasha continuó hablando:

—Dicen que era líder de uno de los trece clanes, pero que Andrés le ofreció tanto dinero que adelantó su jubilación. Ahora, su nieto es el primer líder con menos de veinte años. Maldito afortunado...

—¿Ariel? —dije en un hilo de voz y me arrepentí enseguida de haberlo hecho.

—Eso creo. ¿Vos qué sabés? —preguntó Sasha y todos se voltearon a verme.

—Conocí al viejo Al cuando vivía en Capital y también a su nieto, eran dueños de algunas de las pocas tiendas de magia que no venden baratijas completamente falsas.

—¿Podemos confiar en el anciano? —preguntó Sebastián muy serio.

—No lo creo. No confío en nadie que tenga menos escrúpulos que yo. Sin embargo, creo que podemos aprender mucho de él —dije con sinceridad.

Aún no sabía qué significaba la presencia de aquel hombre allí. Tampoco estaba seguro si podía confiar en mis nuevos compañeros. Por el momento me seguiría moviendo con cautela.

Nos quedamos en silencio en cuanto notamos que la camarera regresaba. Sebastián pidió dos pizzas y una gaseosa grande para compartir. Mientras esperábamos su retorno, continuamos conversando en voz baja. No

queríamos atraer la atención de los turistas que se encontraban en mesas cercanas. Teníamos que ser discretos, pues nuestras vidas podían depender de ello.

Sin que yo les pidiese ningún tipo de información, me fueron revelando parte de sus vidas. Los padres de Natasha y Sasha eran dueños de varias empresas importantes en Europa y América. Estaban extremadamente agradecidos con mi padre por otorgarles vacantes en su supuesto colegio de alto prestigio para "jóvenes con capacidades extraordinarias". Eran los primeros de su familia en demostrar habilidades que sobrepasan los límites de la razón. Los miembros de un equipo de profesionales que trabajaban para Andrés Rochi los habían encontrado casi por casualidad.

No me sorprendía que aquellos jóvenes fueran extremadamente ricos y poderosos, pero la historia de Sebastián realmente me asombró. Sus padres y el mío habían sido íntimos amigos. Ellos fallecieron en un accidente de autos, después del cual mi propio padre se había hecho cargo de la educación de Sebastián. Estimaba al muchacho como si fuese su propio hijo.

No pude evitar sentir algo de envidia tras escuchar su historia. Seguramente, Sebastián había sido introducido desde muy pequeño en la sabiduría oculta. Posiblemente ya se había ganado el cariño y el respeto de mi padre, pensé con pesar. El muchacho era carismático, rico y atractivo. Actuaba como si tuviera al mundo entero comiendo de la palma de su mano. Reflexioné que quizás así fuese. Temía convertirme en un mero peón de su juego y esperaba poner el tablero a mi favor, llegado el caso.

Durante el almuerzo presté atención a todo lo que me contaban y me limité a hablar lo menos posible. La vida me había enseñado que nadie presta atención a quienes hablan mucho, pero que si uno se limita a decir lo necesario, su mensaje es escuchado e incluso respetado. Sin embargo, Natasha parecía empeñada en intentar descifrarme y había algo en su pálido y astuto rostro que me inquietaba. El lila de sus ojos era inquisidor y parecía capaz de penetrar en los confines de mi mente.

—¿Alguna novia te espera en Capital?

Natasha había lanzado sin más una pregunta que, aunque parecía simple, era demasiado complicada de responder. Sentía que mis mejillas ardían y las palabras salieron torpemente de mi boca. Me sentí tonto y abochornado, pues no le temía a nada tanto como a dudar de mí mismo, a fallar, a equivocarme.

—No lo creo.

—¿Entonces no estás seguro?, ¿puede que quizás sí haya alguien? —
Natasha parecía disfrutar atormentándome.

Me limité a encogerme de hombros y agradecí cuando la conversación dejó de girar en torno a mi vida sentimental. Cuando Sebastián comenzó a hablar sobre cómo había conseguido su carnet de capitán de barco, mi mente abandonó la conversación. Esperaba volver a ver a Tamara, pero sabía que el hotel no era seguro para ella. La presencia del viejo Al era una amenaza certera sobre ella. Su poder oscuro podría acabar con la pureza de su alma. Tamara sería como un rayo de luz en medio de tanta oscuridad. Estaba claro que el grupo que se estaba gestando en la isla estaba formado por seres oscuros que anhelan alcanzar la perfección. Buscábamos el poder para no ser víctimas de él, pero Tamara no pertenecía ahí. Era diferente. Era luz. Era claridad. Yo temía que en medio de las tinieblas pudiese peligrar aquella llama que ardía en su interior.

Cuando terminamos de comer, la camarera vino a retirar nuestros platos y nos anunció que el señor Aigam nos estaba esperando en la biblioteca. Decidimos ir hacia allí sin perder tiempo, puesto que todos estábamos expectantes ante aquella primera lección. Salimos del salón comedor y comenzamos a cruzar el hall de entrada. En ese preciso momento, Ailén abandonó su puesto de recepcionista y se dirigió rápidamente hasta donde estábamos. El sonido de sus tacones fue lo único que se escuchó durante su trayecto. Algo no estaba bien. Se detuvo frente a mí y colocó sus manos en mis hombros.

Sentí como el corazón se me encogía dentro del pecho. Ella me aferraba fuertemente. Esperaba que no le hubiese sucedido nada a mis padres o a Tamara. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al buscar sus ojos con la mirada y descubrir que el marrón de su iris había desaparecido por completo. La mujer me miró con los ojos completamente blancos y susurró lo suficientemente fuerte como para que los cuatro podamos oírla:

—Cuando en la noche oscura, desde lo profundo del lago, luces tenues y tenebrosas surjan cual ánimas que vagan y las aves del bosque huyan. Cuando ya ni los grillos canten, un temblor de la tierra anunciará su llegada. Nada bueno traerá, solo el mal en su mirada.

En cuanto terminó de decir aquella frase, el marrón de sus ojos regresó y la confusión invadió sus facciones indígenas. En cuanto reparó en que aún tenía sus manos sobre mis hombros me soltó sonrojada.

—¿Necesitaban algo, muchachos? —preguntó con timidez.

Todos negamos con la cabeza. Parecía no recordar absolutamente nada de lo que había sucedido. En cuanto Ailén se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia el mostrador, los cuatro nos miramos confundidos. Natasha susurró lo suficientemente bajo como para que la recepcionista no pudiera

oírnos:

—Fue una profecía. Quizás ella no lo sepa, pero sin dudas Andrés debe haber considerado útil tener una vidente trabajando en el hotel.

Entonces, tuve la certeza de que tiempos oscuros se aproximaban. Quizá no podíamos descifrar el futuro con claridad, pero la promesa de que el mal estaba cerca era evidente. En ese momento, comprendí que algo extremadamente fuerte como para romper las barreras del tiempo estaba por llegar y se estaba anunciando. Un mal que podría alterar la ley natural del mundo.

Capítulo 39

Capítulo 39: El viejo Al

El viejo Al nos estaba esperando a los cuatro. Se hallaba sentado en una mesa de la biblioteca. Sonrió al vernos con una mueca que distaba bastante de parecer amable e hizo un gesto con su mano para que nos acercásemos hasta donde se encontraba.

—Juventud, adolescencia, vida nueva —dijo el anciano dándonos la bienvenida a su manera.

Sebastián alzó una ceja y Sasha se rió sin ningún reparo.

—Por favor, tomen asiento mis niños —agregó cuando llegamos hasta él —. Aquellos que han tenido la fortuna de aprender algunas de mis técnicas me llaman Al. Creo que ustedes también pueden llamarme así. Aunque los nombres son solo etiquetas y algunas veces pueden cambiar. Nos dan la identidad que portamos en cierto momento de nuestras vidas.

—Me dijeron que usted es Alfonso Aigam y que fue líder de uno de los grupos más importantes —dijo Sasha, ansioso por demostrar su sabiduría.

—Como dije antes, los nombres no son más que etiquetas temporales. No importan las vidas que quedaron atrás, sino las presentes y las futuras. Lo importante es el rol que interpretamos en cada momento. ¿No lo crees, Esteban Rochi?

Tragué saliva y asentí despacio sin decir una palabra, consciente de que era el centro de todas las miradas.

Me senté y los demás me imitaron. El anciano tomó una jarra de agua helada que reposaba en el centro de la mesa y llenó cinco copas de cristal con el contenido. Nos tendió una a cada uno y dijo:

—Brindemos por la conformación de este pequeño grupo.

Alzamos nuestras copas y bebimos todos, menos Sasha, quien dejó la suya sobre la mesa. Alfonso lo notó y lo miró enojado.

—¿Acaso nos rechazas, niño?

—No es eso. Es que yo solo bebo gaseosas —dijo Sasha con las mejillas casi tan rojas como su cabello, y luego bromeó para quitarle peso a la

situación—. Además, no quisiera tragar una ondina por error.

Sasha soltó una risa tímida por su propio chiste, pero nadie más lo acompañó. Natasha negó apenas con la cabeza. El rostro del viejo Al advertía que no era momento para bromear. Todo su cuerpo estaba tenso y sus ojos estaban tan abiertos que parecían estar a punto de saltarse de sus cuencas. Se incorporó sobre su asiento e inclinó su cuerpo hacia adelante, lo cual provocó que Sasha se apoyase asustado en el respaldo de su asiento.

Al tomó la copa que el pelirrojo había rechazado y la arrojó detrás del hombro de Sasha. En cuanto la copa estalló contra el suelo, un incendio comenzó en la biblioteca. Aquellos lugares en los que había caído agua estaban ardiendo en llamas. Los cuatro nos habíamos levantado de nuestros asientos y mirábamos con sorpresa la escena.

Quizás por miedo a que el fuego se extendiese por toda la biblioteca, Sebastián tomó la jarra con lo que quedaba de agua y corrió hacia el fuego. Vertió el contenido de la misma, pero esto no hizo más que avivar el pequeño incendio. Retrocedió unos pasos asustado y el viejo Al se apresuró a llegar hacia donde estaba el muchacho. El hombre se quitó el tapado negro que llevaba y lo arrojó sobre el fuego. Las llamas se extinguieron por completo, dejando tan solo una densa nube de humo gris en el ambiente lo cual provocó que algunos comenzaran a toser. Natasha se dirigió a los amplios ventanales y los abrió de par en par para ventilar el lugar.

Después de que el humo se disipó volvimos a reunirnos todos en la mesa. El viejo Al tenía el semblante sereno, como si nada hubiese sucedido. Sasha se veía incómodo y los demás nos movíamos con la cautela de alguien cercano a las fauces de un lobo.

—¿Quién de ustedes puede decirme qué elemento acabo de controlar?
—preguntó el anciano y bebió lo que quedaba del contenido de su copa.

Los cuatro guardamos silencio.

—¡Vamos! Incluso el más obtuso de los individuos es capaz de elaborar por lo menos una pequeña hipótesis —nos animó y sonrió con amabilidad fingida.

—Es fácil —dijo Sasha recuperando un poco la confianza—. Controla el fuego. Las salamandras mostraron su apoyo para que el agua se encienda.

—¿Todos están de acuerdo? —preguntó Al mirándonos uno a uno.

—No —aventuró Natasha, casi con timidez.

—¿Qué elemento estaba controlando, preciosa?

El tono del viejo cambió notablemente al dirigirse a mi compañera. Sentí cómo el vello de mis brazos se erizaba. A mi lado, Sebastián apretó los puños y alzó levemente los hombros. Natasha aclaró su garganta y respondió:

—Controla el agua, señor. Fueron las ondinas quienes optaron por tomar al fuego como parte de ellas.

—Buen intento, pero no. Por cierto ya te dije que me llames Al. Así me llaman mis estudiantes y según recuerdo me pagan una importante suma para que te enseñe cosas, preciosa.

Natasha estaba notablemente incómoda con la forma en la que el anciano la observaba. Sebastián habló completamente tenso. Se notaba que no le gustaba en absoluto la atención que el anciano ponía en su amiga.

—Aire. El fuego no puede persistir sin oxígeno. No quiere decir que los silfos lo apoyen, tan solo cuando arrojó su prenda sobre el fuego, este se quedó sin oxígeno y se extinguió.

—Me decepcionas un poco, Sebastián Koiné. Después de todo, podría decirse que eres más hijo de Andrés que el mismo Esteban, ya que te crio—agregó con saña el viejo.

Sebastián me miró apenado.

—No controlas nada más que la ilusión, viejo —contesté con la calidez de un témpano de hielo.

El anciano comenzó a aplaudir muy lentamente y me miró con cierto dejo de orgullo.

—Quizás, puedas ganarte el amor de tu padre uno de estos días. —sonrió develando unos espantosos dientes amarillentos y agregó—: ahora que la sangre de su sangre ha regresado, me pregunto a quién de ustedes preferirá. Esto se pondrá muy entretenido. Solo el tiempo lo dirá. Por mi parte, no tendré favoritismos con ustedes. Les enseñaré a ambos y, llegado el momento, al igual que los espíritus elementales, elegiré al más fuerte.

Me sentía sumamente incómodo y podía notar que Sebastián se sentía de la misma manera. Estaba cabizbajo y su cabello castaño le cubría el

rostro. Seguramente, el viejo Al había tocado una fibra sensible para él.

Lo único que me había pedido mi padre era que forjase lazos de amistad con aquellos chicos y el anciano me estaba complicando bastante aquella tarea. Me apresuré a hablar, para intentar solucionar aquella incómoda situación:

—No es una competencia por el amor de nadie. Las personas en equipo logran mejores cosas que los que trabajan solos.

Sebastián me miró. Tenía las mejillas enrojecidas. Quizás, por un momento, había estado buscando la forma de destruirme. Posiblemente, llegado el caso se convertiría en mi enemigo, pero por ahora prefería que las cosas no se volvieran tensas entre nosotros. Quizás, no sería realmente mi amigo, pero prefería que mi rival estuviese de mi lado. Era un juego de poderes del que participaríamos en secreto. Ante los ojos de mi padre y de los demás, teníamos que aparentar ser amigos. Incluso, hermanos.

—¿Entonces solo fue un truco? ¿Cómo lo hiciste? —interrogó Sasha y me sacó de mis pensamientos.

—Si todos piensan que algo es real, entonces, para ellos es real. Ustedes, gracias a mi pregunta, estaban tan seguros de que estaba controlando un elemento que se limitaron a esas opciones. Salvo Esteban, claro, quien pudo ver más allá.

—No me refiero a eso. ¿Cómo puede prender fuego con agua? —insistió el niño.

Todos miramos al anciano. La verdad es que también sentía curiosidad, porque aunque fuese solo una ilusión, era bastante impresionante.

—Ah, eso —Caviló, parecía algo decepcionado—: Rocié el piso con una simple receta que usaban los antiguos alquimistas. Ahora lo llaman química, pero como dije, los nombres no son más que etiquetas.

—¿Nos enseñarás recetas alquímicas? —Sasha parecía emocionado.

—No —respondió el viejo tajante—. Estoy para mucho más que eso. Pueden aprender esas cosas en clases de química o buscando por internet. Yo estoy aquí para que puedan elevar la mente más allá de la razón y dominar la sutil onda de magia que inunda el cosmos. Así podrán ser capaces de vincularse a los seres de los distintos planos de existencia, aquellas frágiles criaturas que se ayudan y se dañan entre sí. Recuerden que todo es materia y energía y que esto también pueden vincularlo a

través del espíritu.

—¿Nos va a enseñar a comunicarnos telepáticamente? —preguntó Sasha con la curiosidad de un niño.

—No. Para eso pueden comprarse celulares. No les falta dinero precisamente. Veremos cosas importantes, como diferentes hechizos, sutiles engaños y brutales formas de control mental. Nada es solamente natural o sobrenatural. Todo depende de cómo se lo mire. La magia y la ciencia están vinculadas y pueden apoyarse entre ellas, porque en el mismo universo subyacen las distintas fuerzas.

El celular del viejo Al comenzó a sonar en su bolsillo y se apresuró a responder. La llamada no duró más que unos pocos segundos en los que se limitó a asentir. Cortó la comunicación y dijo:

—Ya estamos completos, niños. La pequeña hechicera acaba de llegar a la isla.

Una emoción enorme invadió mi ser. Me reuniría con Tamara.

Capítulo 40

Capítulo 40: Reencuentro

Mentiría si dijese que no estaba nervioso. Me preguntaba cómo reaccionaría Tamara al encontrarse conmigo en aquel lugar. ¿Se pondría feliz de verme? ¿Estaría enfadada porque me había marchado sin darle ninguna explicación?

La única certeza que tenía era que yo necesitaba verla y realmente deseaba con todo mi ser estar con ella. Una parte de mí, sin embargo, presentía que su presencia en aquel sitio podría ponernos en peligro a ambos. Una vez más, sumergí mis presentimientos en los oscuros rincones de mi mente.

Fui en dirección al vestíbulo, ignorando al viejo Al y a mis compañeros. Me quedé en el umbral de la puerta de la biblioteca en donde podía observar, pero sin ser visto. Me sentía tan nervioso como la primera vez que la había ido a buscar a su casa.

Tardé menos de un segundo en encontrar a Tamara con la mirada. Lucía tan hermosa como siempre con su cabello alborotado y el rostro cansado por el viaje. Parecía triste y lo atribuí a que quizás pensara que no me volvería a ver.

Reparé en mi padre. Se estaba presentando con los padres de Tamara y agudicé el oído para prestar atención a sus palabras. Habían conversado por teléfono y arreglado los salarios que tendrían. Debían ser muy altos porque Raquel tenía una mueca extraña que asemejaba una sonrisa dibujada en su severo rostro. Ella sería la nutricionista del hotel y su esposo, Alan Danann, profesor de Ciencias Sociales y Humanidades. Podría resultar interesante, a diferencia de su esposa, él siempre me había parecido un hombre reservado, pero agradable.

—Muchas gracias por la oportunidad, señor Rochi —dijo la madre de Tamara conservando aún su máscara de amabilidad.

—Fueron muy recomendados por mi hijo, eran sin dudas la mejor opción. Además, él es un buen amigo de su hija, así que creo que Tamara se sentirá cómoda aquí y nuestro proyecto educativo le abrirá las puertas a las mejores universidades del mundo.

Las palabras de mi padre captaron el interés de todos los presentes, en especial de Tamy. Aproveché ese momento para hacer mi aparición, aunque no fui muy bien recibido en ese primer acercamiento. Raquel me

lanzaba chispas con la mirada.

—¿Qué está haciendo él acá?

No estaba seguro desde cuándo me odiaba, pero incluso había llegado a sugerirle a mi madre en una ocasión que sería mejor que me alentase a buscar amigos varones de mi edad en vez de pasar tanto tiempo con Tamy. Afortunadamente, en ese momento mi mamá la había ignorado. Ojalá hubiera seguido apoyando nuestra alianza.

—Él es mi hijo, Esteban. Tengo entendido que ya se conocían —mi padre parecía divertido por la confusión en el rostro de Raquel.

Seguramente pensaba que mi padre era un irresponsable que nos había abandonado a mi madre y a mí. No la culpo, hasta hacía poco yo podría haber creído lo mismo.

Titubeó por un instante y luego se acercó a mí y colocó una de sus manos en mi hombro. Me sentía completamente incómodo por su cercanía.

—Teby, querido. Me alegro mucho de volver a verte y lamento muchísimo lo que sucedió con tu madre. Necesito que sepas que podés contar con nosotros para lo que necesites. Siempre fuiste como un hijo para mí. ¿No es verdad, Alan?

—¿Eh?... Sí, supongo.

Cuando me soltó y volvió a caminar hacia donde estaba Tamara, intercambié una mirada con ella, era imposible descifrar su seria expresión. Me preguntaba si estaría enojada conmigo o quizás con su madre por ser tan hipócrita.

Me acerqué a ella con cautela, pero su gata comenzó a bufar con todo el pelaje erizado. Si no hubiese estado atrapada dentro de una jaula para animales, me hubiese atacado. Lanzaba zarpazos a través de los pequeños barrotes. No entendía porqué tenían una mascota tan arisca que podía atacar a alguien en cualquier momento.

—¡Dichosos los ojos que los ven!

Miré hacia atrás y observé al viejo Al caminando con los brazos extendidos hacia donde estaba el padre de Tamara, quien sonreía ampliamente.

—Al, me alegro mucho de volver a verte —dijo dándole un abrazo cargado de palmadas de hombros.

—Supe lo de tu madre. ¡Qué horrible tragedia! Era una mujer encantadora. Todos la amábamos. Lo que tenía de hermosa lo tenía de

lista.

Alan se sintió algo incómodo y desvió el eje de la conversación.

—Al. No esperaba verte por aquí. ¿También te contrataron como profesor?

—Así es. Espero que tu hija sea un poco más lista que vos y mucho menos rebelde —dijo el viejo y ambos rieron.

—Seguro que sí. Te presento a mi esposa Raquel y a Tamara, la luz de mis ojos.

—Un placer conocerlas, preciosas.

Estaba claro que Al no revelaría que ya conocía a Tamara. Cada vez más interrogantes se arremolinaban en mi mente. ¿Acaso Alan sabía más de lo que aparentaba?

Capítulo 41

Capítulo 41: Un paseo en la ribera

Ailén comenzó a guiar a la familia Danann por las escaleras hacia las que serían sus habitaciones. Yo los seguí en silencio. No sabía cómo comenzar a hablar con Tamy. Ella tampoco había dicho nada. Seguramente, estaba esperando que yo diese el primer paso.

Ajusté mi marcha a la de ella. Casi podía sentir su brazo rozando la manga de mi chaqueta. Tamara aminoró su paso y ambos seguimos caminando muy despacio, dejando que los demás se adelantasen.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Tamara casi en un susurro.

La observé. Ella se detuvo, pero su mirada estaba fija en las espaldas de sus padres quienes guiados por Ailén habían doblado por uno de los pasillos del primer piso. Estaba claro que no quería que alguien nos escuchase.

—Es extraño para mí también —reconocí.

Por algún motivo me sentía culpable, aunque no estaba seguro el porqué de ese sentimiento.

—Entonces, ¿es verdad que el señor Rochi es tu padre?

—Así parece, pero yo tampoco esperaba eso. Fue todo muy de repente. No podía comunicarme con vos. Lo intenté, pero...

—¡Vamos, Tamara! No te quedes atrás —llamó Raquel.

—Te veo en la entrada del hotel en una hora. Estoy feliz de que volvamos a estar juntos —le dije y la besé muy cerca de sus labios, pero sin rozarlos.

Una parte de mí sabía en el fondo que lo más probable era que las relaciones que comienzan a esa edad terminaran tarde o temprano. Yo realmente deseaba estar con ella. Quizás, podríamos ser la excepción a la regla, pero no estaba seguro de si era sensato arriesgarnos a tener algo más que una amistad, pero quizás era demasiado tarde. Sentía que un lazo invisible me unía a ella desde siempre. La necesitaba de aliada, porque no confiaba absolutamente en nadie más. Ni siquiera en mí.

Bajé las escaleras sin mirar atrás. Ella no dijo nada, pero estaba seguro de que acudiría al encuentro. Sabía que nunca me fallaría, o por lo menos lo

creía en ese momento.

Salí del hotel ignorando a Sasha, quien gritaba mi nombre. Sebastián le dijo algo que no llegué a escuchar y afortunadamente me dejaron marchar. Necesitaba estar solo para aclarar mis ideas.

Me senté en una enorme roca frente al lago y arrojé una piedra pequeña que perturbó por un instante el agua espejada formando pequeñas ondas que se extendían a su alrededor.

Había muchas posibilidades de que aquel sitio no fuese seguro realmente. Me preguntaba si por el egoísmo de querer volver a verla, habría guiado a Tamara directamente hacia la cueva de un lobo o si alguien más había decidido mantenernos allí. Me sentía como un agujero negro que atraía el caos y la desgracia. La necesitaba conmigo, pero no estaba dispuesto a alejarme de ella aunque eso implicase mantenerla a salvo.

Apoyé mi mano sobre las pequeñas piedritas de la orilla y dejé que el agua helada rozara la yema de mis dedos. Convoqué en silencio a las ondinias del agua, para que me ayudaran a mantener a salvo a Tamara e imploré a los silfos del viento que me dieran el poder para ver con claridad.

Los espíritus elementales le habían brindado ayuda a Tamy en más de una ocasión, quizás yo también podría tenerlos de mi lado. Sin embargo, en ese momento me sentía ignorado por aquellas criaturas. Reflexioné que quizás no me consideraban lo suficientemente poderoso como para brindarme su apoyo, pero descarté esa idea enseguida. Había convocado en el pasado a las almas de quienes alguna vez estuvieron vivos, había lidiado con las banshees e incluso con demonios, no era lógico que las más simples de las criaturas del plano espiritual me rechazaran.

Lancé un puñado de piedras y de tierra al agua con frustración. Cuando volví a apoyar la mano en la orilla sentí una punzada de dolor en la palma. Me había clavado un pequeño trozo de vidrio verde que seguramente alguna vez había sido parte de una botella. Me lo quité con cuidado y enjuagué la herida en el agua del lago. Entonces lo supe, hacía falta el poder de la sangre. Incluso los elementales exigían un pequeño sacrificio para brindar su apoyo. El mundo se movía con leyes egoístas, ya lo decían los antiguos alquimistas «no puedes pedir nada sin dar algo a cambio».

Mi sangre por proteger la suya, me parecía un trato justo. Sabía muy bien que una pequeña parte de algo era suficiente para representar la totalidad. Una pequeña gota de sangre e incluso un solo cabello podían resultar letales si caían en las manos equivocadas. Me daba cuenta de que viviendo en un hotel éramos completamente vulnerables. El personal de limpieza o cualquiera con acceso a una llave podría entrar a nuestras habitaciones y tomar lo que fuera necesario para hacernos daño, si así lo

quisieran.

De pronto, el sol dibujó destellos en el agua o quizás habían sido las ondinatas ofreciéndome su apoyo. En la distancia, se escuchaba el murmullo del viento atravesando las ramas de los árboles. Sentí que los silfos también me acompañaban.

Me quedé allí el tiempo suficiente, hasta que mi mano dejó de sangrar y los elementales no requirieron nada más de mí. Asumí por la posición del sol que ya debía haber transcurrido por lo menos una hora desde que había salido del hotel y seguí el sendero de piedras para ir a buscar a Tamara. Cuando entré la encontré conversando muy animada con Ailén.

—Ahí está Esteban. Al parecer el Nahuelito, el monstruo que habita en este lago, no se lo comió —bromeó la morocha.

—Teby, pensé que ya no ibas a venir —dijo Tamara y su voz sonó tensa.

—No, perdón. No me di cuenta de la hora —reconocí avergonzado.

—Está bien, no importa. ¿Salimos a caminar? —preguntó suavizando su voz.

Asentí con la cabeza y la esperé unos instantes mientras se despedía de Ailén. Al parecer habían estado hablando bastante tiempo mientras me esperaba.

Salimos juntos del hotel y cerré el enorme portal detrás de nosotros. Al fin estábamos solos, lejos de las miradas y los oídos de los demás, pero ninguno de los dos decía nada. Yo buscaba sus ojos con los míos, pero al parecer, eso la incomodaba, porque no lograba sostenerme la mirada por más de unos segundos.

Decidí romper el silencio:

—Te extrañé.

Olvidé cómo respirar hasta que ella habló.

—También te extrañé. Pensé que no íbamos a volver a vernos. Mis papás decidieron de la noche a la mañana que nos mudaríamos. Fui a tu casa un millón de veces y no había nadie. Fui a buscar a Susana al hospital y me dijeron que se habían mudado. Imaginé las peores cosas que alguien podría imaginar, hasta que hablé con Crisy en un sueño. Me dijo que estabas rodeado de agua y que estabas bien. Entonces, te odié por irte sin mí —bajó el rostro y su cabello rubio ocultó sus ojos enrojecidos.

—No te voy a dejar nunca. No importa lo que pase —dije, sintiéndome algo cursi, pero era la verdad y creo que ella necesitaba oírlo.

Me acerqué con cautela, como si fuese una criatura herida y pudiese asustarse, y la rodeé con los brazos. Apoyó su mejilla contra mi pecho y correspondió al abrazo. Podía sentir el perfume de su cabello alborotado con la brisa. Me encantaba sentirla entre mis brazos, pero me daba cuenta de que perderla me destruiría por completo. Me aterraba pensar que alguien o algo pudiera lastimarla. Había visto los horrores de los que eran capaces el viejo Al y su antiguo séquito. Tenía que proteger a Tamy de ese tipo de cosas a como diera lugar.

Me separé apenas de ella y acaricié su mejilla con mi pulgar. Cerré los ojos y la besé dulcemente. Fue un beso lento y tierno que sellaba la promesa de que no la volvería a dejar sola, aunque la llevase conmigo por un camino lleno de oscuridad.

Caminamos tomados de la mano por la ribera del lago durante algún tiempo y solo nos detuvimos para besarnos en alguna que otra ocasión. Parecía un sueño hecho realidad, pero era todo tan hermoso que no podría durar. Estábamos tomados de la mano en la calma que antecede a una tormenta. No podía dejar de pensar en la profecía de Ailén. Mi mente la repetía a gritos, una y otra vez, hasta que finalmente, la repetí en voz alta:

—Cuando en la noche oscura, desde lo profundo del lago, luces tenues y tenebrosas surjan cual ánimas que vagan y las aves del bosque huyan. Cuando ya ni los grillos canten, un temblor de la tierra anunciará su llegada. Nada bueno traerá, solo el mal en su mirada.

—¿Qué significa eso? —me miró preocupada.

—No estoy seguro. Lo dijo Ailén, la recepcionista del hotel, en una especie de trance, pero no creo que ella recuerde lo que pasó.

—Sentí mucho poder en ella apenas la vi. Me transmitió cierta sensación de paz. Creo que podemos confiar en ella.

—Puede ser, pero no lo sé. Yo solo confío en vos —reconocí.

Ella acarició mi mano con su pulgar y la volví a besar.

—No estoy seguro de si podemos confiar en alguien más en esta isla, pero definitivamente no confío en el viejo Al. Tenemos que tener mucho cuidado con él... y con su nieto —agregué, porque sabía que Ariel había estado quizás demasiado cerca de Tamy.

—¿Ariel está en el hotel?

—Por suerte no, pero solo digo que no te acerques a él.

—¿Ya vas a empezar con tus celos? —dijo poniendo cara de fastidio y me soltó la mano.

—No son celos. Son gente peligrosa y ya —dije cortante.

Confesarle lo que sabía sobre ellos significaría revelarles que había estado involucrado en ciertas artes ocultas de las que era mejor mantenerse al margen y lo cierto era que no hubiera soportado que me viese como un monstruo. Yo no era como el anciano ni como Ariel, o por lo menos, intentaba convencerme a mí mismo de eso.

—Está bien. Prometo tener cuidado con esos dos. No te preocupes.

Su voz serena me tranquilizó un poco. Me preguntó por mi padre para desviar el foco de la conversación. Yo comencé a contarle cómo había aparecido en la librería de repente y lo que sucedió después con el avión. Finalmente le conté sobre los tres jóvenes que serían nuestros compañeros en la búsqueda del conocimiento. Posiblemente, no debí haber mencionado que Natasha era una chica muy linda. Cuando alguien no tiene nada inteligente que decir es mejor quedarse en silencio. Le relaté el sueño que había tenido en donde Crisy había estado a punto de atraparme y ella me confesó que había estado soñando casi a diario con ella.

—No tengas miedo. No creo que vaya a revelarles a aquella mujer tu paradero. Podría decirse que somos amigas ahora.

Me reconfortaba pensar que esa poderosa niña estaba de nuestro lado, pero no pude evitar dudar por un instante si realmente la lealtad de Tamy estaría conmigo incondicionalmente. ¿Qué pasaría si Crisy la utilizaba contra mí?, ¿acaso, podría enfrentarme a Tamara si fuese necesario?

Capítulo 42

Capítulo 42: Ayuda

Después de la puesta del sol, le propuse a Tamara cenar conmigo y con nuestros compañeros de clase, pero ella rechazó la oferta. Me dijo que le había prometido a sus padres que iban a cenar en el departamento que les habían asignado para poder conservar su unidad familiar. Además, quería tener una conversación a solas con su padre. Estábamos convencidos de que Alan sabía mucho más de lo que habíamos creído hasta ese momento.

—Si querés, podemos intentar encontrarnos en un sueño esta noche
—propuso Tamy antes de separarnos a los pies de la escalera.

—Me parece bien. Nos vemos más tarde, preciosa.

Nos dimos un tierno beso de despedida. Ella subió hacia el primer piso y yo me dirigí al salón comedor. Esperaba que los chicos no se hubiesen molestado por haberlos ignorado aquella tarde. Aunque lo cierto era que me sentía radiante de felicidad por el acercamiento con Tamara. No podía dejar de pensar en sus labios, en sus ojos y en su perfume que me recordaba a las flores silvestres en primavera.

Encontré a Sasha, a Sebastián y a Natasha cenando pastas y me senté en un asiento libre junto al pequeño pelirrojo.

—Creímos que estabas con tu novia y no quisimos molestar —dijo Natasha.

Era imposible descifrar su estado de ánimo. Su voz se escuchaba completamente neutra.

—Cenará con sus padres —me limité a responder.

—¿Eso significa que ya tenés novia? ¡Felicidades, hermano! —agregó Sebastián, que sonreía ampliamente.

—¡Me alegro mucho por ustedes! —festejó Sasha con la boca llena.

Técnicamente, no le había pedido a Tamara que fuera mi novia, pero explicar eso me pareció demasiado rebuscado y opté por agradecerles a los muchachos.

—Podemos llamar a una camarera y que te traiga algo de cenar —sugirió

Natasha cambiando de tema.

—No se preocupen. Coman ustedes y los acompaño un rato, si no les molesta.

No tenía hambre. Seguía pensando en la hermosa tarde que había pasado con Tamy y estaba ansioso por encontrarme en un sueño con ella por la noche.

—No seas terco —insistió la joven—. Si no comés algo, vas a desaparecer. Estás muy delgado.

Insistí en que no era necesario, pero me ignoró. Llamó a la camarera y ordenó por mí un plato de tallarines con salsa. Me sorprendió que se preocupase por mi salud, pues apenas me conocía. Nadie aparte de mi madre había puesto jamás tanto interés en mi dieta. No sabía si estar agradecido o asustado, pero terminé optando por comer unos cuantos bocados antes de abandonar mi plato alegando estar satisfecho. Debo reconocer que el violeta de sus ojos me resultaba inquietante algunas veces.

Durante la cena, conversamos un poco sobre la profecía de Ailén y los trucos del viejo Al, ninguno estaba seguro sobre qué debíamos pensar de todo aquello. Teníamos la certeza de que algo realmente malo sucedería en cualquier momento y lo único que podíamos hacer era prepararnos lo mejor posible. Debíamos adquirir más conocimientos e incrementar nuestro poder mágico, para de esa forma poder hacerle frente a lo que se presentase.

Me despedí de los tres y subí a mi habitación. Una vez allí tomé mi grimorio y comencé a pasar las frágiles páginas con mucho cuidado. Después de más o menos una hora me di por vencido. No había ningún conjuro ni sugerencia para ligar mis sueños a los de otra persona. Decidí que lo mejor sería seguir mi intuición.

Me recosté en mi cama y purgué mi mente de cualquier tipo de pensamiento que pudiera distraerme. Me concentré en Tamara y tracé un hilo de energía mental que me unía a ella. Imaginé una luz verde que nos protegía y nos aislaba de decenas de mentes que habitaban el hotel. No fue sencillo seguir concentrado en esa conexión y dejarme llevar por el sueño.

Me transporté a un páramo helado. El hielo relucía bajo un sol intenso. A lo lejos, detrás de un espejismo de agua, distinguí dos siluetas lejanas que se hacían cada vez más grandes. Me dirigí en dirección a aquellas sombras que cobraban forma humana. Una de las siluetas era más alta y llevaba a la otra de la mano. A medida que me fui acercando distinguí a Tamara y a

Cristina.

Algo en aquella niña hacía que mi sangre se helara aún más que el hielo sobre el que caminaba. Bajo mis pies se arremolinaban grupos de ondinas luminosas y me acompañaban como si quisieran protegerme.

Cuando me acerqué lo suficiente, distinguí que la niña estaba llorando en silencio y el rostro de Tamara estaba compungido por el dolor. Algo no estaba bien.

—Tenemos que ayudar a Cristina —dijo Tamara sin mover los labios y su voz resonó en mi mente como un eco lejano.

Intenté hablar, pero había olvidado cómo hacerlo. Fue Cristina quien habló. Ella comprendía el lenguaje de los sueños y se movía por ellos con completa libertad.

—Necesito que me ayuden. No tengo a nadie más. No sé si papá querrá ayudarme, pero mamá quiere hacerme algo feo, muy feo —su voz se quebró y se limpió las lágrimas con su pequeña mano—. Cuando baje mi primera sangre, enlazaré su alma con la mía y poseeré mi cuerpo. Llevan haciéndolo durante generaciones, no les importa que yo deje de existir. Las costumbres así lo requieren.

Si hubiese podido comunicarme de alguna manera, le habría preguntado cómo podíamos ayudarla a evitar que aquello sucediera. Se veía tan pequeña e indefensa que sentí ganas de abrazarla, pero una parte de mí seguía sin confiar en ella. ¿Qué sucedería si era una trampa para guiarme hacia el aquelarre de mi madre biológica?

Me desperté temblando y empapado en sudor frío. Si lo que la niña decía era verdad, entonces ella realmente estaba en peligro. Imaginé a un ente de sombras y de miedo poseer las almas y los cuerpos de mis antepasadas y un escalofrío recorrió todo mi ser. ¿Estaría relacionado de alguna forma con la profecía de Ailén? ¿Existiría alguna forma de detenerlo?

Pensé en mi padre y me pregunté si sabía lo que sucedería con su hija en algún tiempo. Cristina no confiaba en él o por lo menos no estaba segura de si debía o no hacerlo y por eso nos había buscado a Tamara y a mí. Sin embargo, aún no estábamos listos para enfrentarnos a algo así. Todavía teníamos algunos años para prepararnos, hasta que mi hermana alcanzara la pubertad, pero aún así quizás jamás podríamos llegar a ser tan poderosos. Por otro lado, si Crisy era capaz de rastearnos sin dificultad y la mujer que nos había dado a luz se apropiaba de su ser, estaríamos todos perdidos. Lo mejor sería buscar el modo de detenerla antes de que bajase la primera sangre de Cristina o de lo contrario no

habría forma de escapar de ella.

Capítulo 43

Capítulo 43: La filosofía de la magia

Aquella mañana me encontré con Sasha, Sebastián y Natasha para desayunar juntos en el salón comedor del hotel. Noté que el jugo de naranja estaba tan amargo como mis pensamientos y supuse que Raquel, la madre de Tamara, como nueva nutricionista, podría ser la culpable de la peor calidad de la bebida.

No podía dejar de pensar en el sueño que había tenido con mi hermana. Ya no la percibía como una amenaza hacia mí, sino como una víctima de mi madre. Me sentía impotente al no poder ayudarla.

Varios grupos de turistas conversaban animados a mi alrededor disfrutando de sus vacaciones como si nada más importara en el mundo. Hubo algo en aquella escena que me recordó unas vacaciones que había pasado con Susana en la costa cuando era muy pequeño. El calor de la arena, el sol, el bullicio y la gente. Creo que al dibujar aquellos recuerdos los fui construyendo mejores de lo que en verdad fueron, pero deseé por un momento que todo hubiese resultado diferente para ella.

—¡Uy, perdón! Me olvidé que Andrés me había dicho que fuéramos a la biblioteca para la primera clase con el profesor de Ciencias Sociales y Humanidades —exclamó de pronto Sasha mirando su reloj y poniéndose de pie.

—¿Ahora? —preguntó Sebastián, que acababa de pelar una manzana y se disponía a morderla.

—Tendríamos que haber ido hace como cuarenta minutos —dijo el pelirrojo pasando una mano por sus alborotados rulos.

—Bueno, mejor vayamos. Seguro que ya no podremos causar una buena impresión de todas formas —agregó Natasha.

Los cuatro nos dirigimos a la biblioteca en donde nos encontramos con Tamara, quien me regaló una sonrisa tímida, y con su padre que parecía aburrido por la poca concurrencia que había tenido su clase hasta el momento. Natasha se disculpó en nombre de todos y el docente hizo un gesto con su mano para restarle importancia.

Me hubiera gustado tener unos momentos a solas para hablar con Tamara antes de la clase. No estaba seguro cuánto sabía Alan de nosotros no solo sobre nuestro poder mágico sino también, respecto de nuestra reciente relación. No parecía un hombre estricto, pero no sabía cómo podría ser de

suegro.

—No se preocupen, muchachos. A su edad también odiaba madrugar. Bueno y ahora también, pero al menos me pagan por eso —rió de su propio chiste y solo Natasha lo acompañó con una risa falsa por mera cortesía.

Me senté junto a Tamara y luego los demás se ubicaron alrededor de la mesa.

—Me dijo el señor Rochi que la escuela les enviará pronto el material a distancia para que cada uno rinda las materias necesarias según el año en el que estén, pero aquí pueden traer todo tipo de dudas. Serán como clases de apoyo y al mismo tiempo reforzaremos algunos conceptos importantes que no son muy relevantes para el sistema educativo, pero son muy útiles para... Bueno, olvidé para qué era. Solo digamos que para ustedes es importante. Entonces, como todavía no llegó el correo con sus materiales de estudio, podemos tener una primera clase un poco informal.

El docente fue ganando seguridad en sí mismo una vez que comenzó a hablar. Nos dijo que era profesor de Historia y tenía doctorados en Filosofía y en Psicología Social. A continuación, nos fue pidiendo a cada uno que nos presentáramos y así lo hicimos, aunque la mayoría ya nos conocíamos desde antes.

Alan preguntó en general sobre qué temas nos gustaría profundizar y Sasha se apresuró a responder antes que los demás:

—Magia.

—Un tema sin dudas muy interesante que ha estado presente en todas las culturas a lo largo de la historia de la humanidad. La base de la magia consiste en creer que hay una conexión sobrenatural entre un sujeto y el mundo que lo circunda —comenzó a explicar Alan, pero Sasha lo interrumpió.

—¿Qué hay de los elementales?

—Me gusta esa efusividad con la que estudias. Creo que ya tengo un alumno favorito —dijo posiblemente en broma—. Algunos creían que aquel que logre controlar los cuatro elementos podría tener dominio absoluto. Sin embargo, cabe preguntarnos para qué alguien querría un poder semejante en mi humilde opinión, si bien el mal absoluto no existe, lo más parecido es tratar de ejercer dominio sobre los demás. No está mal seguir tus propios deseos, pero siempre y cuando nadie más salga lastimado o

perjudicado.

—¿Se pueden controlar los cuatro elementos a la perfección? —habló Sasha, quien parecía muy divertido con la clase y se había tomado el hecho de ser el mejor alumno muy en serio.

—Podrías comenzar por intentar controlar tu propio cuerpo. Mi madre solía decir que el cuerpo vuelve a la tierra, el agua fluye por nuestra sangre, nuestro aliento se funde con el aire y pobre de aquel que no lleve el fuego de su espíritu encendido —dijo Alan con cierta melancolía en la voz—. De todas formas, es solo una sugerencia, porque tan solo los necios se fían de todo lo que se les impone como verdad y restrinja la libertad del pensamiento.

Las clases continuaron hasta pasar la hora del almuerzo. Después de un tiempo todos estábamos participando y filosofábamos sobre distintos temas. Alan era una persona muy agradable y me costaba trabajo entender cómo había podido casarse con alguien como Raquel, que era estructurada y cruel. Tamara había encajado a la perfección en nuestro pequeño aquelarre y eso no me extrañaba en absoluto ya que era una persona increíble. Era dulce, empática, divertida e infinitamente hermosa. Si no tenía cuidado, podría acabar enamorándome de ella, aunque quizás ya había sucedido. Las veinticuatro horas e infinitos momentos que conformaban mis días parecían tener sentido cuando estaba cerca de ella.

Capítulo 44

Capítulo 44: Manto blanco

Siempre fui una persona estudiosa a la que le gustaba mucho leer, pero había días en los que me sentía abrumado por los complejos textos que no dejaban de llegar al hotel. Se suponía que había cursado mi educación media en un prestigioso colegio español, pero lo cierto era que tan solo había cursado dos años en un secundario público de Argentina.

Mi padre había insistido en que utilizara ese año para incorporar todos los conocimientos de la escuela secundaria de forma intensiva. Los planes de estudio habían sido especialmente elaborados para cada uno de nosotros, teniendo en cuenta nuestro perfil educativo y nuestros intereses individuales. No había nada al azar en la elección de los materiales y en las actividades que nos proponían. Mientras que la base de mi material de estudio eran textos de Psicología, Sociología y Comunicación Social, los de Sebastián tenían más que ver con las Ciencias Exactas, la Biología y la Medicina. Por mi parte, consideraba mucho más interesante aprender sobre la mente y el comportamiento humano para de esa forma poder ejercer control sobre las masas.

Con tan solo quince años había optado por cargar sobre mis hombros con la responsabilidad de convertirme en un alumno ejemplar. Además deseaba mantener una relación armoniosa y estable con Tamara, quien yo creía que sería la mujer con la que pasaría el resto de mi vida. No quería descuidar mis estudios en la magia y tampoco restar tiempo a la relación de amistad que había logrado forjar con Sebastián, Natasha y Sasha, al principio presionado por mi progenitor, pero a los que luego había llegado a apreciar mucho.

En ese momento me sentía desbordado por las responsabilidades, presionado por mis profesores y por mi padre pero sobre todo por mí mismo. Nunca me había sentido cómodo si no lograba a la perfección lo que me había propuesto. Quería ser el mejor en todo y eso resultaba muy difícil al abarcar demasiado. Quizás, mi subconsciente intentara boicotearme. Tal vez, llenarme de ocupaciones era la única forma de evitar pensar en aquello que realmente me asustaba: mi madre, lo que podría pasar cuando Crisy dejara de ser una niña y la profecía de Ailén.

No era el único visiblemente cansado por las largas jornadas de estudio y de entrenamiento físico y mental a las que nos sometían los tutores que mi padre había contratado, pues mis amigos y Tamara estaban en las mismas condiciones o incluso peor que yo. No era poco común que Sasha se quedara dormido durante la cena o el desayuno. Unas finas líneas púrpuras surcaban los rostros de todos, aunque Tamara y Natasha se esforzaban en cubrir las con maquillaje. Pese a que las primeras semanas

pude notar cierta tensión entre ellas, con el tiempo se habían vuelto excelentes amigas y pasaban gran parte del día juntas.

El único que parecía acostumbrado al intenso ritmo de vida era Sebastián. Posiblemente, eso se debía al entrenamiento de haber vivido casi toda su vida con mi padre que, aunque viajaba mucho, dejaba instrucciones muy precisas a todo el personal para que no nos quedara demasiado tiempo para distraernos.

Fueron pasando los días, las semanas, los meses y una infinidad de momentos. Los días comenzaron a acortarse, las laderas de las montañas se cubrieron de blanco y finalmente la nieve alcanzó nuestra isla. Los turistas iban y venían, todos parecían fascinados con el lugar y con el paisaje paradisíaco en el que estábamos prisioneros.

Ailén conseguía todo tipo de cosas de la ciudad y nunca cuestionaba ni preguntaba de más, pero al mismo tiempo, todo aquello a lo que pudiéramos acceder estaba siendo controlado. En los pocos momentos en que tenía tiempo de dejar de lado los libros, comenzaba a cuestionar mi existencia allí y a preguntarme si sería libre de salir si me lo proponía. Sin embargo, era más cómodo aceptar lo que me ofrecían y continuar con mi entrenamiento para adquirir el conocimiento. No reparé en que el exceso de información nos podría estar cegando, hasta que Tamara un día nos abrió los ojos.

—Llevamos meses viendo especulaciones teóricas con el viejo Al, pero sin practicar absolutamente nada —comentó un día en que habíamos decidido ir los cinco a la biblioteca para avanzar con nuestras respectivas tareas y trabajos prácticos.

—Pero la semana pasada hicimos levitar a Sebastián. Eso fue divertido —dijo Sasha, defendiendo al viejo que se había convertido en su profesor favorito.

—Tamara tiene razón —dijo Natasha, al tiempo que levantaba sus ojos lilas de un libro antiguo—. No lo hicimos levitar. No fue más que un truco psicológico.

Había sido una experiencia bastante interesante. Se requerían cinco personas y una silla para el experimento. El anciano profesor le había pedido a Sebastián que se sentase y al resto que lo rodeáramos. Pidió que lo levantáramos tan solo apoyando dos dedos bajo la silla y tal como pensamos no funcionó. Sebastián era el más alto y pesado de los tres. Quizás si hubiera sido Sasha o alguna de las chicas, el experimento hubiera resultado desde el principio, pero hicimos fuerza y la silla apenas se movió. Luego Al nos pidió que diéramos vueltas caminando alrededor del muchacho mientras cantábamos una tonta canción infantil y que cuando el dijera "ahora", intentásemos levantarlo nuevamente. Al no estar

pensando en nuestras limitaciones, la señal nos tomó por sorpresa y conseguimos elevar la silla con Sebastián encima, como si casi no pesara. Aquel día aprendí que la fuerza y la confianza radican en nuestro interior y que lo que parece imposible puede volverse real sin la necesidad de recurrir a las criaturas que habitan en otros planos.

Las clases con el padre de Tamara, aunque interesantes, no nos habían aportado más que conocimientos teóricos en distintas disciplinas que no necesariamente estaban relacionadas con la magia. Incluso habíamos aplicado algunas técnicas psicológicas que habían sido descartadas por los psicólogos respetados como la catarsis que consistía en hacer presión sobre la frente de alguien para que dijera todo lo que se le fuera ocurriendo. Aquella clase fue bastante interesante, en especial cuando Tamara me confesó que quería que yo fuera su novio. Por supuesto que acepté, porque aunque no se lo había pedido con palabras, daba por sentado que lo éramos desde hacía tiempo. Todos se emocionaron, incluso Alan, quien nos dio el resto del día libre con la condición de que no se lo dijéramos a mi padre.

Sin embargo, si Tamara estaba en lo cierto, nos estaban entreteniendo con meros trucos y conocimientos teóricos que no nos acercaban a nuestro objetivo real que consistía en incrementar nuestro poder mágico. ¿Sería una forma de mantenernos entretenidos para que no nos inmiscuyéramos en los asuntos de alguien más?

Observé a Sebastián, puesto que era de nosotros el más allegado a Andrés Rochi, a mi padre. Al darse cuenta de que yo lo observaba, dijo:

—Coincido con Tamara y creo que deberíamos hablar con Andrés.

Capítulo 45

Capítulo 45: Heredera

Disfrutaba profundamente de aquellos momentos en los que podía distraerme de los estudios y alejarme de todo el mundo teniendo a Tamara como única compañía. Creo que si no hubiera sido por ella, la presión y la culpa que cargaba sobre mis hombros me hubieran destrozado por completo.

Tamara era como un faro que ayudaba a que no me perdiera en medio de un mar de tinieblas. Aun así, algunas noches me despertaba gritando o invadido por la pena. Me arrepentía de no haber sabido valorar los momentos que había vivido con mi madre de crianza. En la distancia, aquellos recuerdos se tornaban cada vez más dolorosos.

Durante el día me esforzaba en ser el mejor en las distintas materias y disciplinas que me habían asignado. Quería lograr la perfección, a pesar de que nada que existiese podría alcanzar características semejantes. Siempre me había gustado desafiar las leyes que nos atan al mundo material experimentando con lo oculto.

Una tarde fría del mes de junio en la que había salido a caminar por la orilla del lago junto a Tamara, una llovizna que pronto se convirtió en aguanieve, frustró nuestro paseo y nos obligó a regresar al hotel. Cuando entramos, estábamos empapados y tiritando. Aunque lo más lógico hubiese sido subir a cambiarnos, los actos que cometemos por amor carecen de sensatez y nos quedamos abrazados allí durante un tiempo considerable. Solo nos separamos cuando Ailén se acercó a nosotros con unos toallones blancos con el logo del hotel que tenía el dibujo de una cruz egipcia.

—Gracias —dijo Tamy algo sonrojada.

—El clima está cambiando muy rápido. Eso nunca es buena señal —comentó Ailén observando las gotas de lluvia que se deslizaban por los amplios ventanales y nublaban la vista.

—Había sol cuando salimos —comenté envuelto en el toallón.

Ailén observó a Tamara con un dejo de lo que solo pude interpretar como tristeza.

—Pido disculpas por mi indiscreción, pero es que todavía no comprendo qué es lo que está haciendo aquí una chica como vos.

—Mis padres consiguieron trabajos mejores que los que tenían en Buenos Aires —explicó mi novia.

—No, lo que quiero decir es que puedo ver tu aura y es muy blanca y brillante. Quizás crean que estoy loca, pero mi abuelo es chamán —Ailén parecía avergonzada.

—¿En serio podés ver el aura? Eso es genial y no creo que estés loca —agregó Tamara emocionada por el cumplido.

No me sorprendía en absoluto que Ailén tuviera ciertos poderes. Posiblemente, la habíamos subestimado al creer que ignoraba todo lo que sucedía en el hotel.

—Sí. Mi abuelo me enseñó cuando era pequeña. Si estiran sus manos con los dedos separados y desvían apenas la mirada podrán verla. Varía de persona a persona, pero el color blanco está relacionada con las personas buenas y poderosas. También puede variar según el estado de ánimo y las acciones que tomamos —explicó la recepcionista.

Tamara inspeccionó sus propias manos intentando ver su aura. Yo en cambio, prefería no saber cómo habían afectado mis malas acciones al color de mi alma y esperaba que Tamara no intentara descifrar mi ser. Prácticamente era un intento de violar mi intimidad.

—Debés haber aprendido mucho de tu abuelo. Sos muy afortunada —dije consiguiendo que Tamara dejara de intentar ver más allá de lo visible aunque fuera por algunos momentos.

—Sí. Se suponía que yo me convertiría en la nueva chamana de la comunidad, pero él me sugirió o más bien me exigió que buscara un trabajo en el hotel. Dijo que sería más útil aquí, aunque no tengo ni idea de cómo. Me siento rodeada de un montón de oscuridad. Algunos días siento que me gustaría regresar con mi familia.

Me debatí internamente sobre decirle o no acerca de la profecía que ella misma había revelado, pero por algún motivo, opté por guardar silencio. Tamara tampoco mencionó lo que yo le había contado.

Escuché unos pasos provenientes de las escaleras y al girar me encontré con unos ojos lilas que me miraban con curiosidad.

—¡Ahí estaban! Me preocupaba que se hubieran perdido en la tormenta. ¡Están empapados! Será mejor que vayan a cambiarse si no quieren estar con cuarenta grados mañana. Voy a estar entrenando por si quieren venir más tarde —dijo Natasha y sin detenerse se dirigió hacia el gimnasio del

hotel.

La joven albina llevaba unas calzas rojas y una polera negra muy ajustada. Si bien el entrenamiento físico formaba parte de nuestro plan de estudios, Natasha parecía disfrutarlo más que nadie. Le gustaba desafiarse a sí misma con rutinas cada vez más intensivas y era la única que había entablado una buena relación con Blas, nuestro entrenador personal. El hombre era un fisicoculturista retirado, cuyo pasatiempo favorito parecía ser el de humillar a un grupo de adolescentes a los que llevaba al límite de sus capacidades físicas. Aún me dolía todo el cuerpo por el entrenamiento del día anterior, lo que menos me apetecía era volver al gimnasio en ese momento, pero decidí que era mejor no mostrar debilidad frente a las chicas.

—Claro, quizás más tarde vayamos —dije aunque sin mucho entusiasmo.

Noté que Tamara estaba tiritando aferrada de mi brazo y agregué:

—Mejor subamos por algo de ropa seca.

Ella asintió con la cabeza. Nos despedimos de Ailén y nos dirigimos al primer piso. Mi habitación estaba unas puertas antes que la de Tamara y nos detuvimos ahí.

—Me voy a dar un baño y después paso a buscarte, ¿está bien?

—preguntó Tamy.

—Bueno, princesa —dije y le di un beso apasionado que le devolvió el color a las mejillas antes de entrar a mi cuarto.

Me quité rápidamente la ropa mojada y la arrojé en el cesto de la ropa sucia. El personal del hotel se encargaría luego de llevarla a la tintorería y de guardarla en mi armario una vez que estuviera limpia y planchada. Eran muy eficientes. Ya conocían mis gustos y periódicamente mi padre los enviaba a la ciudad de Bariloche a que me trajeran prendas nuevas, libros, útiles escolares y refrigerios.

Mientras tomaba un baño reparador, pensaba el giro que había dado mi vida en los últimos meses. Me habían instalado una computadora personal y regalado un celular de última generación, a pesar de que la señal y el acceso a internet en la isla no solían funcionar muy bien. Se anticipaban a mis deseos casi sin que tuviera que solicitarlos en la recepción y lo hacían con una eficiencia que rozaba lo paranormal. Poco después de que Tamara y yo formalizáramos nuestra relación en la clase de su padre, alguien había dejado una cajita con condones sobre mi almohada que había guardado en mi billetera y no había tenido oportunidad de usar. Algunas veces me preocupaba que el personal del hotel e incluso mi padre estuvieran tan pendientes de mí. Aunque lo tenía todo, algunas veces

extrañaba el anonimato de no ser nadie, la soledad de ser el chico diferente del barrio y de la escuela e incluso la emoción de conseguir algo nuevo cuando no se tiene demasiado. Quizás, simplemente fuera una persona disconforme por naturaleza. Tal vez había algo malo en mí que no me permitía disfrutar de los buenos momentos. Algo que me recordaba constantemente que no merecía todas las cosas buenas que me estaban sucediendo.

Al salir de la ducha envolví mi cintura en un toallón blanco y observé mi silueta en el espejo borroso mientras peinaba mi lacio y negro cabello. Noté que había ganado un poco de masa muscular gracias a los rigurosos entrenamientos a los que Blas me sometía. Quizás no era tan grande como Sebastián o tan ágil como Natasha, pero ya no era el muchachito escuálido y desgarrado que había pisado el hotel por primera vez meses atrás.

Alguien llamó a la puerta de mi habitación.

—En un minuto salgo —dije lo suficientemente alto como para que me escuchara la persona que estaba en el pasillo.

Capítulo 46

Capítulo 46: Aura de hielo

Me coloqué un poco de gel en el cabello antes de dirigirme hasta la puerta. La abrí apenas y me encontré con Tamara, que lamentablemente no estaba sola. A su lado estaba Sasha con el puño preparado para volver a golpear.

—¡Está nevando! —exclamó emocionado el niño.

—Abrigate bien. Te esperamos afuera —anunció Tamara, recorriendo mis abdominales con una mirada sin disimulo.

Si no hubiese estado Sasha en ese momento, tal vez hubiera invitado a Tamy a entrar a mi habitación. Su hermosura y sensualidad me cautivaban. Algunas noches me preguntaba si hacer el amor con ella podría sumar un ingrediente especial a nuestra relación, pero al mismo tiempo temía que dar un siguiente paso nos hiciera perder todas aquellas cosas que yo consideraba más importantes. Amaba nuestras conversaciones y la forma en la que pasábamos las horas practicando magia o simplemente haciéndonos compañía y compartiendo momentos.

—Está bien. Vayan ustedes y yo después los alcanzo —accedí.

Sasha emprendió su marcha y Tamara lo siguió, pero la tomé de la muñeca, reteniéndola el tiempo suficiente para besarla. Ella correspondió y continuó su camino. La observé marcharse.

Un cuarto de hora más tarde salí por la puerta principal del hotel. A pesar de que tenía un tapado negro, un par de guantes, borcegos y una bufanda, sentí que el viento gélido del Sur me quemaba la piel de las mejillas. Caminé bordeando el edificio con los ojos entrecerrados por el frío. No tardé demasiado en encontrar a Sasha y a Tamara resguardados detrás de un grupo de pinos.

El pequeño observaba boquiabierto la escena y no lo culpaba. Si bien un halo de ocultismo y de misterio rodeaba a todos los habitantes permanentes de la isla, no era frecuente ser testigo de verdaderos actos de magia. Entre las muchas cualidades que Tamara poseía, lo que más me atraía de ella era el poder que emanaba de su interior. Lo que hacía no consistía en ningún truco. Era magia real.

Estaba arrodillada sobre una porción de césped que la nieve no se atrevía a cubrir. Tenía los ojos cerrados y la rodeaban llamas blancas y translúcidas que danzaban. Aquel extraño aura de hielo se hacía cada vez

más grande y repelía, o más bien, absorbía la nieve a su alrededor.

—Alucinante —murmuró Sasha.

Los bucles rubios de Tamara danzaban con la energía que emergía de su ser. Ella continuó canalizando su magia durante algunos segundos. Luego abrió los ojos. Cuando lo hizo, desapareció de repente el halo que la rodeaba y la nieve volvió a caer sobre su cabello.

—¿Cómo hiciste eso? —preguntó Sasha caminando hacia ella.

Tamara se puso de pie con una sonrisa triunfante en el rostro y explicó:

—No estoy segura. Creo que simplemente dejé de preguntarme por la forma de lograr hacer algo y me dejé llevar por lo que sentía. No hice más que convertir materia en energía. En ese momento lo vi con mucha claridad. Creo que el universo mismo fue quien me enseñó. Es muy sencillo, pero al mismo tiempo no encuentro palabras que le den significado. Estoy segura de que si ustedes logran entrar en esa especie de sintonía con todo lo que existe, también podrían lograrlo. Creo que podemos hacer lo que nos proponamos si rompemos las barreras que nos atan a lo tangible.

Tamara se acercó a mí y la rodeé con un brazo. Estaba orgulloso de sus logros y sentía que a su lado aprendería más que con cualquier tutor costoso que mi padre pudiera conseguir. Teníamos que seguir perfeccionando nuestros dones por nuestra propia cuenta. Tomaríamos lo necesario de los demás, pero la clave estaba en seguir nuestro íntimo instinto y el mío decía que no podía alejarme de ella.

A partir de ese día, guiados por la sabiduría que Tamara llevaba dentro, Sasha y yo incrementamos muchísimo nuestro poder. Sebastián y Natasha, aunque algunas tardes se sumaban a nuestros experimentos, seguían atrapados en las meras ilusiones que el viejo Al nos ofrecía a todos.

Capítulo 47

Capítulo 47: Teoría de las sombras

El invierno era frío y las frecuentes tormentas de nieve nos mantenían aislados dentro de los cálidos muros del hotel. Sin embargo, el clima implacable no evitaba que los turistas llegaran desde los más recónditos lugares del planeta. Venían buscando alejarse de las ocupaciones de su vida diaria, ayudaban a acrecentar con algunos ceros las cuentas de mi padre y se marchaban con las valijas cargadas de chocolates e historias para contar.

No me molestaba el aislamiento. Además, había aprendido a ignorar a los huéspedes pretenciosos y vacíos que circulaban por los pasillos y los espacios que compartíamos. Sentía que nuestro reclutamiento y nuestro esfuerzo nos sería de utilidad en un futuro. Todo aquello vería sus frutos tarde o temprano, porque un sacrificio grande daría una recompensa de la misma magnitud.

Para ser sincero, aunque llevábamos un ritmo de estudio y entrenamiento agotador, creo que los cinco estábamos convencidos de que valía la pena. Disfrutábamos intentando volvernos mejores día a día y aunque teníamos una buena relación, vivíamos compitiendo entre nosotros.

Los entrenamientos de Blas me habían permitido desarrollar los reflejos, la fuerza y el equilibrio. Con Alan aprendí a hipnotizar, a volver las conversaciones a mi favor y a analizar la totalidad de las situaciones con suma frialdad. Las clases con el viejo Al, tal como esperaba, se volvían cada vez más siniestras.

"Uno no puede defenderse de lo que no conoce", solía decir el anciano para justificar sus lecciones de magia negra. Eran clases puramente teóricas, aunque estábamos seguros de que en caso de ser necesario, podríamos llevar a cabo ese tipo de rituales y conjuros.

Si bien muchas veces Al nos enseñaba simples trucos e ilusiones, en algunas de sus clases nos transmitía información realmente interesante. Durante aquellas clases de conocimiento que yo consideraba real, llevaba un libro antiguo cuyas hojas quebradizas estaban cosidas con cabello. Yo estaba casi seguro de que se trataba de su propio grimorio. Si así era, tal vez compartía con nosotros la sabiduría antigua de sus propios antepasados, aunque quizás se lo había quitado a alguien más.

Sus lecciones iban desde simples amarres y hechizos de amor, hasta las más cruentas venganzas. Me sorprendió saber lo que un ser humano era capaz de hacer tan solo poseyendo el nombre completo de un enemigo desprevenido y utilizando hielo y un poco de sangre para torcer el destino

en su contra.

Tomaba notas con lujo de detalles de aquellas lecciones que yo consideraba de magia real para agregar el conocimiento a mi propio grimorio. No tenía pensado utilizar por el momento esa información, pero en caso de ser necesario, siempre resulta útil contar con la herramienta adecuada.

En una de sus clases aprendimos Umbraquinesis y aquello nos interesó particularmente a los cinco. El viejo Al nos deslumbró con la teoría de cómo lograr la concentración necesaria para conseguir controlar a las sombras. Para dominar la oscuridad se necesitaba tener manejo de la luz, puesto que las sombras solo pueden existir con cierta coherencia en la iluminación. Si actuábamos sobre la luminosidad repeliendo a los fotones podríamos desplegar mantos de oscuridad. De ese manto, con la concentración necesaria, sería posible crear un ente que respondiera a nuestra voluntad, un ser de sombras carente de alma.

—Tenemos que intentarlo —dijo Sasha después de que el viejo abandonara la biblioteca.

—No me parece una buena idea. La mayoría de las cosas que nos enseña Al están relacionadas con la magia negra —dijo Tamara con cierta inseguridad en la voz.

—La magia negra no necesariamente es mala. Se vuelve mala únicamente si la usas para dañar a alguien, pero también podrías utilizarla para ayudar a otros —explicó Natasha.

—¿A quién ayudaríamos creando un esbirro de sombras? —interrogué para apoyar a Tamara, aunque en el fondo me moría de ganas por hacer el hechizo.

—A nadie, pero tampoco le estaríamos haciendo daño —replicó la joven albina.

—Es verdad, la sombra actúa bajo las órdenes de quien la convoque. Al menos eso explicó el maestro —dijo Sebastián que siempre apoyaba lo que decía Natasha.

—Está bien, hagámoslo, pero solo para ver si funciona y yo no voy a convocarla —aceptó Tamara.

—Yo lo hago, pero tienen que ayudarme con un poco de su energía —se apresuró a decir Sasha.

Todos aceptamos. No teníamos malas intenciones, solo volvernos cada vez más fuertes. Necesitábamos probarnos a nosotros mismos y

demostrarles a los demás todo lo que podíamos hacer. En ese juego en donde todos querían tener más poder, los límites se tornaban cada vez más lejanos.

Sasha tomó una tiza blanca de una pequeña pizarra que habían colocado para nuestras clases y dibujó un enorme pentagrama en el suelo de la biblioteca. Luego se colocó en la punta de la estrella pitagórica que apuntaba hacia el sur y los demás nos posicionamos en las otras.

Tenía a Sasha y a Tamara a mi lado. Nos tomamos de las manos formando un círculo. Los cinco repetimos al unísono, una y otra vez, las palabras que nuestro maestro nos había enseñado.

Podía sentir la electricidad en el ambiente y el aire que se tornaba cada vez más denso. Era igual a los momentos previos a que se desate una tormenta eléctrica. Poco a poco, la oscuridad se concentraba en el centro del pentagrama, o tal vez la luz se apartaba para que se formara aquel ente en su ausencia. A medida que el poder abandonaba nuestros cuerpos, aquella criatura parecía adquirir apariencia humana.

Tamara me apretó la mano con fuerza cuando la criatura comenzó a caminar hacia nosotros, pero no rompimos el círculo. Aquel ser que habíamos creado y que al parecer Sasha estaba controlando atravesó nuestros brazos. Cuando lo hizo no sentí más que un cosquilleo en la nuca y el miedo propio ante lo desconocido.

Sasha sonreía con el ceño fruncido y procuraba no perder la concentración. Giré la cabeza para poder seguir el trayecto de la sombra. Su andar era algo torpe y pausado, pero fue ganando velocidad y fluidez a medida que se acercaba a la puerta cerrada de la biblioteca. Atravesó la madera con la facilidad que solo los entes incorpóreos pueden tener y se perdió de vista.

Observé a Sasha, que seguía manteniendo la concentración. Mantuvimos las manos enlazadas durante al menos un minuto más. El conjuro continuó hasta que escuchamos un grito desgarrador. Me recordó el llanto de una banshee, pero enseguida descarté que fuera una de ellas. La puerta de la biblioteca se abrió y entró una mujer mayor. Nos miró con pánico en los ojos y salió corriendo completamente pálida.

Rompimos el círculo y nos miramos preocupados, todos menos Sasha, que se reía de nuestra hazaña indiscreta. Habíamos sido descubiertos por una huésped y las consecuencias que traería eso no podían ser buenas.

Desconozco qué sucedió con la mujer. No volví a verla. Sin embargo, de alguna forma mi padre y Al se enteraron, porque ambos nos dieron un aburrido sermón. El que cargó con la mayor parte de la responsabilidad fue Sebastián, que conocía el funcionamiento del hotel desde hacía más

tiempo que nosotros. Se suponía que teníamos que ser discretos y habíamos actuado de forma imprudente. No solo habíamos espantado a una huésped importante, sino que hacíamos peligrar todo por lo que mi padre había trabajado. Lo habíamos decepcionado y no podíamos hacer nada para enmendar nuestros actos.

Capítulo 48

Capítulo 48: Telaraña de ilusiones

El primer año que pasé preparándome en el hotel fue uno de los mejores de mi vida. En ese momento no era completamente consciente de que los hilos que mueven el destino podían descifrarse y torcerse a voluntad. Sentía que había aprendido mucho, a pesar de que seguían llenando mi mente con lo que los demás necesitaban que supiera.

Mi padre me daba lujos que jamás pensé que podría tener y me ofrecía acceso a todo el conocimiento que yo siempre había deseado poseer. Sin embargo, un eco muy lejano en mi cabeza, que yo me esforzaba por ignorar, me instaba a preguntarme qué era lo que él pretendía de mí.

Las clases con el viejo Al habían adquirido un matiz un poco más práctico luego de nuestra experimentación con la Umbraquinesis. Quizás se debía a que era mejor que utilizáramos nuestra magia supervisados que por nuestra propia cuenta.

—Deleitanos con tus ilusiones, pequeña hechicera. Creo que es más que obvio que ya sabés todo sobre el tema y no necesitás tomar notas —le dijo el viejo Al a Tamara que estaba distraída dibujando en su cuaderno.

Ella frunció apenas los labios pero no replicó. Nos miró a cada uno de nosotros y cuando se detuvo en mí, sentí que se me helaba el alma. Se puso de pie, arrancó el dibujo y lo dejó sobre la mesa. Apoyó la yema de su dedo índice sobre la hoja y la acomodó para que todos pudiéramos verla. Había dibujado una tarántula del tamaño de una mano. Reflejaba con tal exactitud los detalles que resultaba inquietante. Las sombras producían un efecto tridimensional en la araña. No era solo un efecto artístico, bajo la influencia de la magia de Tamara el dibujo ganó profundidad. Tragué saliva cuando el vello de las patas de la araña comenzó a oscilar con una brisa inexistente. Muy despacio, comenzó a caminar, abandonó la hoja y avanzó hacia Natasha.

—No me gusta esto —dijo la joven y su voz sonó tensa.

—No es real. Solo es magia —añadió Sebastián, poniendo una mano en su hombro.

—Se ve demasiado real. ¿Por qué viene hacia mí? —interrogó, cuando la araña se detuvo frente a ella y replegó sus patas traseras dispuesta a saltarle encima.

Sasha se reía inclinado con los codos apoyados sobre la mesa para ver mejor al ser al que Tamara había dado vida. Por un momento creí que

Natasha saldría corriendo. Sin embargo, se defendió desplegando sus poderes de una forma impresionante.

Natasha sopló, pero en lugar de salir aire de sus labios un viento gélido alcanzó a la araña. La criatura parecía estar luchando contra una tormenta creada solo para ella, que la arrastró hacia la hoja en blanco. Una vez allí, el viento cesó y la araña volvió a ser solo un dibujo.

Todos nos quedamos atónitos ante semejante despliegue de poderes, hasta que Tamara rompió el silencio:

—¡Excelente, amiga! Dominás la ilusión a la perfección.

—Vos tampoco estuviste nada mal, pero la próxima vez, mejor dibujá gatitos —dijo Natasha y todos reímos.

—Ambas estuvieron muy bien. Creo que no queda mucho más para que les enseñe. Tal vez ya sea hora de que me retire —reconoció el anciano profesor, acomodando sus gafas.

—Necesitamos aprender a defendernos —dijo. Todas las miradas repararon en mí.

No me agradaba el viejo Al, en especial después de haber sido testigo de las cosas que era capaz de hacer. Sin embargo, sentía que aún podíamos sacar provecho de sus conocimientos. Por otro lado, prefería tenerlo como aliado.

—Esteban Rochi, las ilusiones y las palabras, si son usadas sabiamente, pueden ganar batallas. Siento mucho decirte que no todos son susceptibles al engaño. Escuchen esto, niños, y recuérdenlo bien: el agua, la sal y las limpiezas energéticas pueden ser una solución momentánea, pero nadie puede huir eternamente. No se puede cambiar el final del camino, pero si quieren torcerlo a su favor, tienen que ser más inteligentes que aquello que los quiera dañar —dijo el maestro y comenzó a juntar sus cosas.

—¿Entonces, se irá? ¡No puede hacerlo! —agregó Sasha, molesto.

—Claro que puedo. Como dije, rodearse de agua no es más que una solución momentánea para los problemas. Ustedes ya tienen las bases para seguir aprendiendo por su cuenta y convertirse en personas poderosas. No hay nada que pueda ofrecerles que no puedan conseguir por su propia cuenta.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó el pelirrojo.

—No, si tengo suerte, muchacho. Aunque si la vida nos vuelve a juntar, espero que estemos del mismo lado —añadió y colocó una mano sobre el hombro del niño antes de emprender su marcha.

—¡No puede irse todavía! —exclamó Sebastián, cuando el viejo Al abrió la puerta de la biblioteca.

—¿También te vas a poner sentimental, Sebastián Koiné? —se burló.

—No, pero Andrés le depositó el sueldo de todo el año por adelantado y todavía faltan varios meses para el verano —explicó el muchacho.

—En ese caso, Sebastián, decile a tu padre, o falso padre, que ustedes aprendieron todo muy rápido.

El viejo desapareció del otro lado de la puerta y no volví a saber de él durante algún tiempo. Me preguntaba por qué había sentido tanta urgencia por abandonar la isla. Quizás su repentina marcha estaba relacionada con la profecía de Ailén o tal vez había sentido algo más. Pasamos el resto de la tarde haciendo conjeturas con respecto al viejo Al, pero no pudimos llegar a ninguna conclusión certera que explicara su marcha.

Cuando le contamos a mi padre que nuestro maestro nos había abandonado, suspiró con resignación, pero no parecía sorprendido.

—Alfonso Aigam nunca se queda demasiado en ningún lugar. Ni siquiera el dinero puede retenerlo para siempre —explicó mi padre.

No pusieron un reemplazo para el profesor de magia y todas nuestras dudas recayeron en Alan Danann, el padre de Tamara, que no siempre podía satisfacer nuestra curiosidad. Seguimos estudiando con nuestros medios y herramientas. Por fortuna teníamos acceso a muchos libros interesantes en la biblioteca. La única regla de mi padre fue que mantuviéramos la discreción y no molestáramos a los huéspedes del hotel. Algunas veces practicábamos los cinco juntos, otras el grupo se hacía más pequeño e incluso dedicaba largas horas a estudiar en soledad. Estoy seguro de que los demás también seguían preparándose en soledad. Habíamos formado una extraña amistad en donde nos beneficiábamos mutuamente. Aunque, yo quería ser mejor que los demás.

Capítulo 49

Capítulo 49: Un pasado oscuro

La primavera se demoró en llegar y aquel lunes fue el primer día templado después de una temporada en la que la nieve y el viento nos habían recluso a todos en el hotel. Alan nos propuso a los cinco que tomáramos la clase de ese día al aire libre y estuvimos de acuerdo.

Nos sentamos en ronda en un claro cerca del lago espejado. El profesor comenzó la clase preguntándonos a cada uno cómo había estado nuestra semana y cómo íbamos con la preparación de los exámenes. Conversamos durante algún tiempo de nimiedades y luego Alan propuso que durante la clase hipnotizáramos a alguno de nosotros. Contábamos con el material teórico que explicaba la forma para hacerlo, pero era la primera vez que lo pondríamos en práctica.

—Necesito a dos voluntarios para este ejercicio. Uno de ustedes deberá indagar en la mente del otro y lograr que revele algo que haya olvidado de su pasado. No podemos recordar absolutamente todo. La mente selecciona aquello que podemos saber en forma consciente y relega al inconsciente muchas de nuestras vivencias que considera innecesarias o peligrosas —dijo Alan y nos observó uno a uno.

—¿Se puede enviar pensamientos al inconsciente de forma voluntaria?
—preguntó Sasha.

—Requiere de mucha práctica, pero no es imposible. Cuando estudiamos algo de memoria ponemos toda nuestra concentración en recordar aquello que consideramos importante, mientras que algunos temas son pasados por alto. Una parte quedará en nuestra conciencia, mientras que lo demás va más allá. Es posible que pensemos que lo hemos olvidado y que regrese a nosotros disfrazado de alguna manera. Por ejemplo, en los sueños fragmentos de nuestra vida acuden a nosotros, aunque no siempre podamos entenderlos con claridad —explicó el padre de Tamara.

—No me refiero a eso. ¿Podemos hacer que otra persona olvide cosas?
—volvió a indagar el pelirrojo.

Alan frunció el ceño levemente. Parecía estar teniendo un debate interno con respecto a qué información debería facilitarnos. Finalmente respondió:

—No sería ético alterar los recuerdos de alguien. Sin embargo, algunas veces es necesario por el bien de la persona que olvide ciertas vivencias o que recuerde sucesos que no acontecieron en realidad. Los recuerdos nunca son exactos. Siempre hay alteraciones, porque el cerebro tiende a

completar las escenas aunque carezca de la información suficiente para hacerlo. Comenzando por completar esos detalles, es posible modificar el escenario del recuerdo en su totalidad.

No me sorprendían las palabras del profesor, después de todo había intentado alterar mis propios recuerdos en más de una ocasión y tanto mi padre como yo habíamos modificado los de Susana. Esperaba que alguien más se presentara voluntario para que lo hipnotizaran porque prefería que nadie violara la intimidad de mis pensamientos.

—¡Genial! ¡Yo quiero ser quien haga la hipnosis! —exclamó Sasha y se estiró para tomar un péndulo de cristal de roca que el hombre tenía sobre sus libros.

—¡Muy bien! Ahora, solo necesito algún valiente que permita que Sasha lo guíe por aquellos momentos de su historia que se borraron —dijo Alan.

Cuando clavó sus ojos negros en los míos, aparté la vista. Temía que si nadie aceptaba participar, me obligara a ser el conejillo de Indias de Sasha.

—Está bien, yo voy —dijo Sebastián, no muy convencido, después de un tiempo considerable en el que nadie habló.

—¡Excelente! ¡Qué comience la diversión! —agregó Sasha y fingió una risa malvada, mientras se frotaba las manos. Natasha y Tamara se rieron de su mala actuación y Sebastián suspiró resignado.

Los voluntarios se arrodillaron uno frente al otro y Sasha comenzó a hacer oscilar el péndulo frente a su compañero. A continuación, lo fue guiando con voz monótona y pausada para que relajara cada parte de su cuerpo. Cuando recibió la orden, Sebastián cerró los ojos y entró en una especie de trance.

—Entrá en un recuerdo que hayas vivido, pero que no recuerdes y narrá lo que veas —ordenó el pequeño con voz neutra.

Tal vez Sebastián fuera un actor estupendo o bien Sasha había logrado su cometido. El muchacho comenzó a contar cosas que vivió en distintos momentos de su vida. Andrés Rochi había sido un gran padre para él, nunca le había faltado nada y siempre había obtenido todo lo que quería. Había viajado por el mundo y pasado por distintos colegios en los que había conseguido hacer amigos con facilidad. Se destacaba en los estudios y había salido con algunas chicas. Su vida era demasiado perfecta como para que la clase resultara entretenida, pero un recuerdo de sus padres acaparó la atención de todos.

—Estoy en los brazos de mamá. Está arreglada y huele bien. Papá está revisando la comida del horno. Yo hice trampa porque me dejaron comer antes que ellos y que las visitas. Tocan a la puerta y mamá y yo vamos a abrir. Estoy feliz porque llegó mi padrino y siempre que viene me trae juguetes. Saluda a mamá con un beso en la mejilla y a mí me acaricia la cabeza. Trajo regalos para ambos. A mamá le da una botella y a mí un tablero donde están todos los animales, cuando los presiono hacen sonidos. Quiero ir a jugar. Mamá le agradece a Andrés y me lleva a mi habitación. Estoy muy divertido, pero viene mamá a decirme que es hora de dormir. Me arropa y me lee un cuento. Finjo dormir para seguir jugando cuando se vaya. Por suerte dejó la luz encendida. No me gusta la oscuridad. Me encanta mi nuevo juguete y si no hubiera sido porque escucho a alguien toser, hubiese seguido jugando. Me gana la curiosidad y voy al baño. Mi padrino está de rodillas con la cabeza en el inodoro. Me acerco y le acaricio el brazo para que se sienta mejor. Me mira con los ojos rojos y las mejillas húmedas por las lágrimas. Seguro que le dolía mucho la panza —contó Sebastián.

Estaba escuchando expectante lo que pensé que era la anécdota de mi padre en cierto estado de ebriedad, pero la realidad resultó ser mucho peor de lo que imaginaba.

—Me abraza sin dejar de llorar. Se cae mi juguete al suelo. Él lo toma y me carga escaleras abajo. Abre la puerta y veo a mamá y a papá durmiendo con la cabeza apoyada sobre la mesa. Llamo a mamá, pero Andrés me explica que más tarde ellos nos van a seguir con su auto. Me quedo dormido en el asiento trasero del vehículo de mi padrino. Me despierto cuando llegamos a su casa y me toma en brazos. Le digo que extraño a mi mamá y me explica que mis padres tuvieron un accidente con el auto y que no podrán llegar...

Todos nos miramos completamente pálidos y tomé la mano de Tamara instintivamente. Las palabras de Sebastián apuntaban a que mi padre había envenenado a los suyos. Tenía que haber un error. No quería creer que mi padre era capaz de algo semejante.

—¡Suficiente! —Alan aplaudió y Sebastián salió de su trance.

El muchacho se levantó con el rostro empapado por las lágrimas. Cuando habló lo hizo con la voz ronca y grave.

—Tengo que ir a hablar con Andrés.

—No creo que sea una buena idea. Lo que recordamos con la hipnosis no siempre es real —dijo Alan, intentando detenerlo.

—Fue real. No lo había entendido hasta ahora. Era muy pequeño

entonces... Tengo que hablar con Andrés —agregó con rabia contenida.

—Seb... —comenzó a decir Natasha, pero se detuvo.

—Te acompaño —le dije a Sebastián.

También quería respuestas. Necesitaba saber quién era realmente mi padre y qué pretendía obtener de nosotros.

—No. Voy a ir solo. Después podrás hablar con él si es lo que quieres, pero tengo que hacer esto solo —añadió y me fulminó con la mirada.

Tamara se acercó a mí y colocó una mano en mi rodilla para que no intentara seguirlo, aunque de todas formas no iba a hacerlo. Si yo hubiera estado en su lugar, tampoco querría tener compañía. Esperaba que, a pesar de lo que había pasado, nada malo les ocurriera a ninguno de los dos.

Sebastián comenzó a caminar dando grandes zancadas en dirección al hotel y Alan lo siguió.

—¡Papá, dejá que hable con Andrés! —pidió Tamara, pero su padre la ignoró.

Ambos entraron por la puerta principal y los perdimos de vista. Un momento después, Natasha le susurró a Sasha algo en el oído y se despidieron sin dar ninguna explicación. Me quedé con Tamara que estaba tan asustada y confundida como yo. Sentí como mi mundo entero se desmoronaba. La abracé con mucha fuerza. Quería retenerla conmigo para siempre. No sabía qué iba a pasar con nosotros después de aquello.

¿Su padre permitiría que permaneciéramos juntos, sabiendo lo que el mío había hecho? ¿Andrés Rochi seguiría impune? ¿Qué sucedería con mis amigos? ¿Yo podría seguir viviendo en el hotel fingiendo que nada había ocurrido? Tenía apenas dieciséis años y ya sentía que lo había perdido todo.

Capítulo 50

Capítulo 50: La verdad

Caminé junto a Tamara por los alrededores del hotel hasta que las estrellas y la oscuridad comenzaron a reinar en el cielo. Empezaba a refrescar y estaba claro que ni su padre ni nuestros amigos iban a regresar.

—Mi madre se enojará, si no voy a cenar con ella pronto. Si averiguo algo sobre lo que sucedió con Sebastián, te lo contaré mañana —prometió Tamara.

Asentí con la cabeza y nos dirigimos hacia el sendero de piedras que llevaba hasta la entrada principal.

Habíamos estado conversando toda la tarde acerca de lo que Sebastián había dicho bajo hipnosis. También especulamos sobre la conversación que habrían tenido él y mi padre aquella tarde. No tenía caso seguir dándole vueltas al asunto. Todo apuntaba a que Andrés Rochi había envenenado a sus supuestos mejores amigos y se había llevado a su pequeño hijo.

Me despedí de Tamara con un beso tierno pero rápido al pie de las escaleras y me dirigí hacia el comedor. Cuando ingresé al salón, busqué con la mirada entre las mesas algún rostro conocido, pero tan solo me encontré con algunos turistas que disfrutaban de la cena.

Tomé asiento en la primera mesa vacía que encontré. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía realmente solo. Me asustaba no saber qué pasaría con mis amigos a partir de ese momento. Sentía que nuestros destinos dependían en gran medida de lo que mi padre le hubiera dicho a Sebastián.

Un camarero me alcanzó el menú y se marchó. No necesitaba leerlo, conocía la lista de platillos prácticamente de memoria. Aun así me demoré pasando las páginas una a una. Quería hacer tiempo por si alguno de los chicos decidía bajar a cenar. Como si con mis pensamientos lo hubiera invocado, Sasha se sentó frente a mí con una sonrisa de oreja a oreja en su pecoso rostro.

—No tenés por qué tener esa cara tan larga. ¡Andrés Rochi no es un asesino! —exclamó tan fuerte que los comensales de la mesa contigua se voltearon para vernos.

—No grites y contame que pasó —añadí en voz baja para que solo él

podiera oírme.

—Bueno, resulta que el vino sí fue lo que mató a los padres de Sebastián, pero no fue tu padre el que colocó el veneno. Es más, Andrés también tomó una copa y corrió al baño para vomitar en cuanto comenzó a sentirse mal —explicó Sasha controlando el tono de su voz.

Estaba a punto de hablar, pero me interrumpió y siguió contando la historia:

—¡Eso no es todo! La botella se la había dado Amelia, la líder de su aquelarre.

—Amaia —lo corregí con un hilo de voz.

Todo comenzaba a cobrar sentido. Él no envenenaría a sus amigos, mientras que la maldad de mi madre biológica no tenía límites. Sin embargo, en ese momento aún no había nacido Cristina. ¿Por qué Andrés Rochi había decidido tener una hija con alguien que intentó matarlo?

—Creo que era Amelia, pero no importa. Lo importante es que ella es la mala de la historia y que Andrés se salvó y pudo encargarse de cuidar a Sebastián. Amelia debe ser una mujer muy fuerte, porque hasta tu padre le teme —comentó y se detuvo cuando el camarero regresó para tomarnos el pedido.

—¿Qué les gustaría comer? —preguntó el muchacho, sacando una pequeña libreta del bolsillo de su delantal.

—Quiero una milanesa napolitana con papas fritas y una gaseosa —agregó Sasha con entusiasmo.

—Lo mismo que él —añadí, puesto que había olvidado por completo la cena y no podía pensar en comida en ese momento.

Una vez que el muchacho se marchó con nuestra orden, interrogué a Sasha:

—¿Dónde están Sebastián y Natasha?

—Se quedaron en nuestra habitación. En cuanto terminó de hablar con Andrés, Seb vino a contarnos lo que sucedió. Los recuerdos removieron muchas cosas en su interior. No me malinterpretes, se alegra de que el hombre que lo crio no sea un asesino, pero supongo que recordar a sus padres fue duro para él. Natasha es mejor para consolar a las personas que yo. Además, me moría de hambre, así que bajé a cenar —explicó el

niño.

Después de comer, me despedí de Sasha y subí a mi habitación. Me recosté en la cama sin deshacer y fijé la vista en el techo. Entendía que la historia de mi padre hubiera sido suficiente para tranquilizar a mis amigos, pero yo sabía que él no había abandonado el aquelarre de Amaia hasta mucho tiempo después del asesinato de los Koiné.

No estoy seguro de cuánto tiempo llevaba acostado, cuando alguien llamó a la puerta. Me sobresalté apenas y me incorporé. Esperaba que se tratara de Tamara, porque solo a ella podía manifestarle mis inquietudes. Sin embargo, al abrir me encontré con mi padre.

—¿Puedo pasar? —preguntó con el rostro sereno.

Me hice a un lado para que ingresara y cerré la puerta detrás de él. Acomodó dos sillas de madera y ambos nos sentamos enfrentados. Tenía el presentimiento de que no me gustaría escuchar lo que diría y no me equivocaba.

—Supongo que ya hablaste con alguno de tus amigos sobre lo que conversé con Sebastián —dijo, con sus ojos verdes clavados en los míos.

—Sasha me contó lo que le dijiste —confirmé y mi voz sonó algo áspera.

—Eso imaginé y por eso vine. Quiero intentar explicarte por qué le mentí y por qué me vi obligado a hacer lo que hice. No intento justificar mis actos, pero necesito que sepas cuáles fueron mis razones —soltó sin más y aunque una parte de mí lo sabía, escucharlo de sus propios labios fue como un balde de agua fría.

—¿Por qué? —me limité a decir.

Los ojos de mi padre reflejaban auténtica tristeza. Se tomó unos segundos hasta encontrar las palabras adecuadas y luego respondió:

—Algunas veces, uno tiene que hacer lo necesario para proteger a su propia familia. Eduardo Koiné me ayudó a hacer el intercambio cuando naciste. Era mi mejor amigo y una de las pocas personas que sabía que el niño al que sacrificamos no era mi hijo. Aunque siempre creí que era la última persona en el mundo que me traicionaría, le contó a su mujer lo que habíamos hecho. Sé que no lo hizo con malas intenciones, pero Eliana temía lo que podía llegar a hacer Amaia si se enteraba de que le mentamos. Intentó convencerme de que le dijera la verdad a nuestra líder. Quizás si me mostraba arrepentido, ella tendría piedad de nosotros... Llevar ese vino fue mi última opción. Intenté hacer que Eliana entrara en razón. Si manteníamos el secreto, estaríamos a salvo. No había ningún motivo para que alguien sospechara que alteramos el sacrificio.

Lamentablemente, ignoró mis palabras y pude ver en sus ojos que si no la detenía, me iba a traicionar. Eduardo, que se había mantenido al margen hasta el momento, propuso que intentemos serenarnos bebiendo un poco de vino... Sin la certeza de lo que Eliana era capaz de hacer, no hubiera dejado que él llenara nuestras copas. Fue lo más difícil y doloroso que hice en toda mi vida. Bebí junto a ellos para que no sospecharan nada y poco después intenté vomitar el veneno. No sabía si aquello sería suficiente para sacarlo de mi organismo... Una parte mía murió junto a ellos esa noche. Como padrino de Sebastián fue sencillo convertirme en su tutor legal. Intenté ser un buen padre para él, porque por mi culpa Seb había perdido al suyo. También fue una forma de llenar el vacío que me producía haber renunciado a vos.

Me debatí internamente sobre si debía gritarle en la cara que era un asqueroso asesino o si intentar ponerme en su lugar y entender porqué había tomado esas medidas. No solo había matado a sus amigos, sino que también había sacrificado a un bebé inocente. Todos ellos habían muerto en mi lugar. Me preguntaba por qué mi vida valía más que la de ellos.

—Podés contarle la verdad a Sebastián, pero intentá no dañarlo demasiado. Después de todo, soy la única familia que tiene —dijo y se levantó de su asiento cabizbajo.

Lo observé en silencio durante algunos segundos. Comenzó a caminar hacia la puerta y manifesté mi decisión antes de que atravesara el umbral de la puerta:

—No le voy a decir nada.

Esperaba no arrepentirme de mis palabras. Mantendría oculto su oscuro secreto. No le revelaría la verdad a Sebastián ni hablaría de ello con nadie, ni siquiera con Tamara. Lo que había hecho mi padre era una aberración, pero no había tenido otra salida y lo había hecho por mí. Si sus acciones salían a la luz, no solo Sebastián sufriría, sino que mis amigos y mi novia podían marcharse para siempre del hotel. No podía permitir que algo así ocurriera. Los necesitaba conmigo y no estaba dispuesto a renunciar a ellos por algo que había sucedido hacía más de quince años.

Capítulo 51

Capítulo 51: El rostro del agua

Alguien llamó a la puerta de mi habitación. Entreabrí los ojos adormilado y distinguí la insinuación de las primeras luces del amanecer filtrándose por mi ventana. Me desperecé e hice un gran esfuerzo por abandonar la calidez que me proporcionaban las mantas blancas de la cama. Los párpados me pesaban y necesité hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para poder levantarme. Llegué hasta la puerta arrastrando los pies y abrí sin preguntar quién estaba al otro lado.

Me sorprendí al ver a Tamara allí. Estaba tan hermosa como siempre, mientras que yo en pijama y despeinado debía presentar un aspecto lamentable. No me había molestado ni siquiera en lavarme la cara ni los dientes. La saludé con un beso en la mejilla y me hice a un lado para que pudiera ingresar.

Habíamos dicho que nos contaríamos las novedades en cuanto supiéramos algo, pero supuse que podíamos esperar a la hora del desayuno para hacerlo.

—Esta madrugada hablé con Natasha —dijo y se sentó en la misma silla en la que lo había hecho mi padre la noche anterior.

Me acomodé frente a ella y comenté:

—Yo conversé con Sasha sobre lo que mi padre le dijo a Sebastián.

Distinguí un atisbo de decepción surcando su rostro. Tal vez quería tener la primicia de la noticia. No mencioné la conversación que había tenido con Andrés Rochi. No estaba seguro de cómo evitar decirle la verdad y me desagradaba la idea de mentirle a la única persona en la que solía confiar. Temía lo que podía ocurrir si el pasado salía a la luz.

Compartimos la información que los hermanos Nairov nos habían dado y salvo detalles insignificantes, como que Natasha recordaba bien el nombre de Amaia, ambos habían dicho exactamente lo mismo.

—Estoy segura de que Andrés miente. Perdón si dudo de la palabra de tu padre, pero no entiendo por qué seguiría con el grupo de la mujer que intentó matarlos a él y a sus amigos. Crisy es mucho más joven que Sebastián, así que Andrés tuvo que haber seguido varios años más respondiendo a las órdenes de esa mujer —agregó.

—Eso no quiere decir que mi padre sea un asesino —dije a la defensiva,

aunque sabía que efectivamente lo era.

—No, claro que no. Sin embargo, vos sabés algo más —añadió con sus ojos negros clavados en los míos.

—Después de hablar con Sasha, mi padre y yo tuvimos una conversación —confesé.

—¿Qué te dijo? —insistió.

—Se separó de su aquelarre por algún tiempo, pero Susana seguía allí y él quería protegerla. Fingió estar de acuerdo con los intereses del grupo para que Amaia lo aceptara de nuevo. Prometió que esta vez sería útil y ella perdonó su vida. Su herencia mágica la cautivaba y supongo que quería tener una hija con él. Ahora desea rescatar a Cristina, pero no es sencillo acercarse a mi madre biológica —le mentí, mirándola a los ojos.

Mi voz se escuchó firme y hablé sin titubear. Mis palabras reflejaban la historia que me hubiera gustado que ocurriera realmente. Un pasado en donde mi padre fuera bueno. En donde no fuera un asesino.

—¿Creés que haya sido honesto con lo que dijo? —preguntó con poco tacto.

—Estoy seguro de eso —me limité a decir.

—Confío en tu instinto. Voy a desayunar con mis padres. Si querés, vamos al lago más tarde. Parece que el día va a estar lindo —dijo mirando el cielo a través del cristal de la ventana.

—Está bien —agregué.

Tamara se demoró algunos segundos en ponerse de pie. Quizás esperaba que le dijera algo más.

—Nos vemos —dijo al levantarse y me dio un beso en la frente, dado que yo aún me encontraba sentado.

Se fue y cerró la puerta tras ella. Me sentía terrible por haberle mentado, pero no tenía otra opción. Ahora era demasiado tarde para enmendar mi error.

Me demoré bastante en bajar al salón comedor y cuando lo hice tan solo encontré a Sasha disfrutando de un submarino con chocolate extra y de unos cañoncitos rellenos con dulce de leche. Me preguntaba cómo alguien podía comer tanto y ser tan menudo como él.

—Hola —me saludó con la boca llena.

—¿Cómo estás? ¿Supiste algo más sobre Sebastián? —pregunté.

—Bien. Sigue triste, aunque quizás solo está fingiendo para acaparar la atención de mi hermana. Ahora están desayunando solos y hablando de "temas personales" —agregó, dibujando comillas con los dedos.

—Ya me parecía que a Seb le interesaba Natasha —comenté y me serví un poco de jugo de naranja.

Sasha resopló y dijo:

—¡Era obvio! Seb es un buen amigo y no me molestaría que se convierta en mi cuñado. Sin embargo, si se pelean, todo sería muy incómodo —confesó.

Seguimos conversando de nimiedades hasta que terminamos de desayunar.

—Voy a ver si puedo escuchar la conversación que están teniendo Seb y Nati. ¿Venís? —agregó con una sonrisa pícaro dibujada en el rostro.

—No, yo paso —dije, riendo apenas.

Muy en el fondo sentía algo de pena por mis amigos, pero aquellos pequeños actos malvados de Sasha eran parte de su marca personal y me divertían bastante.

—Bueno, después te cuento —dijo a modo de saludo y se fue casi corriendo.

Pasaron unos pocos minutos hasta que Tamara me encontró. Me puse de pie y le di un fugaz beso en los labios. Unas mujeres octogenarias hicieron un comentario despectivo cuando pasaron por nuestro lado para buscar una mesa. Las ignoramos y salimos del hotel tomados de la mano.

—Tengo una sorpresa —dijo, emocionada.

—¿Una sorpresa para mí? ¿Qué es? —pregunté, con curiosidad y besé su mejilla sin detener el ritmo de nuestra caminata.

—Ya vas a ver —agregó con misterio.

Me guio hasta el muelle, en donde nos esperaba una canoa.

—¡Genial! ¿Cómo la conseguiste? —exclamé, mientras ella me alcanzaba

un chaleco salvavidas.

—Ailén me ayudó —dijo y le di la mano para que subiera al bote.

No hacía calor ni frío y el sol parecía brillar solo para nosotros. Pasamos la mañana navegando por los alrededores de la isla, conversando y sobre todo besándonos.

Estábamos en el medio del lago. Podíamos distinguir a los turistas que disfrutaban del paisaje que les ofrecía el puerto de Bariloche. Me parecía que habían pasado un millón de años desde que había llegado a la ciudad. Llevaba puesta la campera de cuero negra que me había obsequiado mi padre aquel día. Tamara me sacó de mis pensamientos arrojándome unas gotas de agua helada. Mientras me secaba los ojos con el dorso de la mano y ella reía, me quejé:

—¿Por qué hiciste eso?

—Estabas muy serio y fue muy tentador. No me odies ni te vengues de mí —dijo, divertida y cubriéndose la cara al notar que me preparaba para arrojarle agua.

Desistí de la idea y en lugar de mojarla, me concentré en crear pequeñas ondas que se expandían alrededor de mi mano que permanecía a algunos centímetros de la superficie del lago, pero sin llegar a tocarlo.

—¡Buenísimo! Quiero intentarlo —dijo Tamy, pero empalideció y sus hombros se tensaron.

Observé el punto fijo del agua en el que ella estaba mirando y me sobresalté al ver el rostro de Susana. Sus mejillas estaban pálidas y finas ojeras se extendían debajo de sus ojos claros.

—¿Mamá? —murmuré.

Solo se veía su rostro. A su alrededor la rodeaba una sustancia que se expandía por el lago como si fuera una mancha de tinta negra.

—¡No se acerquen a Cristina! —gritó, antes de esfumarse en la oscuridad.

Paulatinamente el lago recuperó su color cristalino y solo entonces desvié mi vista de allí y observé a Tamara.

Las palabras de Susana habían sido claras y me habían helado la sangre. Hacía tiempo que no soñaba con Crisy y hasta donde yo sabía, Tamara tampoco.

—¿Por qué habrá dicho eso? Mi padre me dijo que ella jamás me recordaría... —dije, confundido.

—¿Creés que Susana está... muerta? —preguntó Tamara.

Su palabras resonaron en mi mente y por más que lo intentaba, el rostro espectral de mi madre seguía allí cuando cerraba los ojos.

¿Acaso mi padre me había mentado con respecto a Susana? ¿Sería posible que hubiese estado muerta todo este tiempo? ¿Andrés Rochi sería capaz de asesinarla? Una parte de mí conocía todas las respuestas.

Capítulo 52

Capítulo 52: Salgamos

Necesitaba hablar con mi padre para poder aclarar mi mente. Me aferraba a la idea de que Susana estuviera con vida. El miedo se arremolinaba en mi interior y oprimía mi pecho. Susana me había criado y protegido. Había arriesgado su vida por mí e incluso después de lo que le había hecho, volvía para advertirme del peligro que Crisy representaba. En ese momento creí que su espíritu me había perdonado, aunque luego reflexioné que ella no sabía lo que le habíamos hecho aquella tarde con la vela negra.

Cuando Tamara y yo entramos en la recepción del hotel, Ailén nos estaba esperando. Tenía el ceño ligeramente fruncido y una mirada que me dejó paralizado por una fracción de segundo.

—¿Sabés en dónde está Andrés Rochi? —pregunté con hosquedad.

Ella asintió con la cabeza y buscó refugio por un momento en la mirada de Tamara.

—Tengo que hablar con él —añadí.

—Andrés viajó hacia Buenos Aires. Llamaron de la clínica en la que está internada tu madre. Me dijeron por teléfono que tuvo un infarto, pero ya se encuentra estable. Tu padre fue a verla —dijo con cautela.

—Se pondrá bien. Es una mujer fuerte —dijo Tamara e intentó tomar mi mano, pero me aparté.

Sus palabras me parecieron vacías en ese momento. No podía saber si mi madre iba a recuperarse o no. Seguramente solo lo había dicho porque en ese momento le había parecido lo correcto. Podía ver en sus ojos negros que mi reacción la había herido, pero ella no podía entender cómo me sentía. No necesitaba su compasión. Prefería estar solo. Nadie intentó detenerme cuando me fui a mi habitación.

Estaba enfadado con mi padre porque no me había llevado con él. Estaba claro que Susana había recuperado sus recuerdos y era posible que Andrés Rochi quisiera encargarse de ellos. Esperaba que no le hiciera daño, después de todo había asesinado a sus mejores amigos.

Me senté en la cama y respiré profundo. Había estado apretando los puños con tanta fuerza que me había hecho daño en las palmas de las manos. Tomé el teléfono celular de la mesita de luz. Como la señal era intermitente en la isla y todas las personas con las que hablaba solían

estar en el hotel, rara vez lo llevaba encima. Le envié un mensaje a mi padre para que me informara de cualquier novedad y esperé algunos minutos con la pantalla desbloqueada.

No salí de mi habitación hasta la hora de la cena. No quería enfrentarme con Tamara. Me encontré con mis amigos en el salón comedor. Tal y como esperaba, mi novia no estaba allí. Me senté junto a Sasha y los saludé. Natasha me miraba con recelo, pero no dijo nada. Era probable que mi novia hubiera hablado con ella antes.

Noté que Sebastián tenía el brazo apoyado en el respaldo de la silla de Natasha. Posiblemente ya habían comenzado a salir. No quería responder preguntas incómodas sobre lo que había pasado por la tarde así que me esforcé en ser simpático y fingir que me interesaba por ellos.

—Siempre he dicho que ustedes dos hacen una hermosa pareja. Me alegra ver que por fin están juntos —comenté en tono casual.

El rostro pálido de Natasha se tiñó de un adorable rosado. Sebastián se removió en su asiento y agregó:

—Gracias. Es todo muy reciente y por eso no habíamos dicho nada.

—No me parecen del todo horribles —dijo Sasha y se encogió de hombros.

Natasha sonrió con timidez y pareció relajarse. Parecía importante para ella que el niño aceptara su relación.

—Un día de estos podríamos tener una cita doble. Si Tamara y vos están de acuerdo, podemos ir al centro de Bariloche o a la confitería giratoria del Cerro Otto —sugirió Sebastián.

Antes de que pudiera responder, Sasha arrojó un pan que dio de lleno en la frente del muchacho y cayó al piso.

—Esteban y Tamara no aceptarían nunca algo así. No es justo que me abandonen solo por estar soltero. No dije nada cuando dijeron que mañana irían a la isla Huemul, porque pensé que iban a ir solo ustedes. ¡Sin embargo si van a invitarlos a ellos, yo quiero ir! —espetó Sasha con el ceño fruncido.

—Suenan divertido —comenté.

Era completamente consciente de que estábamos interfiriendo en su primera cita, pero hacía casi un año que no salía de la isla. Si no despejaba mi mente de los problemas que me agobiaban, pronto explotaría. No importaba a dónde, pero necesitaba irme aunque fuera por

un día. Sebastián tenía licencia para conducir barcos. Tal vez era la única ruta de escape que tenía, si no quería remar durante horas en el bote de Tamara.

Natasha y Sebastián se miraron incómodos.

—¡Por favor! Estoy cansado de estar siempre en el mismo lugar. Va a ser divertido... escuché que los nazis hacían experimentos paranormales allí. Con un poco de suerte podríamos asustar al espíritu de Hitler o algo —rogó el pelirrojo.

Todos nos reímos por su ocurrencia y me olvidé por un momento de mi malhumor.

—Llevemos a los chicos. Será divertido que hagamos una salida todos juntos. Justo ayer comentábamos con Tamy que es exasperante estar tanto tiempo en un mismo lugar. Otro día podemos salir los dos solos —añadió Natasha mirando a Sebastián con sus ojos lilas cargados de ternura.

—Está bien. Pueden venir —aceptó Seb con resignación.

—¡Genial! —exclamó Sasha y me chocó los cinco.

Si la amistad pudiera sumar puntos, en ese momento habría sumado algunos con el pelirrojo y restado otros tantos con Sebastián. Natasha parecía contenta. Quizás la asustaba quedarse a solas con su nueva pareja. La peor parte de mi ser se alegraba por haber frustrado esa cita.

Capítulo 53

Capítulo 53: Isla Huemul

Mi padre me explicó en un mensaje de voz que Susana se encontraba mejor y que permanecería algunos días con ella en Buenos Aires. Sus palabras tranquilizadoras y la ilusión que tenía de pasar un día entero lejos del hotel habían sido motivo suficiente para mejorar mi humor.

A la mañana siguiente, para convencer a los padres de Tamara de que la dejaran salir fue necesario fingir que teníamos autorización de mi padre para abandonar la isla. A pesar de que Alan no parecía muy contento con la idea, no se atrevió a cuestionar las decisiones de Andrés Rochi.

Tamara se puso muy feliz con la sorpresa de la salida y se alegró aún más cuando le dije que mi madre se encontraba mejor. La conocía bien y sabía que no podía evitar sentirse culpable ante cualquier cosa que le ocurriera a Susana.

—¡Es genial que tu padre nos haya dado permiso para salir! Comenzaba a pensar que nos tenía prisioneros —dijo divertida, aunque era más que obvio que lo decía en serio.

Asentí con la cabeza. No quería preocuparla al revelar que le había mentado a su padre. Había muchas posibilidades de que mi padre se enterara al regresar de su viaje, pero seguramente Sebastián podría lidiar con él.

Al salir del hotel nos recibió un día cálido y soleado. Sebastián estaba preparando las velas del Salomón III y Sasha conversaba con su hermana que estaba sentada en la barandilla del barco. Llevaba un sombrero blanco y un vestido que dejaba al descubierto un enorme tatuaje de un dragón violeta que surcaba su espalda. Un apretón fuerte en la mano fue la advertencia que necesitaba para saber que si no apartaba la vista de Natasha, Tamara me mataría. Sasha, por su parte, llevaba una mochila de camping tan grande como él.

Tamara y yo saludamos a los muchachos que nos mostraron el velero antes de zarpar. Era muy elegante y contaba con un camarote equiparable a una suite de lujo. Sebastián y Natasha podrían haber tenido la cita perfecta de no haber sido por nosotros tres.

—Si mi profesión de mago fracasa, no me disgustaría convertirme en un pirata —bromeó Sasha, antes de subir a cubierta.

Me senté junto a Tamara en una banca detrás del timón. Sebastián parecía muy concentrado en sus maniobras y poco a poco nos alejamos

del hotel. Esperaba que supiera lo que hacía y que su permiso para manejar barcos fuera más real que mi carnet de conducir.

Sasha se arrodilló sobre su asiento y se asomó por la borda, mientras que Natasha sonreía detrás de unos enormes lentes de sol en los que veía mi reflejo. Llevó la vista a la espalda de Seb y dijo:

—Siento como si nos fuéramos de vacaciones. Podríamos ir al centro de Bariloche, recorrer negocios y quizás ir a tomar algo.

—¡Nada de eso! —exclamó Sasha acomodándose en su asiento—. Yo quiero ir a la isla Huemul.

—¿Seb? —agregó Natasha, buscando apoyo.

—Vayamos a la isla Huemul esta vez. No quiero tener problemas con Andrés y no sé si va a dejar que Teby vaya a la ciudad —dijo como si yo fuera un niño que necesitaba que lo protejan.

—¡No necesito ningún permiso! —espeté molesto.

—Yo conduzco e iremos a la isla Huemul. Si no quieren venir, puedo regresarlos al hotel —dijo tajantemente.

No repliqué, pero fulminé su nuca con la mirada. Había quedado en evidencia el desprecio que sentíamos el uno por el otro.

Algunos besos de Tamara y el entusiasmo de Sasha por armar una sesión de espiritismo en cuanto llegáramos a la isla Huemul acabaron por hacer que dejara de lado mi enfado.

—¿Qué vamos a hacer exactamente? —le preguntó Tamara al pelirrojo.

—Bueno, sos la medium del grupo, así que vos nos guiarás —dijo el niño con total convicción.

—¿Yo? —preguntó, alzando las cejas con sorpresa.

—Sí. Ya hablaste con fantasmas antes y estoy seguro de que podés hacerlo de nuevo —insistió Sasha.

—No es tan sencillo. No siempre sale muy bien y no traje lo necesario para hacerlo —se excusó.

—No te preocupes. ¿Qué necesitás? Traje varias cosas y estoy seguro de que tengo todo lo que puedas necesitar —dijo, al tiempo que palmeaba la

enorme mochila que tenía al lado.

Tamara dudó algunos segundos, pero finalmente aceptó:

—Esta bien. Necesitamos velas y sal.

—¿Sólo eso? Entonces, no hay problema —añadió muy emocionado.

Al llegar a la isla, Sasha estaba tan ansioso por empezar con la sesión espiritista que casi no tuvimos tiempo de recorrer el lugar. Nos acomodamos cerca de las ruinas de una construcción a la que la naturaleza le había ido ganando terreno. Era un sitio bastante tenebroso y según el pelirrojo un lugar propicio para invocar a los muertos.

—Estas paredes fueron testigos de muchas cosas. Si la isla no está embrujada, yo no me llamo Sasha. ¿Qué hacemos primero, Tamy?

—Hagamos un círculo de sal y entremos dentro, así si lo que invocamos es algo maligno, no podrá hacernos daño. Luego encendamos algunas velas porque los espíritus se sienten atraídos hacia las llamas. Los fortalece si se alimentan de ellas —explicó Tamara.

—Atraerlos con el fuego y espantarlos con la sal. ¿Para qué tentarlos y luego alejarlos? ¿No les parece algo cruel? —preguntó Sasha, mientras sacaba de su mochila un paquete de sal, un encendedor y velas negras.

—Porque no te gustaría que te posean, tontín —agregó Natasha.

Sasha miró a Tamara que asintió con la cabeza corroborando las palabras de su amiga. A continuación, tomó la sal que le ofrecía el niño e hizo un círculo a nuestro alrededor. Había cinco velas y cada uno de nosotros tomó una. Tamara encendió la suya y con ella encendió las demás, yendo en el sentido inverso al de las agujas del reloj.

Comenzó a susurrar palabras en un lenguaje que yo no conocía, pero que tenían cierta rima y melodía. Pocos segundos después, Sasha empezó a imitarla y luego lo hicimos todos. Repetíamos las palabras de quien se había vuelto nuestra líder quizás sin siquiera proponérselo. No sabía qué significaba aquel cántico que nos había incitado a entonar, pero confiaba en ella y la hubiera seguido hasta el fin del mundo.

Cuando Tamara terminó el conjuro, los demás guardamos silencio. El aire era denso y las nubes amenazaban con cubrir el sol. Los sonidos típicos de la naturaleza habían desaparecido por completo. Mi novia miraba la llama de su vela que danzaba, mientras que algunas gotas de cera negra caían sobre las hojas secas.

Un escalofrío recorrió mi espalda al escuchar crujidos bajo la tierra. A varios metros de donde nos encontrábamos, el agua del lago estaba inquieta como si quisiera advertirnos de algo.

—¿Escucharon eso? —preguntó Natasha en un susurro.

Asentí con la cabeza y tragué saliva. El sonido de un penoso lamento se extendía por la isla. Era muy diferente del llanto de una banshee. Parecía no provenir de ningún sitio y al mismo tiempo nos rodeaba.

—Dicen que los alquimistas nazis habían encontrado las puertas del infierno. ¿Creen que sea acá? —dijo Sasha, que parecía divertido, pero francamente yo estaba bastante asustado.

—No creo, pero por las dudas vayamos volviendo... —sugirió Natasha.

Sebastián estuvo a punto de abandonar el círculo de sal, pero un grito de Tamara lo detuvo:

—¡No! Tenemos que terminar el ritual —dijo y pronunció algunas palabras en el lenguaje de la magia.

—Perdón —agregó Sebastián, regresando a su lugar dentro del círculo.

—¡Que nada se oponga a nuestra voluntad ni a la voluntad del ser superior! ¡Ya está hecho! —dijo Tamara para finalizar y las velas se apagaron todas al mismo tiempo.

Los lamentos cesaron y el único sonido que se escuchó durante algunos segundos fue el susurro de las copas de los árboles acariciadas por la brisa. Una vez que Tamara abandonó la protección de sal, todos la seguimos.

Quería regresar al hotel cuanto antes y no era el único, todos parecían incómodos. Las ruinas pintadas de color añejo y los pinos centenarios habían sido testigos de la ambición y de la maldad del ser humano. No podía explicar qué era lo que allí había sucedido, pero se trataba de algo realmente malo y ya no quería averiguarlo. Sentía que algo o alguien nos estaba vigilando y todos mis sentidos me instaban a salir de allí lo más rápido posible. Solo cuando comenzamos a navegar y nos alejamos de la isla, fui capaz de relajar mis hombros.

Tamara observaba el agua apoyada sobre la barandilla del barco. La rodeé con un brazo por la cintura y llevé mi mirada hacia donde ella estaba mirando. El agua era perturbada a nuestro paso, pero había algo inusual en la estela que dejábamos.

—¿Qué es eso? —preguntó Sasha y todos, incluido Sebastián, miramos en la dirección que el pelirrojo estaba señalando.

Una enorme burbuja luminosa salió del agua y permaneció flotando durante algunos segundos sobre la superficie antes de desaparecer. Una fracción de segundo después apareció otra y luego otra más. En instantes una gran parte del lago liberaba esferas de luz que pronto desaparecían. Aquel fenómeno duró menos de un minuto, pero estaba seguro de que jamás podríamos olvidarlo.

Capítulo 54

Capítulo 54: Huellas

Llegamos al hotel justo cuando los últimos rayos del sol se iban desvaneciendo en la profundidad del firmamento. Luego de amarrar el barco en el muelle, Sebastián revisó su celular y maldijo por lo bajo.

—Tengo un montón de llamadas perdidas de Andrés. Seguro que sabe que salimos —explicó algo incómodo.

—¿Qué tiene de malo? ¿Acaso estamos prisioneros? —preguntó medio en broma Natasha, aunque en el fondo así lo creía al igual que todos.

—Claro que no, pero me llevé su barco sin permiso y fue claro en que era mejor que Esteban no se expusiera —dijo, mientras escribía un mensaje de texto.

—¿Por qué Teby es tan importante? ¿Acaso está en un programa de protección de testigos o algo así? —preguntó Sasha, al tiempo que me observaba con los ojos entrecerrados.

El pelirrojo miró a su hermana. Era más que evidente que el misterio que me rodeaba les molestaba. Sin embargo, mi vida dependía de ello. Los comprendía, pero al mismo tiempo sabía que si mi padre y Sebastián no les habían revelado toda la verdad, debían de tener sus razones. Tal vez no podía confiar en ellos.

—Es complicado —se limitó a decir Sebastián sin apartar la vista de su teléfono.

—¿Cómo pudo saber que nos fuimos de la isla? ¿Se lo dijo Ailén? Esa chica nunca me agradó —interrogó Natasha y su rostro se puso tenso.

Me preguntaba por qué a mi amiga no le agradaba la recepcionista. Siempre había sido amable con nosotros y Tamara incluso se había vuelto bastante cercana a ella.

—Lo más probable es que haya revisado las cámaras de seguridad —respondió Sebastián.

—¿Dónde están las cámaras? ¿Andrés no estaba en Buenos Aires? —le preguntó Tamara al muchacho sumándose al interrogatorio.

—Sí. Está en Buenos Aires, pero las cámaras de seguridad que están ocultas por toda la isla le envían las imágenes directamente a su celular. Nos vemos más tarde, chicos. Voy a llamar a Andrés —se despidió Seb

con una sonrisa tensa y se marchó dando grandes zancadas.

El enojo de mi padre, la actitud de Sebastián y saber que había cámaras escondidas por todo el hotel no hacían más que confirmar que estaba atrapado en la isla. Tal vez si hubiera tenido efectivo disponible o algún lugar a donde ir, hubiese huido. Sin embargo, lo quisiera o no, aquel sitio se había convertido en mi prisión, pero también era mi hogar. Amaba y odiaba aquel lugar con la misma intensidad.

Una vez en la recepción, Sasha y Natasha se despidieron de nosotros y subieron a su habitación. Miré a mi alrededor tratando de adivinar en dónde estaban las cámaras que Sebastián había mencionado, pero no se veían a simple vista.

—Tienen que ser más cuidadosos —dijo Ailén acercándose a Tamara.

La miré extrañado. No entendía a qué se refería. Siempre actuaba de forma muy enigmática y quizás por eso no le agradaba a Natasha.

—Esta isla obviamente está protegida, pero cuando usan sus poderes quedan huellas en el plano astral. Sé que es necesario que no te rastreen y realmente espero que no sea demasiado tarde. Quizás sientan que el señor Rochi exagera, pero me habló sobre su antiguo aquelarre y realmente creo que es mejor que no captemos su atención —dijo Ailén, pero un crujido en uno de los ventanales de la entrada la detuvo.

Una rajadura comenzó a ramificarse por el vidrio. Los tres nos alejamos lo suficiente como para no hacernos daño si se rompía. Me pregunté si se trataba de una advertencia o si quizás era una amenaza. Algo en mi interior me decía que no podía tratarse de un simple temblor.

Tomé a Tamara del brazo de forma instintiva. Quería protegerla de lo que fuera que se avecinaba. Esperaba que no hubiéramos atraído la atención del grupo de Amaia. ¿Qué sucedería si por nuestra imprudencia nos rastreaban? Aún nos faltaba muchísimo por aprender y sentía que solo mi padre era capaz de protegernos, pero en ese momento se encontraba muy lejos.

—Solo estén atentos y tengan cuidado. Es mejor que no hagan magia. Por lo menos hasta que regrese Andrés —dijo Ailén con la mirada perdida en el cielo amenazador.

—Dijiste que esta isla está protegida... —comencé a decir, pero Tamara me detuvo.

—Ailén tiene razón. No se puede posponer eternamente lo inevitable

—explicó y apretó mi mano con más fuerza.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo y no pude evitar recordar la profecía de Ailén: "Cuando en la noche oscura, desde lo profundo del lago, luces tenues y tenebrosas surjan cual ánimas que vagan y las aves del bosque huyan. Cuando ya ni los grillos canten, un temblor de la tierra anunciará su llegada. Nada bueno traerá, solo el mal en su mirada". Las luces que vimos emerger del lago y aquellos temblores que sentimos tenían que estar relacionados con ella. ¿Quién llegaría? ¿Se trataría de Amaia o quizás sería algo o alguien más?

Capítulo 55

Capítulo 55: Grupos oscuros

El cielo presagiaba una tormenta y en el lago se reflejaban las nubes y los árboles. El salón comedor estaba casi vacío y atribuí aquello al fin de la temporada de verano. Encontré a mis amigos desayunando. Los saludé en forma general y me senté junto a Sasha.

Sebastián parecía mucho más relajado que el día anterior. Posiblemente había podido lidiar con el enojo de mi padre y Natasha se mostraba más cariñosa que nunca con él. Por algún motivo aquello me molestaba.

Pedí un café amargo y lo bebí mientras Sasha contaba cómo en una ocasión había manipulado mentalmente a su maestra para que le diera las respuestas de un examen. Tal vez hubiera obtenido los mismos resultados si hubiese destinado el mismo esfuerzo a estudiar, pero estaba orgulloso de sí mismo y yo no era nadie para cuestionar sus métodos. El pelirrojo era muy astuto y tenía muchísimo poder en su interior. No podía ser casual que mi padre lo hubiera reclutado.

A media mañana nos reunimos con Alan y Tamara en la biblioteca. El profesor hacía su mejor esfuerzo para cubrir el vacío que el viejo Al había dejado. Era muy difícil para él poder llenar esos zapatos, pero se notaba que hacía su mejor esfuerzo.

En la clase aprendimos sobre la reencarnación de las almas y de los demonios. Conversamos sobre mitos, costumbres y religión, hasta que finalmente Alan abordó un tema que realmente me interesó: los aquelarres.

—Tienen que valorar la oportunidad que les está dando Andrés Rochi. No es sencillo encontrar personas tan poderosas cuyas intenciones sean realmente buenas. El exceso de poder es capaz de corromper. Incluso yo me vi tentado en mi juventud a unirme a un aquelarre. Cuando mi madre, que siempre había sido muy precavida, se enteró de mi decisión, nos peleamos y dejamos de hablarnos durante algunos años. En ese momento era muy terco y no quise escucharla. Aunque Alfonso Aigam era su amigo, se enojó mucho con él por meterme en algo como eso —confesó Alan.

Todos, incluso Tamara, estábamos sorprendidos ante sus palabras. Alan había pertenecido al grupo del viejo Al. Tal vez por eso la abuela de Tamara le había legado su grimorio a ella y no a su hijo. Él parecía una buena persona, pero tal vez no siempre lo había sido. Me pregunté qué habría sido capaz de hacer siguiendo las enseñanzas del inescrupuloso

anciano.

—Cuando uno va ganando poder es muy difícil saber dónde tiene que detenerse. Al sentirnos apoyados por otros somos capaces de hacer cosas que estando solos no nos atreveríamos ni siquiera a pensar. Todos los miembros del grupo pueden volverse partícipes de actos que muchas veces van más allá de lo legal. Es difícil darse cuenta cuando uno está ahí dentro. Entre los integrantes suelen circular creencias que muchas veces son falsas, pero que por no quedar afuera y animados por tus hermanos te ves tentado a probar —Alan negó con la cabeza intentando espantar las imágenes que acosaban su mente.

—¿Qué tipo de cosas son capaces de hacer? —interrogó Sasha.

—Son capaces de cualquier cosa. Por eso, chicos, tienen que estar atentos y deben aprender a darse cuenta si alguien está intentando utilizarlos. Algunos hechiceros son capaces de mentir, de engañar, de manipular y de estafar incluso a personas cercanas. Otros van más allá y llegan a utilizar la magia prohibida, la magia de sangre. Muchos llegan a sacrificar animales e incluso desde épocas inmemorables se le atribuye a la sangre de las vírgenes ciertas propiedades mágicas... Afortunadamente supe darme cuenta a tiempo y pude salir del aquelarre sin verme demasiado perjudicado. En cuanto Raquel, que era mi novia en esa época, quedó embarazada, me prometí que me alejaría de todo y que no permitiría que nuestra hija se acercara a la magia. Sin embargo, la magia corre por las venas de Tamara, y se volvió insostenible negar su esencia. Ahora puedo verlo con claridad y estoy seguro de que lo mejor es que todos ustedes aprendan a utilizar su poder de la mejor forma posible y que no permitan que nadie los manipule —explicó el profesor.

—¿Por qué la magia de sangre está prohibida? ¿Quién la prohíbe?
—cuestionó Sasha alzando una ceja.

—Bueno, no es que haya una especie de policía de la magia o algo así. Sin embargo, cuando pedimos algo es necesario dar algo a cambio, pero si lo que ofrecemos no nos pertenece directamente, como sucede en el caso de tomar la vida de otro ser, estaríamos engañando el equilibrio universal —dijo Alan y sus ojos se ensombrecieron.

Cuanto más revelaba Alan sobre su pasado, más me intrigaba. Al igual que yo, él había participado en el grupo oscuro del viejo Al. Tal vez había vivido allí una experiencia similar a la que yo había experimentado intentando controlar a las banshees o quizás se arrepentía de las cosas que había visto o hecho. Teníamos mucho más en común de lo que había imaginado.

Capítulo 56

Capítulo 56: El poder de la sangre

Poco antes de la puesta del sol le confesé a Tamara que sospechaba que la profecía de Ailén estaba a punto de cumplirse. Ella también creía que mi madre biológica estaba directamente relacionada con el presagio y coincidía conmigo en que teníamos que estar preparados para enfrentarnos a ella.

—No voy a dejar que te lastime. Estoy segura de que vamos a encontrar la forma de detenerla —dijo Tamara acariciando mi mejilla con su mano.

Podía ver en sus ojos que hablaba en serio. Me amaba y estaba dispuesta a enfrentarse a cualquier cosa solo para protegerme. No quería exponerla, pero sabía que sin su apoyo estaría perdido.

—Te amo —pronuncié por primera vez.

Me regaló un tierno beso en los labios y se separó apenas de mí.

—Voy a buscar mi grimorio. Nos vemos en tu habitación dentro de unos minutos —añadió y se alejó por el pasillo.

Me dirigí a mi cuarto y busqué mi antiguo libro de magia. Solía mantenerlo oculto en el armario, detrás de algunas de mis remeras. No estaba seguro qué pensaba hacer Tamara, pero confiaba en ella lo suficiente como para compartir la sabiduría de mis ancestros.

Cuando llamó a la puerta mi corazón dio un salto. No era la primera vez que entraba a mi habitación, pero no solíamos quedarnos allí demasiado tiempo. Abrí enseguida y me hice a un lado para que pudiera pasar. Noté que llevaba la mochila al hombro y que había retocado su maquillaje. Estaba preciosa.

Sacó de su mochila un par de velas rojas y algunos inciensos. Los encendió y los colocó sobre mi mesa de luz sin pedir permiso. Después de unos segundos, un penetrante aroma a lavanda inundaba todo el recinto. No me agradaba, pero no quería contrariarla.

—¡No te quedes ahí parado! Busquemos en nuestros grimorios alguna forma para neutralizar los poderes de la bruja o algo que permita que tanto vos como Crisy estén a salvo —ordenó y se sentó sobre la cama a leer algunas hojas antiguas que supuse debían pertenecer a su grimorio.

Me debatí internamente por una fracción de segundo sobre sentarme junto a ella o tomar una de las sillas. Tomé mi libro y me acomodé para

leer a su lado, nuestros brazos no llegaban a rozarse, pero podía sentir su calor sobre la piel. ¿Por qué de pronto me sentía tan nervioso si solo estábamos buscando información? Nunca me había costado tanto concentrarme en la lectura.

Los pactos y la magia de sangre parecían ser lo más efectivo para un enemigo tan poderoso como lo era mi madre. Sin embargo, las advertencias de Alan con respecto a la magia prohibida me habían hecho descartar todas las páginas que podrían resultarnos útiles.

—¡Esto es muy frustrante! No encuentro absolutamente nada útil —expresó Tamara y dejó junto a las velas las hojas que había estado revisando.

—Yo tampoco encontré nada. A menos que nos arriesguemos a utilizar la magia de sangre, pero no creo que sea una buena idea —dije, mientras me frotaba los ojos enrojecidos por la lectura y el humo de los inciensos.

—¿Puedo? —preguntó, estirando su mano para tomar mi grimorio.

Asentí con la cabeza y le alcancé mi libro. Sentí como si le entregase una parte de mi alma. Era la posesión más preciada que tenía, pero ella era la única persona que realmente me importaba.

Comenzó a pasar las páginas con sumo cuidado. Se detenía de vez en cuando y fruncía el ceño o asentía con la cabeza. Después de unos minutos observándola me dejé caer hacia atrás y bostecé. Comenzaba a adormecerme cuando la voz de Tamara me sacó de mi ensueño.

—No tenemos otra opción. Tenemos que arriesgarnos a la magia de sangre —agregó, mientras dejaba el libro abierto sobre mi almohada.

—Tu padre dijo que podría haber consecuencias si alteramos el equilibrio... —comencé a decir, pero ella me interrumpió.

—No estaríamos ofrendando algo que no nos pertenece. No, si te doy mi sangre y vos me das la tuya —explicó con las mejillas algo sonrojadas.

Rebuscó dentro de su mochila y tomó una daga de plata labrada con el mango incrustado en gemas rojas. No le había dicho que sí, pero tampoco me había negado a dar mi sangre como sacrificio.

Tamara comenzó hablar en el lenguaje de la magia. Su voz era suave y seductora, pero al mismo tiempo me producía escalofríos.

—Ofrezco nuestra sangre como tributo para que nuestros cuerpos puedan combinarse con la magia ritual y que de esta forma podamos enfrentarnos

a Amaia y su aquelarre —sentenció.

Aprisionó mi brazo con su mano sobre el colchón y deslizó el filo de la daga sobre mi piel. Ahogué un gemido de dolor y observé como un hilo de sangre se deslizaba desde mi muñeca hasta las mantas blancas. Repitió el movimiento con mi otro brazo. Las heridas que me acababa de abrir ardían, pero era un dolor tolerable.

Me incorporé apenas y la atraje hacia mí. Unimos nuestros labios en un apasionado beso. Me quitó la remera y realizó un corte superficial a lo largo de mi espalda. Creo que si hubiera querido tomar mi vida en ese momento, se lo hubiese permitido.

Enredé mis dedos en su cabello y mordí su labio inferior con suavidad. Ella dejó caer el cuchillo al suelo soltando un leve gemido y acarició mi espalda muy despacio. El contacto de sus manos era doloroso y al mismo tiempo despertaba todos mis sentidos con una pasión que nunca antes había experimentado.

Me deshice de su ropa como si supiera lo que estaba haciendo. El ritual de sangre no era más que un eco lejano dentro de mi mente. Había imaginado aquel momento íntimo con Tamara un centenar de veces. Sin embargo, ninguno de los escenarios creados por mi mente podía equipararse a la realidad. Nos entregamos el uno al otro en un frenesí de besos, rasguños y caricias hasta que las velas se consumieron por completo.

Desperté enredado entre las sábanas. Tamara dormía acurrucada en mi pecho y la tenue luz de la luna se filtraba entre las tormentosas nubes. Nuestras almas estaban destinadas a estar juntas desde el principio de los tiempos. Sentía que habíamos vivido una y mil vidas juntos y que así sería por siempre. Nuestra sangre era la llave que mantenía encerrado el inmenso poder que clamaba por salir de mi interior. La habíamos derramado voluntariamente y estaba seguro de que a partir de ese momento nada ni nadie sería capaz de detenernos.

Capítulo 57

Capítulo 57: La erupción

Tamara se había marchado en mitad de la noche tan sigilosa como una sombra. El amanecer me devolvió el recuerdo de nuestra noche mágica. Llevaba las marcas en el alma y en la piel de aquel momento perfecto. Anhelaba volver a sentir su calor.

Entré a la ducha y dejé que el agua recorriera mi cuerpo llevándose consigo los restos de sangre. El contacto con el agua provocaba que me ardieran los cortes que Tamara me había hecho, incluso las heridas de mis brazos volvieron a abrirse.

Salí del baño con las muñecas envueltas en un vendaje improvisado de papel higiénico. La habitación parecía la escena de un crimen. Esperaba no tener que dar demasiadas explicaciones al personal de limpieza del hotel.

A pesar de que era un día bastante caluroso, opté por ponerme una camisa negra de mangas largas para bajar a desayunar. Encontré a los hermanos Nairov en el pasillo apenas salí de mi habitación y me apresuré a cerrar la puerta para que no vieran el interior.

—¿Qué tal dormiste? —preguntó Natasha y casi se me caen las llaves de la mano.

—Bien, ¿y vos? —dije tratando de sonar casual.

Intenté convencerme de que no tenía forma de saber lo que había sucedido anoche.

—No muy bien. Las cenizas no me dejaban respirar.

Sentí como si me saltara un escalón. ¿Acaso los restos de los sahumeros de Tamara habían llegado hasta la habitación de Natasha?

Debo haberme puesto muy pálido porque Sasha agregó:

—No te preocupes. El volcán Puyehue está en Chile. Acá solo llegó una columna de cenizas.

—Seb me dijo que ayer lo llamó tu padre. Con todo el tema de la erupción no va a poder regresar hasta dentro de unos cuantos días porque no están saliendo aviones. Está pensando en volver en auto —explicó Natasha.

Al llegar a la recepción, Ailén se acercó hacia nosotros. El eco de sus tacones resonó por todo el lugar. Parecía preocupada.

—Tengan cuidado con las cenizas. No salgan ni abran las ventanas —dijo la recepcionista con el ceño ligeramente fruncido.

Miré hacia afuera. El paisaje se había teñido de blanco y el viento arremolinaba las cenizas que parecían fantasmas.

—¿Esto estará relacionado con el hecho de haber abierto las puertas del infierno en la isla Huemul? —le susurró Sasha a su hermana lo suficientemente fuerte como para que todos pudiéramos oírlo.

Natasha rió con la mirada perdida en los amplios ventanales. Parecía una imagen sacada de una película de fantasía.

—Dudo mucho que sus acciones tuvieran que ver con las manifestaciones de la Madre Tierra. Sin embargo, las cenizas pueden ser tóxicas y es mejor no inhalarlas —explicó Ailén.

Sasha se mordió el labio, pero no dijo nada hasta que nos alejamos de la recepcionista. El niño estaba convencido de que habíamos tenido algo que ver con la erupción del volcán, pero aunque yo no solía creer en las casualidades, me parecía una idea muy rebuscada.

Una vez en el salón comedor nos sentamos en una mesa junto a la ventana. Natasha y yo estábamos maravillados con el paisaje y no podíamos apartar la vista de él.

—Cambiando de tema, hoy tuve un sueño muy raro —agregó el pelirrojo, al darse cuenta de que llevábamos un tiempo ignorándolo.

—¿Qué soñaste? —pregunté sin mucho interés.

—Soñé que una niña bastante aterradora me decía que era tu hermana y que no teníamos que hacer magia porque si el agua se cubre de cenizas se rompe la protección. Me despertaron las cenizas porque "alguien" dejó la ventana abierta —dijo y miró a su hermana con recelo—. Después me volví a dormir y soñé que las paredes del hotel eran de chocolate blanco. Sería genial que así fuera, aunque podrían derretirse en verano y habría que evitar que los turistas se las coman...

—Crisy tiene razón. Las cenizas podrían interferir con el agua —interrumpí.

—¿Tu hermana se llama Crisy? —preguntó Natasha alzando una ceja.

—Sí. Bueno, es el diminutivo de Cristina —expliqué.

—¿Ella dónde vive? ¿Por qué nunca la mencionaste? ¿Qué importa si alguien rastrea nuestra magia? —me interrogó Sasha.

Pasé una mano por mi nuca con resignación. No podía seguir manteniéndolos al margen de todo lo que sucedía.

—En pocas palabras, ella vive con mi madre, que si me encuentra va a asesinarme —dije y mis amigos me miraron atónitos.

—¿De qué me perdí? —preguntó Sebastián sentándose con nosotros para desayunar.

—No mucho, solo que Teby tiene una hermana pequeña que también es bruja. Se apareció en mis sueños para advertirnos que estamos en peligro porque el agua que nos rodea ya no es protección suficiente. Ah y su mamá quiere asesinarlo —explicó Sasha, hablando rápido y sin respirar.

Casi con seguridad Sebastián ya sabía todo. Sin embargo, fingió estar tan sorprendido como los Nairov. Ellos eran mi aquelarre y si iba a enfrentarme con el grupo oscuro de Amaia, necesitaba tener todos los aliados posibles. Especialmente con mi padre a más de mil kilómetros de distancia.

—Entonces no utilicemos nuestros poderes hasta que las cenizas se disipen o Andrés regrese —aportó Sebastián.

Todos estuvimos de acuerdo. Sin embargo, no podía dejar de pensar en el ritual que habíamos hecho con Tamara la noche anterior. Tal vez había sido contraproducente. Me sentía más fuerte, pero esperaba que no hubiéramos atraído al aquelarre de Amaia hasta nosotros.

Pasé el resto de la mañana respondiendo a las preguntas de Sasha. Estaba muy interesado en mi pasado y ya no tenía sentido seguir fingiendo frente a ellos. No sabía cuándo ni cómo, pero pronto tendría que enfrentarme a mis peores pesadillas y simplemente no quería hacerlo solo.

—Teby, estás sangrando —dijo Natasha y me tomó del brazo con cuidado.

Me sonrojé y retiré mi mano de las suyas.

—¿Qué pasa? ¿Querés que hablemos? —preguntó en voz baja.

—No es nada. Fue un rasguño —mentí.

Me sentía muy incómodo. Quería irme de allí. Sin embargo, me quedé petrificado en mi asiento, al lado de Natasha mientras Sebastián le hacía una señal a Sasha para marcharse. En ese momento los odié por dejarme solo en una situación tan incómoda.

Natasha comenzó a darme un largo discurso en el que me instaba a que hablara con ella si me sentía mal porque comprendía que lo que estaba pasando no era sencillo para mí. Sin embargo, consideraba que cortarme a mí mismo no era la forma de lidiar con mis problemas. Dejar que pensara que me había autolesionado era más sencillo que explicarle que había sido Tamara quien me había herido, por lo que me limité a asentir mientras ella continuaba con su monólogo.

Capítulo 58

Capítulo 58: Sombras en el crepúsculo

Las cenizas reinaban en la isla desde los últimos días y, a pesar de nuestros intentos para que no entraran al hotel, se filtraban por doquier. Me ardían los ojos y mis heridas estaban tardando mucho en cicatrizar. Sasha se había recluso en su habitación con problemas respiratorios y su hermana lo acompañaba.

Aquella tarde Tamara y yo nos reunimos en la biblioteca. Nos encontrábamos sentados en el piso con la espalda apoyada sobre la pared. Ella me estaba leyendo un texto antiguo sobre magia celta en voz baja cuando Ailén entró y corrió hacia a nosotros tan rápido como sus tacones se lo permitían.

—¿Qué pasó? —dije frunciendo el ceño.

Temí por un momento que la condición de Susana hubiera empeorado.

—Miren —señaló el exterior a través de una ventana.

Me incorporé y miré hacia el lago. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y se me erizaron los vellos de la nuca.

—¡No puede ser! —exclamó Tamara que también se había puesto de pie y observaba la escena con horror.

Envueltas en cenizas, se acercaban seis balsas de madera cuyos integrantes vestían de negro. Distinguí en uno de los botes a una mujer con el cabello negro hasta la cintura junto a una niña que yo conocía muy bien. Crisy y mi madre nos habían encontrado. El terror me había paralizado por completo y no me dejaba pensar con claridad.

—Tamara, avisales a tu padre y a los demás —ordenó Ailén.

Mi novia observaba a Crisy y a mi madre y su rostro estaba tan pálido como la muerte misma.

—¡Rápido! —gritó Ailén.

Tamara pareció reaccionar y salió corriendo de la biblioteca. Las cenizas danzaban amenazantes en el exterior anunciando el cumplimiento de mis peores pesadillas. La puesta del sol teñía el cielo y el lago de una inquietante tonalidad rojiza.

—¡Vamos! Te llevaré con mi abuelo. Él sabrá qué hacer hasta que pueda llegar Andrés —dijo Ailén y me arrastró de la mano.

Me llevó a través de la biblioteca, luego pasamos por la recepción y el salón comedor. Detrás de cada ventana por la que pasábamos podía distinguir al séquito de mi madre cada vez más cerca. El hotel parecía vacío y estaba envuelto en silencio. Me pregunté si ese sería el preludio del final de mi vida.

Corrimos por un pasillo que llevaba a las cocinas y llegamos al contrafrente del hotel por una salida de emergencias que jamás había visto. Las cenizas nos recibieron y nos hicieron toser. Mantener los ojos abiertos era un gran desafío.

El bosque de coníferas que rodeaba el hotel estaba en completo silencio y la bruma se deslizaba con solemnidad por las laderas de las montañas.

—Intentemos salir sin que nos vean. Llevemos el bote de Tamara al agua —añadió Ailén, señalando la pequeña balsa que estaba apoyada junto con sus remos sobre la pared.

La acomodamos en el suelo y colocamos los remos en su interior. La levantamos entre los dos con bastante dificultad. Era más pesada de lo que parecía, pero la única escapatoria que teníamos era salir por el costado de la isla intentando no ser vistos.

—¡Rápido! —apremió Ailén, intentando desenterrar los tacones de la tierra húmeda.

Entre el esfuerzo y las cenizas respirar se hacía casi imposible. Podía escuchar las voces y las pisadas de mis enemigos que acababan de llegar a la isla.

Ailén tropezó y ambos perdimos el equilibrio. Solté el pesado bote. Los cortes en mis muñecas se volvieron a abrir y la piel de mis manos y de mis rodillas se rasgó al caer sobre el terreno irregular.

Ailén gritó de dolor cuando la balsa aplastó su costado izquierdo. Estaba seguro de que la habían escuchado. Me incorporé con dificultad y ayudé a la joven que estaba tan magullada como yo. Escuché pisadas detrás de nosotros justo cuando acabábamos de volver a levantar la balsa.

Estábamos a unos pocos metros del agua, pero por desgracia nuestros perseguidores fueron más rápidos que nosotros. Soltamos el bote, que cayó con un fuerte estruendo. Tomé un remo y Ailén me imitó. Ya no tenía sentido huir. Teníamos que pelear.

Tres hombres mucho más grandes que yo nos alcanzaron. Agité mi remo con fuerza, para asustarlos. Sabía que era mi vida o la de ellos y no estaba dispuesto a rendirme sin pelear.

Uno de los hombres se acercó hasta Ailén y ella blandió su remo como si fuera una espada, pero él detuvo el golpe con el brazo y se lo quitó. Desarmada e indefensa, Ailén gritó y su voz se quebró antes de que aquel despreciable ser golpeará su cabeza con toda su fuerza.

—¡Nooo! —grité desesperado y con la mirada nublada por las lágrimas.

Ailén cayó con un ruido sordo y un charco de sangre comenzó a extenderse a su alrededor. Me lancé hacia la bestia que llevaba en las manos el remo con la sangre de mi amiga, pero me esquivó y asestó un golpe en mi hombro que me derrumbó.

El dolor era insoportable y no podía mover el brazo derecho. Intenté incorporarme con las mejillas cubiertas por lágrimas de ira y de dolor, pero me inmovilizaron. Uno de ellos sacó una cuerda de su mochila y me ató. Mientras soltaba patadas e insultos, me arrastraron por el bosque hasta uno de los botes en los que habían llegado.

Amaia sonreía satisfecha. Subió junto con mi hermana y dos acompañantes a una de las balsas y se alejaron de la isla. El bote en el que me llevaban la siguió, al igual que los otros cuatro.

Había perdido mucha sangre y me sentía débil y mareado. Observé el hotel, pero al no encontrar ningún rostro conocido todas mis esperanzas se desvanecieron. Sentí cómo se me encogía el corazón. Tal vez Tamara y mis amigos habían sufrido la misma suerte que Ailén. Estaba absolutamente solo. Sentí que las fuerzas que me quedaban para luchar abandonaban mi cuerpo. El entorno se volvió negro y me rendí a las fauces del inconsciente.

Capítulo 59

Capítulo 59: El lamento de las banshees

Me encontraba hecho un ovillo en el fondo de la canoa que me transportaba hacia un destino incierto y tenebroso. Las pesadillas se alternaban con una realidad aún más aterradora y durante los intermitentes momentos de lucidez me sentía mareado y embotado. Lo atribuía a la pérdida de sangre, aunque no podía descartar que me hubiesen suministrado algún tipo de droga o bien que me hubieran hechizado de alguna forma.

Era imposible saber cuánto tiempo habíamos estado viajando, pero ya era noche cerrada cuando llegamos a tierra firme. Sin fuerzas para resistirme, dejé que dos hombres me levantaran y me llevaran a través de un bosque que me resultaba vagamente familiar.

El séquito de magos y brujas leales a mi madre me escoltaba portando velas negras encendidas. Era casi imposible seguir el hilo de las conversaciones, pero la emoción que les producía mi inminente sacrificio parecía ser el motivo de tanto revuelo.

—No puedo creer que la hayan mantenido engañada durante tantos años. No me gustaría estar en el lugar de Andrés ni en el del muchacho —dijo en voz baja alguien a pocos pasos de mí.

—¡Cuidado! Podría escucharte —lo reprendió su compañera.

Me dejaron caer de espaldas y un torrente de dolor se extendió desde mi hombro dislocado hacia mi espalda. Me rodeaban unas veinte personas. La más joven era Cristina, que permanecía de pie junto a Amaia. Ambas tenían el semblante sereno e inmutable. Los demás eran hombres y mujeres de distintas edades. Nadie parecía perturbado con la situación.

Entre los árboles distinguí las ruinas de piedra en donde mis amigos y yo habíamos intentado comunicarnos con los espíritus guiados por Tamara. Me parecía que aquello había sucedido hacía siglos. Ahora, posiblemente ellos estarían muertos. Aquella construcción maldita sería testigo de mi final y la isla Huemul se convertiría en mi tumba.

Mi madre dio una señal y los hombres que me habían cargado hasta allí me desataron. Saqué fuerzas de la nada para intentar escapar, pero me redujeron enseguida. Alguien colocó estacas en el suelo y me ataron a ellas con las piernas juntas y los brazos extendidos. Barajé la posibilidad de que fueran a crucificarme y comencé a gritar con todas mis fuerzas. La

boca y la garganta se me llenaron de cenizas, pero no me detuve.

Alguien rasgó mi remera para dejar expuestos mi pecho y mi vientre. Esperaba que mi muerte no resultara demasiado dolorosa. Sin embargo, cada vez que cerraba los ojos, veía las imágenes de mi cuerpo desgarrado.

Sentí como si una fuerza invisible intentase estrangularme y se me quebró la voz hasta que ya no pude emitir ningún sonido. Las cenizas caían sobre mis ojos y hacían casi imposible que pudiera mantenerlos abiertos.

—Le robaste dieciséis años de vida a la muerte misma. Es justo que pagues por tu ofensa sirviéndola durante toda la eternidad. Aquel que controle la muerte tendrá dominio sobre la vida y hoy la muerte está de mi lado —sentenció Amaia.

Se arrodilló a mi lado con una daga en las manos. Apreté fuerte los ojos convencido de que iba a apuñalarme. Sin embargo, fue deslizándose muy despacio el filo del cuchillo por mi torso trazando el dibujo de una estrella de cinco puntas rodeada por un círculo.

No comprendí a qué se refería mi madre con sus palabras hasta que escuché los lamentos de las banshees. Siempre me habían atraído y asustado como solo lo oculto puede hacerlo. Parecía ser un juego del destino que me convirtieran en una de ellas. Imaginé cómo sería mi existencia a partir de ese momento. Vagando en la oscuridad de la noche para alimentarme del miedo a la muerte. Esclavizado por siempre sin obtener el descanso eterno ni la oportunidad de reencarnar en otra vida. Respondiendo eternamente a los deseos de la mujer que me dio la vida solo para privarme de ella.

Guiados por mi madre, todos los presentes comenzaron a recitar palabras para atraer a las banshees. Nunca había sentido tanto miedo. Recuperé la voz y pedí piedad por mi vida, pero mis palabras fueron acalladas por los llantos que parecían formar una triste melodía.

Estaban cada vez más cerca. Veía sus siluetas acercarse desde todos los rincones del bosque. De todas partes llegaban decenas de espectros blancos con las facciones deformadas por el dolor. Lloraban en el desconsuelo de una agonía eterna.

Volví a gritar, pero el único resultado fue sentir cómo las cenizas se filtraban en mi boca e irritaban mi garganta. Un ataque de tos me obligó a detenerme. El calor de mi sangre parecía quemar mi piel helada. El pecho y los pulmones me dolían como nunca antes. Gritaba con todas mis fuerzas, pero el sonido parecía perderse y unirse al lamento de las

banshees. Entonces lo supe. Todo estaba perdido.

Capítulo 60

Capítulo 60: El poder detrás del poder

Los magos y las brujas que integraban el séquito de mi madre se arrodillaron y colocaron sus velas junto a ellos. Algunos me observaban con muecas de satisfacción o curiosidad, mientras que otros contemplaban a las banshees que estaban cada vez más cerca. Todos serían cómplices de mi final y no había ningún rastro de remordimiento en sus ojos. Mi nombre no sería más que un recuerdo al amanecer y mi ser sufriría la más cruel de las metamorfosis.

Los esbirros de la muerte atravesaron el aquelarre hasta llegar hasta su objetivo: yo. Estaba paralizado y ni siquiera era capaz de seguir gritando. Las cenizas no tenían piedad y mis lágrimas se convertían en arena sin salir de mis ojos. Casi no podía ver ni respirar, pero me aferraba a la vida con todo mi ser porque era lo único que me quedaba.

A través del cuerpo etéreo de uno de los espectros, observé cómo Cristina se ponía de pie. Al ser tan pequeña pasó desapercibida. Todos los ojos estaban puestos en mí y en las banshees que casi rozaban mi piel.

Recordé el ritual que Tamara y yo habíamos hecho. En nuestro rito de amor, cubiertos de sangre, Tamara había pedido protección para mí, pero también para Crisy. Quizás yo no tenía fuerzas para enfrentarme a Amaia, pero una pequeña chispa de esperanza afloraba en mi interior. Cristina y yo teníamos una enemiga en común. Era solo una niña, pero quizás tuviera el poder para ayudarme de alguna forma.

Me miró a los ojos y asintió con la cabeza. Tal vez, si tenía suerte, ella podría acabar con mi vida antes de que las banshees tomaran control sobre mi alma. Sin embargo, los planes de mi hermana eran muy diferentes.

Cristina se desprendió de su sombra que ganó altura y corporeidad. El ente de oscuridad que la niña controlaba hizo una señal y las banshees detuvieron su marcha.

—¡Por favor, no lo hagas! —le rogó Amaia a Cristina.

Las damas de la muerte giraron sobre sí mismas sin dejar de llorar y se volvieron contra el grupo oscuro de mi madre. Algunos magos y brujas intentaron huir, pero uno a uno fueron cayendo tomándose el pecho y con expresiones de dolor. Incluso Amaia, a quien suponían aliada de la muerte, cayó sin vida. Tal vez ella nunca había tenido control sobre las banshees. Sin embargo, aquellos seres respondían a los deseos de

Cristina.

Mi hermana permanecía de pie en medio de los cuerpos inertes con una expresión indescifrable en el rostro. Una vez que cumplieron su misión, las banshees se marcharon deslizándose al ras del suelo de la misma forma que habían llegado. Se adentraron en el bosque y su llanto se fue escuchando cada vez más lejano.

Cristina se arrodilló a mi lado y desató uno de mis brazos lo más rápido que sus pequeñas manos lo permitían. Temblando me deshice de las cuerdas que me apresaban y una vez libre retrocedí arrastrándome en la tierra hasta quedar sentado con la espalda apoyada contra un pino. La mayoría de las velas permanecían encendidas y dibujaban luces y sombras en los cadáveres del extinto aquelarre.

La criatura que acompañaba a la niña como si fuera su oscuro ángel de la guarda le susurró algo al oído y ella me lo transmitió.

—No te preocupes, papá pudo llegar al hotel gracias a sus antiguos aliados. Ya encontró a los demás que estaban encerrados y vienen en camino. No tardarán en llegar —dijo y me regaló una tierna sonrisa que me produjo un escalofrío.

Aquello significaba que mis amigos estaban vivos. Saberlo me reconfortó e intenté no preguntarme cómo Crisy era capaz de mantenerse tan tranquila después de la masacre de la que había sido autora. Me había salvado, pero qué sucedería si alguna vez dejaba de considerarme su aliado. Tenía solo cinco o seis años y su magia sobrepasaba a la de cualquiera que hubiese existido jamás.

La criatura a su lado volvió a camuflarse como una simple sombra. Tal vez fuera un ente creado por ella, pero algo me decía que aquello era mucho más que una simple invocación. El ser parecía contar con voluntad propia y eso me aterraba.

—¡Rápido! ¡Ponete de pie! ¡Los demás ya vienen! —apremió Cristina que parecía emocionada y se levantó.

Hice acopio de todas mis fuerzas para incorporarme. Sentía que las piernas me podían fallar en cualquier momento y apoyé mi espalda en el grueso tronco del pino que tenía detrás.

Escuché pisadas y distinguí las luces de unas linternas entre la espesura. Uno a uno fueron apareciendo los rostros de todas las personas importantes para mí a las que creía haber perdido para siempre. Los primeros en llegar fueron los hermanos Nairov, que miraron con asco y asombro los cadáveres. Los siguieron Tamara y Sebastián que llevaba a Ailén de la cintura. La recepcionista tenía una venda en la cabeza y varios

hematomas, pero estaba viva. Finalmente se hizo presente mi padre, secundado por Alfonso Aigam y Ariel. La sombra le había dicho a Crisy que mi padre había llegado gracias a la ayuda de antiguos aliados. Sin lugar a dudas se refería al viejo Al y a su nieto.

Las miradas de todos los presentes se alternaban entre los muertos, Cristina y las marcas en mi cuerpo. Nadie parecía comprender nada de lo que había sucedido. Incluso yo, que había estado presente cuando ocurrió, tenía dificultades para seguir el hilo de mis pensamientos. De alguna forma el destino se había torcido a mi favor gracias a mi pequeña hermana.

—Aquel que controle la muerte tendrá dominio sobre la vida —dijo Cristina, rompiendo el silencio de la noche y se arrodilló ante mí.

Un murmullo se extendió entre los presentes que poco a poco se postraron a mi alrededor. Me miraban con respeto y admiración, aunque también podía distinguir el miedo aflorando de su interior.

No entendía qué era lo que pretendía Cristina al darme el mérito de sus acciones. De pronto recordé la advertencia que me había hecho el rostro de Susana en el lago. Tenía que mantenerme alejado de Crisy. Estaba claro que la niña era muy peligrosa, pero había salvado mi vida y nuestros destinos ya se habían unido.

Busqué apoyo en los ojos de mi padre. Andrés Rochi por primera vez me observaba con profundo orgullo. A la vista de todos había acabado con el aquelarre más poderoso y con ello me había ganado una posición de liderazgo. Sin embargo, no sería más que un títere de quien realmente tenía el verdadero poder. Sería el rostro visible, pero también alguien reemplazable si no se cumplían los deseos del poder detrás del poder. Crisy sería el verdadero poder oculto y nada ni nadie en la tierra tendría la fuerza para enfrentarse a sus deseos.

El miedo se apoderó de cada fibra de mi ser. Quizás Tamara pudiera comprender lo que en verdad había sucedido. Ella tenía que saber qué hacer. Siempre había sido como un faro que con su luz me guiaba cuando todo parecía perdido.

Estaba arrodillada ante mí y me observaba con auténtico terror. No quedaba ningún rastro del amor que alguna vez había visto en ellos. Sentí que mi corazón se rompía y me invadió la desesperanza. Mi destino había sido escrito y me había transformado en lo que mi padre y el viejo Al se habían esforzado en convertirme. Me había vuelto el líder del aquelarre aunque tan solo fuera en forma simbólica.

Cristina se levantó y se acercó a mí. Tomó mi mano y luego extendió su otra mano hacia mi padre. Se puso de pie y los tres quedamos tomados

de la mano como si fuéramos una familia normal. Nuestra dinastía acababa de comenzar. Sin embargo, no estaba dispuesto a afrontar todo lo que vendría sin la compañía de Tamara. Imitando a mi hermana, extendí mi mano hacia mi novia que con las pupilas dilatadas por el miedo y una mano en su vientre se unió a mí. Mantenerla a mi lado por miedo era mejor que perderla por completo. Nunca iba a renunciar a ella. Yo sí la amaba.

FIN

Alejandra Abraham